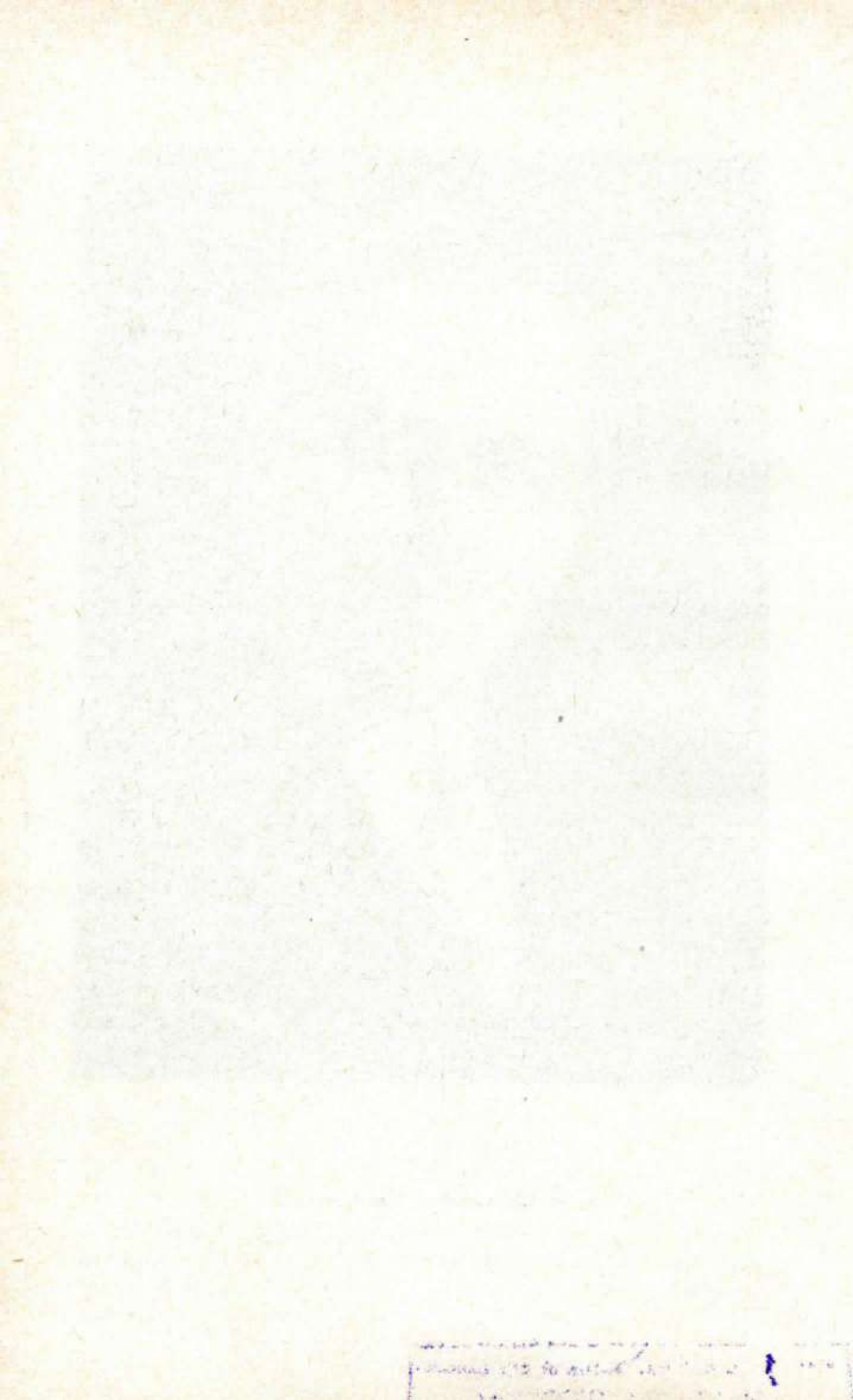

RAUL PORRAS BARRENECHEA

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE LIMA

El río, el puente y la alameda





PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE LIMA

RAUL PORRAS BARRENECHEA

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE LIMA

El Río, el Puente y la Alameda

LIMA

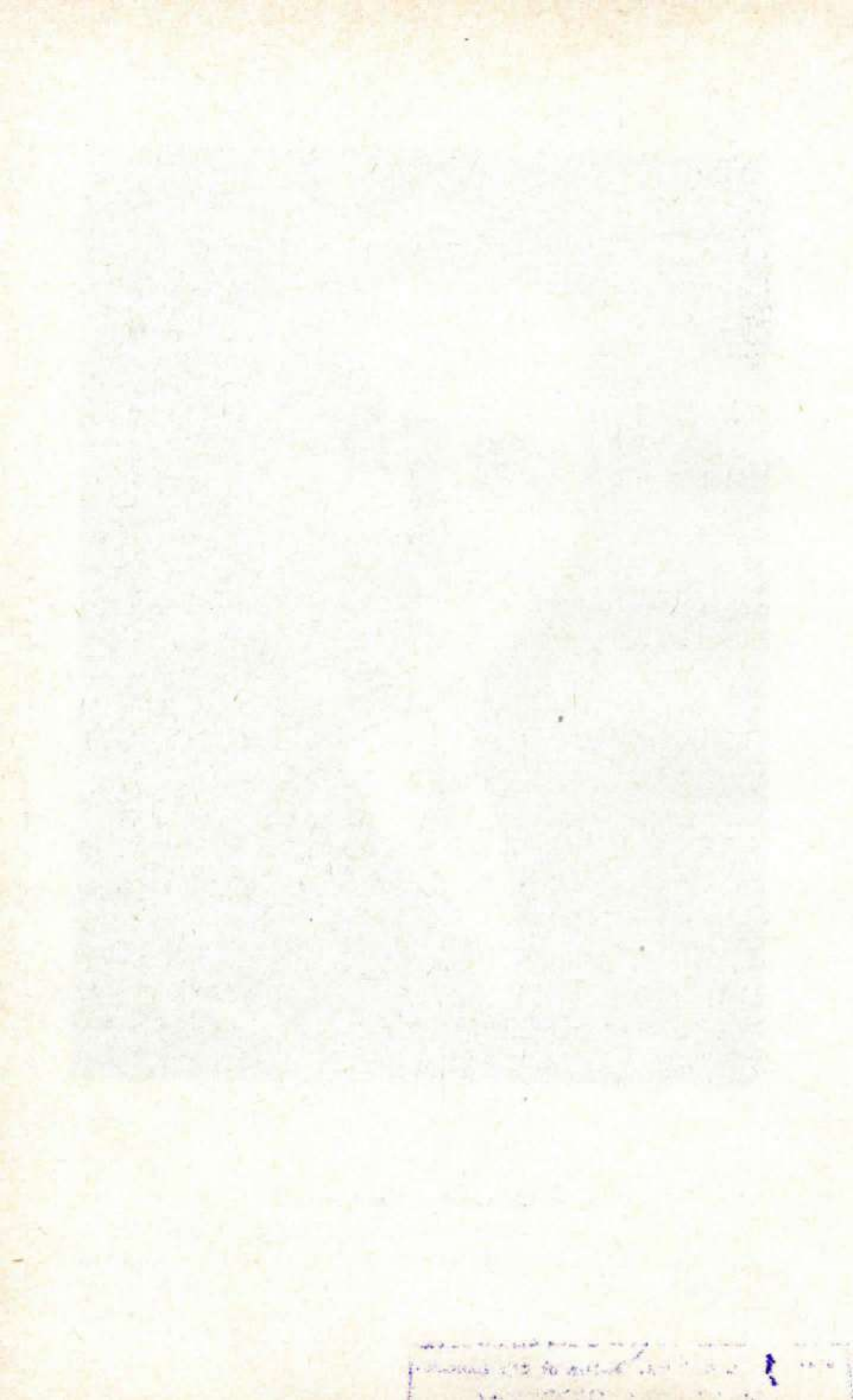
1965

INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA
Escuela de Altos Estudios y de Investigaciones Peruanistas
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

En esta segunda edición, que reproduce el texto completo de la primera, publicada en Madrid, en 1935, en la Imprenta de Galo Sáez, se incluye, además, el trabajo "El río, el puente y la alameda", texto de la conferencia sustentada en la Galería de Lima, el 17 de Abril de 1953.



Raúl Porras.



PRESENTACION Y AUTOCENSURA

Esta Antología se publica en homenaje al IV centenario de Lima, que se celebra el 18 de enero de 1935. "La Ciudad de Los Reyes" la llamaron hace cuatro siglos—creyendo en la eternidad de lo perecedero—, pero hoy es sólo Lima. La ciudad—ya lo sabéis—la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma.

Lima (para no tener que abrir el Diccionario), en la costa occidental del Pacífico, a los 12° de latitud Sur y a los x grados de longitud de cualquier meridiano, la ciudad del chupe y de la mazamorra, de las tapadas y de las calesas, del puente, del río y de la alameda.

Las ciudades existen, no sólo en la geografía, sino en el espíritu. Para conocer Lima no basta visitar la catedral o el Country Club, ver las momias del Museo Arqueológico o la momia de Pizarro. Precísase también de un itinerario espiritual que lleve al viajero a darse con el alma misma de la ciudad, sin ubicación material. Hay que encontrarse con la huachafa en la Procesión del Señor de los Milagros, asistir a una jarana con guitarra y cajón abajo del Puente, saborear los dulces de las monjas de la Encarnación, las nueces del nogal del monasterio de Prado y el turrón de doña Pepa, cortarse el pelo en una peluquería japonesa, pa-

searse por el jirón de la Unión: comer en el Ton Pon o en el Café Blanco del Callao, oír gritar en una esquina a don Pedro sobre toros y política, asistir a una asamblea universitaria o a la salida de misa de San Pedro y, si es posible, tener—como Paul Morand—una aventura con la Perricholi. En otro orden de cosas, hay que haber presenciado bailar una marinera, haber recorrido con la vista las estampas de la Lima de Fuentes o haber leído alguna de las Tradiciones Peruanas.

El alma de Lima ha sido sorprendida principalmente por algunos viajeros aguzados. Havelock Ellis, el célebre sexólogo, autor de El alma de España, *cuenta que fué en Lima, donde desembarcó siendo niño, y ante el aspecto hispanomorisco de sus balcones y callejas, que se prendó para siempre del alma de las ciudades españolas. Radiguet declaraba en 1843 que para conocer lo que hay "de gracia inimitable" y de "gozosa animación" en la vida limeña había que asistir a una tertulia o ser recibido en el seno hospitalario de un hogar limeño. Monnier, coincidiendo con algunos limeños viejos, apuntaba que había que recorrer Lima después de anochecer, para ver surgir de las sombras de algunas calles dormidas personajes de la conquista y figuras del Romancero. Lima es la única ciudad en la costa occidental del Pacífico, agregaba que no es simplemente una aglomeración de casas, sino que posee lo que les falta a otras ciudades, "la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas". Rubén Darío sintetizó: "Santiago es la fuerza. Lima es la gracia". Y Rafael Heliodoro Valle: "ciudad de luz, de niebla y de rocío".*

La mayor parte de los viajeros vió la ciudad por fuera. Los de la época colonial describieron todos la Plaza, la Catedral y el Palacio, contaron los leones de bron-

ce de la pila y el número de los conventos, sintieron un temblor de tierra, describieron a las tapadas y fueron de paseo hasta la Alameda. Los que vinieron crecida la República, hablan de la carretera del Callao, del ferrocarril, de los montoneros, de los cafés de los portales, de los Te Deum *y los pronunciamientos; conversaron con el caudillo en auge y siguieron a las tapadas que perduraban. Unos y otros no han podido evitar una cuchufleta ante el esqueleto de Pizarro ni un madrigal para las limeñas, y todos se han sentido en la obligación de describir una corrida de toros.*

Los viajeros modernos visitan el Palacio Torre Tagle, el mercado, San Francisco, la Universidad de San Marcos, la presunta quinta de la Perricholi, el Museo Arqueológico, la higuera y la tumba de Pizarro. De ellos sólo se trae aquí las impresiones de Waldo Frank, Paul Morand y García Sanchiz, dado el carácter principalmente retrospectivo de esta Antología.

El alma de la ciudad no está en esas descripciones de Baedeker o réplicas de Merimée o Gautier. La hallamos, inesperadamente, en otros trozos con sabor a confidencia: en la impresión de Lizárraga de la salve cantada a las seis de la tarde, en el siglo XVI, en el monasterio de la Encarnación; en el encanto campesino de la Lima de Cobo, llena de árboles frutales, fragancia de enredaderas y con sus molinos a la vera del río; en la impresión de cuál ignoto viajero en la paz conventual de San Francisco; en la descripción de Radiguet del instante de silencio y recogimiento de los limeños, de la mística suspensión de todo movimiento, al toque del Avemaría, al crepúsculo, sobre el Puente de Lima; en la sensación de Monnier al anochecer en las calles limeñas. Otros viajeros nos dan el apunte de un momento histórico emocionante: Stevenson, el del día del sa-

queo del local de la Inquisición en Lima; Basilio Hall, el de la proclamación de la independencia por San Martín el día 28 de julio de 1821; de Petit Thouars, la sensación de la resistencia limeña a la Presidencia boliviana de Santa Cruz, en los días de la Confederación; Radiguet, la del pronunciamiento de Elías contra Vivanco en 1844; diversos viajeros, la del de los hermanos Gutiérrez en 1872, y Monnier, la triste impresión de la ciudad después de la invasión chilena.

Al lado de los viajeros, los limeños, para dar el alma de Lima, desde Cobo, viajero limeñizado, hasta Palma, el creador de la leyenda de la ciudad, recayendo en los más insignes limeñistas o evocadores de ella: Caviedes, Felipe Pardo y Aliaga, Segura, Chocano, Riva Agüero, José Gálvez, Ventura García Calderón, los Lavalle, Luis Fernán Cisneros, Sánchez, Basadre, Leguía. Es ésta, por desgracia, una Antología incompleta. La lejanía de Lima ha impedido obtener páginas de todos los escritores representativos, insertas en libros o periódicos que, a fuer de limeños, sólo en Lima se consiguen. Faltan particularmente en esta colección, en omisión que no puede dejar de explicarse, algunos de los más alquitarados cronistas de la ciudad, como Cabotin (Enrique A. Carrillo) y Gastón Roger (Ezequiel Balarezo Pinillos); el primero, alado cronista de Viendo pasar las cosas, *y el segundo, el periodista cordial de la* Perspectiva diaria *y el fino artífice de* La Ciudad evocadora. *Faltan también, aunque figure su nombre poético, las crónicas de Gálvez, el cronista de* Una Lima que se va, *el Répide limeño, y de su moderno continuador, el imberbe Pedro Benvenutto Murrieta, que sabe los secretos de todos los viejos barrios. La Lima de los gallinazos y de las huachafas reclama con derecho los limeñísimos apuntes de Valdelomar y Angela*

Ramos y los de Fausto Gastañeta, fundador de la casa madre de todas las huachafas de Lima: el respetable hogar de doña Caro y de sus hijas Zoraida y Etelvina, musas del Chirimoyo. Faltan artículos de Segura, versos de Cisneros, Yerovi y Velarde, recuerdos de Portal, la prosa con "sabor de anticucho" del Tunante o de Cloamón, o del trashumante diputado por Amancaes don Apapucio Corrales (Clemente Palma); crónicas limeñas de Clovis, de Mejía, de Clodoaldo, de Mariategui. De los escritores viejos faltan también a la cita Calancha y los cronistas conventuales, Mugaburu, Peralta, Echave y Assu, Córdova y Urrutia, Unánue y, más tarde, Manuel Atanasio Fuentes, el autor del libro y álbum más divulgado sobre Lima; Pablo Patrón, Lavalle—el pulcro y aristocrático licenciado Perpetuo Antañón—, Mendiburu, con sus apuntes históricos; Juan de Arona y otros.

Falta también una categoría de testigos del más alto valor para la caracterización de Lima. Es la que podríamos llamar la casta de sus detractores o censores apasionados. Ellos han contribuído en parte a modelar el juicio sobre nuestra ciudad, a apabullar la hinchazón de ciertas hipérboles y descubrir defectos tan significativos como muchas cualidades. Su irritación y su exaltación son un homenaje a la inversa, que no excluye, sino que prueba su exaltado limeñismo. Alguna vez se ha dicho que esas diatribas apasionadas no son en el fondo sino una forma militante del amor. De aquéllos sólo figura aquí Terralla y Landa, único que he tenido al alcance. Debieran figurar trozos lapidarios de González Prada—uno de los más grandes limeños—y de Federico More, en contra de Lima. Y, haciéndoles coro, Groussac, el viajero malhumorado, y el indio Concolorcorvo, entre los más ilustres.

En una Antología completa de Lima—que el Municipio debiera propiciar—no podrían faltar tampoco grabados antiguos de la ciudad, estampas de la Lima de Fuentes o de la de Goyzueta, retratos de mujeres y reproducciones de Pancho Fierro, ese zambo guasón de las acuarelas que todavía se ríe de la Lima de 1850. Del rico acervo artístico de Lima sólo figuran aquí dos representativos: el gran pintor Ignacio Merino, con alguno de sus apuntes de la Lima de 1850, y el finísimo artista, de la mejor cepa limeña, Jorge Holguín y Lavalle.

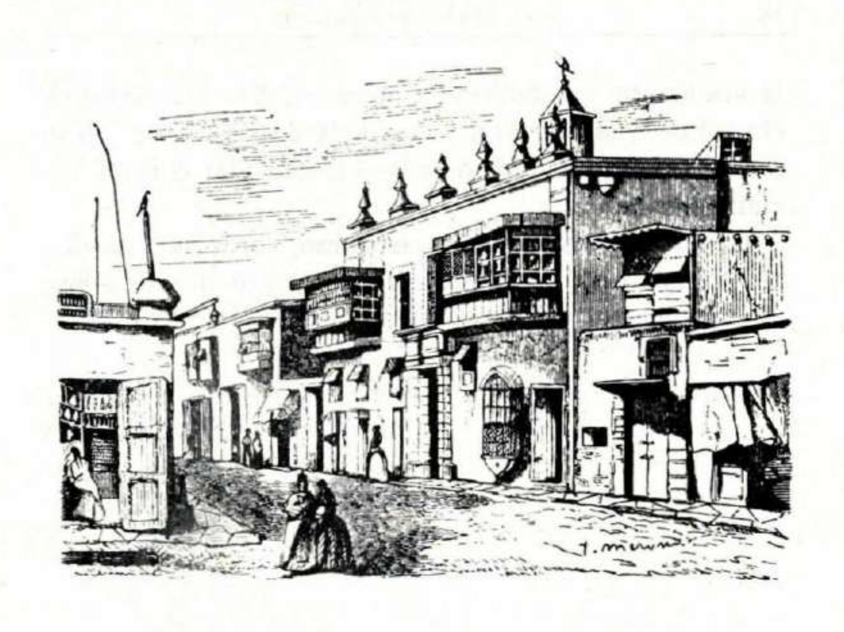
Tales omisiones no invalidan el interés de estas páginas, de las mejores escritas sobre Lima, con excepción de las del recopilador. Hay entre ellas testimonios de viajeros traducidos por primera vez al español, y trozos del más alto valor literario.

Esta Antología es, con todo, tan sólo la insinuación de un libro.

R. P. B.

Madrid, 1935.

PERSPECTIVA Y PANORAMA DE LIMA



PERSPECTIVA Y PANORAMA DE LIMA

POR

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

POSICIÓN Y CLIMA

"Lima, quien no te ve no te estima", dice una mimosa frase proverbial. Frase nacida al conjuro de la historia, envanecida con la prestancia del heroico fundador, con su opulencia de ciudad colonial, blasonada por los reyes y ufana de la plata de sus templos y mansiones, con su prodominio indiano de primera y única capital del virreinato austral, arquidiócesis eclesiástica, metrópoli universitaria y sede central del comercio y de

la académica y soñolienta cultura criolla. "La primera ciudad de Sudamérica y la segunda de España, si no lo era más todavía", dijo de ella el historiador chileno Vicuña Mackenna.

Geógrafos y astrónomos aseguran, con pequeñas discrepancias, que Lima está situada a 150 metros sobre el nivel del mar y a los 12° 2' 50" de latitud Sur y 77° 5' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich. Esto no sirve tanto para identificar la situación de la ciudad como para deducir de esa posición el clima que ella goza. Ha sido tradición afirmar que ese clima era de una benignidad celeste. Don Hipólito Unánue lo decía ya en 1799, en su obra sobre *El clima de Lima.* La ciudad contó siempre entre sus prerrogativas ilustres, a la par de sus coronas reales y de sus privilegios virreinaticios, este don amable de gozar de "una eterna y continuada primavera". Ni calores excesivos, ni fríos intensos, ni lluvias abundantes. Resguardada por el Norte y el Oriente por ramales de los Andes, y refrescada por el Occidente y el Sur por vientos húmedos y nebulosos, ninguna brusca transición atmosférica interrumpe la languidez de su reposo. Tres o cuatro veces, en 1552, en 1720, en 1747 y en 1803, se ha oído retumbar el trueno en su contorno y brillar los relámpagos. Pero es tan anormal e inusitado el fenómeno, que, leído en las historias por los limeños de hoy, parece cuento.

LA GARÚA Y LOS TEMBLORES

No quiere decir todo esto que la ciudad no tenga sus meteoros distintivos. Sus originalidades climatológicas son la garúa y los temblores. Ambos definen momentos de la ciudad y deciden matices psicológicos del alma

limeña. Nada más análogo al ingenio criollo, por superficial, por menudo y hasta por inconstante, que ese rocío intermitente de nuestros inviernos que se desliza finamente por el harnero celeste, y que, con una ironía muy frecuente, inunda las calles, traspasa los techos y empapa a transeuntes, a quienes se ha inculcado previamente la inutilidad del paraguas. Lá garúa, la inofensiva "mollizna", como la llaman los científicos, crea y decora uno de los aspectos vespertinos más propios de la ciudad. Pocas horas más limeñas que esa de las seis de la tarde, de bullicio en los jirones centrales, de honda y crepuscular melancolía en los paseos abandonados. La garúa desciende entonces con una gracia leve y presurosa, arropa las casas con un gorro de neblina y se desliza entre el trajín urbano, hasta que pinta un húmedo brillo en los asfaltos, engarza algunas cuentas de cristal en los alambres telefónicos, estruja el diario de algún lector callejero, amontona junto a las aceras un copioso fango municipal y se disipa, después de haber alucinado a unos cuantos extranjerizantes con su picaresca e insidiosa comedia invernal. Tan genuinos como la garúa son los temblores. El temblor sustituye adecuadamente a la tempestad, espectáculo demasiado trágico y solemne para el ligero espíritu criollo. Algo de la bufa alma limeña hay, en cambio, en el fenómeno sísmico. Si la garúa es irónica, el temblor parece una broma de algún oculto dios subterráneo. Broma que, a veces, muy pocas, se convirtió en tragedia, única forma, por otra parte, de conservar el terrorífico prestigio de la burla. Pocas visiones, en efecto, más cómicas y capitolinas que la del temblor. Con el "cierrapuertas" podría formar la tragicomedia del susto criollo. Nada más abigarrado, ni más risueño, que ese despavorido conjunto que irrumpe en el cuadro callejero, entre las

cogitaciones del miedo, exhibiendo las más jocosas e inesperadas disonancias de la indumentaria y de la actitud. Pero no sólo como espectáculo es típico el temblor. Descubre también debilidades del ánimo criollo. Así como el cierrapuertas provoca, aun en los más intransigentes y callejeros conspiradores de palabra, una inminente nostalgia hogareña y la más repentina adhesión al orden público, el temblor devuelve la fe a escépticos e indiferentes y despierta súbitamente en todos los corazones un fervor medroso y una piedad contrita y pusilánime.

A falta de rayos, truenos y lluvias torrenciales, la ciudad era intermitentemente sacudida por los temblores, y fué destruída totalmente por los terremotos en 1606, en 1687 y en 1746. El clima modelaba la molicie, la indolencia y el escepticismo limeños, esa ociosidad de maledicencia y chascarrillo que todavía perdura; pero las bruscas sacudidas terráqueas restauraban, para satisfacción del inglés Buckle, el prestigio absorbente de la fe, la ciega adhesión a Dios y el ideal ascético de la estirpe castellana. ¡Castizos colaboradores de la Inquisición fueron los temblores! Cada vez que la ciudad se apartaba del rígido ejercicio espiritual, aparecía en la Plaza Mayor algún fraile penitente, que podía ser Fray Francisco Solano, el amansador de toros salvajes en el Tucumán, con los brazos alzados al cielo y el sayal desgarrado, anunciando la destrucción de la Nínive pecadora.

Todo aquello se halla hoy olvidado, y hasta la geografía parece urgida de renovación. Wilde se habría encantado al hallar la comprobación de su paradoja contra Montesquieu: es el clima el que se modifica por los hombres y la civilización. La modernización de Lima ha coincidido con apreciables cambios climatológicos. No

se sabe bien si los veranos son más ardientes y los inviernos más fríos, pero las playas de moda: Ancón, la Punta, la Herradura, Chorrillos, aumentan considerablemente su población y su *confort,* y el invierno se hace duro para los limeños y limeñas de hoy, sin ropa de lana y sin pieles caras. Chosica, en las estribaciones de la cordillera, a una hora de tren o de automóvil, atrae, en busca de unas horas de sol, a todos los hostigados por la húmeda niebla limeña. Los hombres de ciencia comprueban, simultáneamente a la instalación de chimeneas y aparatos de calefacción en algunas casas, el alejamiento de nuestras costas de la cálida corriente del Niño, compensadora de las frialdades aportadas por la corriente polar de Humboldt. La antigua e insignificante garúa limeña, que casi no merecía a nuestros antepasados el nombre de lluvia, inunda ahora las pistas de asfalto, con derroche tropical. La ciudad parece haber olvidado también el azote de los temblores, y, en prueba de moderna incredulidad, hasta el arzobispo ha construído una casa de cinco pisos. Tan sólo como un rezago, como una superstición que se aferra a lo pintoresco para no desaparecer, recorre aún la ciudad, en el mes de octubre, la procesión del Señor de los Milagros. Procesión ésta de mantos violetas, durante la cual parece haberse derramado por las calles un frasco de tinta morada, pero que no es ya la urgencia de pedir a Dios la mitigación de los males, sino tan sólo la ocasión de escoltar a las limeñas, místicamente ataviadas de mantilla, y de comer turrones, conforme al clásico calendario gastronómico de Lima.

Felizmente, garúa y temblores, al fin limeños, no son tenaces. Las lluvias duran de abril hasta octubre, dicen los meteorologistas, y los temblores sobrevienen a la entrada de la primavera y del estío. Lo que no impide que

llueva a veces en enero y que haya temblores en junio. Nuestra indisciplina comienza por la meteorología.

EL CERRO Y EL RÍO

Mejor que los paralelos y los meridianos, determinan la posición de Lima dos fáciles accidentes geográficos: el Rimac y el San Cristóbal; los dos, testigos inmemoriales del auge limeño. Río y cerro que tienen tradición y leyenda y que viven indisolublemente unidos a la historia de la ciudad. Una sublevación de indios, en tiempos de la conquista, fué dominada el día de San Cristóbal, y dió nombre cristiano y castizo al montículo; en cambio, el nombre de Rimac es voz indígena que significa "el que habla" denominación la más apropiada para el canal que distribuye las aguas a la ciudad murmuradora y parlante. Distinción ésta que trasciende la nomenclatura y parece encarnar en las cosas. Así, el cerro se yergue al Norte de la ciudad, vigilante y altanero como un hidalgo castellano, ostentando la católica cruz sobre la cima. El río, en cambio, humilde y sinuoso como el alma del indio, es un expoliado que se arrastra repitiendo una queja que habrá de convertirse en rugido en algunos de los periódicos desbordes de su cauce. Nada debe la población al cerro árido e indiferente, en tanto que el río, sometido y canalizado, riega y fecunda con infatigable energía los campos que rodean a la ciudad y abastece a ésta de agua y de fuerza motriz. Y es tan diverso el destino de uno y otro, que al cerro inofensivo llegóse a atribuir entrañas de volcán, en tanto que al río tormentoso se le hurtan zonas de su cauce, y hay limeños que, ante la escasez de vo-

lumen de sus aguas, sonríen de que se hayan tendido puentes para vadear aquella líquida ironía.

FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

El predominio limeño no fué una imposición de la naturaleza ni de la historia. Se confabularon para crearlo la obra feliz del azar y el capricho del conquistador voluntarioso. El humilde valle, por cuyo fondo corre el riachuelo del Rimac, no era, geográficamente, la capital de la exuberante región en que se levantan los Andes colosales y por la que corre el río más grande del universo. No lo era tampoco por el prestigio de la tradición. El señorío de Cuismanco, con los fértiles valles de Pachacamac y del Rimac y sus ídolos triviales, fué uno de los que más dócilmente aceptó la denominación de los Hijos del Sol, cuando Pachacutec descendió del Collao legendario. Entre sus más humildes vasallos, el Inka no habría reparado en el cacique del Rimac. De las áridas y ardientes tierras de esta sección de los Yungas no había surgido ninguna contribución original a la cultura del Imperio. El culto rendido a Pachacamac, Hacedor y sustentador del Universo, era de origen incaico. La civilización material, la organización política y social, así como los grandes guerreros y los legisladores pacíficos, habían hecho su aparición junto a la meseta en que duerme el lago sagrado y ancestral. El Cuzco era, por la antonomasia de su esplendor y de su historia, la sede del apogeo solar, "el ombligo" del Imperio y del mundo...

La fundación de Lima fué obra del azar, si no de la equivocación, y su prosperidad, consecuencia de la buena fortuna de su fundador. Al avanzar Francisco Pi-

zarro de Cajamarca hacia el Cuzco, después de haber ejecutado a Atahualpa, considerando que se alejaba mucho de la ciudad de San Miguel de Piura, la primera que fundara en las cercanías de su desembarco, se decidió a establecer una población que sirviera de centro a sus conquistas, para lo cual escogió el valle de Jauja, en la cordillera, junto al pueblo indígena de Atun-jauja. Pero los vecinos alegaron a poco razones paradójicas para pedir a Pizarro que trasladara la ciudad a los llanos. El valle de Jauja, considerado hoy por su feracidad y por la bondad de su clima como el granero y el sanatorio de nuestra capital, fué tachado por los descontentadizos vecinos de estéril e insalubre. El valle era frío y de muchas nieves, y no se podían "criar puercos, ni yeguas ni aves, por razón de las muchas frialdades y esterilidad de la tierra", según representó el Cabildo a Pizarro. Añadíase a estas desventajas la falta de madera para construcciones y leña y la distancia de la mar. Pizarro, atendiendo a estas razones, decidió el traslado de la ciudad a la costa, y nombró desde Pachacámac a Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de don Benito, quienes tenían la experiencia necesaria, por haberse hallado en anteriores fundaciones de pueblos, para que buscasen y se informasen en la comarca del Rimac el lugar donde pudiera asentarse cómodamente un pueblo.

Los comisionados de Pizarro hallaron y eligieron el asiento actual de la ciudad, en el que había un pequeño caserío de indios, y el que juzgaron lugar "sano y airoso", con muy buenas salidas y tierras para labrar y abundancia de leña. El gobernador aprobó la elección de sus enviados, por cuanto él había visto y paseado ciertas veces la tierra del dicho cacique de Lima, y junto al río y "contiene en sí las calidades susodichas que se requie-

ran tener los pueblos y ciudades para que se pueblen y ennoblezcan y se perpetúen y estén bien situados". Escogido así el asiento de la futura capital del Perú, a la que se dió el nombre de Ciudad de los Reyes, en honor de los monarcas españoles según unos, o en recuerdo del día de la Epifanía, en que se halló el sitio de la ciudad, según otros, Pizarro procedió a fundar Lima, lo que hizo con las proverbiales solemnidades el 18 de enero de 1535.

Sin ofender los títulos que después adquirió, y sin hacer agravio a su tradición ya venerable, debe decirse que la capital fundada por Pizarro fué, en aquellos días del apogeo del Cuzco, de Cajamarca y de Quito, una ciudad advenediza, la hija y la heredera afortunada de aquel audaz aventurero. Su subsistencia y su grandeza estuvieron ligadas inicialmente a la buena suerte de su fundador. Si Pizarro hubiera sido derrotado en la batalla de las Salinas, Lima se hubiera quedado en cimientos, y todo el oro y el prestigio del Virreinato hubieran servido para engrandecer y hermosear la ciudad de Almagro, que el compañero y rival de Pizarro comenzaba a levantar en las inmediaciones de Chincha, para que fuera émula de la naciente villa del Rimac.

Triunfador Pizarro, Lima fué la capital de su gobierno, cabeza del Virreinato y de toda Sudamérica. Los Reyes hispanos la colmaron de títulos y blasones. En tres siglos de coloniaje y de hipérbole señorial, la ciudad criolla llegó a creer en la nobleza de su linaje, a medida que se desvanecía la memoria del cuidador de cerdos que la fundara. La independencia consolidó esa primacía limeña y asentó la conciencia capitalina de la ciudad. En cien años de República, la organización política, la imperiosa dirección espiritual ejercida por Lima, la centralización de todas las actividades del comercio,

de la agricultura y de la industria que hacia ella convergen, han consumado la decisión del arbitrario conquistador. Lima es hoy, por su población, por su extensión y por su cultura, la primera ciudad del Perú, su capital indiscutible, la cifra y la síntesis de nuestra República heterogénea.

LIMA PRIMITIVA

Sobre la banda izquierda del Rimac asentó Pizarro la ciudad, dándole, según refieren los cronistas y aparece en los antiguos planos, una forma triangular, cuya base se recuesta en el río, dejando entre éste y los primeros edificios un espacio de cien pasos, que fué reservado para ejido.

Pizarro mismo, acompañado por los primeros cabildantes, trazó con la espada hazañosa de la isla del Gallo su cuadrilátero histórico, y presintiendo en toda su genialidad vidente de fundador el torrente de vida y de pasión que habría de albergar esa concavidad, batiéndose y estrellándose entre sus lados, como mar prisionero, instaló en tres de los frentes de la Plaza, como infranqueables muros de su época, el Palacio del Gobernador, la Catedral y el Cabildo. Dios, el Rey y el Pueblo, los tres grandes protagonistas en el drama español del siglo XVI, fueron así los testigos citados por Pizarro para presidir el destino de la ciudad y para asistir a la aventura de su historia como eternas e impasibles cariátides.

El área de la ciudad fué seccionada, como un tablero de ajedrez, en 117 islas o cuadras. Cada manzana, de 15.687 metros, fué dividida en cuatro solares. Las calles, anchas y derechas, y orientadas del Sudeste al Noroeste, consultaban el que a toda hora del día hubiese

una acera en la sombra, al mismo tiempo que los vientos alisios, que soplan constantemente del lado Sur, incidiesen de un modo oblicuo, para procurar una moderada circulación del aire. Esta sabia disposición de las calles que el marqués adoptó, con los consejos de los "artífices y personas de mejor discurso", permitía ver el campo desde la Plaza Mayor, y en lontananza el mar. La historia ha transmitido los nombres de los que acompañaron a Pizarro en la fundación, los que, contándole a él, fueron trece, como los que le siguieron en la isla del Gallo. Era ése, por lo visto, el número de su fortuna y de su gloria. Los nombres de los penates limeños fueron: Nicolás de Ribera, el Viejo, y Juan Tello, los dos primeros alcaldes; Alonso Riquelme, tesorero; García de Salcedo, veedor; Nicolás de Ribera, el joven; Rodrigo de Mazuelas, Ruiz Díaz, Alonso Martín de don Benito, Cristóbal Palomino, Diego de Agüero, Antonio Picado, secretario del Gobernador, y Alonso Tinoco, que fué el primer cura que hubo en Lima.

Se agregaron a los fundadores treinta españoles que vinieron de San Gayán y veinticinco indios de Jauja. A estos primeros vecinos se les repartió solares, por los que tenían que pagar, a falta de moneda, un censo de gallinas, disposición que se modificó cinco años después.

Trazada así y repartida el área, la villa naciente fué creciendo y poblándose con urgencias de vida y de grandeza. Largo sería detallar el lento surgimiento de la ciudad, a la que sus primeros pobladores infundieron la recia alma castellana del siglo XVI. Recogida, silente, menesterosa y austera, fué la Lima de los días previrreinales. A falta de las riquezas, que la cornucopia de la fortuna no derramaba aún sobre su propio suelo, sino que las depositaba en la comba potente de los galeones, le sobraron desde su cuna honores y blasones. Para su

escudo nobiliario le otorgó la magnanimidad de Carlos V, en 1537, coronas que eran el símbolo de la realeza, columnas que representaban su inquebrantable lealtad y una estrella para presidir su destino fulgurante. Se la motejó también heráldicamente como "la muy noble, muy insigne y muy leal ciudad de los Reyes del Perú".

Durante su primera centuria, la ancha y silente ciudad fué creciendo alrededor de la Plaza Mayor. Sin fausto y sin vanidad fueron levantándose las humildes fachadas de las casas. Los edificios, de un solo piso, eran de ruin fábrica, según lo relata el Padre Cobo, "cubiertos de esteras, tejidas de carrizos, y madera tosca de mangles, y con poca majestad y primor en las portadas y patios, aunque muy grandes y capaces". En lo único en que la ciudad ponía singular empeño era en la fábrica de los templos. La piedad hacía surgir sin descanso nuevas iglesias y alzarse cada año alguna torre desde la cual llamar con el tañido de una campana más a la oración incesante. El mismo Pizarro había dado comienzo a la fundación, poniendo "por sus manos la primera piedra y los primeros maderos" de la iglesia que había de ser poco después la catedral de Lima, y la que fué colocada bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Hernando Pizarro hizo construir a poco el convento y la iglesia de la Merced. Surgieron en seguida San Francisco, en 1535; la capilla de la Veracruz, dotada por el mismo Pizarro, en 1540; el Sagrario, en 1541; Santo Domingo, en 1549; Santa Ana, en 1550; la admirable iglesia de San Agustín, en 1551; la Encarnación, en 1558; la Caridad, en 1559; San Sebastián, en 1561; San Lázaro, en 1563; la Concepción, en 1573; la Trinidad, en 1580; la iglesia de Santa Clara, a la que Santo Toribio hizo el regalo de

su corazón, en 1596; San Carlos, en 1597; San Pedro y San Pablo, en 1598; las Descalzas, en 1603, y la Recoleta Dominica, en 1606.

El convento de San Francisco, dirá más tarde un hiperbólico viajero francés, ocupaba la octava parte de la ciudad. El área de los templos era superior a la de todos los edificios públicos reunidos, a pesar de que en 1562 la población había comenzado a extenderse al otro lado del río, en el barrio de San Lázaro, y de que en 1571 se había fundado para residencia de los indígenas el Cercado, rodeado de un alto muro.

La ciudad carecía entre tanto de palacios y de paseos. La residencia virreinal tenía por frontispicios los inmundos tenduchos llamados "cajones de ribera", y la Plaza Mayor, la única de la ciudad, servía al mismo tiempo de mercado o "tianguez", como se decía en la época, de atrio de "mercachifles, escribanos y sacristanes (eran en la plaza el comercio, las cortes y la iglesia), de redondel de toros en las grandes solemnidades, de paseo de la aristocracia en las noches, y a diario de ágora criolla de la maledicencia y la chismografía. Pero la ciudad sufría gustosa tales deficiencias con tal de ornar la piedra hasta el cansancio en las portadas de las iglesias y de multiplicar sobre la chata superficie de sus edificios las esbeltas siluetas de las torres sonoras.

En otro capricho se complacía también la holgura de la ciudad, según nos lo cuentan Fray Reginaldo de Lizárraga y el Padre Cobo, y era en las extensas y perfumadas huertas que rodeaban los edificios, y cuyos ramajes, cargados de frutos, asomaban su verdor y su fragancia por sobre los altos muros de adobes. El minucioso Cobo nos dice, en efecto, que todas las casas "son capaces y anchurosas, con grandes patios, corrales, huertas y jardines". Y Fray Reginaldo, enguirnal-

dando la frase, refiere que "desde afuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas con naranjos, parras, granadas y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan".

Lima del siglo XVI fué toda en sus iglesias y en sus huertas. Construída de materiales toscos, desprovista de comodidades, descuidada y antihigiénica, sin agua, sin policía y sin alumbrado, careció la ciudad de prestigio civil y de la gloria, aún desconocida, del *confort,* pero pudo envanecerse, en cambio, de serenar el alma con el tañido de sus bronces dolientes y de embriagarla con la furtiva esencia de sus madreselvas y jazmines.

Un doble significado musical y floral encierra lo que dijo José Gálvez: "Lima, ciudad de campanas y de campanillas."

LIMA EN EL SIGLO XVII

Al comenzar el siglo XVI Lima ha adquirido ya su fisonomía peculiar. Sus campanarios y sus cúpulas le dan a la distancia esa gracia musulmana que ha de sorprender a los viajeros. Y como la religiosidad no ha decaído, sino que se ha estimulado por asombrosos ejemplos de santidad, y es la época áurea del Virreinato, los alarifes continúan levantando arcos y bóvedas para cobijar la creciente piedad de los fieles. Se aunan en la obra el fervor más intenso y el más esplendoroso boato.

La ciudad ha seguido creciendo hacia el Sur y hacia el Este, nos dice en interesantísimo estudio sobre el plano de Lima el ingeniero Tizón y Bueno. Por la parte meridional alcanza a unirse a la ermita de Guadalupe, situada a trescientos pasos, y se extiende a Belén y la Recoleta, fundados en 1604 y 1606. Por el Este llega

a Santa Clara, los Descalzos, San Ildefonso y el Carmen. Los puntos de avance de la ciudad los marcan las iglesias. El censo del marqués de Montesclaros arrojará sobre un total de 26.441 habitantes, un 10 por 100 de clérigos, canónigos, frailes y monjas. Juan María Gutiérrez podrá decir de Lima que era "un inmenso monasterio de ambos sexos". Florecen en los claustros Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano, Fray Martín de Porres, y en la silla episcopal, Santo Toribio de Mogrovejo.

Pero Lima no es sólo eso en el siglo XVII, sino que es la feria comercial más importante de las colonias, adonde llegan las mercaderías de Europa que han de distribuirse a toda Sudamérica, y de donde parten las armadas que llevan los millones de ducados a Tierra Firme y España. Con la riqueza crecen la edificación y el ornato externo de la ciudad. Empiezan a usarse más nobles materiales de construcción para las casas. Se utiliza el roble para las vigas y tablones, primorosamente tallados; se trae piedra de Panamá para los frontispicios, madera de Guayaquil y cedro de granadillo de Tierra Firme y de Nueva España para puertas, celosías, ventanales, balcones, sillas, mesas y vargueños. La falta de canteras en las cercanías de la ciudad, que excluye la piedra de la mayor parte de las construcciones, hace derivar el anhelo plateresco de los artistas hacia la talla en madera. Surgen entonces los altares, los púlpitos, las sillerías de coro, las retorcidas escaleras y los techos artesonados, los balcones calados, todos los prodigios y primores de la marquetería colonial.

Crece también el lujo personal de los limeños. El Padre Cobo se admira en 1629 "de la vanidad de trajes, galas y pompa de criados y librea". En ese año pasan de 200 las carrozas de la ciudad, y son todas ellas cos-

tosísimas, "guarnecidas de oro y seda con gran primor". Nobles y simples ciudadanos visten únicamente ropa de seda. En el interior de las casas se prodigan los damascos y las más finas telas y encajes que se tejen en Holanda, en Venecia, en Bruselas y en Flandes. "No se halla ninguna—dice el cronista que seguimos—, aun de la gente más humilde y pobre, en que no se vea alguna joya o vaso de plata o de oro."

Todo este frívolo fausto está subordinado, sin embargo, al servicio divino. El oro, las piedras preciosas, los tapices y las sedas se prodigan, sobre todo, en los templos o al paso de las procesiones. Las andas pasan cargadas de joyas por calles que la piedad y el orgullo han pavimentado con barras de plata. Las más ruidosas fiestas del siglo XVII son las de la canonización de Santa Rosa y de Santo Toribio de Mogrovejo, fiesta esta última de la que queda en *La Estrella de Lima*, de Echave y Assu, una prueba de que la literatura vestía entonces también su más gallardo oropel.

Pero los santos y los iluminados de la Colonia, que realizan milagros pueriles, como el de hacer sudar a las imágenes o comer en un plato a perro, pericote y gato, no logran salvar a la ciudad del flagelo de los terremotos ni prevenirla contra el ataque de los piratas. En 1687 Lima es destruída por una tremenda sacudida terrestre, y en 1685, el duque de la Palata, celoso guardador de sus riquezas, prefiere preservarla rodeándola de una poderosa muralla con treinta y cuatro baluartes, para defenderla eficazmente de los temibles filibusteros. Son, a pesar de la fe, los dos sucesos más notables del siglo religioso limeño.

LIMA EN EL SIGLO XVIII

Jorge Guillermo Leguía nos ha afirmado en su lujosa descripción de Lima en el siglo XVIII, que, a pesar de los contrastes del comercio, interrumpido por piratas; de la supresión de las encomiendas, de las desmembraciones del Virreinato y del terremoto de 1746, causas que contribuyeron al empobrecimiento de Lima, continuó sin desmayo la fiesta colonial.

El aspecto de la ciudad sigue siendo austero y sombrío como el de un claustro. Los viejos solares, de portalones solemnes, los zaguanes oscuros y las altas cercas de los monasterios, prestan sombra y silencio a las calles. Las campanas—como en la Quito evocada por Rodó—son lo único que suena alto en la ciudad, envuelta, según el decir de Vicuña Mackenna, en "la doble neblina del Rimac y del incienso".

Pero tras la apariencia grave, el alma de la ciudad se sonreía, como el rostro de la tapada bajo el manto encubridor. Dentro de las casas señoriales, la limeña alegraba la vida de los traspatios luminosos, plenos de geranios y de trinos de canarios, y entregaba a la linfa afortunada de los estanques familiares el codiciado secreto de su belleza. Tras de los muros de los conventos surgía la alegre fiesta de los jardines y de los azulejos, y en los claustros propicios el libertinaje triunfaba ya sobre la oración. "A pesar de la religión, que es inflexible—dice Ventura García Calderón—; a pesar de la honra, que es tirana, no es raro el delicioso relajamiento de Versalles."

Vida y cultura llegan al ápice, dice el mismo florido cronista. Pero la hegemonía no la ejercen los emperifo-

llados doctores ni los monstruos de erudición que entonces albergaba la Universidad, sino que la atención, el orgullo y el mimo de la ciudad estuvieron concentrados alrededor del más grácil de los personajes: la limeña. Ella resume lo más típico del setecientos limeño, en el alma, en las costumbres y hasta en el traje. Nadie como ella encarna el ingenio, la agilidad incesante, la malicia y la agudeza de la inteligencia criolla. Por traviesa y por maliciosa, porque comparte con ellos el cetro de la gracia o se los arrebata a menudo la denigran los dos ingenios más cáusticos de la época: el indio Concolorcorvo y el español Terralla y Landa. Pero tanto en *El Lazarillo de ciegos caminantes* como en *Lima por dentro y fuera,* ella es, a despecho de los resentimientos de ambos satíricos, el mayor atractivo del cuadro. Coqueta, supersticiosa, derrochadora, amante del lujo, del perfume y de las flores, ella domina en el hogar, atrae en los portales y en los estrados de los salones, edifica por su piedad en la iglesia, y en los conflictos del amor, de la honra y de la política es el más cuerdo consejero, cuando no el actor más decidido, que obliga a algún desleal a cumplir su palabra o pone en jaque al mismo Virrey del Perú. El único que las desacata y las resiste es el huraño Virrey, a quien ellas llamaron Pepe Bandos, pero es a riesgo de la impopularidad.

Su mayor originalidad y su gracia más genuina la reservaron, sin embargo, para su atavío. La saya y el manto no se usaron sino en Lima. Los visitantes extranjeros se detuvieron siempre seducidos por el pintoresco y enigmático traje de "las tapadas". La saya ceñía tentadoramente las caderas y se detenía a la mitad de la pierna, para dejar visible la media de seda y el menudo pie de la limeña. El manto dejaba solamente al



Una tapada, por Merino.

descubierto un ojo, cuya mirada hacía presumir la gracia oculta del rostro.

El burlón Concolorcorvo dirá a propósito de la clásica vestimenta que las limeñas, "que toda su vizarría la fundan en los vaxos, desde la liga a la planta del pie". La picardía del embozo, las jugarretas que con él realizaban las limeñas, daban a las calles el aspecto de un baile de máscaras. Y fué tal este amable absolutismo, durante el siglo XVIII, que la villa misma pareció construída por el capricho tiránico de la mujer y bajo el dictado de su implacable coquetería.

Hay una íntima correspondencia entre el ambiente de la ciudad, entre la arquitectura misma de ésta y el alma de la limeña. La severidad y aridez de afuera contrastaban con la alegría y desenvoltura de adentro. Muros severos y portalones oscuros resguardaban la andaluza fiesta de los jardines, como la picaresca sonrisa de la limeña se escondía bajo el manto encubridor

La celosía, el mirador, la cancela, toda aquella arquitectura de atisbo y de recato, parece fraguada por la misma fantasía diabólica de quienes imaginaron el manto y manejaban divinamente el arma aleve del abanico.

El personaje céntrico del siglo XVIII no es el políglota y polierudito don Pedro de Peralta y Barnuevo, a pesar de sus conflictos con la inquisición, sino la descocada comedianta Miquita Villegas, "la Perricholi", que se roba el corazón de un Virrey senil y se hace pagar el ardor de una pasión retardada con una quinta versallesca y un paseo de aguas que le sirviera de espejo.

LIMA REPUBLICANA

La mimada ciudad de los Virreyes se transformó con la independencia en la "heroica y esforzada ciudad de los libres del Perú". Por un momento pudo creerse en una transformación radical del alma y del ambiente limeños. En efecto, de 1810 a 1816, la vida limeña cobra una inquietud inusitada. Los primeros levantamientos realizados en las colonias vecinas determinan al Virrey del Perú a asumir la contraofensiva revolucionaria. Lima es por algunos años el cuartel general de la resistencia española y el más fuerte baluarte del Rey. Llegan a su recinto y salen de él tropas peninsulares y criollas que van a deshacer los ejércitos patriotas en toda Sudamérica. Los periódicos—cuya aparición se ha permitido por entonces—son leídos con avidez. La sedición alienta en el mismo palacio del Virrey. Entre sus favoritos y consejeros cada día se descubren nuevas conspiraciones. El lugar de reunión más característico de la época es el café. Allí, alrededor de las mesas en que se juntan a beber, a jugar y a discutir, cuando no a esto sólo, tahures, clérigos, burócratas, desocupados y estudiantes, se comentan en alta voz los sucesos que trae *La Gaceta* y hasta aquellos cuya publicación no ha permitido la censura. Entre los parroquianos hay algún desconocido que pasa por comerciante, y es acaso agente secreto de San Martín, que alienta los descontentos contra el Gobierno y aplaude las exaltaciones de algún joven carolino que, porque diserta a favor de la patria, bien pudiera ser Sánchez Carrión. La discusión, tímida y susurrante al iniciarse, se torna pronto en vocerío, culmina en diálogos irritados

y va a tener un desenlace violento que puede comprometer a muchos, cuando la repentina agudeza de algún fraile disuelve todo aquel acaloramiento en hilaridad. Lima, capital del ingenio, se esforzaba ya, desde 1810, por ser libre, usando su favorita arma del epigrama.

Con la llegada de los ejércitos libertadores de San Martín y Bolívar, la vida se trastorna aún más. "Aquella apacible ciudad de los místicos amores—dice Vicuña Mackenna—comenzó a oír los juramentos de soldados extranjeros a su suelo; el claustro se convirtió en cuartel; el paraíso en eriazo, y aquella olorosa Lima... se puso hedionda con el olor a azufre y con el sudor de los soldados de Ultramar, vestidos todavía con los andrajos de los presidios peninsulares."

Pero la alteración fué momentánea. Pasado el turbión revolucionario, la ciudad recobró su fisonomía y sus costumbres coloniales.

La vida social volvió al siglo XVIII. El reposo, la monotonía, la inercia y el tedio de la ciudad cuando Terralla y Landa escribía en *El Diario,* de 1790, "La semana de un currutaco en Lima", eran los mismos que cuando don Felipe Pardo, en 1840, describía el inusitado "Viaje" del Niño Goyito para el *Espejo* de mi tierra. Radiguet, que contempló y describió Lima cuatro años más tarde, se asombraba de encontrar en ella como en ninguna otra ciudad sudamericana la persistencia arcaica de las costumbres, de los trajes y de las formas arquitectónicas. No habían desaparecido con la República las rígidas distinciones de casta, las "tapadas" seguían vistiendo su típico traje, aunque aprendieran a conspirar, y como los cuartelazos y la algarabía política no dejaban tiempo para innovaciones, la ciudad se conservaba inalterable.

La riqueza fiscal producida por el descubrimiento del

guano, unida a unos cuantos años de paz civil, vinieron a redimir a la capital de su largo período de estancamiento. El Presidente Castilla la dotó de un ferrocarril que la unió al puerto del Callao, de los servicios de agua de que carecía hasta entonces y del enlosado y alumbrado en las calles. La embelleció además con la reparación de la Alameda de los Descalzos y la erección de los monumentos a Colón y a Bolívar.

El segundo impulso de adelanto lo recibe la ciudad en 1870, en el período presidencial de Balta. El ingeniero Meiggs, que trazaba entonces los planos de los más grandes y audaces ferrocarriles peruanos, obtuvo autorización para demoler las opresoras murallas levantadas por el duque de la Palata, que hasta esa época detenían el crecimiento de la población. Esta se extendió entonces prodigiosamente, reemplazando los antiguos muros por anchas avenidas de circunvalación. A la visión certera y previsora de Meiggs se unieron, para transformar Lima, el espíritu artístico y la infatigable actividad de Manuel Atanasio Fuentes, a cuyo gusto y bajo cuya inspiración se trazaron los planos del palacio de la Exposición de 1872 y de los jardines que lo rodean, dentro de los cuales se hallaban los actuales Parque Zoológico y Parque Neptuno.

Piérola, que, según lo ha dicho Gálvez, tuvo el "culto helénico por la ciudad representativa", abrió nuevas perspectivas de adelanto urbano. En su período, de 1895 a 1899, se fundan Compañías urbanizadoras que entregan zonas nuevas a la edificación y prolongan el área histórica de la ciudad a los fundos que antiguamente fueran quintas de recreo y de cita para las cabalgatas de la nobleza colonial y de la no menos encopetada aristocracia republicana. En la antigua huerta de la Victoria, donde el Presidente Echenique diera

un baile deslumbrante, surge un barrio obrero, y al Este de la ciudad la clase media improvisa el barrio alegre y amplio del Chirimoyo. La principal obra edilicia de Piérola es, sin embargo, la apertura de dos grandes arterias centrales: el Paseo Colón, hoy el más hermoso de la ciudad, que dividió los parques de la Exposición, y del que irradian ya múltiples avenidas, y la amplia calle de La Colmena, que fué también concebida por aquel mandatario.

El último y más decidido impulso en esta creciente modernización y embellecimiento de la ciudad pertenece al Gobierno de Leguía. De 1919 a 1930, Lima se ha transformado. El área de la ciudad se ha abierto avasalladoramente paso hacia el Sur. Amplias avenidas de asfalto unen Lima con el Callao, La Punta, Miraflores, Chorrillos, la Magdalena, Chosica y los demás suburbios limeños. Surge una Lima nueva, amplia y clara, rodeada de árboles y césped, algo americanizada por el *confort* y el asfalto, pero que, en algunos aspectos, se adhiere insistentemente a la tradición. En los balnearios limeños, cuya continuidad con la ciudad se halla casi establecida, prepondera en las casas el gusto español o las reminiscencias del estilo colonial y morisco. Perduran celosías y balcones, detona la gracia de los azulejos, y en el interior de las residencias subsisten o se renuevan los moblajes a la usanza colonial: vargueños, mesas taraceadas, sillas de vaqueta y los viejos utensilios de plata que reproduce fielmente una industria limeña rediviva. La tradición impera en Lima invenciblemente, e impone sus normas a los más modernos edificios. Son de estilo español el nuevo palacio arzobispal, el Country Club, el hotel Bolívar y los edificios de la gran plaza San Martín, en construcción. Los nombres de las calles guardan todavía pin-

torescas reminiscencias; hay rincones antiguos que no han perdido su nostalgia, y en algunas plazoletas olvidadas bajo la sombra de la torre, la pileta de la fuente murmura aún el místico rezo de antaño. En los barrios de abajo del Puente y en el mismo corazón de la Lima vieja, subsisten patios abiertos y floridos y balcones confidenciales como confesonarios. Y el viajero prefiere el sabor arcaico del convento de San Francisco y del palacio de Torre Tagle, el enervante aroma de la quinta de la Perricholi, a la vertiginosa excursión por las pistas asfaltadas que llevan al Leuro o al Country Club.

LOS PROTECTORES DE LA CIUDAD

Tuvo la ciudad sus genios tutelares que la levantaron de humildes cimientos, que le otorgaron insignes títulos de nobleza, que la hicieron renacer de sus escombros o prestaron decoro y grandeza a su riqueza arquitectónica. Al que no le recuerda el bronce, o la inscripción lapidaria, el nombre de una calle o el de un instituto, le perpetúa insuperablemente su propio duradero vestigio.

Pizarro es el primero de todos. Es el Júpiter capitolino de cuyo cerebro brota armada y escudada la diosa del casco alígero. Hizo más que trazar el plano de la ciudad, marcar el cuadro de la Plaza Mayor y poner el primer madero de la iglesia. Le legó con el episodio de su muerte su primera y más grande anécdota.

Carlos V le dió para su alarde el escudo que hasta hoy conserva, en el que alternan águilas y coronas sobre el heráldico azul de la lealtad. Gerónimo de Loayza, mirífico pastor de almas, fundó el primer hospital, en el que, para no ser extraño a la historia y al dolor

de la casa, se reservó el último lecho. El marqués de Cañete levantó el primer puente de madera sobre el río. Al conde de Nieva le sorprendió la muerte romántica cuando levantaba los arcos de los portales. El Virrey Toledo inauguró la Universidad de San Marcos, lustre de la vida colonial, e hizo correr el agua traída por el primer acueducto, en la fuente de la Plaza Mayor. El de Montesclaros reconstruyó la ciudad, destruída por un terremoto; levantó el puente de piedra que hasta hoy le recuerda e inauguró el primer teatro. El de Salvatierra instala la magnífica pila de la Plaza. El duque de la Palata y el conde de la Monclova reedifican Lima, arruinada en 1687; el de Navarra y Rocafull encierra la ciudad dentro del cerco de una muralla para defenderla de las miradas de los piratas, y el de Portocarrero restaura los portales. El tercer reconstructor de la ciudad es el conde de Superunda. Lavalle le considera el segundo fundador de la ciudad, y afirma que la Lima de hoy no es la que fundó Pizarro, sino la que formó el Virrey Manso sobre las ruinas de aquélla. Amat, virrey del placer, edificó la Plaza de Toros y, para seguridad de los primeros nocherniegos limeños, estableció el alumbrado y las rondas. Además, echó a los jesuítas. Al Virrey Croix le corresponde la gloria de haber fundado el Colegio de San Carlos, como a Gil y Lemus la de haber auspiciado el *Mercurio Peruano*, la más ilustre publicación limeña. O'Higgins, porque es el único Virrey inglés y porque está cerca el fin del Virreinato, hace abrir una carretera. Y, parece una coincidencia simbólica, Abascal, que es en realidad el último de los Virreyes y el más conspicuo de ellos, lega a la ciudad el Cementerio.

A la lista virreinal hay que agregar la de los penates republicanos. San Martín fundó la Biblioteca Na-

cional. Bolívar creó la organización local, dividiendo la ciudad en cuarteles. Castilla, Balta, Meiggs, Fuentes, Piérola y Leguía marcan luego las etapas civilizadoras ya señaladas.

EL ALMA LIMEÑA

Faltarían un capítulo y un atributo esencial de la ciudad si no habláramos del alma limeña. Hablar no más, ya que definir lo que es inaprehensible, sería empeño presuntuoso.

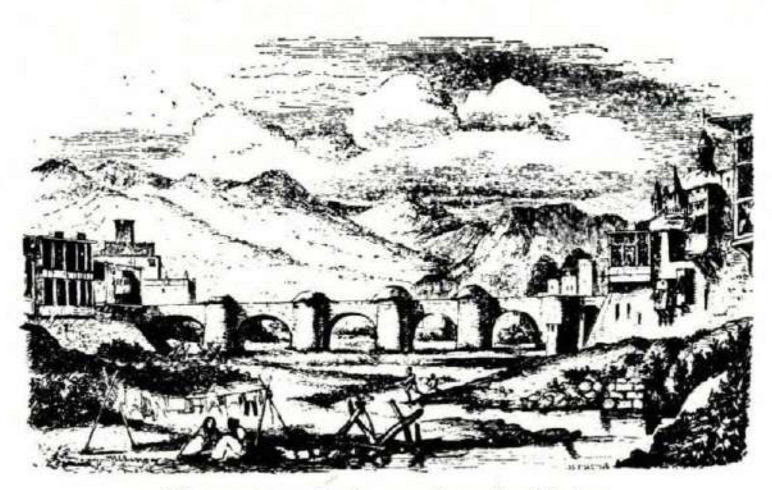
Algo hay, en efecto, de impalpable, pero de real; de desvanecido, pero presente; algo que bien pudiera ser la huella de los más culminantes momentos de su vida o acaso tan sólo una sugestión histórica hallada en los libros; pero es lo cierto que, extraños y nativos, hallan en la fisonomía de la ciudad, en el ambiente de sus calles o de sus rincones antiguos, una como extraviada nostalgia. El pasado vive y persiste en Lima, y atrae con fuerza innegable. Todo en ella tiene una historia. El nombre de una calle, la inscripción de un muro o de un frontispicio, perpetúan un episodio, nimio o característico, conocido u olvidado, pero con un fondo de vida que se aferra, con ansias de no perecer, a algún último vestigio. Historiadores y cronistas han exaltado, extendido y pormenorizado ese culto por la leyenda de la ciudad, al punto que ella constituye todavía su gala mejor y más genuina.

Pero, no sólo en la tradición residió el atractivo y perdura el alma de Lima. En el carácter ligero y burlón de sus habitantes, en la fina gracia de sus mujeres, en el malicioso ingenio y la agudeza de los limeños, señalaron los viajeros la nota más típica y local de nuestra espiritualidad. Fuera redundancia insistir

en el elogio de esa sal criolla que se derrocha en las calles y en los papeles, en los labios y en la pluma, y que hace que conversaciones y versos y periódicos trasciendan siempre un poco a epigrama. En la vida nacional aseguran que fué perniciosa esta irreflexividad limeña, ese "estar siempre de burlas", que condenara "el Discreto". En la literatura, esa traviesa disposición determinó, en cambio, la aparición de un género peculiar, espontáneo y risueño, al que se ha dado el nombre de "criollismo", cuando es más bien limeñismo.

Añorando y riendo escribieron los más auténticos limeñistas, los intérpretes y los evocadores de la ciudad, aquellos por quienes ésta vive en la historia y en la literatura. El más glorioso de todos, el que unió en más sutil alianza tradición e ingenio, lo perdurable y lo efímero del alma limeña, fué don Ricardo Palma. Se confunden de tal modo su picardía con la picardía de la ciudad, la tradición que él noveló con la historia auténtica, que no se sabe ya con fijeza si fué la ciudad la que lo forjó malicioso, o si él le ha prestado su endiablada travesura, si las tradiciones relatan sucesos que pasaron en Lima o si transcurrieron tan sólo en el Virreinato de gracia de su fantasía.

LA FUNDACIÓN



El puente y el río, por Ignacio Merino.

LA FUNDACION DE LIMA

POR EL

PADRE BERNABÉ COBO

(1582-1657)

Al Padre Cobo podría considerársele casi como el cronista oficial de la fundación de Lima. Es cierto que no la presenció, sino que llegó muchos años más tarde de fundada; pero alcanzó aún muchos testimonios vivos de la primera época de la ciudad: conoció aún la catedral pequeña, erigida por Pizarro, que subsistió hasta 1604; los primeros templos limeños y el puente viejo sobre el río, erigido por el marqués de Cañete. Cobo vivió en Lima por espacio de treinta años, de 1599 a 1630, tocándole asistir al embellecimiento de la ciudad presidido por el marqués de Montesclaros. Vió nacer el puente de piedra y la Alameda. Gran viajero, recorrió todo el Perú y vivió largos años en México, regresando, después de veinte de ausencia, a morir en su predilecta ciudad de Lima, en 1657. Fruto de sus viajes e investigaciones fué su famosísima Historia del Nuevo Mundo, *de la que se conserva íntegra su historia de los vegetales. El acucioso jesuíta fué el revelador de*

la flora americana y, por sus intuiciones y descripciones científicas de las plantas, el primer botánico del Nuevo Mundo. La misma prolijidad que puso en describir árboles y flores usó para escribir, con amorosa delectación, la historia de Lima. Sobre la fundación de la ciudad recogió los últimos testimonios directos y extrajo los documentos más significativos. El nos ha conservado el acta de la fundación, los actos preliminares de ésta y la fundación del Cabildo. Su libro, Historia de la Fundación de Lima, *publicado en nuestra ciudad por primera vez en 1882, por el erudito peruano González de la Rosa, contiene la historia de los templos, conventos, hospitales, colegios, edificios, virreyes, arzobispos, de la Inquisición y de la Universidad, cuyo origen y vida están reseñados con paciencia de herborista. De él son los capítulos siguientes sobre la fundación de la ciudad y los copiados más adelante sobre la Lima de la época de Montesclaros.*

I

JAUJA, PRIMERA CAPITAL PROVISORIA

DE LA FUNDACIÓN DE LIMA EN EL VALLE DE JAUJA Y CÓMO TRATARON LUEGO SUS VECINOS DE PASARSE A LOS LLANOS Y COSTAS DE LA MAR

En la ciudad de Lima, el imperio y corte de este reino de la Nueva Castilla del Perú, y tan esclarecida por muchas excelencias que en ella concurren, que sólo le faltan los años para poder competir en grandeza y majestad con las más nobles de Europa (calidad que sin sentírsele irá dando el tiempo), si bien se ve, y mayor gloria, como lo es que sus principios sean tan claros, que no sea menester para conocer su origen y nacimiento revolver historias antiguas, rastrear etimologías y examinar conjeturas, como se hace en las historias de otras ciudades, por haber comenzado las más de ellas escasas y de principios humildes y oscuros. Pero es razonable, porque desde que sólo tuvo ser fué señora, Corte y cabeza de la gobernación de este reino;

no fué poblada poco más o menos, ni con chozas de gentes rústicas, sino con mucho acuerdo por valerosos capitanes conquistadores de extraños reinos, y lo que es gloria, sobre todo honra humana, el haber sido fundada para maestra de la verdadera sabiduría, que es el conocimiento y culto del verdadero Dios, desde donde fuesen enseñadas las gentes de estas provincias y reinos.

Alargaréme al tratar de su origen, progreso y buenas calidades, lo que los historiadores de otras ciudades gastan en averiguar e inquirir antigüedades dudosas: lo uno, para que de lo que de la ciudad como metrópoli del reino se dijese se alcance mayor conocimiento de lo que al principio del mismo reino toca, y lo otro, para que, viendo en esta escritura las diligencias y consejos con que sus pobladores la fundaron, entendamos que en todas las demás que poblaron en esta tierra guardaron el mismo estilo, y no condene nadie fácilmente a los conquistadores de inadvertidos y descuidados en esta parte. Fué, pues, el principio y origen de esta nueva república en esta forma:

Habiendo el Gobernador don Francisco Pizarro, conquistador y fundador de este reino del Perú, llegado con su ejército al valle de Jauja, pacificando y poniendo en obediencia de su Rey las provincias del Imperio de los reyes Incas, llamado Tahuantinsuyo; considerando que se alejaba mucho de la ciudad de San Miguel de Piura, que había poblado, sin haber en tan grande espacio de tierra como quedaba atrás presidio de soldados, ni fuerza para conservar lo ganado, y sobre todo, atraído de la comodidad y aparejo de la comarca, por ser un valle muy capaz, ameno, abundante de mantenimientos y muy poblado de indios, habiéndolo consultado con los principales del campo, tomó reso-

lución de hacer en él la segunda población de españoles. Señaló sitio y nombró por vecinos a los soldados en quienes encomendó los repartimientos de indios que ahora caen en el distrito de este obispado de Lima; asentóla en la ribera del río, junto al pueblo de indios llamados Hatunjauja, y esto por vía de depósito, con intención que si después de explorada y vista la tierra se hallase otro sitio más conveniente se trasladaría a él, pero entre tanto sirviese de presidio para enfrenar y tener en obediencia los indios de la comarca, que eran muchos, y andaban inquietos y bulliciosos maquinando novedades. Hizo esta fundación en el año de 1532, con sólo 40 españoles. Nombró alcaldes y regidores, y dejando por su teniente a el tesorero Alonso Riquelme, partió con el resto del ejército para la ciudad del Cuzco. Este principio tuvo esta gran ciudad de Lima, el cual refiérese tan sucintamente por no haber permanecido en aquel primer asiento, ni haber sido aquella fundación más que un depósito de la República en aquel valle, entre tanto que se acababa de pacificar la tierra, para después con más acuerdo, y cual era menester, buscar sitio a propósito en que trasladarla, como se hizo; y porque esta mudanza al asiento que ahora tiene es tenida por su propia fundación, no embargante que fué hecha por vía de traslación del Consejo y Cabildo, trátese de ella más a la larga, como de su legítimo nacimiento, que pasó así:

Después que el Gobernador don Francisco Pizarro hubo ganado la ciudad del Cuzco, corte de los reyes Incas, y hecho la población de los españoles, descendió a la costa de la mar para resistir la entrada en la tierra al adelantado don Pedro de Alvarado, como queda dicho en su lugar; visitó de camino su nueva población de Jauja, y hallando a los vecinos descontentos de

aquella vivienda, de pedimento de ellos acordó mudarla a otro sitio más vecino a la mar; y porque las causas que movieron a sus procuradores para procurar esta traslación se verán mejor por los autos que para efectuarla se hicieron, me pareció poner aquí una copia de ellos, sacada del primer libro del Cabildo de esta ciudad, en que está todo lo que sobre de esta fundación se escribió, que es del tenor siguiente:

"En la ciudad de Jauja á 28 días del mes de Noviembre de 1534, estando en su Cabildo y ayuntamiento, según que lo han de uso y costumbre, los muy nobles señores Juan Mogrobejo de Quiñones, el Veedor García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas y Gregorio de Sotelo, rejidores de esta dicha ciudad, y en presencia de mí, Juan Alonso, escribano del Cabildo de esta ciudad, dijeron: que por cuanto al muy magnífico señor Gobernador Francisco Pizarro le pareció que los vecinos que tenían indios de repartimiento en la costa de la mar se debían ir á poblar á la costa, por el mucho daño y trabajo que los indios de sus repartimientos tenían en traer los bastimentos y provisiones para sus amos, y que los demás que tenían indios en la sierra se recibiesen en esta dicha ciudad; lo cual visto y sabido por nos fué requerido por parte del procurador de esta ciudad y después por la nuestra, según más argumentos que los dichos requerimientos parece, y después de sobre ello altercado y pasadas razones, el señor Gobernador dijo: que su voluntad era hacer lo que convenía en semejante caso para el bien y pro de los naturales de esta tierra, y que para semejante caso convenía que á toque de campana fuesen llamados los vecinos de esta ciudad sobre ello, y que cada uno de ellos dijese su parecer ante el escribano y lo firmase de su nombre; lo cual así fué hecho, y después de

junto y firmados dijeron los dichos vecinos: que les parecía que el pueblo principal se hiciese á la mar y que éste no se debía dividir, sino que juntamente se poblase como tenía dicho á la costa; y por nos visto el dicho su parecer y lo que más se debe mirar en semejante caso, y viendo que el señor Gobernador mandaba en hacer pasar los vecinos que tenían indios en los llanos, dijeron que su parecer es: que según la calidad de la tierra, así por ser fría y de muchas nieves y falta de leña, por tenerla lejos, y asimismo por estar cuarenta leguas de la mar y el camino muy despoblado, malos pasos, muy ásperos y de muchas nieves, donde los caballos no pueden caminar con carga para proveerse los vecinos de esta dicha ciudad, demás del mucho daño que han recibido y reciben los naturales para traerlos cargados con bastimentos; lo cual es en perjuicio á lo que su Majestad manda y libertad de los indias naturales, que por cargarlos han sido muchos de ellos muertos y alejádose de sus pueblos y huídose á la sierra. De donde ha de resultar abatimiento de la tierra y desasosiego de toda ella, y siendo pocos vecinos, á mí me parece que no sea de más de treinta vecinos, no pueden salir á pacificar los rebeldes ni aun sufrir la vela y ronda de esta ciudad, por donde conviene al servicio de su Magestad y al bien de los pobladores que este pueblo se mude y pase, juntamente con los vecinos de los llanos, para que todo sea un pueblo y aquél se acreciente.

"Otrosí, es muy gran perjuicio y falta á los vecinos y pobladores de esta dicha ciudad que en ella ni en sus términos ni en ninguna parte de la sierra se pueden criar puercos, ni yeguas, ni aves, por razón de las muchas frialdades y esterilidad de la tierra; porque como se ha visto por esperiencia á muchas yeguas que

han aquí parido, morírseles las crías, de más de no haber madera para solamente hacer casas de maderas, sino fuese con mucho trabajo para los naturales de esta tierra. Por ende, conformándose con la fundación de este pueblo y con una cláusula que dice: que porque al presente no se hallaba otro lugar ni sitio más conveniente que esta dicha ciudad, se hacía la fundación hasta que hubiese otro lugar más aparejado para poblar. Porque al presente no se podía buscar por causa de andar en la guerra, y ahora conformándose y viendo ser cosa justa lo que los vecinos y pobladores dicen, y piden que se haga el pueblo principal a la mar, y que no se dividan los vecinos en dos pueblos sino en uno, adonde más convenga al servicio de su Majestad y bien de los conquistadores y pobladores. Todo lo cual nosotros decimos nuestro parecer y si necesario es ahora lo requerimos, que habiendo de mandar su Señoría que los vecinos que tienen repartimientos en los llanos se hayan de ir á vivir allá, que su Señoría debe hacer un pueblo á la mar, juntamente de los vecinos de esta ciudad y de los otros que más pudiese allegar, porque por las causas dichas este pueblo y sus vecinos de él no se pueden sustentar; y esto dijeron, daban por su parecer y lo firmaron de sus nombres: Juan Mogrobejo, Sebastián de Torres, Gregorio de Sotelo, García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas, Juan Alonso, Escribano.

"Y luego en este dicho día, yo Juan Alonso, escribano, notifiqué lo de suso contenido á su Señoría en su persona, testigo el Tesorero Alonso Riquelme y el veedor García de Salcedo. Y después de lo susodicho en este dicho día, estando en el dicho Cabildo los dichos Justicia y Regimiento, y por ante mí el dicho Juan Alonso, escribano, presente el dicho señor gobernador

y el tesorero Alonso Riquelme y García de Salcedo, veedor, oficiales de su Majestad; habiendo visto los presentes pareceres de los vecinos de esta ciudad y el pedimento y requerimiento de su Señoría hecho por el procurador de esta dicha ciudad, y por los Alcaldes y Rejidores de ella, y vistas las causas y razones por ellos dichas, y lo que al servicio de su Majestad conviene, conformádose con la voluntad de todos los vecinos de esta ciudad, y con lo que á ella y á estos reinos conviene por las dichas causas presentadas en sus requerimientos y pedimentos y pareceres, y por otras que á ello lo mueven, que aquí no declara su Señoría, dijo: que no embargante, del repartimiento de los naturales comarcanos á esta ciudad, y los que viven á la costa de la mar piden que se haga el pueblo, y está hecho por causas más convenientes á su bien y provecho y sustentamiento; era y es contento de mandar pasar esta dicha ciudad á los llanos y costas de la mar, en el lugar más conveniente y que mejor sea para la fundación y sustentamiento de ellos; y que luego por lo mucho que conviene, se partiera á ver y buscar el mejor sitio, para fundar y mudar esta ciudad á los dichos llanos, y que buscado y visto, pasado y fundado el pueblo, dará licencia á los vecinos de esta ciudad para que todos junto con el oro que su Majestad aquí tiene, se vayan y pasen al dicho pueblo con sus casas y haciendas. Porque si ahora se fuesen no estando el sitio buscado, ni el pueblo fundado, ni los solares repartidos, no se haría tan sin trabajo como después, y los dichos oficiales asimismo dijeron: que lo que su Señoría dice es bien para estos reinos y servicios de su Majestad, y se conformaban con ello, porque es lo que conviene á los pobladores de esta ciudad, y los naturales de su comarca; lo cual su Señoría y los dichos oficiales dijeron

que les parecía y parece que se debe hacer, pues es señorío de su Majestad, y por los vecinos de esta ciudad le es pedido; y lo firmó su Señoría de su nombre.—*Francisco Pizarro, Alonso Riquelme* y *García de Salcedo.*"

Hasta aquí son los autos que se hicieron acerca de trasladar esta ciudad del valle de Jauja, en los cuales se declaran las principales causas y motivos que hubo para tomar la resolución que con tanta deliberación y acierto se tomó; con todo eso, no quiero dejar de advertir cómo en algunas de las razones que alegaron aquellos pobladores y primeros vecinos de esta ciudad manifiestamente se engañaron, por razón de la poca experiencia que tenían de la calidad de la tierra, como fué las tachas que al sobredicho valle de Jauja le pusieron: de que era estéril y que no se criaban bien en su comarca caballos, puercos y aves, pues hemos oído todo lo contrario, porque es muy abundante de trigos y todo género de granos, legumbres y frutos, así de la tierra como de los de España, y en especial es tan grande el acopio de puercos y gallinas que en él se crían, que gran parte de lo que de este género se gasta en esta ciudad de Lima se trae de ella, y su temperamento es tan sano y regalado, que muchos van de esta ciudad a cobrar salud y convalecer a aquel valle; con todo eso, no hay duda sino que anduvieron muy acertados sus pobladores en pasar esta ciudad al sitio en que ahora está, respecto de ser el más dispuesto y aparejado que se podía hallar para la contratación, y consiguientemente para que en tan pocos años llegara a el aumento y grandeza en que la vemos, lo cual de día en día va siendo mayor.

II

ELECCIÓN DEL SITIO DE LA CIUDAD

DE LAS DILIGENCIAS QUE HIZO EL GOBERNADOR PIZARRO EN BUSCAR SITIO CONVENIENTE DONDE ASENTAR ESTA POBLACIÓN

Decretada la traslación de la nueva ciudad, partió el Gobernador con parte de su gente a la costa de la mar, para buscar con su misma persona el sitio más a propósito en que poblar. También nombró del regimiento de Jauja personas que con especial cuidado explorasen la tierra y mirasen la disposición que tenía para la po blación. Llegado el Gobernador al valle de Pachacamac, cuatro leguas distante de esta ciudad, encomendó a otras personas distintas nombradas por el Cabildo el cuidado de buscar y elegir el sitio en que se debía de poblar, como todo consta de la comisión que se dió a los exploradores, y lo que con juramento depusieron, que es como sigue:

"En la ciudad de Jauja, á los cuatro días del mes de Diciembre de 1534, estando en Cabildo y ayuntamiento los muy nobles señores Juan de Mogrobejo de Quiñones, teniente de gobernador y alcalde ordinario de esta ciudad, García de Salcedo y Gregorio de Soto, regidores de esta ciudad, y por ante mí Juan Alonso, escribano del Cabildo de esta ciudad, entre otras que platicaron ser cumplidores del servicio de Dios y de su Majestad, dijeron que por cuanto el señor gobernador había acordado de mudar esta dicha ciudad y los vecinos y moradores de ellas á los llanos y costa, por cuanto

que acordaban, y acordaron, que el veedor García de Salcedo y Rodrigo de Mazuelas rejidores de esta ciudad, y juntamente con ellos Francisco de Herrera procurador de esta ciudad, vayan á ver la costa y lugar donde mejor les pareciere que convenga al servicio de su Majestad, y al bien de los vecinos y moradores de ella que la dicha ciudad se asiente, y vean y miren que tenga las cosas necesarias que cualquiera buen asiento de pueblo debe tener; y para ello dijeron que les daban y dieron poder según que ellos le tienen, contadas sus presidencias y dependencias, autoridades y conexidades, y lo firmaron de sus nombres, y para que puedan requerir al dicho señor gobernador que asiente el dicho pueblo donde á ellos mejor les pareciere.—*Juan Mogrobejo, Sebastián Torres, García de Salcedo, Gregorio de Sotelo.*"

El mandamiento que dió el Gobernador a los que envió a explorar la tierra es el que sigue:

"El Comendador Don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitán General y Gobernador en esta provincia de la Nueva Castilla, por su Majestad, digo: que por cuanto los vecinos y universidad de la ciudad de Jauja me pidieron, viendo que en aquel asiento que estaba no podía sostenerse al servicio de su Majestad y bien de los indios, porque recibían mucho trabajo en servir, por estar como están muy lejos; y á esta causa se disminuían y padecían necesidad los vecinos, y por otras muchas causas que parecían evidentes, que lo mudase; y porque me pareció que así convenía al servicio de su Majestad, yo túvelo á bien de mudar el dicho pueblo en esta provincia de Pachamac, en el asiento del cacique de Lima; porque me pareció que está en comedio de tierra donde los dichos indios puedan servir con poco trabajo y mejor sostenerse, y por estar como está

junto á él muy buen puerto para la carga y descarga de los navíos que vinieren á estos reinos, para que desde aquí se provean de las cosas necesarias los otros pueblos que están fundados y se fundaren la tierra adentro, y por estar como está el comedio de la tierra á propósito para lo susodicho; y porque conviene, primero que asiente el dicho pueblo, que se vean y pasee, en los términos y tierras de dicho cacique de Lima, y se examine el asiento lo mejor que se pudiere, que tengan las calidades que se requieren tener para que esté bien situado.

"Para hacer lo susodicho es menester nombrar personas cuerdas que sepan y entiendan las calidades y disposición de tierras en que conviene tener el dicho asiento. Por cuanto y porque, vos Ruiz Dias y Juan Tello y Alonso Martín de Benito, son personas muy antiguas en estas partes, y que os habéis hallado en fundación de muchos pueblos, en ello tenéis la experiencia necesaria y conocimiento para buscar asiento conveniente para el dicho pueblo; por la presente, en nombre de su Majestad, vos nombro para que vean hacer lo susodicho todos juntos y vos mando que luego os partáis y vayáis al dicho asiento y provincia de Lima, y en ella y en su comarca busquéis y miréis muy bien dónde se puede asentar y poblar el dicho pueblo, que tenga las calidades que conviene para que perpetúe, como conviene al servicio de su Majestad, y después de haber mirado según dicho es, con la relación de ello para que yo haga y provea cerca de ello lo que más convenga al servicio de su Majestad y á la población de dicho pueblo; y porque la leña parece que es la más necesaria para el dicho pueblo, por la falta que hay en estas partes de ella, mucho os encargo que la busquéis y os informéis de los caciques por donde andu-

viereis, y lo veais todo, por manera que de todas las calidades que hallareis que el dicho pueblo puede tener me hagáis entera y verdadera relación, como de vosotros confío, fecho en Pachacamac á 6 de Enero de 1535.—*Francisco Pizarro;* por mandato de su señoría, *Antonio Picado.*"

"En el pueblo de Pachacamac, á 13 días del mes de Enero de 1535 ante el dicho señor Gobernador parecieron juntos los dichos: Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Benito, y en presencia de mí el escribano infrascrito, y dijeron que ellos por virtud del mandamiento de su señoría han ido á ver la tierra para buscar el asiento, conforme al dicho mandamiento y que están prestos á declarar mandándoselo el señor Gobernador.

"Y luego el señor Gobernador tomó y recibió juramento en forma de derecho á los dichos Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Benito, y de cada uno de ellos por Dios y por Santa María su Madre y por una señal de la Cruz, como ésta †, en que puso cada uno su mano derecha corporalmente y por las palabras de los Santos Evangelios de quien era menester, y mejor y más largamente están escritos, que bien y fielmente con toda verdad declaran y dirán lo que les parece acerca de dicho asiento; los cuales dijeron: sí juro y amén; y habiendo jurado y prometido decir verdad, dijeron y dispusieron cada uno de ellos por sí lo siguiente:

"El dicho Juan Tello, habiendo jurado según dicho es, dijo: que él fué mandado de su señoría juntamente con los dichos, D. Alonso Martín de Benito y Ruiz Días á ver el dicho asiento, y que há seis días que lo andan estando por toda la tierra alrededor del pueblo de Lima, y que le parece que el asiento para hacer el dicho pueblo que se ha de hacer, estará muy bien en el asiento de

Lima; porque la comarca es muy buena, y tiene leña y tierras para sementeras y cerca puerto de la mar; y es asiento airoso, alto y escombrado que á la razón parece ser sano, tal cual conviene para asentar el dicho pueblo para que se perpetúe, y los indios que han de servir en él á los dueños no recibieron mucho trabajo por estar como están en comarca de él, y que por esto, es lo que le parece á cargo del dicho juramento, y lo firmó.—*Juan Tello.*

"El dicho Alonso Martín de D. Benito, habiendo jurado según dicho es, dijo: Que él fué por mandato de su señoría, juntamente con los susodichos Ruiz Días y Juan Tello, á ver y buscar el asiento para el pueblo que se quiere fundar en el asiento de Lima y que há seis días que lo anda, buscando y mirando el mejor sitio, y que habiendo paseado todo el (territorio del) cacique de Lima y la comarca de él, le parecía que el dicho asiento que hay en toda la tierra que vieron; porque el asiento tiene buena agua y leña en la comarca, muchas tierras buenas para sementeras y cerca del puerto de la mar, airoso y al parecer sano, y que tiene muy buenas calidades y es asiento tal, cual conviene para que el dicho pueblo se perpetúe; y que allí estaba el dicho pueblo muy bien situado, y que ésta es la verdad de lo que le parece, á cargo del juramento que hizo y lo firmó de su nombre.—*Alonso Martín.*

"El dicho Ruiz Días, habiendo jurado según dicho es, dijo: que él fué una de las personas nombradas por el dicho señor gobernador, para que fuesen á ver y buscar el asiento para el pueblo que quiere fundar en el asiento de Lima, y que há ciertos días que lo han andado, buscando juntamente con él dicho Juan Tello y Alonso Martín de D. Benito en la tierra del dicho cacique de Lima, y en su comarca, y después de haber pa-

seado y mirado muy bien dónde se podía fundar el dicho pueblo, para que tuviese las calidades que se requiere tener los pueblos que se han de fundar, le parece que el asiento de Lima es el mejor sitio que vió, halló y miró, es (al parecer) sano y cerca del puerto de la mar, airoso y tiene muy buenas salidas y tierras para labrar muchas, sin perjuicio de los indios, y en la comarca de él hay mucha leña y tiene todas las calidades que conviene examinarse para que el dicho pueblo tenga buen sitio y asiento, para que se perpetúe; y que esto es lo que le parece, á cargo de dicho juramento, y lo firmó de su nombre.—*Ruiz Días.*—Pasó ante mí, *Antonio Picado.*"

Por los autos referidos se echan de ver las diligencias tan grandes que hizo el Gobernador don Francisco Pizarro, fundador y padre de esta República, en buscarle sitio conveniente, y con cuán maduro consejo y diligente examen se hizo elección de este de Lima, que parece que tenía barruntos aquel esclarecido varón del notable aumento y majestad a que ha venido esta población, a que él entonces daba principios con tan pequeños y flacos fundamentos, si bien no del infeliz y desastroso fin con que la inconstante fortuna había de rematar sus hazañas heroicas y gloriosas empresas, quitándole cruelmente la vida por mano de sus enemigos dentro de seis años, en el mismo pueblo que ahora tan cuidadoso fundaba para dar descanso en él a su fatigada vejez, quebrantada con las continuas guerras y excesivo trabajo que en la conquista y establecimiento de este reino por tantos años padeció. Para mí tengo por indicio justo de que Dios Nuestro Señor ponía su mano con especial favor en esta fundación, y a lo mucho que había de ser servido y glorificado su santo nombre en esta cristianísima ciudad, el haber guiado a sus pobla-

dores a esta comarca y movídolos a que con tanta conformidad tomasen sitio en ella Pues con no tener, cuando lo buscaban, descubierta ni vista toda la tierra, acertaron hacer elección del mayor y más a propósito que hay en toda ella para el intento que les movía, que era asentar la Corte y metrópoli de todo el reino. Porque desde que comenzaron a tratar de esta fundación fué con el fin de que esta población había de ser la principal y el emporio y silla del Gobierno de esta República; y es cosa conocida por tantos años de experiencia, sin que se hallase hombre de buen juicio que sienta lo contrario, que la Corte y residencia del Gobierno está mucho mejor en esta costa de la mar que no en la tierra adentro, así para el buen despacho y expediente de los negocios como para hacer mejor instancia a los enemigos cuando infestan las comarcas y costas de este reino; y no es menos notorio no haber en todas estas costas del Sur otro valle y campiña más dispuesta, acomodada y fértil, con puerto tan capaz y seguro como esta comarca de Lima. Escogieron, pues, este valle los tres sobredichos exploradores para asiento de la ciudad, el mismo que tenía un lugarejo de indios que en medio de él estaba, siguiendo en esto el dictamen que comúnmente guardaban los pobladores en estas Indias. Los cuales, como no pudiesen tan en breve tener entera noticia y experiencia de la tierra y sus cualidades, para escoger conveniente sitio en que poblar, juzgaban prudentemente por el mejor y más a propósito el que los naturales tenían poblado: lo uno, por hallarlo ya proveído de agua, leña y otras cosas necesarias a una república, y lo otro, porque conjeturaban sería el más sano; y fundamento era el que, en tantos años como sus fundadores tenían de experiencia, no dejarían de haber escogido para su vivienda el asiento más conve-

niente, mayormente siendo sus edificios y casas tan leves y de tan poco ruido; y consta que cuando hubieran errado en su elección al principio, luego que cayeron en la cuenta y advirtieron su yerro lo habrían enmendado, pasándose a mejor puesto, sin que se les pusiese por delante para dejar de mudarse el trabajo de labrar nuevas casas, que tan poco tiempo les había de llevar.

III

LA FUNDACIÓN

DE LA FUNDACIÓN DE ESTA CIUDAD Y EL SITIO EN QUE PERMANECE, Y LOS TÉRMINOS QUE ENTONCES LE FUERON DADOS, CON LOS QUE AHORA TIENE

Oída por el Gobernador don Francisco Pizarro la declaración que jurídicamente hicieron los exploradores sobre el sitio que habían hallado en que poblar, sin más detenerse, partió al punto para él desde el pueblo de Pachacamac, por satisfacerse por vista de ojos si era tan a propósito como se lo pintaban, y, lo principal, por hacer por su misma persona la fundación de esta ciudad. Llegado a este valle y al pueblo de Lima, y hallando ser así como le habían informado, aprobó la elección del sitio y, pagado de su bondad y comodidades, hizo en él la fundación de esta ciudad por el auto siguiente:

"Después de esto, en el dicho pueblo de Lima, en 18 días del mes de Enero del dicho año (1535), el señor Gobernador en presencia de mí el Escribano y testigos y suso escritos, dijo: que por cuanto visto el dicho pedimento á él hecho por la justicia, rejimiento y vecinos

de dicha ciudad de Jauja, él proveyó á los dichos Ruiz Días, Juan Tello y Alonso Martín de Benito para que viniesen como vinieron á ver el dicho asiento y parecer del dicho cacique de Lima, cerca de lo cual dijeron sus pareceres según que todo lo suyo se contiene, y que ahora él ha venido juntamente con los señores oficiales de su Majestad: Alonso Riquelme, tesorero; García de Salcedo, veedor, y Rodrigo de Mazuelas, que fué nombrado juntamente con el dicho veedor por el dicho Rejimiento, para hacer lo susodicho, y ha visto y paseado ciertas veces las tierras del dicho cacique de Lima, y examinado el mejor sitio, y le parecía y fué parecido que el dicho asiento del dicho cacique es el mejor, y junto á él el río, contiene en sí las calidades susodichas que se requieren tener los pueblos y ciudades para que se pueblen y ennoblezcan, y se perpetúen y estén bien situados; y porque conviene al servicio de su Majestad y bien y sustento común y población de estos sus reinos, y conservación y conversión de los caciques é indios de ellos, y para que mejor y más presto sean instruídos y reducidos al conocimiento de las cosas de Nuestra Santa Religión. Por lo cual, en nombre de sus Majestades, como su Gobernador y Capitán General de estos dichos reinos, después de haber hallado el dicho sitio con acuerdo y parecer de dichos señores oficiales de su Majestad, que de sus mercedes se hallaron, y del dicho Rodrigo de Mazuelas, mandaron y mandó que el dicho pueblo de Jauja, asimismo el de San Gallán, porque no están en asiento conveniente, se saquen á este dicho asiento y sitio. Por cuanto el dicho pueblo de Jauja se fundó, visto que la tierra no estaba vista, para que el dicho pueblo estuviese mejor fundado, é hizo la dicha fundación de él, con ordenamiento y condición que se pudiese mandar á otro lugar que más conveniente

pareciere, y que ahora como dicho es, conviene que de los dichos pueblos se haga nueva fundación y porque el principio de dicho pueblo y ciudad ha de ser en Dios y por Dios, y en su nombre, como dicho es, conviene principiarlo en su iglesia; comenzó la fundación y traza de la dicha ciudad, de la iglesia que puso por nombre Nuestra Señora de la Asunción, cuya advocación será, en la cual como Gobernador y Capitán General de su Majestad de estos dichos reinos, después de señalada la plaza hizo y edificó la dicha iglesia, y puso por sus manos la primera piedra y los primeros maderos de ella, y en señal y tenencia de la posesión que justamente tiene tomada en estos dichos reinos, así de la mar como de la tierra descubierta y por descubrir, y luego repartió los solares á los vecinos de el dicho pueblo, según parecerá por la traza que de dicha ciudad se hizo. La cual espera de Nuestro Señor y su bendita Madre que será tan grande y tan próspera cuanto conviene y la conservará y aumentará para perpetuamente de su mano, pues es hecho y acabado y edificado para su santo servicio y para que su santa fe sea ensalzada y aumentada entre estas gentes bárbaras, que hasta ahora han estado descuidadas de su conocimiento y verdadera doctrina y servicio, para que la guarde y conserve y libre de los peligros de sus enemigos y de los que mal y daño le quisiesen hacer, y confío en la grandeza de su Majestad, que siendo informado de la fundación, confirmará y aprobará la dicha población de mí en su real nombre hecha, y le hará muchas mercedes para que sea ennoblecida y se conserve en su servicio, y los dichos señores Gobernador y oficiales reales, lo firmaron de sus nombres; y asimismo el dicho Rodrigo de Mazuelas testigos que fueron presentes; Ruiz Díaz y Juan Tello y Domingo de la Presa, escribano de su Majes-

tad, estantes en el dicho asiento y cacique de Lima.— *Francisco Pizarro, Alonso Riquelme, García Salcedo, Rodrigo de Mazuelas.*"

Que asentada y trazada la ciudad, conforme a la planta y dibujo que para ello se hizo en papel, en el mismo asiento del pueblo de indios, dichos Lima, que estaba en la ribera del río, a la banda del Sur, en el mismo sitio y lugar que hoy ocupa la plaza y casas reales, 40 leguas distantes del primer asiento que tuvo en el valle de Jauja, 38 leguas de San Gallán y cerca de la mar y puerto del Callao, en 52 grados escasos de elevación del polo antártico; concluído con la fundación y reparto de solares, se pasaron luego aquí los vecinos, y rastros se ven el día de hoy del Tambo real de Hatun-Jauja; también se mudaron y avecindaron en este lugar los españoles que habían comenzado la población de San Gallán, en el valle de Pisco, siete leguas de la mar río arriba, donde permanecen hasta ahora muchos montones de adobes que habían hecho para edificar algunas paredes, y hasta casas que iban labrando. Había cometido el Gobernador Pizarro la fundación de aquel pueblo a Nicolás Rivera y mandado se pasen a él los vecinos de Jauja que tenían repartimiento de indios en los llanos.

Los términos que en su fundación le fueron señalados a esta ciudad es todo lo que se comprende en la jurisdicción de este arzobispado y de Guamanga, y encomendó el Gobernador en sus pobladores los repartimientos de indios que se contenían en ellas. Pero duráronle poco estos tan extendidos y amplios límites, porque la intención del Gobernador era que las poblaciones de españoles se hiciesen en las mismas provincias y comarcas de los repartimientos y caciques que a los pobladores se daban en encomienda y depósito, para que los indios no fuesen trabajados en acudir de lejos a ser-

vir a sus encomenderos (que es causa con que le había movido a querer dividir el pueblo de Jauja, como queda visto). Luego que esta ciudad comenzó a crecer con los muchos españoles que habían acudido a avecindarse en ella; visto que ya no había ningún peligro en dividir las ruezas, puso por obra su intento, fundando en la población de Guamanga la ciudad de San Juan, y mandando se pasen a ella los vecinos de ésta que tenían repartimiento en aquellas provincias. Hízase aquella población por el mes de febrero de 1539, la cual resistió y contradijo tanto esta ciudad, aunque ya llegaban sus vecinos a doscientos, que nombró a Domingo de la Presa, alcalde ordinario, y a don Juan de Barbarán y a Juan de Berrio, todas las personas principales, para que pareciesen ante el Gobernador y le hiciesen un requerimiento, representándole el daño y perjuicio que se seguía a esta ciudad de sacarle sus vecinos para ir a poblar a otra parte. Mas, sin embargo de este requerimiento, la población fué hecha, y con el distrito que se le dió se acortaron los límites de esta ciudad.

Tres años después, que fué el 1542, el Gobernador de Vaca de Castro fundó la ciudad de León de Guánuco, en la jurisdicción de esta de Lima, quitándole las provincias que señaló por distrito de las de Guánuco, no obstante la contradicción grande que le hizo esta ciudad a aquella población, que en 6 de noviembre del mismo año de 1542 dió poder a Pedro de Valladolid, procurador de causas, para que ante el Gobernador contradijese aquella población, por caer en términos suyos y estar repartidas aquellas provincias en vecinos de esta ciudad de Lima, y que en caso de que se poblase pidiese al Gobernador la dejase a la jurisdicción de esta ciudad; pero ni lo uno ni lo otro alcanzó después. Así han fundado otros pueblos de españoles, y con el trans-

curso del tiempo se ha ido repartiendo y dividiendo el distrito a esta ciudad en los corregimientos que se han ido acrecentando, con que se ha venido a estrechar sus límites, que no tiene hoy más que cinco leguas en su contorno, si bien es verdad que en lo que toca a las encomiendas de indios pertenecen a esta ciudad, en cuyos vecinos están repartidos los de los regimientos y provincias siguientes: Ica, Cañete, Cercado, Jauja, Yauyos, Guarochirí, Canta, Chancay, Santa, Guayla y Cajatambo, que cogen todos el lugar de la costa del arzobispado, en que hay más de veinte pueblos de españoles, las cinco villas y los demás lugares, 340 de indios, y en ellos 71 encomiendas; 26.000 indios tributarios y once a doce mil vecinos españoles, con los de esta ciudad; 140 doctrinas y curatos, en pueblos de indios y españoles.

CARTA DE LOS REYES DON CARLOS Y DOÑA JUANA, SU MADRE, DE VALLADOLID, A 3 DE NOVIEMBRE DE 1536, AL GOBERNADOR FRANCISCO PIZARRO, APROBANDO LA FUNDACION DE LIMA

"Por cuanto nos somos informados que teniendo el adelantado D. Francisco Pizarro, nuestro Gobernador y Capitán Gral. de la provincia del Perú, poblado de españoles el valle que dicen de Jauja, que es en la dicha provincia del Perú, el dicho Gobernador, con acuerdo de nuestros oficiales de la dicha provincia, pareciéndoles que convenía que la dicha población se mudase á otra parte, porque los indios que estaban en el llano, á causa de subir á la sierra á servir á los españoles, á quien estaban encomendados, se morían los más, mudó la dicha población á la costa de la dicha provincia, en la tierra que llaman Lima, é hizo en ella un pueblo, al

cual llamó é intituló la ciudad de Los Reyes, é por parte del dicho nuestro Gobernador nos ha suplicado mandásemos confirmar la mudanza del dicho pueblo, pues ansí convino á nuestro servicio ó al aumento é población de la tierra é conservación é buen tratamiento de los naturales della, ó como la nuestra merced fuere; lo cual visto por los del nuestro Consejo de las Indias, acatando lo susodicho, fué acordado que debíamos mandar é confirmar la dicha mudanza, é dar esta nuestra carta en la dicha razón, é nos tubismoslo por bien é por la presente confirmamos, loamos y aprobamos la mudanza que el dicho nuestro Gobernador D. Francisco Pizarro hizo del dicho pueblo que ansí estaba hecho en el dicho valle de Jauja á la dicha provincia de Lima, é que le haya llamado é intitulado la ciudad de Los Reyes, é mandamos que ansí se llame é intitule de aquí adelante, é que goce de las preeminencias é prerrogativas é inmunidades que puede y debe gozar por ser ciudad; y encargamos al ilustre príncipe don Felipe nuestro muy caro é muy amado nieto é hijo y mandamos á los infantes, duques, prelados, marqueses", etc., etc.

(Del *Libro de los Cabildos de Lima,* por E. Torres Saldamando. Lima, 1888.)

PRIVILEGIO DE ESCUDO DE ARMAS QUE EL INVICTISIMO EMPERADOR CARLOS V, REY Y SEÑOR NUESTRO, DIO A ESTA CIUDAD DE LOS REYES. Y CONFIRMACION DE SU FUNDACION

"Don Carlos por la Divina Clemencia, emperador de los romanos, augusto rey de alemania, e Doña Juana su madre, el mismo Don Carlos por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, de Leon, de aragon, de las dos Cici-

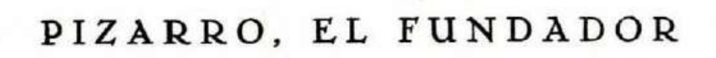
lias, de Hierusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, Demallorcas, de Sevilla, de Serdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los algarbes, de algeciras, de Jibraltar, de las islas de Canaria, de las indias yslas, y tierra firme del mar oceano, Condes de Barcelona, señores de Viscaya y de Molina, duques de Athenas, y de neopatria, Condes de Rosellon y Cerdania, Marqueses de Oristain y de gociano, archiduques de austria, Duques de Borgoña y de Brabante, Condes de Flandes y Tirol &, &. Por cuanto nos siendo informados, que teniendo el marqués Don Francisco Pizarro, nuestro adelantado, gobernador y capitan general de la nueva Castilla llamada Perú del nuestro conss., poblado de españoles el valle que dicen de Jauja ques en la dicha provincia, el dicho Marques con acuerdo de los nuestros oficiales della, pareciéndoles que convenia y por algunas causas. Trasmudó la dicha poblacion a la costa de dicha Tierra en una Provincia que en lengua de yndios se dice Lima, y en ella hizo un pueblo de cristianos españoles, alqual mandamos llamar e intitular la Ciudad de los Reyes, e poragora hernando de Zevallos ennombre de los vecinos della, nos ha suplicado queacatando lo que han servido, mandásemos dar á la dicha ciudad armas que pongan en sus banderas y sellos y en las otras partes y lugares quecuisiese y por bien tubiese o como la nuestra merced fuese, enosacatando los muchos peligros e trabajos que los vecinos de la dicha ciudad pasaron en la conquista y poblacion de la dicha provincia y lo que en ellos nos sirvieron, y porque es justo que los que bien y fielmente sirven á sus Reyes y señores naturales, sean dellos favorecidos y honrados: nos por mas honrar y favorecer a la dicha Ciudad tuvimoslo por bien é por la presente es nuestra merced y Voluntad que agora y de aqui

adelante perpetuamente para siempre jamas, la dicha ciudad de los Reyes aya y tenga pór sus armas conocidas. Un escudo en campo azul con tres coronas de oro de Reyes puestas en triángulo, y encima dellas una estrella de oro la cual cada una de las tres puntas de la dicha estrella toque a las tres coronas, y por orla unas letras de oro que digan Hoc signun Vere Regum est; en campo colorado y por timbre y divisa dos aguilas negras de corona de oro de Reyes que se miren la una á la otra, y abracen una I y una K que son las primeras letras de nuestros nombres propios, y encima de estas dichas letras una estrella segun que aqui van figuradas y pintadas:

"las cuales dichas armas damos á la dicha ciudad de los Reyes por suyas y como suyas señaladas y conocidas para agora y para siempre jamás, como dicho es; le damos licencia y facultad para que las traygan y pongan e las puedan traer e poner en suspendones, sello y escudos y Vanderas y edificios y en las otras partes y Lugaresque quisieren y por bien tuvieren: y segun y como y de la forma ymanera que las traen e ponen en las ciudades destos nuestros Reinos de Castilla a quien tenemos dadas armas e divisas: e por esta nuestra carta e por su traslado signado descrivano público, encargamos al Illustrísimo Principe don Felipe; nuestro muy caro y muy amado nieto e hijo e alos Infantes, Perlados Duques, Marqueses, Condes, Ricos homes, maestros de las ordenes, Priores, Comendadores y subcomendadores, alcaydes de los Castillos y casas fuertes y llanas y alos del nuestro consejo, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y Chancillerías y á todos los consejos, correjidores, asistentes, Gobernadores Alcaydes, alguaciles maiores, prevostes, Veinte y cuatro Regidores, Jurados, Caballero, Escuderos oficiales y omes buenos

de todas las ciudades, Villas y lugares destos nuestros Reynos y señorios y cada uno y cualquier dellos en su jurisdicion, que le han de guardar. La dicha merced que assí les hacemos de las dichas armas, e que las hayan y tengan. Por veras armas conocidas y vos las dejen comotales poner y traer y que en ello ni en parte dello pongan embargo ni contrario alguno, ni por alguna manera, sopena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara a cada uno que lo contrario hiciere: y demas mandamos al ome á que esta dicha nuestracarta se mostrare o el dicho su traslado signado de escribano publico, segun dicho es que les emplace que parezcan ante nos en la nuestra corte, doquier que nos seamos del dia que los emplazare hasta quince dias primeros siguientes, sola dicha pena, sola qual mandamos a cualquier escribano público que para esto fuere llamado, que dé al que la mostrare testimonio signado con su signo, porque nos sepamos cómo se cúmple nuestro mandado.—Dada en la villa de Valladolid a siete dias de mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de mill y quinientos y treinta y siete años— **Yo el Rey— Yo Ju.°** Vazques de Molina, secretario de su Cesárea y cathólicas Magestades las içe escribir por su mandado."

(Del *Libro de los Cabildos de Lima,* por E. Torres Saldamando.)



PIZARRO, EL FUNDADOR

PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO

POR

FELIPE SASSONE.

De Felipe Sassone, gran escritor, gran bohemio y gran limeño, es esta descripción de la magnífica escena de la isla del Gallo, el momento de más decisivo heroísmo en la vida de Pizarro y en la gesta de la conquista peruana, que Sassone ha sabido describir, como nadie, con viveza de emoción y de colorido, con intuición de poeta y elegancia y sencillez de historiador clásico.

Francisco Pizarro abandonó su tienda y se acostó en la arena. Estaba en la solitaria Isla del Gallo, hacia el Norte del Perú. Era una noche de estío, clara y tropical.

El cansancio excesivo, el hambre y la sofocación producida por el calor que emanaba de la tierra como un aliento infernal, y sobre todo la espera, esa espera de alucinado, sediento de oro, causaban el insomnio del valeroso español. De repente se puso en pie y aspiró a grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos, al par soñadores y enérgicos, escrutaban inútilmente ansiosos una nave amiga por la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá

arriba, la luna llena, redonda, enrojecida como un extraño sol nocturno. Pizarro volvió a tenderse en la playa. Los rayos del satélite rielaban sobre el mar y un reflejo azulado, irradiando sobre la coraza del conquistador, dábale en la soledad de la noche un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el gran lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso del bravo aventurero, cuya palidez de cera nimbaba la luna, constrastando con el negror de la barba luenga y poblada, recortábase como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero noble en su miseria como un héroe en desgracia, la bella figura de Francisco Pizarro, todo un gran caballero anacrónicamente medieval y fanático, parecía predecir otra figura: la de aquel gran loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes. Tendido en la arena, Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo adivinar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extremeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos primero, criado después de un monje, platero artífice que, labrando custodias y cálices, despertó su codicia y su sed de riquezas; la tristeza de los que no fueron niños jamás habíase traducido en él en un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un "nuevo mundo" por aquel entonces tan en boga, comparadas con lo miserable de su condición, sugiriéronle un deseo incierto e incontenible de batalla y de oro.

Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué, a la presencia inesperada del Océano Pacífico, cuando vió a Núñez de Bolboa entrar en las aguas y con épico grito exclamar: "Yo me apodero de vosotras en nombre de

mi señor el Rey de España", cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que iba a conquistar. Y entonces puso la suerte en su camino a dos hombres como él, ambiciosos y decididos: Hernando de Luque y Diego Almagro, que cooperaron a la empresa, reunieron dinero, equiparon fuerzas, consiguieron la protección del Gobernador de Panamá y comulgaron de una misma hostia con Pizarro, jurando por Dios llevar más allá de los mares el culto bendito y la doctrina insuperable de la cruz. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente activo y belicoso de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, con un puñado de hombres hambrientos, esperaba en la Isla del Gallo un refuerzo del Gobernador de Panamá. Había combatido rudamente con los indios en varios parajes; había sobrevivido a siete flechas que se clavaron en su pecho; había resistido largos días entre selvas de insectos y de miasmas mortíferos, y todo iba a perderse en una hora de desaliento, en aquella fatídica Isla del Gallo, por un refuerzo que tardaba mucho en llegar. Los soldados se negaban a seguirle; como los tripulantes de Colón amenazaban al genovés porque la tierra no aparecía, las huestes del conquistador extremeño protestaban contra tanto sufrir por unas dudosas baratijas de oro. ¡Ah, pero él resistiría, él debía resistir, porque era un caballero español, esforzado y fanático, y porque había emprendido la conquista en el nombre de Dios! Y pensando las frases con que arengar a sus soldados, Pizarro se amodorró bajo el aliento de aquella noche estival de los trópicos, clara y ardiente.

. . . .

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el rostro demacrado del conquistador español. Francisco Pizarro

se puso en pie. En el agua del mar trató en vano de refrescar sus sienes calenturientas, y luego interrogó una vez más el horizonte con la mano en la frente, a guisa de pantalla. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la arena, el océano y el aire tenían a la vez una diáfana y áurea coloración. Mejor dicho, no tenían color: era todo luz blanca. De pronto el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen a nosotros!

De las tiendas que albeaban en la llanura amarilla salieron cien soldados, macilentos, con débil paso y con crujiente son. Sus armaduras incompletas brillaban todavía. Allá lejos, en el cielo luminoso, se recortaban las velas de dos galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Todos se agolparon en la playa. Pizarro animaba a su tropa con sonora voz:

—¿Veis? ¡Resurja en nuestros ánimos la esperanza; ya viene el refuerzo: nuestra será la gloria; nuestra religión redimirá a los bárbaros y nuestro será el oro del Perú!

Pero la esperanza se desvaneció pronto. Arribados los dos buques y desembarcados los viajeros, pronto se vió que no venían a prestar ayuda, sino a echar por tierra todos sus esfuerzos. El caballero Tafur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse a Pizarro en tono de reproche zumbón Era hombre pequeño y ventrudo, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus finos labios, astutos y descoloridos, había una expresión fría de malicia y de perversidad.

—Vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura cura y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tafur—respondióle Pi-

zarro, en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada bajo el arco magnífico de las cejas—. No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré; no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no se salva mi empresa.

—Bueno, bueno; todas esas altiveces, seor Pizarro, a don Pedro de los Ríos, al ilustrísimo Gobernador de Panamá y no a mí, pues él me envía.

Del trópel de soldados salió un grito ansioso:

—¡Loado el señor Gobernador, que manda por nosotros!

—¡Callad—rugió Pizarro—; dejad que nos entendamos el caballero y yo!

—Pues, sí—prosiguió Tafur—; han llegado al Gobernador noticias de vuestros mismos soldados, que se quejan de las penalidades y miserias que sufren en esta quimérica expedición en pos de un quimérico mundo de sueños y de fábula, y ordena que todos volváis a Panamá.

—Todos, no—exclamó Pizarro—, que en mi libre albedrío nadie manda, y he de quedarme a morir con mi locura o a triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y bajo la voz iracunda, la gran barba de Cristo bizantino tembló en belicoso vibrar.

—Eso, al Gobernador—murmuró con su helada sonrisa Tafur.

—¡Y a vos, grandísimo bellaco!—rugió Pizarro—. ¡A vos, emisario de la cobardía y de la desconfianza, que no os avergonzáis de venir a sobornar a un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos!

—Reportaos, seor Pizarro, y no hagáis que se convierta en misión de sangre ésta de paz con que a vosotros vengo.

—¡Ira de Dios!—gritó fuera de sí el conquistador—. ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza! ¡Venid que os muestre cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey nuestro señor!

Los soldados ya se agitaban como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposa hueste de Pizarro salió el piloto Ruiz a apaciguar los ánimos.

—¡Calma, hermanos! Caballero Tafur, seguid a don Francisco a su tienda y entendeos allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis a los soldados!

El emisario de Pedro de los Ríos explicó al conquistador que se había recibido dentro de un ovillo de algodón de los que fueron enviados como muestra de la riqueza del nuevo mundo, una carta del soldado Sarabia, quejándose de lo infructuoso de la empresa. Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tafur se la leyó, con la copla sangrienta que le servía de estribillo:

Pues, señor Gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.

Inútiles fueron todas las súplicas; inútiles las protestas de que era evidente la existencia de un reino suntuoso, "El Dorado", a pocas leguas.

—Dejadnos un buque, dejadnos provisiones—suplicaba Pizarro—, y yo os respondo del éxito. Asociaos a mí; seréis rico, os cubriréis de gloria...

—Comprendo que la ambición os ciegue, y admiro vuestro valor; pero he de cumplir las órdenes recibidas. Salgamos, pues; embarcaos con vuestros soldados. Estáis viejo ya para tales andanzas.

—El corazón no envejece, caballero Tafur; que los soldados decidan; pero yo no me voy.

Al caer la tarde, reunidos todos, Pizarro los arengó con un resto de esperanza:

—Oidme. Ha habido entre vosotros un Judas que ha escrito al Gobernador don Pedro de los Ríos quejándose de mí y de lo alocado de la empresa. ¿Qué hice yo para merecerlo? ¿No fué mi pecho el primer blanco que se ofreció a las flechas de los indios? ¿No he padecido con vosotros el hambre y la sed? ¿No he recibido siete heridas? ¿No he sido para vosotros, más que capitán, enfermero y hermano? Injusto y cobarde ha sido; pero le perdono al Judas con tal de seguir...

Una voz de entre los soldados salió a interrumpir el discurso:

—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro.

Y un clamor unánime agregó:

—¡A Panamá! ¡A Panamá! ¡A Panamá!

—Y a Panamá iréis, tened calma—aseguró Tafur.

Entonces Pizarro desenvainó su espada, y, rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán, trazó en la arena una línea de Oriente a Occidente (1). Sus ojos brillaban con fulgor de poseído, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí—dijo señalando al Norte—se va a Panamá, a la pobreza y a la vergüenza; por allá—agregó señalando al Sur—se va al Perú, a ser ricos y a llevar la religión verdadera del verdadero Dios. Ahora, escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estu-

(1) Y no de Norte a Sur, como dicen, equivocadamente, algunos historiadores.

viese—y erguido, con majestuoso continente, el esforzado y noble y fanático caballero pasó la raya. El griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu de los héroes homéricos, la pasó también, y luego el piloto Ruiz, y luego diez más, vencidos por el ejemplo de su capitán. Este habló entonces entre el reducido grupo que le rodeaba, inmóvil y fiero, como esperando a un escultor que copiara la grandiosa apostura.

—Ya lo veis, caballero Tafur, pocos somos, trece tan sólo; pero como tenemos fe para cruzar las montañas que nos separan del Perú, nosotros creceremos como gigantes. Regocijaos, amigos y fieles soldados del Rey nuestro señor, porque, aunque perezcáis en la demanda, siempre habréis cumplido la más grande de las victorias: vencer a la muerte y al olvido.

Sobre la espada de Pizarro, doce espadas más cayeron, formando doce cruces en una sola.

—Por la cruz de nuestra espada—dijo el griego—, juramos todos correr la misma suerte.

—Y esa cruz—terminó Pizarro—será el símbolo que triunfará en el Nuevo Mundo.

Resueltos ya a permanecer y a llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese a Panamá a dar cuenta a Luque y a Almagro de los acontecimientos, y a exhortarlos que no desmayaran en prestarle ayuda.

La despedida fué conmovedora. Los que partían, confusos y apenados, veían con lágrimas en los ojos a los doce restantes, a quienes consideraban víctimas de su osadía y de su obstinación.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles parte de sus provisiones, y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el leja-

no horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor. En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol, enrojecido, se hundió tras el Océano como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

LA CASA DE PIZARRO

TRADICIÓN

POR

RICARDO PALMA

Mientras se terminaba la fábrica del palacio de Lima, tan aciago para el primer gobernante que lo ocupara, es de suponer que Francisco Pizarro no dormiría al raso, expuesto a coger una terciana y pagar la chapetonada, frase con la que se ha significado entre los criollos las fiebres que acometían a los españoles recién llegados a la ciudad. Estas fiebres se curaban sin específico conocido hasta los tiempos de la Virreina condesa de Chinchón, en que se descubrieron los maravillosos efectos de la quinina. A esos cuatro o seis meses de obligada terciana era a lo que llamaban pagar la chapetonada, aunque prójimos hubo que dieron finiquito en el cementerio o bóveda de las iglesias.

Hecho el reparto de solares entre los primeros po-

bladores, don Francisco Pizarro tuvo la modestia de tomar para sí uno de los lotes menos codiciados.

El primer año de la fundación de Lima (1535) sólo se edificaron treinta y seis casas, siendo las principales la del tesorero Alonso Riquelme, en la calle de la Merced o Espaderos; la de Nicolás de Ribera, el Viejo, en la esquina de Palacio; las de Juan Tello y Alonso Martín de don Benito, en la calle de las Mantas; la de García de Salcedo, en Bodegones; la de Jerónimo de Aliaga, frente al Palacio, y la del marqués Pizarro.

Hallábase ésta en la calle que forma ángulo con la de Espaderos (y que se conoce aún por la de Jesús Nazareno), y precisamente frente a la puerta lateral de la iglesia de la Merced y a un nicho en que, hasta hace pocos años, se daba culto a una imagen del Redentor con la cruz a cuestas. Parte del área de la casa la forman hoy los almacenes inmediatos a la escalera del hotel Europa, y el resto pertenece a la finca del señor Barreda.

Hasta 1846 existió la casa, salvo ligeras reparaciones, tal como Pizarro la edificara, y era conocida por la casa de cadena, pues ostentábase en su pequeño patio esta distinción señorial, que desdecía con la modestia de la arquitectura y humildes apariencias del edificio.

Don Francisco Pizarro habitó en ella hasta 1538, en que, muy adelantada ya la fábrica del Palacio, tuvo que trasladarse a él. Sin embargo, su hija doña Francisca, acompañada de su madre, la princesa doña Inés, descendiente de Huayna-Capac, continuó habitando en la casa de la cadena hasta 1550, en que el Rey la llamó a España. Doña Inés Yupanqui, después del asesinato de Pizarro, casó con el regidor de Cabildo don Francisco de Ampuero, y arrendó la casa a un oidor de la

Real Audiencia, y en 1631 el primer marqués de la Conquista, don Juan Fernando Pizarro, residente en la metrópoli, obtuvo declaratoria real de que en dicha casa quedaba fundado el mayorazgo de la familia.

Anualmente, el 6 de enero, se efectuaba en Lima la gran procesión cívica conocida con el nombre de paseo de alcaldes. Después de practicarse por el Ayuntamiento la renovación de cargos, salían los cabildantes con la famosa bandera que la República obsequió al general San Martín (y cuyo paradero anda hoy en problema), y venían a la casa de Pizarro. Penetraban en el patio alcaldes y regidores, deteníanse ante la cadena y batían sobre ella por tres veces la histórica e historiada bandera, gritando: ¡Santiago y Pizarro! ¡España y Pizarro! ¡Viva el Rey!

Las campanas de la Merced se echaban a vuelo, imitándolas las de más de cuarenta torres que la ciudad posee. El estampido de las camaretas y cohetes se hacía más atronador, y entre los vivas y gritos de la muchedumbre se dirigía la comitiva a la Alameda, donde un muchacho pronunciaba una loa en latín macarrónico.

El Virrey, oidores, cabildantes, miembros de la real y pontificia Universidad de San Marcos y todos los personajes de la nobleza, así como los jefes de oficina del Estado, se presentaban en magníficos caballos lujosamente enjaezados. Tras de cada caballero iban dos negros esclavos, vestidos de librea y armados de gruesos plumeros, con los que sacudían la crin y arneses de la cabalgadura. Los inquisidores y eclesiásticos acompañaban al arzobispo, montados en mulas ataviadas con no menos primor.

Así en este día como en el de la fiesta de Santa Rosa, el estandarte de la ciudad, llevado por el alférez real,

cargo hereditario o vinculado en cierta familia, iba escoltado por veinticinco jinetes, con el casco y armadura de hierro que usaron los soldados en tiempos del marqués conquistador.

Las damas de la aristocracia presenciaban desde los balcones el desfile de la comitiva, o acudían en calesín, que era el carruaje de moda, a la Alameda, luciendo la proverbial belleza de las limeñas.

Danzas de moros y cristianos, payas, jíbaros, papahuevos y cofradías de africanos con disfraces extravagantes recorrían más tarde la ciudad. El pueblo veía entonces en el Municipio un poder tutelar contra el despotismo de los Virreyes y de la Real Audiencia. Justo, muy justo era que manifestase su regocijo en ocasión tan solemne.

En septiembre de 1812 se recibió y promulgó en Lima el siguiente Decreto de las Cortes de Cádiz, comunicando al Virrey que el Consejo de Regencia:

"Considerando que los actos positivos de inferioridad, peculiares a los pueblos de Ultramar, monumento del antiguo sistema de conquista y de colonias, deben desaparecer ante la majestuosa idea de la perfecta igualdad.

"Queda abolido el paseo del Estandarte real que acostumbraba hacerse anualmente en las ciudades de América, como un testimonio de lealtad y un monumento de la conquista de aquellos países.—Esta abolición no se extiende a la función de iglesia que se hacía en el mismo día del paseo del Estandarte real, la cual seguirá celebrándose como hasta aquí.—La gran solemnidad del Estandarte real se reservará, como en la Península, para aquellos días en que se proclame un nuevo Monarca."

Restablecido en 1815 el régimen absoluto, quedó de-

rogada esta disposición, y desde ese año hasta que los amagos de independencia lo permitieron, siguió paseándose el estandarte el 6 de enero y el Jueves Santo, que era otro de los días de precepto.

En 1821 se efectuó, pues, por última vez en Lima el paseo de alcaldes; y desde entonces apenas hay quien recuerde cuál fué el sitio en donde estuvo la casa de Pizarro, que hemos debido conservar en pie, como un monumento o curiosidad histórica.

LOS ULTIMOS AÑOS DE PIZARRO

POR

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

Después de los rudos años de su juventud en España, Italia y América, Francisco Pizarro se recoge bajo la niebla de Lima, serenados el odio, la codicia y la ambición. Son los años, muy cortos y fugaces, de la única paz de que disfrutó en su vida, de la expansión cordial, de los afectos y gratitudes en torno, de la esplendidez señorial y hasta del olvido de los viejos rencores implacables.

En 1535, Pizarro había fundado la ciudad de Lima en el valle más ancho y central de la costa del Perú. Desde entonces, el conquistador del Perú amaba quedarse en la capital por él escogida, libre ya de la faena de cabalgar por las sierras y llanos hostiles y de blandir la espada vengativa en las contiendas. Sólo dos veces abandonó Lima para dirigirse al Cuzco, cuando

estalló la primera pretensión de Almagro y, más tarde, para apaciguar los ánimos después de la lucha de las Salinas. Pero en ambas ocasiones retornó pronto.

Su figura debió adquirir en los últimos años un aspecto patriarcal. Cercano a los setenta años, conservaba la entereza viril de su figura, erguida y algo escuálida por las muchas hambres y fatigas que había pasado, pero circundada entonces por el nimbo blanco y acogedor de la barba apostólica. Había adquirido gran decoro de maneras y gestos, pero conservaba la sencillez inalterable de sus vestidos. Ataviábase siempre de negro, y usaba, como el Gran Capitán, el sombrero y los zapatos blancos, de piel de venado, y a la diestra un puñal a la antigua. Sólo en muy raras excepciones se ponía un lujoso traje de martas que le había enviado Hernán Cortés, y que le recordaba, un poco irónicamente, su entrevista con Carlos V, en Toledo, en que el Monarca vestía un traje de esa clase.

Por primera vez en su vida, se sentía en estos años benévolo y paternal. Solía salir por las tardes a recorrer la ciudad, ansioso de su progreso, a inspeccionar las fábricas de las iglesias nacientes y a recibir el saludo de los pobladores, que se le rendía respetuoso y cordial desde las puertas de las casas. Entraba continuamente a hacer un rato de charla con los vecinos, sus antiguos compañeros de armas, y comía con el primero que lo convidaba. Repartía también numerosas limosnas, aunque ocultando su generosidad bajo una reprensión, para evitar ternezas y sensiblerías.

Su dinamismo, su espíritu luchador no se habían extinguido, sin embargo. Mantenía el cuerpo joven y ágil, a pesar de los años, e intacta su resistencia para los ejercicios corporales. Atleta formidable, como casi todos los conquistadores, había demostrado sus fuerzas



Francisco Pizarro
por Germán Suárez Vertiz

a los cincuenta años, cuando en la región de los esteros, vecina a Coaque, llevaba a los soldados a cuestas para atravesar los ríos, y seguía, pasados veinte años, haciendo largos paseos hasta las afueras de la ciudad, iba a pie a una huerta y molino que tenía cerca de ella, sin acompañamiento, y jugaba todos los días a la pelota, no permitiendo que sus criados le recogieran ésta del suelo. Y competía democráticamente en este deporte con gentes humildes, como marineros y molineros.

Seguía, por otra parte, siendo sobrio y abstinente, no sólo en la ropa y en la mesa, sino en los demás apetitos. El cronista Zárate asegura que fué muy templado en el amor, y sólo se conocen sus relaciones con la india Inés Huaylas. No pretendió nunca mujeres españolas, que las había entonces, muy pocas, en Lima, hermanas o hijas de conquistadores, por no ofender a éstos.

Quien había conservado tan celosamente sus energías físicas tenía forzosamente que mantener su arrogancia moral. En la ciudad que él había fundado, capital del reino por él descubierto, en medio de vecinos que le habían obedecido siempre y que le debían vida y fortuna, lejos del Rey y de la Corte, Francisco Pizarro se sentía el dueño y señor legítimo del Perú. El respeto al Rey era un simple convencionalismo, sujeto a la revisión de su voluntad y al sentido en que se moviera su brazo. Su filosofía espontánea y natural había reemplazado los dogmas monárquicos con una política propia, adquirida y probada en la experiencia. En su fuero íntimo no admitía en el Perú ninguna autoridad por encima de la suya. Cuando el comisionado real Berlanga le pide cuentas de su administración, él responde que nadie se las pidió cuando él iba con la mochila a cuestas para ganar el Perú, y que ahora que

la tierra estaba ganada querían enviarle padrastro. Y a Juan de Guzmán dijo en otra ocasión: "¿Qué es lo que pueden escribir, sino decirle—al Rey—que me quieren tomar y usurpar lo que con tanto trabajo gané?" Y cuando uno de los parciales de Almagro le requiere para que diga hasta dónde piensa extender los límites de su gobernación, él responde impertérrito, con ademán imperial: "¡Hasta Flandes!"

Arquetipo del conquistador, heroico, codicioso, fanático, ignorante, cruel, anárquico, Francisco Pizarro es la figura más arrogante que ha cruzado por la historia del Perú. No hay quien más a tono supiera acordar la vida con la muerte. Hombre de acción, sobre todo, que vivió continuamente en obra, destruyendo o creando, pero en perpetua actividad, sin conocer jamás el reposo absoluto ni el ocio. Y como hombre de acción, espíritu sin amarras ni raíces sentimentales, presto a desligarse de todo, sin más perspectivas que las del futuro, sin mirar nunca atrás en la propia vida ni en la de los otros, fugitivo de sí mismo y de toda intimidad asentadora. Y, por eso, su inquietud de crear y su falta de compromisos con el pasado. A los cincuenta años, mirando sólo adelante, emprende la conquista del Perú; pasados los sesenta emprende la fundación de Lima. Veinte años pasados de amistad no significan nada para él si le estorban lo único que para tal hombre vale: el porvenir. He aquí por qué olvida a Ojeda, traiciona a Balboa, si traición hay en ser fiel a sí mismo y servir su propia gloria y destino; por qué ejecuta al Inca y niega su piedad a Almagro. Su sed de porvenir le arrastra, genuino Quijote, capaz de todos los heroísmos y de todas las arbitrariedades, por pura gula solitaria de inmortalidad.

FRANCISCO PIZARRO

POR

LOUIS BAUDIN

El autor de la espléndida síntesis sobre la civilización de los Incas, titulada L'Empire Socialiste des Inkas—*el más documentado y original estudio sobre la organización social del Imperio peruano y sobre su régimen económico, publicado en los últimos tiempos—, es también el autor de una sugestiva biografía de Pizarro, plena de animación novelesca y de gracia evocativa, cuyo perfil final sobre la personalidad del conquistador del Perú, reproducimos por su don verídico y por el del arte.*

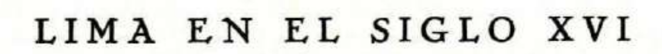
Capitán, Gobernador, Marqués, Francisco Pizarro ha trepado en los últimos años de su vida los más altos escalones de la jerarquía social. Ha conocido el vértigo de las bruscas elevaciones y, handicapeado por su origen, sobrepasado por los acontecimientos, no ha sabido guardar el equilibrio: tan pronto gran jefe de Estado como pésimo político. La forma lo obsede: cree convertir a los hombres plantando cruces y anexar las ciudades haciendo levantar un acta por un notario. Resulta siempre superficial; nunca una sonrisa leal de mujer ilumina su ruta, nunca un impulso hacia el ideal lo eleva. No es ni marido ni padre; vive con una concubina, no con una esposa; tiene hijos, pero no se ocupa nunca de ellos—¿se ocuparon de él alguna vez?—. Don Juan de la aventura, conoce el deseo, no el amor; practica un culto, no una religión; conquista un territorio, pero no somete a un pueblo. El alma se le escapa siempre.

Sin embargo, es un hombre de orgulloso valor y de leal servicio. Su herencia campesina hace de él un buen colonizador; su herencia guerrera, un gran capitán. No tiene ninguna otra tradición. Por eso su carácter escapa a menudo al análisis y ofrece sorpresas, como la vida misma. Su rasgo más saltante es quizá esa voluntad que confina con el empecinamiento y que ha permitido que su nombre se inscriba en una de las grandes encrucijadas de la historia.

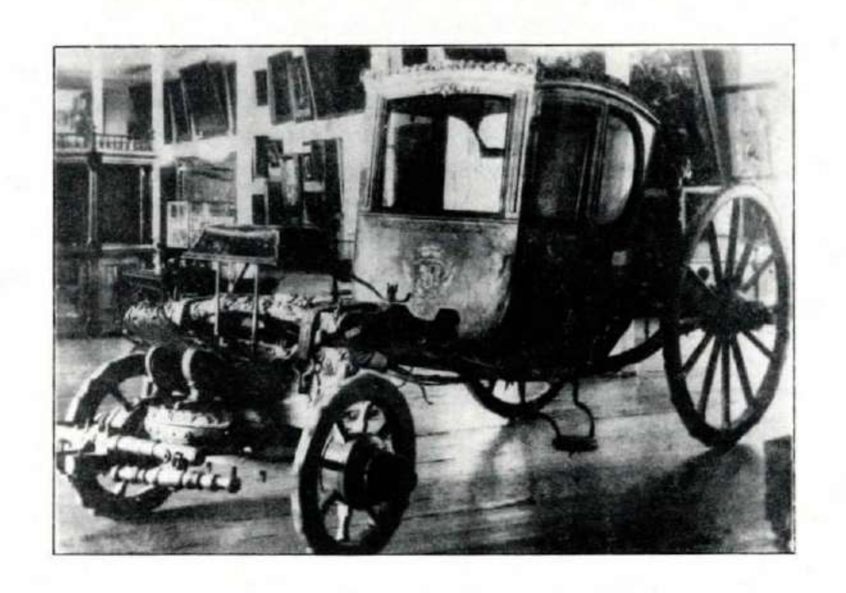
En cuanto a su obra, el transcurso del tiempo permite apreciarla ahora mejor. Rudo soporte de la civilización latina, campeón del individualismo, Pizarro ha establecido la supremacía de la raza blanca sobre los pueblos anemizados de los Andes. Sus medios de acción son muchas veces condenables; pero las circunstancias los explican y los resultados obtenidos son inmensos. Los Estados sudamericanos del Pacífico han nacido del genio de este hombre, que no sabría inspirar amor, pero que suscita la admiración.

En aquel tiempo de total incomprensión entre dos razas que se yuxtaponen sin fundirse, ¿dónde hubieran podido encontrar los indios los gérmenes de vida que sus propios jefes habían ahogado? Después del hundimiento del poder central, director de la vida económica y moral, los indios continúan vegetando en la gran sombra del pasado. Son los vencidos: vencidos por los blancos; vencidos, sobre todo, por ellos mismos. Agrupados en sus comunidades agrarias, fieles a su lengua y a sus costumbres, se repiten de generación en generación las leyendas de otrora y visten con nombres antiguos a los Cristos convulsos y a las Vírgenes, suntuosamente ataviadas, que decoran los nuevos altares: "Capac Viracocha... Gran Viracocha, hombre o mujer, escucha a tu pueblo." Por mucho tiempo to-

davía los pastores, guiando sus tropeles de llamas por entre las soledades de las punas, entre las cordilleras inmutables como sus almas, modularán sus endechas sobre su flauta de carrizo, y las mujeres, sobre el umbral de las puertas, la mirada vaga, cantarán a sus hijos las palabras de maldición de la raza roja: "Mi madre me crió bajo la lluvia y la neblina para que yo sea desgarrado como las nubes. Maldito sea el día de mi nacimiento, maldita la noche en que fuí concebido."



LIMA EN EL SIGLO XVI



Carroza de la época virreinal.

COLONIAJE

POR

JOSÉ SANTOS CHOCANO

¡Vale un Perú!—y el oro corrió como una onda.
¡Vale un Perú!—y las naves lleváronse el metal...
Pero quedó esa frase magnífica y redonda,
como una resonante medalla colonial.

Dijérase que el arca de un Creso se desfonda...
¡Oh Edad de los Virreyes, que nunca tuvo igual!;
se abren los ojos claros de la virreina blonda
y hace brillar sus piedras la mitra episcopal...

¿Cúyo el balcón morisco que un púlpito remeda?
¿Quién descolgó la escala de retorcida seda?
¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?...

La Edad de los Virreyes es baile de gran brillo,
y en él, mientras se doblan las basas de un tresillo,
parecen desdoblarse los cuadros de un minué...

LIMA EN 1550

SEGÚN EL CRONISTA

PEDRO CIEZA DE LEÓN

Entre los primeros cronistas, por la honradez de su autoridad y seguridad de su documentación está Pedro Cieza de León, el autor de la Crónica del Perú, *del* Señorío de los Incas *y de la historia de las guerras civiles de la conquista. Cieza vivió de principios del siglo XVI a mediados de éste. En su juventud fué soldado en el Perú, y en sus ocios de campaña tomaba apuntes, notas e informaciones directas de testigos y lugares, que más tarde recogió en libros. Su* Crónica *es el primer ensayo de una geografía peruana y un itinerario de todos los caminos, ciudades y monumentos antiguos del Perú, un verdadero Baedeker de la época de la conquista, como la titula Baudin. Del Baedeker centenario tomamos la descripción de la entonces Ciudad de los Reyes. Como notas distintivas de la ciudad seiscentista están la atmósfera deleitosa de los huertos y jardines y ese rústico sabor a granja que le dan los árboles—naranjos, higueras y granados—, las yuntas de bueyes pacientes, los molinos y los palomares. Símbolo permanente, ya estaba la cruz, presidiendo el panorama, sobre el cerro doméstico.*

DE LA MANERA QUE ESTÁ SITUADA LA CIUDAD DE LOS REYES Y DE SU FUNDACIÓN Y QUIÉN FUÉ EL FUNDADOR

El valle de Lima es el mayor y más ancho de todos los que se han escripto de Túmbez á él; y así, como era grande, fué muy poblado. En este tiempo hay pocos

indios de los naturales; porque, como se pobló la ciudad en su tierra y les ocuparon sus campos y riesgos, unos se fueron á unos valles y otros á otros. Si de ventura han quedado algunos, ternán sus campos y acequias para regar lo que siembran. Al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado entró en este reino hallóse el adelantado don Francisco Pizarro, Gobernador dél por su Majestad, en la ciudad del Cusco. Y como el mariscal don Diego de Almagro fuese á lo que apunté en el capitulo que trata de Riobamba, temiéndose el Adelantado no quisiese ocupar alguna parte de la costa, abajando á estos llanos, determinó de poblar una ciudad en este valle. Y en aquel tiempo no estaba poblado Trujillo ni Arequipa ni Guamanga, ni las otras ciudades que despues se fundaron. Y como el Gobernador don Francisco Pizarro pensase hacer esta poblacion, despues de haberse visto el valle de Sangalla y otros asientos desta costa, abajando un dia pareció lugar convenible para ello y que tenia las calidades necesarias; y asi, luego se hizo la traza y edificó la ciudad en un campo raso deste valle, dos pequeñas leguas de la mar. Nace por encima della un río á la parte de levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno va algo grande, y entra en la mar por la del poniente. La ciudad está asentada de tal manera, que nunca el sol toma al río de través, sino que nace á la parte de la ciudad; la cual está tan junto al río, que desde la plaza un buen bracero puede dar con una pequeña piedra en él, y por aquella parte no se puede alargar la ciudad para que la plaza pudiese quedar en comarca; antes de necesidad ha de quedar a una parte. Esta ciudad, despues del Cusco, es la mayor de todo el reino del Perú y la más principal, y en ella hay muy buenas casas, y algunas muy galanas

con sus torres y terrados, y la plaza es grande y las calles anchas, y por todas las más de las casas pasan acequias, que es no poco contento; del agua dellas se sirven y riegan sus huertos y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos. Está en este tiempo asentada en esta ciudad la corte y chancillería real; por lo cual, y porque la contratación de todo el reino de Tierra-Firme está en ella, hay siempre mucha gente y grandes y ricas tiendas de mercaderes. Y en el año que yo salí deste reino habia muchos vecinos de los que tenían encomienda de indios, tan ricos y prósperos, que valian sus haciendas á ciento y cincuenta mil ducados, y á ochenta, y á sesenta, y á cincuenta, y algunos á más y otros á menos. En fin, ricos y prósperos los dejé á todos los más; y muchas veces salen navíos del puerto desta ciudad que llevan á ochocientos mil ducados cada uno, y algunos más de un millón. Lo cual yo ruego al todopoderoso Dios que, como sea para su servicio y crecimiento de nuestra santa fe y salvación de nuestras ánimas, él siempre lo lleve en crecimiento. Por encima de la ciudad, á la parte de oriente, está un grande y muy alto cerro, donde está puesta una cruz. Fuera de la ciudad, á una parte y á otra, hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados y palomares, y muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas, llenas de las frutas naturales de la tierra, y de higuerales, platanares, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas y las legumbres que se han traído de España; todo tan bueno y tan gustoso, que no tiene falta, antes digno por su belleza para gracias al gran Dios y Señor Nuestro, que le crió. Y cierto, para pasar la vida humana cesando los escándalos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos

que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos; ántes siempre está el cielo sereno y muy hermoso. Otras particularidades della su pudieran decir; mas, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, Gobernador y Capitan General en estos reinos, en nombre de su Majestad el Emperador don Carlos, nuestro señor, año de nuestra reparación de 1530 *(sic)* años.

EL RECIBIMIENTO DEL SELLO REAL EN LIMA (1544)

Escena de la mayor solemnidad en las ciudades coloniales era el recibimiento del sello real, símbolo de la delegación del poder soberano depositado en las Audiencias o Chancillerías Reales. El sello era recibido como un personaje humano o como una reliquia de santo, en forma procesional y gran aparato. En alguna ciudad indiana—Santiago o Bogotá—, los oidores velaron el sello la primera noche de su llegada, y en todas era recibida bajo palio. En Lima se recibió el sello real en 1544, siendo la primera ciudad sudamericana en homenajearlo. El documento que sigue, firmado por el conquistador don Gerónimo de Aliaga, refiere la pompa característica de esa ceremonia, con su despliegue de maceros, alabardas, terciopelos y "ropas rozagantes de raso carmesí", como acostumbran usar los cabildantes en la crónica de Gutiérrez de Santa Clara.

En la cibdad de los Reyes, de estos reinos de la Nueva Castilla llamada Pirú, en 1° dia del mes de Julio, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1544 años. El muy ilustre Sr. Blasco Nuñez Vela, criado de S. M., y su Visorrey y presidente en estos dichos reinos, los muy magníficos señores, licenciado Diego Vazquez de Cepeda, y el licenciado Alonso Al-

varez, oidores de la Real Audiencia, que por mandado de S. M. ha de residir en estos dichos reinos, y en presencia de nos, Gerónimo de Aliaga, escribano mayor del juzgado de los dichos reinos, y Pedro Lopez, escribano de S. M., y su teniente en el dicho oficio, y de los testigos de yuso escritos: su señoría y mercedes, con la más gente de la dicha cibdad á caballo y á pié salieron de la dicha cibdad á recebir el dicho sello de S. M., de la dicha Real Audiencia, y fueron hácia el rio que pasa por junto de la dicha cibdad á recebir el sello Real de S. M. de la dicha Real Audiencia, y fueron hacia el rio que pasa por junto de la dicha cibdad, un tiro de ballesta fuera della poco más o menos, donde estaba el dicho sello real. En el cual dicho recibimiento se hicieron los autos y de la forma siguiente:

Llegado el dicho señor Visorrey y los dichos señores oidores y cibdad, donde estaba el dicho sello real, el Virrey mandó abrir un cofre, tumbado, pequeño, redondo, impreso en él las armas reales de S. M., y fué mostrado á toda la gente que allí estaba, por la cual fue hecho el acatamiento y reverencia debida, como á insignia del Rey y señor natural. Luego fue tornado a meter en el dicho cofre y cerrado con la llave, y fue puesto encima de un caballo overo, el cual estaba ensillado á la estradiota, con una silla y guarniciones de terciopelo negro, con clavazón dorada, y una gualdrapa de raso carmesí, y encima de la dicha silla y guarniciones, en dicho cofre; y cubierto con una bandera de damasco carmesí, bordadas en él las armas de S. M. y reatado sobre el dicho caballo.

Y puesto de la forma susodicha, yendo toda la gente de la cibdad delante á caballo y á pié, con dos maceros, y junto con el dicho sello real dos mazas de plata, é tras ellos el dicho sello real, y junto tras dél, iba el di-

cho señor Visorrey en medio de los dichos señores oidores.

Desta manera llevaron el dicho sello real hasta la entrada de la cibdad, á la esquina y casas de Lorenzo de Villaseca, carpintero, donde estaba hecho un arco de madera; y llegado al dicho arco, salieron el concejo, justicia y regimiento de la dicha cibdad, conviene á saber, Alonso Palomino, y Nicolás de Rivera, alcaldes, y el tesorero Alonso Riquelme, y el veedor García de Sucedo, y el fator Illan Suarez de Carvajal, y el capitan Diego de Agüero y Nicolás de Ribera, y Joan de Leon, regidores todos, vestidos de ropas de damasco y raso carmesí. Y por el dicho señor Virrey fue mandado á los dichos alcaldes tomasen de rienda el dicho caballo, los cuales le tomaron; y los dichos regidores, con un pálio de raso carmesí con seis varas, llevando cada uno la suya, pusieron debajo el dicho sello real, y ansí lo llevaron por la calle dicha á la plaza y á las casas donde posaba el dicho Virrey, que son en ella. Y al pié de la escalera de las dichas casas reales, apeado el dicho señor Visorrey y los dichos señores oidores, fue quitado el dicho cofre de el dicho caballo, y por el dicho señor Virrey fue entregado á los dichos alcaldes, los cuales le subieron en las manos hasta el aposento del dicho señor Virrey, que guardó y puso el dicho cofre con el dicho sello real. Lo cual pasó de la forma susodicha, en presencia de los dichos escribanos; y fueron testigos Hernando de Montenegro y Francisco de Herrera, y el licenciado Francisco de Talavera y otros muchos vecinos y estantes en la dicha cibdad, que á ello se hallaron presentes.—*Gerónimo de Aliaga.*

LA JURA DE FELIPE II EN LA CIUDAD DE LOS REYES (1557)

POR

DON CARLOS WIESSE

Esta es una breve relación de la jura del rey Felipe II en Lima, consignada en la historia del Perú para los niños, por el buen abuelo historiador, don Carlos Wiesse. La proclamación de un monarca daba lugar a grandes fiestas coloniales: oficios religiosos, corridas de toros, funciones en la Universidad y en las casas de comedias y concursos poéticos de deplorable apología. En la jura de Felipe II en Lima, como en otras posteriores, desfilan en el cortejo el viejo estandarte de la Conquista, de damasco carmesí, con el Apóstol Santiago y la Virgen en el anverso y reverso, y el pendón de damasco amarillo de la ciudad, llevado por el nobilísimo alférez don Nicolás de Ribera, "el Viejo": uno de los del Gallo y primer alcalde de Lima, al fundarse la ciudad.

Por el mes de Julio (año 1557) llegó aviso de España al Virrey (el primer marqués de Cañete) y Audiencia; venían dos cartas: una del emperador (Carlos V), en que anunciaba cómo había renunciado los reinos en su hijo Felipe II y que le obedeciesen á éste de allí en adelante como su Rey y Señor natural; otra del rey Felipe II haciendo mención de la renuncia de su padre y como había aceptado. En cumplimiento de esto el día de Santiago, Domingo 25 de Julio, salió el Virrey y Audiencia real, los Oficiales de la Real Hacienda, y el Cabildo y Regimiento. Iba el Virrey en un caballo blanco; los regidores con ropas de raso carmesí y gorras de terciopelo del mismo color, á caballo. Nicolás de Ribera, el Viejo, como alférez de la ciudad, llevaba su pendón de damasco amarillo, que por una parte tie-

ne las armas del Imperio y de Castilla y por otra las de la ciudad. Iba el Arzobispo (Fray Gerónimo de Loayza) con el Virrey, las dignidades de la Iglesia con la audiencia, los Canónigos con el Cabildo, y la clerecía interpolada con los caballeros de la ciudad. Todos los eclesiásticos iban con sus lobas y manteos largos de raso negro, y á mula, y los caballeros y vecinos del reino á caballo y con ricos vestidos.

Hizo alto todo este acompañamiento en la plaza donde se juntaron como á las ocho de la mañana. Estaba delante del Virrey, Diego de Barahona, su caballerizo, á caballo, con un estoque desnudo en la mano sobre el hombro derecho y dos reyes de armas á los lados con sus mazas de plata al hombro vestidos de damasco carmesí.

Tocóse mucha música y trompetas, ministriles, atabales, y el clarín del Virrey, y habiéndose disparado la artillería gruesa, dió el Virrey en presencia de todo el concurso las cartas del Emperador y del Príncipe al secrétario Pedro Avendaño, y le mandó las leyese públicamente.

Acabadas de leer dichas cartas, tomó el Virrey en la mano derecha un pendón real de damasco carmesí, de una parte tenía dibujada la imagen de Santiago y de la otra la de Nuestra Señora, y habiéndolo puesto en un portaclave, hizo accidentar un poco de tiempo su caballo, diciendo y apellidando:

"Castilla, Castilla, Pirú, Pirú, por el Rey don Felipe nuestro señor."

Consecutivamente el Arzobispo, Oidores, Dignidades, Cabildo y Canónigos y los reyes de armas y todo el concurso apellidaron lo mismo.

A este tiempo, el Virrey y el Arzobispo, tomaron de una fuente de oro cantidad de monedas que se había

mandado recientemente para hacer este efecto. Eran unos reales grandes de plata; tenían por una parte las armas de Castilla, en el reverso las imágenes del Príncipe don Felipe, rey de España, y de la serenísima María, Reina de Inglaterra y de España, su mujer, con la inscripción correspondiente de una parte y en reverso. Esta fué la primera moneda que se labró en el Perú. Tomaron pues de ella el Virrey y Arzobispo, y á puñados derramaron y arrojaron por la plaza.

Luego el Virrey entregó el pendón, que tenía, al Capitan Don Pedro de Córdoba, y con él, y Nicolás de Ribera, con el de la ciudad, fueron por las calles apellidando lo mismo que el Virrey había dicho, siguiéndoles gran acompañamiento y detrás el Virrey y el Arzobispo con grandes piezas de música.

Volvieron despues á la catedral; los que llevaban los pendones, los arrimaron á un lado del altar mayor. Hízole luego procesión alrededor de la iglesia. Iba el Arzobispo de pontifical y la clerecía y religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin, y Nuestra Señora de la Merced. Dijo Misa el Arzobispo, y acabada, Don Pedro de Córdoba metió el pendón en palacio y Nicolás de Ribera, el de la ciudad en Cabildo.

LIMA AL FINALIZAR EL SIGLO XVI

POR EL PADRE

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA

(1540-1612)

Fray Reginaldo de Lizárraga—en el mundo, Baltasar de Ovando—, español, de Medellín, novicio en Lima, predicador famoso, cura en Jauja, obispo en Chile y en el Paraguay, escribió una Descripción y Población de las Indias, *publicada primero en Lima por don Carlos A. Romero y después en España por M. Serrano y Sanz, con adiciones y correcciones provenientes de un mejor original. El frailecito vino a Lima en 1560, treinta años después de su fundación, y alcanzó algunos de los antiguos fundadores y conquistadores. La nota predominante de su descripción limeña es la de la intensificación de la piedad. La ciudad se ha recogido dentro de un beatífico misticismo, se levantan fábricas continuas de iglesias y crece—no sin cierta emulación—el área de los conventos. El de San Francisco, sobre todo, falto de moderación cristiana, se ha apoderado de una margen del río y de una finca de recreo, con estanque, que fué del conquistador don Francisco Pizarro. Lizárraga describe todas las iglesias, conventos y capillas, comenzando por los de su Orden dominica y terminando por los monasterios de monjas de la Encarnación, la Concepción y la Trinidad. Su emoción religiosa nos transporta a una tarde de sábado, en la Encarnación, con voces de órgano y de mujeres que cantan la salve y entre cuyos rostros piadosos pudiera estar el de Santa Rosa de Lima. Lizárraga se admira del crecimiento de la población, no obstante de que, según sus datos, la iglesia de Guadalupe quedaba aún fuera de la ciudad, "en el camino de Pachacamac". El más destacado propulsor de la ciudad, después de Pizarro, había sido el marqués de Cañete—don Andrés—, "el Limosnero", constructor del puente de cal y ladrillo, que enlazaba la ciudad con el barrio de indios de San Lázaro y con el camino a Trujillo, que comenzaba frente a aquel puente y llevaba ya el nombre de calle de Trujillo. El fraile se irrita demasiado temprano contra el lujo de los limeños, y declara que la riqueza de los vestidos de las mujeres y de los adornos de ventanas, altares y calles para las procesiones es sólo comparable a la de la imperial Toledo. Ingenuo y supersticioso, Lizárraga apunta que los vientos son causas de "pestilencia" y que en Lima "el Sur es sano y el Norte enfermo", y, en lo relativo a los pobladores, asienta, como muchos otros viajeros de más tarde, que las mujeres "hacen mucha ventaja a los varones".*

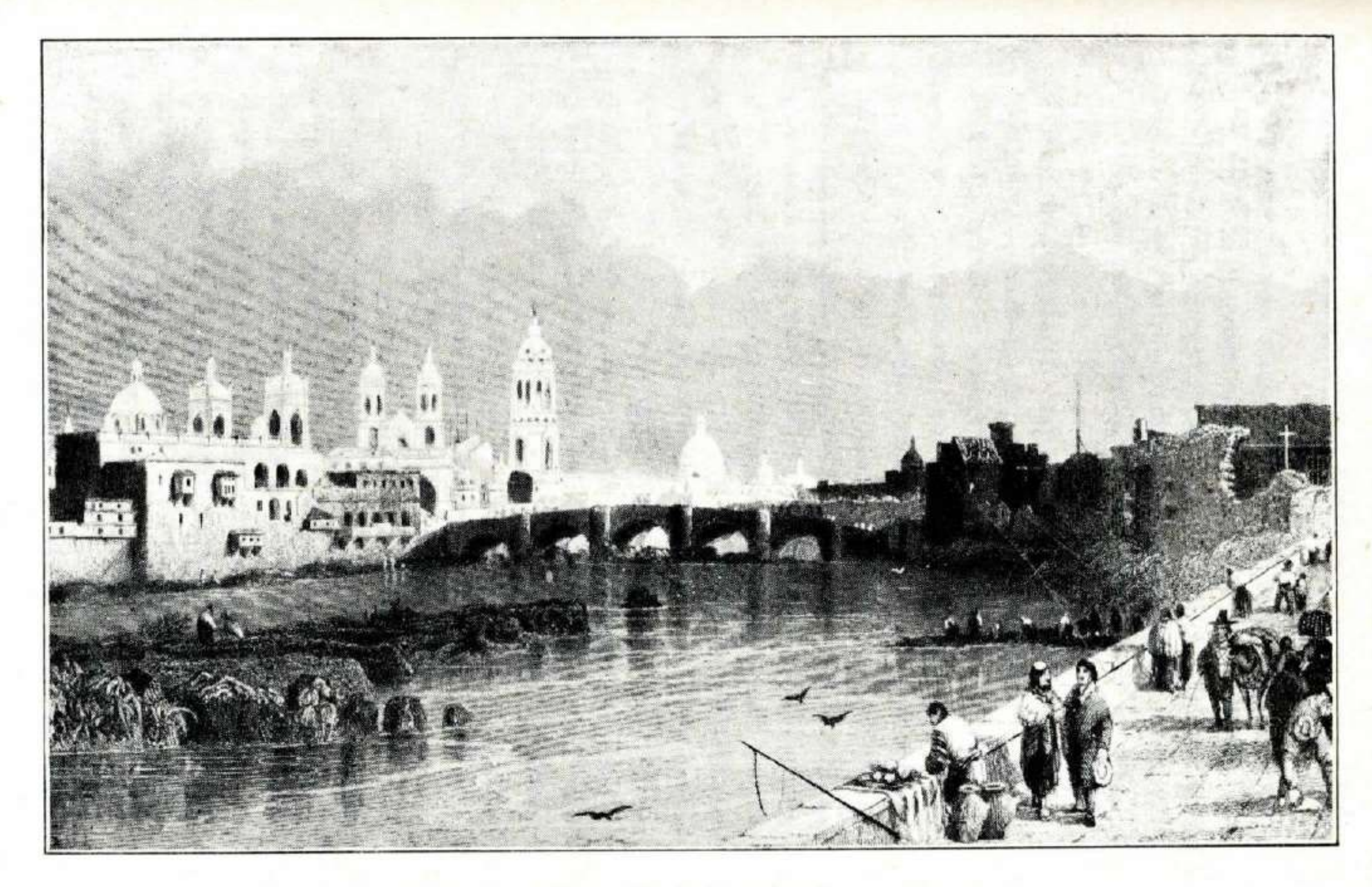
CAPITULO XXI

DEL VALLE Y CIUDAD DE LOS REYES

El valle donde se fundó la ciudad de Los Reyes, llamado Rimac en lengua de los indios, sin hacer agravio á otro, es uno de los buenos, y si dijera, uno de los mejores del mundo, muy ancho, abundante, de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se da trigo, maíz, cebada, viñas, olivares (á las aceitunas llamamos criollas; son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas tantos y tan buenos como los de Zahara; las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año.

El agua del río no es tan buena como la de los demás valles destos llanos, *respeto* de juntarse con el río principal otro no de tan buena, que la daña. Pero proveyóle Dios de una fuente á tres cuartos de legua de la ciudad, de una agua tan buena, que los médicos no sé si quisieran fuera tal. Oi decir á uno dellos, y el mas antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le habría quitado mas de tres mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las camaras de sangre, que se llevaban a muchos.

Esta agua se trujo á la ciudad, y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar la agua necesaria; pero porque es grande y más *sin costa* se aprovechase della, en los barrios hay sus fuentes, como en la placeta de la Inquisición, en la esquina de



Lima. (Grabado antiguo.)

las casas del licenciado Rengifo, en el barrio de San Sebastián y en todos los monasterios y en casas de hombres principales, y en las cárceles y en el palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el marqués don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros, á este pueblo la ciudad de Los Reyes; porque en este día la fundaron; diéronle, aunque acaso, auspicatísimo nombre, porque si muchos reyes le hobieran ennoblecido, en tan breve tiempo como diremos, no hobiera crecido más, ni aún tanto; mas como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres, Nuestro Señor, por intercesión de los Santos Reyes, la ha multiplicado; es la silla metropolitana de todo este reino de Quito á Chile; aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Santa Inquisición, y aquí se fundó la Universidad.

De todo diremos adelante mas en particular lo que á ésto toca, cuando tractaremos de los Virreyes y perlados eclesiásticos.

El río desta ciudad, en tiempo de aguas de la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido; no tiene madre, como la tienen los demás destos llanos; corre por cima de mucha piedra rolliza; antes que tuviese puente, muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque aunque tenía un puente de madera hecho de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada, que no se atrevían a pasar por ella, y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies. Lo cual visto por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el limosnero, gran amigo de pobres, dió orden cómo se hiciese puente todo de ladrillo y cal, de siete

ó ocho ojos, que comenzase desde la barranca del río á donde casi llegaban las casas Reales, y desde los molinos del Capitán Jerónimo de Aliaga, secretario que fué de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas Reales; al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría mas abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser mas larga, porque haciéndola allí el río se iba su camino, sin echarlo a la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer habiéndola donde el Virrey mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el río había llegado una vez allí y había de llegar otra, por el común refrán, al cabo de los años mil vuelve el río á su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo, y pliegos de Su Majestad de España, por tierra entrasen á una cuadra de las casas Reales donde el Virrey viviese, y por la calle derecha á la plaza una cuadra della, y cuanto á echar el río á la ciudad, que no habían de ser los Virreyes tan flojos que el río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano como lo era.

Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río, si los Virreyes no tienen ánimo para remediarlo.

CAPITULO XXII

DE LA CIUDAD DE LOS REYES

No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en número de monasterios, ni iguale á los religiosos que en ella sirven á Dios, alabándole de día y de noche, y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas, como esta de Los Reyes,

habiendo ayudado muy poco ó nada los príncipes o Gobernadores destos reinos al edificio dellos.

El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó; el primer fundador fué el padre fray Juan de Olías; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano al río. Oí decir a los viejos lo que aquí referiré de su fundación.

Llegado el Marqués Pizarro con los demás conquistadores á este valle, despues de haber preso en Cajamarca á *Atabalipa* y habiéndole muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la órden del glorioso padre San Francisco; eligieron para fundar su ciudad, el sitio que ahora tiene, que es el mejor del valle junto al río, á la parte casi del Oriente; á la del sur por la parte de arriba a una acequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente á Poniente; por la parte del Poniente, el puente llamado el Callao, dos leguas de la ciudad de los Reyes. Carreteras: por la parte Norte, el camino real para Trujillo, y desde abajo señalaron sus cuadras y sitios para casas.

CAPITULO L

DE LOS EDIFICIOS

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero agora,

como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí arbol ni parra.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadrado; tiene la plaza las dos frentes cercadas de arcos de ladrillo y sus corredores encima, ó por mejor decir doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden *el* sol á los tractantes, el cual á su tiempo es muy caluroso; debajo destos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

CAPITULO LIV

LAS COSAS CONTRARIAS A ESTA CIUDAD

Es combatida esta ciudad de enfermedades, que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envía, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río, como dijimos; despues de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cuotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frío, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos desta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur, el *Sur sano, el Norte enfermo:* demás désto como las mercaderías se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño y gran disminución en los naturales, como ahora lo causa una

enfermedad de viruelas juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, españoles naturales, negros, mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos, y escribiendo este capítulo, agora actualmente corre otra de no tanto riesgo, acá en la Sierra, como lo fué en los llanos, de sarampión solo, el cual en secándose acude un catarro y tose que de los muy viejos y niñas deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros.

Alcancé en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, a los cuales oí decir que, llegados a este valle, les parecía era imposible morirse; aunque también decían habían oído a los indios que no fueran poderosos a conquistarlos si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, etc., y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas, a los cuales, si les halla un poco faltos de virtud, fácilmente los despacha; pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serla aficionado no lo niego, por tenerla por mi patria; en lo demás no digo tanto bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años.

CAPITULO LV

DE LAS CALIDADES DE LOS NACIDOS EN ELLA

Los que nascen en esta ciudad meros españoles son gentiles hombres por la mayor parte y de buenos entendimientos, y animosos, y lo serían más si los ejercita-

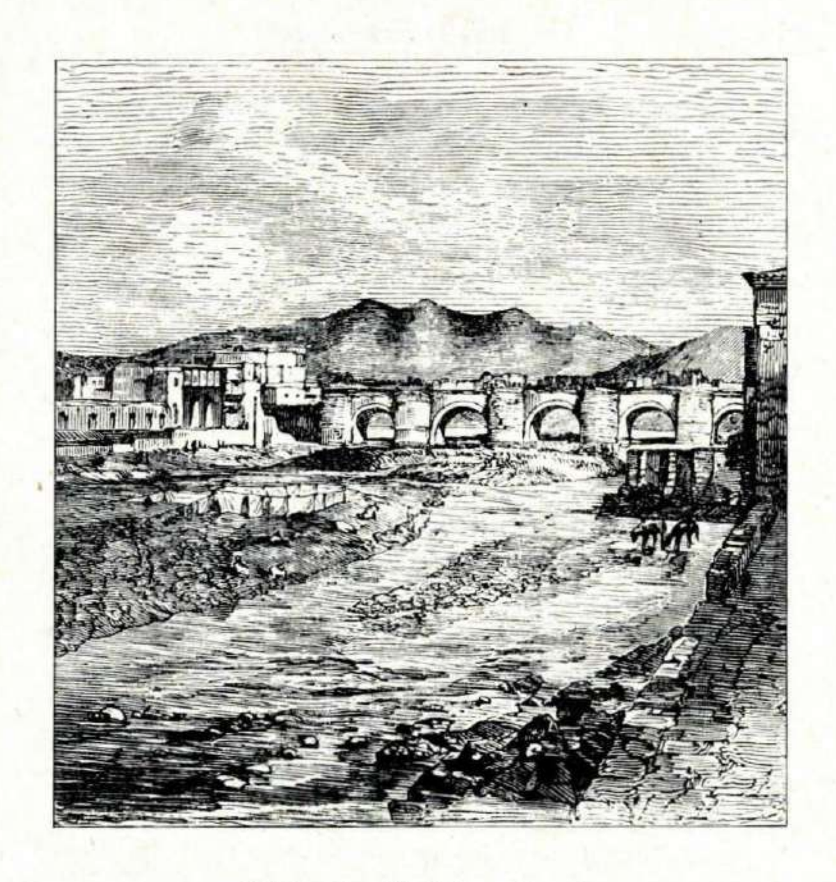
sen en cosas de guerra; son muy buenos hombres de a caballo y galanos, y para otras cosas que adornan, la policía humana, no les falta habilidad. Por la mayor parte son más pródigos que liberales, y transportados hacen muchas ventajas a los naturales. En una cosa tienen gran falta, ésta no es la culpa suya, sino de los que gobiernan; déseme licencia para tratarlo, porque a ello no me mueve quererme entremeter en cosas de gobierno, sino advertir del daño que podría suceder. La falta que tienen es que esta ciudad es puerto de mar. Pues los nacidos en puerto que no sepan nadar, que no sepan qué cosa es mar, que no entren en ella, y que si entran luego se marean como si vivieran muy apartados della; esta es la falta. Hasta ahora no se *sintía,* porque no se imaginaba que enemigos de la Iglesia Católica y del nombre español nos habían de venir a robar; pero ya que por nuestros pecados lo experimentamos, debían los gobernadores a todos los nacidos en esta ciudad desde muchos años, mandar llevarlos al puerto, enseñarlos a nadar, meterlos en barcos y hacerlos llevar por lo menos dos veces en la semana cuatro leguas y más a la mar, porque se hiciesen a ella, y no que como testigo de vista hablo.

Cuando don García de Mendoza, marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros patajes, yo iba en la Almiranta, y cuantos criollos, así los llamamos, iban en ella, y hombres bien nacidos, en entrando en la mar cayeron como adormecidos, y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, los cuales si estuvieran hechos a entrar en la mar no les subcediera.

Esto no es falta de ánimo, sino falta de ejercicio marítimo; lean los gobernadores a Platón en los libros

de sus Leyes, y en los de la República, y *deprendan* de allí en qué han de ejercitar los muchachos para que puedan y sepan defender su república. Que los nacidos en puerto a la lengua del agua no sepan ni conozcan la mar, notable descuido es; y desto no más. De las mujeres nacidas en esta ciudad, como en las demás de todo el reino, Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen muchas ventaja a los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.

LIMA EN EL SIGLO XVII



El Puente. (Grabado antiguo.)

LIMA DE 1600 A 1630

DESCRITA POR EL

PADRE BERNABÉ COBO.

La ciudad de 50 vecinos que fundó Pizarro había crecido bastante en los primeros años del siglo XVII, no cumplida aún su primera centena. Su plano había desbordado las previsiones del fundador. De Monserrate al Cercado había calle muy larga, de 24 cuadras. La ciudad había

crecido hacia el Este. De Norte a Sur tenía por extremos el río y la iglesia de Guadalupe. Pero dos nuevos barrios habían inflado su área: el barrio de San Lázaro y la reducción de indios del Cercado, iniciada por Toledo. Se contaban 4.000 casas y hasta 60.000 habitantes. El trazo de la ciudad había sufrido modificaciones impuestas por la vida: algunas calles habían perdido la amplitud que les dió el fundador, estrechándose, y en los arrabales, donde no se pensó que llegara la población, había calles sinuosas y sin salida, que rompían el "tablero de ajedrez" delineado por Pizarro. La ciudad tiene ya también una fisonomía urbana característica. Se desvanece su ambiente pastoril. Y surge una edificación peculiar entre criolla y sevillana. Las casas tienen ya un sello limeño: hay portadas de piedra, zaguanes, oratorios, patios, rejas de madera, azoteas y—alma de la ciudad—los balcones tallados en madera. La Plaza se ha transformado. La adornan el edificio del Cabildo, los "lucidos ventanales" del Arzobispado, la fábrica de la iglesia y la portada de piedra y galerías espectaculares del Palacio, construídos por el virrey Velasco. La Plaza ha adquirido animación y donosura. Se ha quitado de ella la picota. En el centro, funciona el mercado o tianguez, "El Gato", le llaman los limeños, y hay alboroto diario de pregones y pleitos de indios y mulatas. Ha comenzado también el apogeo de Mercaderes—la calle señorial y del más alto rango comercial—, y no pueden rivalizar con ella ni la de Mantas, con sus tiendas de toscas bayetas indias, ni la actual de Bodegones, entonces de "los Ropavejeros". Hay también dos plazas que enorgullecen a los vecinos: la de la Universidad y el Santo Oficio—hoy plaza Bolívar—y la de Santa Ana—hoy Raimondi—, con hospital y mercado. El lujo y el envanecimiento limeño lo constituyen, sin embargo, dos grandes monumentos urbanos: el Puente de Piedra y la Alameda de los Descalzos. El puente flamante, con sus pretiles y estribos de piedra, se prepara a desafiar a los siglos. La Alameda, trazada a imitación de la de Sevilla, con sus hileras de naranjos y limoneros y el pequeño convento de franciscanos al fondo, arrimado contra el cerro, es aún un lugar despoblado, pero auspicioso, listo para recoger todo el esplendor de los desfiles limeños del siglo XVII. Entre "el río, el puente y la alameda", podría titularse toda la historia de Lima, como uno de los capítulos de la Historia *de Cobo, escritos en loor de la ciudad del marqués de Montesclaros.*

DE LA FORMA Y GRANDEZA QUE HOY TIENE ESTA CIUDAD, NÚMERO DE VECINOS Y CASAS, COPIA DE MATERIALES PARA EDIFICAR

Edificadas al principio las casas que bastaban para morada de los pobladores, de fábrica humilde y baja, acomodándose a los materiales que entonces había, cupieron todas en las dos primeras cuadras en torno de la plaza, por ser corto el número de vecinos; el demás sitio de la traza fué fundando el regimiento a los que

venían a vecindar, y hubo sitio que repartir de este modo por muchos años; las cuadras que se edificaban cercábanlas de tapias y hacían ellas huertas y rancherías de indios y negros, de las cuales duraron algunas hasta nuestros tiempos, y son las que llamábamos corrales de negros, en que, de treinta años a esta parte que yo entré en esta ciudad, he visto edificar muchísimas casas, de manera que ya no queda cuadra entera dentro de la planta de la ciudad en que no haya edificios de españoles. Por causas de las alteraciones y guerras civiles que se siguieron en este reino, a tres o cuatro años de la fundación de esta ciudad, y duraron más de quince años, tuvo ella muy poco crecimiento en todo aquel tiempo; pero luego que cesó el ruido de las armas, abonanzó el tiempo y comenzaron los españoles a gozar de paz y quietud, mediante la prudencia y buen gobierno del Virrey marqués de Cañete, el primero a quien debidamente da este reino el honorífico título de Padre de la Patria. Respiró esta ciudad y comenzó a ir en tan grande aumento, favorecida e ilustrada de aquel excelente príncipe, que desde su tiempo hasta este presente año de 1629, en que esto se escribe, ha traído en muy próspero curso de crecimiento, sin que se haya interrumpido ni se pueda antes ver el fin y término que ha de llegar a tener su aumento.

Y así, aunque les pareció a los pobladores extendían mucho los cordeles y ánimo cuando la trazaron, juzgando que por mucho que creciese la población haría harto en llegar a henchir el sitio que le señalaron y dejaron repartido, con todo eso anduvieron muy cortos, vista la grandeza a que ha llegado, pues ocupa el día de hoy doblado sitio del que le dieron en su planta, en que se han edificado cuatro mil casas, con las del barrio y parroquia del Cercado, que son de indios, y

serán hasta doscientas, las demás son de españoles, y de ella caen las seiscientas de la otra parte del río en el barrio llamado San Lázaro, por la iglesia parroquial de esta advocación que está en él; en todas ellas se cuentan de cinco a seis mil vecinos españoles, que con los entrantes y salientes serán hasta veinticinco mil almas; treinta mil negros esclavos de todo sexo y edades, de los cuales la mitad, poco más o menos, residen lo más del tiempo en las chacras y heredades de este valle, y hasta cinco mil indios, así como de todas edades, con que vienen a ser sesenta mil personas, de toda suerte de gente, las que habitan en esta ciudad. Son tan poco estables las cosas del mundo y están tan sujetas a mudanza y variedad, que no es bastante la industria y providencia de los hombres a eximirlas y defenderlas de ellas: buen ejemplo de esto tenemos en la materia que vamos tratando, pues por más cuidado y diligencia que pusieron los pobladores de esta ciudad en asentarla con el orden y concierto que hemos visto, y en prevenir los accidentes que podían alterar, sin mudar su forma y traza, con todo eso, en tan pocos años como han pasado por ella, sin haber padecido las calamidades de incendios, sacos y asolamientos que las ciudades de Europa, tiene ahora tan diferente figura y estado del que le dieron en su institución, que admira. Porque, si bien ha tenido siempre cuidado el Cabildo de nombrar alarifes que atiendan a que lo que se edifica dentro de la traza no se desvíe de ella, y en lo que se acrecienta de nuevo se guarde el mismo concierto y uniformidad de cuadras y calles parejas, y suelen penar a los que lo contrario hacen, todo eso no ha sido poderoso para resistir a esta tan propia condición del tiempo: de mudar y alterar todas las cosas que están debajo de su jurisdicción.

Por razón de lo dicho, vemos hoy que no todas las cuadras de la primera planta se han edificado y poblado, porque lo que se les dieron de ancho, por partes apenas tienen la mitad y las otras se han desbaratado, y en lo que de nuevo se ha ido acrecentando no se ha guardado tanta igualdad que no esté la ciudad por unas partes más ancha que por otras y tenga cuadras desiguales y algunas calles torcidas y otras sin salidas; verdad es que este desorden no cae en lo principal de la ciudad, que es más de un cuarto de legua en largo, sino en lo que no ha mucho tiempo que eran arrabales donde no se pensó llegaran jamás las casas de vecinos; y a esa causa, y por ser ranchos viles de indios y gente de servicio los que se comenzaron a edificar en los tales sitios, no se tuvo al principio tanta cuenta con que fuesen concertados, a los cuales después acá han ido sucediendo muy buenos edificios de españoles.

Asentóse la planta de la ciudad en la banda del Sur del río, apartada de los cerros la distancia arriba dicha; mas con el gran barrio de San Lázaro, que se ha fundado de la otra parte, viene ahora a quedar el río dentro de la ciudad, y los últimos edificios de ella no distan de los cerros doscientos pasos, y no dudo yo, sino que antes de muchos años han de llegar las casas a la misma falda de la sierra, donde está el convento de los descalzos de San Francisco. El sitio que ocupa es muy grande para la vecindad, que corre en su longitud desde la parroquia y barrio de Santiago del Cercado, exclusive, hasta Nuestra Señora de Montserrat, veinticuatro cuadras, que hacen más de media legua; y su latitud, por donde más se ensancha, desde Nuestra Señora de Guadalupe hasta el río, un buen cuarto de legua, y si metemos en cuenta el río y juntamos

con el espacio dicho el barrio de San Lázaro, viene a ser su anchura casi de media legua. La razón de ocupar tan grande trecho es porque muchas de las casas son bajas y sencillas, por temor a los temblores, y casi todas son muy capaces y anchurosas, con grandes patios, corrales, huertas y jardines.

El edificio, generalmente, de las casas es de adobes; las primeras que se labraron es de ruin fábrica cubiertas de esteras tejidas de carrizos y madera tosca de mangles y con poca majestad y primor en las portadas y patios, aunque muy grandes y capaces; después acá se han ido derribando casi todas y edificándose más costosamente, con enmaderamientos fuertes y curiosos, de gruesas vigas y tablón de roble, con toda la curiosidad que pudo el primor del arte; son ya muy pocas las que se cubren de esteras, a causa de las garúas, que cuando son copiosas suele el agua calar los techos de esteras y henchir las casas de goteras: los edificios de canterías son pocos, por la mucha falta que hay de materiales, porque no se halla en todo este valle cantería buena de donde cortar piedra para labrar, y a esta causa la que se gasta es por la mayor parte traída por mar de Panamá, quinientas leguas; de Arica, doscientas, y de otras tierras remotas. Poco ha se descubrió una excelente cantería diez leguas de aquí, mas por estar en lugar yermo, áspero de camino y dificultoso, donde no pueden llegar carretas, no se traen piedras grandes: las mayores que se sacan son de a tercio, que dos hacen una carga de mula, y con estar muy caras puestas en esta ciudad es grande el gasto que hay de ellas; en el cerro de Surco o Morro Solar hay otra cantera, que por ser de piedra muy dura se saca poca de ella, aunque no está más de dos leguas de la ciudad.

De los demás materiales para edificar, fuera de la

madera, que también se trae de lejos, hay abundancia en este contorno, porque los adobes y ladrillos se hacen dentro de la ciudad, en sus arrabales, y vale el millar de adobes a 26 pesos y a 18 el ladrillo. Para cal hay mineras de buena piedra, y en gran abundancia, un cuarto de legua; cal hay hasta en las orillas del río: vale la fanega de cal ocho reales. También para cimientos y obras de mampostería hay copia de piedras toscas de rocas y lajas en las sierras vecinas. La madera se trae toda por la mar, la mayor parte de la ciudad de Guayaquil, más de doscientas leguas de aquí: es casi toda de roble; del reino de Chile se trae también alguna, que dista de esta ciudad quinientas leguas, y antes que se perdiera la ciudad de Valdivia se traía muchísima y andaba muy barata, pero después que se perdió aquella ciudad, como es poca la que viene de aquel reino, ha subido más de la mitad del precio la de Guayaquil, porque una viga de dos palmos de ancho en cuadro, y larga de 30 a 40 pies, vale de 40 a 50 pesos, y con todo es inmensa la cantidad de madera que entra al año en esta ciudad y muchos los navíos que andan en este trato. Asimismo se trae de Tierra Firme y de la Nueva España madera de cedro, de granadillo y de otros géneros preciosos para labrar puertas, balcones, sillas, mesas y otras cosas de este jaez.

En su traza y forma tienen las casas mucho primor y arte; edifícanse las más por su planta y dibujo, y artífices muy primorosos en dibujarlas y trazarlas; no hay casa principal que no tenga su portada vistosa y de piedra o ladrillo; el hacer una portada de éstas cuesta de tres a cuatro mil pesos, y más zaguán y patio con sus corredores altos y bajos, de columnas de piedra o ladrillo: las columnas son traídas de Panamá y cuesta cada una más de cien pesos; sus oficinas, muy

cumplidas; jardines y oratorios bien adornados de ricas imágenes y ornamentos, en que de poco tiempo acá ha crecido tanto la curiosidad y devoción en esta parte, que pasan de doscientos oratorios los que hay en casas particulares, en los más de los cuales, por composición que tienen con la Cruzada, se dice misa los días de fiesta.

Item tiene diversos cuartos y aposentos bien compartidos, en que pueden vivir cómodamente dos o tres vecinos (como de hecho viven en muchas), con morada bastante para amos y criados; esméranse mucho en labrar grandes y curiosos balcones de madera, y es muy grande el número que hay de ellos; son algunos muy costosos y todos de gran recreación, en especial los de las esquinas, porque, como las calles son derechas, se descubre desde cada esquina las dos calles que cruzan hasta el cabo de la ciudad. Está aquí tan recibido el uso de los balcones, que no hay casa de mediana estofa que deje de tener alguno, y las principales muchos. Usanse pocas rejas de hierro, porque con la humedad del aire se toman luego de moho, se deslustran y aun se deshacen.

Tiénese mucha cuenta en el ventanaje, que en cuanto el sitio diere lugar miren las ventanas al Sur y tengan su correspondencia para gozar de fresco en el verano; porque puesto que en el temple de esta ciudad de llanos, adonde (como en la primera parte dijimos) no son tan recios los calores como los del estío de España, con todo eso se procura en cuanto es posible el reparo de ella; y lo es tanto el viento sur, que en la pieza y aposento que tiene entrada nunca se siente calor, por gozarse de una saludable y deleitosa brisa que regaladamente refresca. Todos estos buenos efectos causa en esta costa el viento sur, con ser las casas de esta

ciudad en lo interior tan capaces, alegres y lustrosas, tienen por de fuera ruín apariencia, lo uno por ser las paredes de adobes, y las más por enlucir, y lo otro por tener los techos llanos de azoteas y sin corriente, por no estar hecho para defensa de las lluvias, que no hay, y faltarles la hermosura que suelen causar los tejados; las más principales y de mejor sitio suelen valer de alquiler de ochocientos a mil pesos al año, y las medianas, desde trescientos hasta quinientos, y de ahí para abajo, conforme a su calidad y barrio en que están.

DE LAS CASAS Y EDIFICIOS PÚBLICOS

En grandeza y lustre, se aventajan los edificios públicos a los particulares; la mayor parte de ellos caen en la plaza principal, la cual es la más capaz y bien formada que yo he visto, ni en España. Ocupa todo el sitio de una cuadra, con el ancho de las cuatro calles que por los cuatro lados la cercan, y así tiene de ver (?) por los cuatro lados más de dos mil pies; es muy llana, con una gran fuente-pila en medio; las dos aceras tienen de portales, con columnas de piedra y arquería de ladrillo, y muchas y muy grandes ventanas y balcones; en el uno de estos lados están las casas del Cabildo seglar, más fuertes y suntuosas que lo restante de toda la acera, con unos muy vistosos corredores delante de la sala del Ayuntamiento, y que es una grande y hermosa pieza; debajo de estos portales caen la cárcel de la ciudad, con su capilla, que es tan grande y bien adornada y servida que se puede llamar iglesia, y los oficios de los escribanos, en especial de Cabildo, en cuya puerta hacen audiencia los alcaldes ordinarios.

La otra acera de portales consta de tiendas de diferentes oficios. La mayor parte ocupan sombrereros, se-

deros y mercaderes; la cuadra de este lienzo y lado está partida por medio por una calle que, por ser angosta, la llamamos el Callejón: va a salir a la calle de los Plateros, y por ambos lados no tiene otra cosa que tiendas de mercaderes. En el tercero lado y lienzo de esta plaza están la iglesia mayor y las casas arzobispales, y por la suntuosidad, de estos edificios es el más adornado y vistoso de todos; sale a la plaza la frontera de la iglesia, con las tres puertas principales, de siete que tiene, y dos torres a los lados, en cada esquina la suya; lo restante de esta acera cogen las casas del Arzobispo, que son muy magníficas y de muy lindo ventanaje, particularmente el cuarto y sala del Cabildo eclesiástico, que se labró en vida del tercer Arzobispo; en el cuarto y último lado, que cae hacia el río, a la banda del Norte, están las casas reales, palacio y morada de los Virreyes. Es la mayor y más suntuosa casa de este reino, por su gran sitio y por lo mucho que todos los Virreyes han ido ilustrándola con nuevos y costosos edificios, porque apenas ha habido Virrey que no la haya acrecentado con algún cuarto o pieza insigne, con que ha llegado a la majestad que representa; el edificio es doblado, de sólo un alto, con espaciosos tejados y azoteas, demás de los cuartos y aposentos en que mora el Virrey con su familia, están los estrados y salas de la Real Audiencia, del Acuerdo y del Crimen, costosamente adornados. La cárcel de Corte, que se acabó y pobló el año 1621, la cual es muy capaz, de buena fábrica, con su patio y corredores y fuente en medio, y una gran capilla con puerta a la calle; el Tribunal de los contadores mayores, el de la contratación de los oficiales reales, con la casa de la Real Hacienda, la capilla real y la sala de armas; tiene dos grandes patios con sus corredores y un grande y bien tra-

zado jardín, con todas las oficinas que pide una casa acabada y perfecta para morada de tan gran señor. La frente que mira a la plaza es de una hermosa galería y mirador, de corredores hasta la mitad, adonde está la puerta principal con una suntuosa portada de piedra y ladrillo, que hizo labrar el Virrey don Luiz de Velazco, y la otra mitad de esta acera es de ricas ventanas, obra también de don Luis de Velazco; demás de la puerta que sale a la plaza tiene otras tres, en cada lado la suya; la otra frente, opuesta a la de la plaza, cae sobre el río y goza de muy apacible vista. Labró estas casas para su morada y vínculo de su estado el Marqués don Francisco Pizarro, y como por su muerte quedase debiendo al Rey cantidad de pesos, mandó Su Majestad, por una cédula que está entre las demás de la Real Audiencia, que se tomase para su real Corona, haciéndose pago en ellas de la dicha deuda; con estas cuatro aceras que cercan la plaza, adornada de tan suntuosos edificios, viene a ser ella tan hermosa y de tanta majestad, que pudiera ilustrar cualquiera ciudad de Europa.

Desde la fundación de la ciudad estuvo esta plaza con muy pocos adornos, cercada de humildes edificios, cuales eran los que al principio se hacían, con la picota en medio, como la puso en medio el Marqués Pizarro, hasta que gobernando el Virrey Conde de Niebla trató de ennoblecerla. Hizo lo primero quitar de ella la picota y pasarla a la puerta del río, dió principio a la fábrica de los portales, ordenó se metiese agua en la ciudad y se labrasen fuentes, comenzando por la de la plaza. Todo lo cual, aunque se empezó entonces, se vino a acabar en tiempo y con el favor del Virrey don Francisco de Toledo.

El comercio y bullicio de gente que siempre hay en

esta plaza es muy grande; más de la cuarta parte de ella, enfrente de la iglesia mayor, ocupa el mercado o Tianguez, que en esta ciudad llamamos el Gato, donde se vende todo género de frutas y viandas; todo lo cual venden negras e indias, en tanto número, que parece un hormiguero; y porque los días de fiesta no se quede sin misa esta multitud de vulgo, desde un balcón o corredor de la iglesia mayor, que señorea toda la plaza, se les dice una misa rezada. Las cosas que se hallan en este mercado son cuantas una muy abastecida república puede apetecer para su sustento y regalo. Hay asimismo muchos tenderijos de mercaderijos, indios que venden mil menudencias. Por toda la acera de Palacio corre hilera de cajones o tiendas de madera, arrimadas a las paredes, de mercaderes de corto caudal, sin otras muchas tiendezuelas portátiles que hay en las dos aceras y en el tianguez o mercado; en el lado de las casas de Cabildo nunca deja de haber almonedas, donde se venden a precios bajos ropas traídas, y cuantas cosas pertenecen para alhajar una casa.

Las ocho calles que desembocan en la plaza son las más principales y de mayor concurso de la ciudad. La que va al convento de la Merced es la que llamamos de los Mercaderes, porque toda ella está ocupada de tiendas ricas de mercaderes caudalosos; es muy hermosa y fresca, porque la baña a lo largo el viento sur, y entoldada de verano como la entoldan, se goza de mucho fresco y sombra, y así está en ella todo el trato y bullicio de la mercadería, no sólo de esta ciudad, sino de todo el reino, pues de todas partes tienen sus correspondencias con los mercaderes de ella. La segunda en comercio es su vecina, que con ella hace ángulo recto, llamada la calle de las Mantas; ésta corre hacia el poniente y hospital del Espíritu Santo. Danle este nom-

bre porque a los principios, en las tiendas que tiene, la principal mercadería que se vendía era ropa de la tierra, vestidos de indios, mantas y camisetas; ahora tiene tan ricas tiendas de ropa de Castilla como las de los mercaderes, si bien no tantas en número; lo restante de ella ocupan oficiales de diversos oficios.

El tercero lugar en frecuencia de gente tienen las dos calles de la esquina de la iglesia mayor: la una camina derecha para el Sur, y va a dar al convento de la Encarnación, y la otra hacia el Oriente, al convento de la Concepción, que ambos son de monjas. La primera es llamada de los Ropavejeros, por las tiendas que hay en ella de vestidos hechos, viejos y nuevos; la otra calle tiene una sola acera de tiendas, porque la de enfrente de ella es la iglesia mayor.

Las otras cuatro calles que restan son también de mucho comercio y frecuencia, y aunque no tienen tiendas de mercaderes, hay tiendas de muchos oficiales. Las dos de entre las casas reales y arzobispales van a dar, la una, a la Universidad, y la otra, al río y Carnicería y Pescadería, por el un lado de Palacio. Las otras dos tampoco se vacían de gente en todo el día, puesto que tienen menos tiendas de oficiales que las demás. La una va a dar a la puerta del río, barrio de San Lázaro y a la Lameda *(sic)*, y la otra, al convento de Santo Domingo, que cae al poniente de la plaza; a los principios llamaban esta calle de Trujillo, porque salían por ella al camino de aquella ciudad, cuando la puente estaba abajo de la ciudad. Estuvo primero en esta calle la cárcel de Corte, con que era más frecuentada que ahora. Sin estas calles que salen derecho hasta el campo de la ciudad, hay otras de gran comercio, como son las que caen a la espalda de la plaza, por todos cuatro lados, especialmente la de los Plateros, que es la que corre de

la Compañía de Jesús a la parroquia de San Sebastián, que tiene de largo más de un cuarto de legua.

Plazas principales hay otras dos menores: a la una llamamos plazuela del Santo Oficio y de la Universidad, porque están en ella las casas de este Santo Tribunal y las escuelas; y la otra es de Santa Ana, por igual razón de caer en ella la parroquia y hospital de Santa Ana. La primera está adornada de edificios graves, porque tiene a un lado las casas del Santo Oficio, al otro el hospital de la Caridad y la Universidad, y respecto de los estudios es muy frecuentada. Las otras dos aceras son de muy buenos edificios, con muchos balcones y ventanas; en la otra plaza, por estar más apartada de la principal, hay su tianguez o mercado, donde se venden cosas de comer; adórnala la parroquia de Santa Ana y el monasterio de las monjas Descalzas.

DEL RÍO, PUENTE Y ALAMEDA

Entre las cosas que pertenecen a la provisión y sustento de una república es tenida por una de las más necesarias el agua; de ésta goza Lima en tanta abundancia, que no se halla otra ciudad en el reino más proveída de ella, así por las fuentes públicas y de casas particulares, en que se reparte de un gran golpe de agua que le entra por secretos conductos, de que trata el capítulo siguiente, como por el caudaloso río que corre por dentro de ella, el cual, teniendo su nacimiento en la cumbre de la cordillera general de este reino, en los términos de la provincia de Huarochiri, veinticinco leguas de aquí, hace su curso hasta desembocar en la mar, a dos leguas de esta ciudad, de Oriente a Poniente, y siete antes de su fin se le junta otro, poco menor

que él, llamado río de Santa Olaya, por un pueblo de este nombre que está casi en la junta de los dos. El agua de este segundo está en opinión de más delgada y sana, y a esta causa no pocas veces se ha puesto en práctica meterla en esta ciudad, antes que se mezcle con la de este otro río, cuya agua ha mostrado la experiencia ser menos saludable.

Así por bajar este río de Lima de tierras altísimas y tener toda la tierra por donde pasa mucha declinación hasta la mar, como por ser la madre de él de piedra y cascajo, y poco recogida y honda, es muy impetuosa la corriente y ruido que trae, mayormente en el verano, cuando son sus corrientes. Con el mismo raudal y furia atraviesa la ciudad, y en el silencio de la noche se percibe en toda ella el murmullo de sus aguas; ha destruído y robado con sus avenidas gran cantidad de tierra de labor de esta campiña y ha causado a la ciudad no pocos daños, costa y temores, porque desde que se fundó hasta el tiempo presente le ha comido el espacio que se le dió para égida de sus riberas, y en partes entrándosele por su traza, llevándose algunas casas y destruído y asolado de ellas más de cien pasos en ancho, como vemos a las espaldas del convento de San Francisco, con que ha tenido a los ciudadanos en perpetuo cuidado y obligándoles a hacer excesivos gastos de cimientos y tajamares de cantería que resistan el ímpetu y furia con que embiste y rompe sus márgenes, particularmente la barranca de lo principal de la ciudad, que es lo de la banda del Sur.

El año de 1578 salió de madre tan desazonadamente, que, extendiéndose y derramándose por el barrio de San Lázaro, se llevó todas las casas que había en él, con la hacienda y muebles que tenían, si bien no fué muy grande la pérdida, por ser entonces pocas y sus habita-

dores no de la gente rica de la ciudad. Pasando aquella primera inundación, fueron con el tiempo echando en olvido aquel daño y pérdida, y sin tener seguro que no asegundaría el río por allí, han ido poblando aquel barrio, tan a prisa, que siendo tenido antes por humilde arrabal, es ahora muy principal parte de esta República.

De pocos años a esta parte se han labrado en ambas orillas del río más fuertes reparos de cantería, en que he visto gastar más de cien mil ducados; porque se había arrimado su corriente tan a prisa al convento de San Francisco, que no quedaba ya entre la pared y la huerta y la barranca del río más que un estrecho de dos o tres pasos. Cobróse con este reparo tanto lugar de la madre del río, que en él se ha edificado una hilera de casas, entre la cual y el sobredicho convento ha quedado una calle tan ancha como las demás.

También se ha asegurado el convento de Santo Domingo, en cuya cerca bate el río, con otro fuerte tajamar, y es necesario recorrer y repasar cada año estos tajamares y otros que se han hecho por ambas riberas, porque no hay verano que no los dejen las corrientes y avenidas sentidos y desportillados, con que vienen a costar estos daños mucho dinero, y aun las vidas a muchos, porque apenas hay año que no se deje de ahogar alguna gente.

Ya que habemos publicado los daños de este río, fuera hacerle oprobio el callar los bienes que acarrea de esta ciudad, que son tan grandes y conocidos cuanto es la sequedad y esterilidad de esta región marítima del Perú, por cuanto carece de lluvias y riego del cielo, por lo cual donde no alcanza el de los ríos es yerma y desaprovechada. Y así, dejado parte este principal beneficio de hacer fértil y fructuosa con sus aguas la

comarca y la campiña de esta ciudad, la provee también abundantemente de agua, entrándose por medio de ella y con las muchas acequias que la sangran, y corren con tal orden repartidas por las casas, que no hay cuadra ni solar que no alcance a participar de ellas. Valen mucho estas acequias para el servicio y limpieza de la ciudad y para el riego de las huertas y jardines que hay dentro de ella, y le causan no poca amenidad y hermosura. La antigüedad de estas acequias es mayor que la de la misma ciudad, porque antes que ella fuera fundada corrían por su sitio, y los indios regaban con ellas sus chácaras y heredades, lo cual consta de la primera Ordenanza que hizo el Cabildo sobre las acequias, que fué el mismo año de la fundación de este pueblo, y es de esta manera:

"En once de Mayo de 1535, estando en cabildo, dijeron que era necesario para servicio de la ciudad que anduviese el agua por calles y solares por sus acequias, como solía antes que la ciudad se fundase, y que para esto cada vecino tenga cargo de hacer y dar lugar para que pase por su solar y le dé salida para que sirva á los otros solares, y que aquel que por cuya pertenencia pasase por la calle sea obligado a cubrirla." Poco después se ordenó en otro Cabildo que cada vecino tuviese en su acequia una redecilla o rejuela de hierro, como hasta ahora se guarda, y la ejecución de esto y cargo de repartir y distribuir el agua se cometió entonces al alarife, mas al presente toca al juez de Aguas. Como ha ido creciendo la población, se han hecho de nuevo otras muchas acequias, por dar agua a todas las casas, y las antiguas se han sacado derechas; están casi todas labradas de cal y ladrillo, y al cruzar las calles van cubiertas con portezuelas y alcantarillas de lo mismo o de madera, mas por los

patios, huertas y corrales de las casas van descubiertas.

La mayor parte de estas acequias se derivan de una muy grande que, por entrar en la ciudad por frente al Monasterio de Santa Clara, la llamamos de este nombre; la cual, no embargante que cuando se fundó esta ciudad caía fuera de su traza, con todo eso, por lo mucho que por ençima de ella se ha poblado, viene ahora a estar de la otra parte de ella toda la parroquja de Santa Ana. Trae a todas horas tan grande golpe de agua, que muelen juntas tres o cuatro ruedas de molinos de pan, y hay en su curso de la ciudad cinco molinos, de a tres y cuatro piedras cada uno, y hay piedras que muelen a más de cien fanegas de trigo entre día y noche. Sin esta acequia sacan del río en el espacio que corre por la ciudad otras dos menores: la una por el molino de Aliaga, que está pegado al puente, y molino y acequia tienen poco menos antigüedad que la misma ciudad. Al principio dió esta acequia mucho que entender al Regimiento, porque iba poco a poco robando la barrança del río, y muchas veces ordenó el Cabildo que se le hiciesen reparos, hasta que se labró de cantería, como está hoy, y sirve de resistir al río tanto cuanto antes era de perjuicio y daño a la ciudad. Por la tercera acequia se encamina también a otras tres paradas de molinos y para el servicio de las casas de la parte más baja de la ciudad; con ellas muelen dos molinos de pan, de a tres piedras cada uno, y un ingenio o molino de pólvora, de dos piedras, y después de salidas estas acequias del pueblo riegan muchas heredades y sembrados

Por el otro lado del río y barrio de San Lázaro corre otra acequia de igual grandeza, con que muele otro molino de pan de tres piedras y los molinos de pólvora, y se riegan muchas huertas y chácaras, por manera que los molinos de pan que hay entre la ciudad

son nueve, sin otros muchos que hay por la comarca. Tuvieron principio estos molinos poco después de poblada la ciudad, en cuyos pobladores se repartían los hegidos y sitios para ellos, por el mismo tenor que los solares; y la primera licencia que halló haber conocido el Cabildo para edificar molinos es la que dió a Francisco de Ampuero, a 26 de julio de 1540. La cual hubo con condición que si lo vendiese o denajenase, la persona a cuyo poder viniese quedase obligada a pagar de censo perpetuo doce pares de gallinas negras en cada un año, aplicadas para que las gastase el Cabildo en los días de los Reyes o en otras fiestas que le pareciese.

La primera puente que se hizo al río de esta ciudad por sus pobladores fué de madera y estaba fuera de población, enfrente de donde ahora es la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, la cual sirvió hasta el Virreinato del Marqués de Cañete; el primer edificio de este Virrey, obra de piedra y ladrillo en el propio lugar que está la que hoy permanece, y duró hasta el año 1567 en que, por el mes de febrero, viniendo el río muy crecido, derribó un estribo de ella, tras del cual cayeron los dos arcos que en él eran sustentados, de seis o siete que tenía. Tratando la ciudad de repararla, vino en aquella sazón por Virrey el Marqués de Montes Claros, el cual, con el parecer de los arquitectos y maestro de factura, juzgó que era más conveniente hacer otra puente de nuevo que aderezar lo arruinado de la vieja, y en conformidad de esta resolución se comenzase desde luego la obra, derribando la vieja y en su mismo sitio se sacó de cimientos y labró la que hoy sirve. Se hizo todo de piedra, excepto la arquería, que es de ladrillo, con muy fuertes estribos y seguros y galanos pretiles, con sus ángulos o recodos sobre los estribos, donde se pone la gente a ver el río, sin estorbar a los que pasan

por la parte de San Lazaro. Tiene por remate dos galanos torreoncillos, y por esta otra de la ciudad se entra por ella por muy suntuoso arco y puerta como de ciudad, de piedra labrada, que se descubre por la plaza. Acabóse esta puente por el año 1610, y llegó su gasto a doscientos mil pesos. Salió más ancha, hermosa y mejor que la primera y con seis ojos mayores que los de ella.

El mismo año de 1610, y por mandato del mismo Virrey Marqués de Montes Claros, se plantó la alameda al pie del barrio de San Lázaro, desde donde llega hasta el convento de los frailes Descalzos de San Francisco, que será de largo más de doscientos pasos; tiene tres muy anchas calles, con ocho hileras de árboles de varios géneros, y en la calle de en medio, a iguales trechos, tres fuentes de pila, labradas de piedra, con agua de pie, para que se hizo su cañería sacada el agua del río. Túvose atención a que saliese del modelo de la Alameda de Sevilla en su traza y grandezas, y fuéranlo, sin duda, si le ayudara el suelo; pero está muy desmedrada respecto de abono, puesto en un seco pedregal, sin otro migajón de tierra de lo que el río en años pasados ha dejado robados con sus corrientes: con todo eso es muy frecuentada de la ciudad, que sobre tarde salen de verano a ella a pasearse y tomar el fresco.

CIUDAD COLONIAL

(LIMA-PERÚ)

POR

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

I

¡Oh, Ciudad de los Reyes! Va a cantarte el poeta.
No es el Inca suntuoso de arrogante silueta,
ni es el aventurero de infatigable espada:
es el virrey galante de peluca empolvada.
Va a cantarte el poeta, que el Virreinato evoca
con el llanto en los ojos y el suspiro en la boca,
porque extraña ese tiempo de primor y nobleza.
¡Oh, dolor blasonado! ¡Oh, elegante tristeza!...
Quien enjoya a su musa con atávicas leyes,
con la heráldica pompa de tus claros virreyes
o la envuelve en misterios con su saya y su manto,
¡te devuelve lo tuyo, porque tuyo es su canto!

II

Una vez que, cansado de mi inútil paseo
por el mundo, entré a Lima, cual si entrase a un museo,
sentí en mi alma el encanto de las viejas ternuras;
y, en la noche, ganoso de correr aventuras,
me lancé al otro lado del granítico puente
y vagué por las calles de un gran barrio silente.
Me seguía la luna como el sueño de un hada,
con su blanco casquete de virreina encantada;
y, a la luz pavorosa de su fría linterna,
escuché los rumores de una música interna,

que me hablaba de cosas que se fueron, de gentes
que pasaron, de tiempos que no son los presentes.
Las callejas tortuosas. los vetustos balcones,
los arcaicos portales con sus pétreos blasones
y las plazas rendidas en que sólo la luna
divagaba a manera de un amor sin fortuna,
fueron dando a mis ojos la impresión de esos días,
de prosapias heroicas, de noblezas bravías
y de clásicos trajes que arrastraban sus colas
en un largo paseo de tricornios y golas...
Vi temblar los relieves de las casas antiguas,
animarse los santos de figuras exiguas
que empotrados reposan en la esquina de cada
callejón silencioso. desatarse la atada
cuerda de las dormidas campanas herrumbrosas,
abrirse los balcones cual fuertes mariposas
que sus alas despliegan, brillar en los cristales
floreados de las hondas ventanas conventuales
las luces de otras fiestas y, entre pausados sones,
salir pesadamente las largas procesiones...
Entendí lo que el río va diciendo en sus quejas,
descifré el jeroglífico heroico de las rejas,
combiné mentalmente las letras iniciales
grabadas en la puerta, leí los madrigales
y epigramas escritos en la cal de los muros
y platiqué con frailes de conventos oscuros...
Y la luna, ceñida de religioso velo,
mientras que yo vagaba, desde el fondo del cielo,
parecía seguirme, como una enamorada,
con la muda caricia de su lenta mirada...

III

¡Oh, Ciudad de los Reyes! Evocada en mis sueños
resurgiste en la noche de ayer, con diseños
imprecisos y tintas sin vigor... Resurgiste
—tú, la mujer alegre—como una estatua triste;
pero al soplo de mi alma se reanimó tu barro.
Cual las tenues visiones del humo del cigarro

que desenvuelve ensueños en largas espirales,
desataron los siglos sus sombras espectrales,
y fueron dando vueltas ante mi fantasía,
que entre las espirales de ese humo te veía.
Vi la Fuente de Bronce, prestidigitadora
de agua en múltiples arcos en que la risa llora,
que en mitad de tu plaza dice murmuraciones
y chismes por la boca de todos sus leones;
tu Catedral, que es de esas ancianas catedrales
con torres que parecen mitras episcopales;
tu Palacio—el Palacio de los Conquistadores—,
que es un recuerdo vivo de otras gentes mejores;
tu Puente de granito, que ante tantos despojos
dilata mudamente sus espantados ojos;
tu Alameda—anacrónica y solemne alameda—,
que luce su follaje de encarrujada seda
como una dama antigua su acuchillado traje,
a lo largo del río con su espuma de encaje;
y tu Plaza de Toros, que es alegre y coqueta
y vibrante como una redonda pandereta...
Y vi pasar hileras de ya olvidadas gentes:
rostros enjutos, hondas pupilas, finos dientes
entre risueños labios de epigrama, sombrías
arrugas de entrecejos, sutiles ironías
de expresión picaresca, semblantes satisfechos
de nobleza, ostentosos y fementidos pechos;
calesas, mitras, luces; ora un galán que escapa:
la punta de un estoque debajo de su capa;
ora una dama noble que va a misa: un rosario,
que sujeta su nácar entre un devocionario;
gregüescos y jubones de pompa florentina;
sayas de canutillo; peines de cornalina;
hopalandas fastuosas y floretes labrados;
tricornios de virreyes y cotas de soldados;
casacones bordados de una caligrafía
de oro y con botones hechos de pedrería,
y, sobre todo aquello, la tapada limeña,
la tapada que ríe, la tapada que sueña
con un sabroso encanto de helénicos amores
y va ofreciendo gracias y recogiendo flores,

hundida en el misterio de su mantón, en que ella
descubre sólo un ojo como una sola estrella,
pues la mujer ceñida con un mantón de viuda
es más pecaminosa que la mujer desnuda...
  Es así como pasa la astuta Castellanos,
que enjoya a su faldero con primorosas manos
y cubierto de alhajas lo luce en la alameda,
donde la aristocracia mirándola se queda,
consiguiendo la dama galante y desdeñosa
que se ocupen del perro los que no de la hermosa;
y es así como es digna de las muertas edades
con su caricatura del perro de Alcibiades.
  Es así como pasa la querida del viejo
virrey Amat: le pide que la obsequie un espejo;
y él le obsequia las aguas de un paseo en que un día
multiplicadamente la cara se vería.
  ¡Salud, Paseo de Aguas, inconcluso y durmiente!
Eres ruina y no fuiste; tu pasado es presente;
pero en medio de tanta belleza o picardía,
finges un cristal roto para mi fantasía,
que te ve con tus aguas, con tu arco hoy derruído
y con todo el orgullo que tú hubieras tenido.
Así, miro en tus aguas la Lima del pecado
como el remordimiento se mira en el pecado;
y por eso es que en mi alma surge tu transparencia
acusadora como si fuese una conciencia...

IV

  ¡Oh, Lima, ¡Oh, dulce Lima! Ciudad de los amores:
en ti sí que los tiempos pasados son mejores...
Tus fiestas y tus damas, tus cortes y tus lances,
tus glorias llenarían diez tomos de romances;
y has sido y serás siempre ciudad de la aventura,
desde que el gran Pizarro vertió su sangre pura,
que se esparció en las losas así como un manojo
de rosas que se hubieran mojado en vino rojo...
  Bajo tu sol, que es tibio, ni hay nieve ni hay ardores;
por eso son tan bellas tus damas y tus flores.

Y así, como en ninguna región, se ve en tu suelo
entreverados frutos del trópico y del hielo;
que sólo en ti se juntan, cual si un milagro fuera,
los dos enamorados: el pino y la palmera.
Como tu clima, extraño, también lo tienes todo.
En el frontón de piedra sus armas talló el godo;
y tras los cortinajes de seda desteñida,
está la sala llena de una remota vida:
en ella, los tapices borrados ya por viejos;
los muebles de caoba; los húmedos espejos
de lunas biseladas y marcos con escudos,
que ven pasar los años como testigos mudos;
las líricas arañas con tules; las alfombras
en que sonar parecen los pasos de las sombras;
los cuadros de dolientes y mágicas pinturas,
que evocan todo un tiempo; y, a veces, armaduras
en donde, entre las aspas de acero contra acero,
sobre un broquel, un casco sacude su plumero...
Retrato de hace un siglo: tú sabes propiamente
que es un fantasma apenas la Lima del presente;
tú que a las nietas oyes, sentadas en el piano,
resucitar las notas de un tiempo ya lejano...
¡Oh, quién violar pudiese la idea y el anhelo
que sólo tiene el mudo retrato del abuelo!
Así, cuando, en el fondo del cielo, se destaca
la Luna como el vidrio de una linterna opaca,
en las estrechas calles de tétricos balcones
parece que renacen pretéritas visiones;
y ya del cofre abierto de algún balcón resbala
un lúgubre embozado por la colgante escala,
ya contra un quicio oculto le aguarda un caballero
y hay de repente un choque relampagueante y fiero,
ya por la esquina llega la ronda y en un trazo
se ven dos sombras que huyen y un solo linternazo...

V

¡Ciudad de los amores! Tú siempre grande has sido;
por eso no te emboza la capa del olvido;

fué grande tu jolgorio, fué grande tu aventura;
¡y fueron también grandes tus días de amargura!...
Quien rió tu alegría, quien lloró tu quebranto,
quien enjoya a su musa por atávicas leyes
con la heráldica pompa de tus claros virreyes
o la envuelve en misterios con su saya y su manto,
¡te devuelve lo tuyo, porque tuyo es su canto!

LOS CONVENTOS LIMEÑOS

POR

DON JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO Y OSMA.

Del libro básico para los estudios históricos en el Perú, de José de la Riva Agüero, titulado La Historia en el Perú, *destacamos dos fragmentos que reflejan admirablemente el alma del Setecientos limeño. Siglo devoto y erudito, está estereotipado en sus conventos y en sus certámenes universitarios. De los conventos habla Riva Agüero, a propósito de los cronistas conventuales y del ambiente universitario, en su magnífico ensayo sobre don Pedro de Peralta y Barnuevo, pasmo de sabiduría y afectación de su siglo barroco. Limeño de la más genuina cepa, como descendiente de los primeros vecinos y fundadores de Lima y de compañeros inseparables de Pizarro, como Nicolás de Ribera, "el Viejo", Riva Agüero es, no sólo uno de los más caracterizados historiadores de esa época y gallardo mantenedor de la tradición hispánica, sino también de los mejores intérpretes del alma colonial.*

El convento es la institución que representa y encarna el espíritu colonial. Esto, verdadero en todas las posesiones del continente americano, lo es mucho más en el Perú, y especialmente en Lima. El alma de nuestra ciudad es un alma conventual. Todavía vive aquí oculta y olvidada, todavía podemos sentirla a ratos. Ahuyentada del centro urbano por el bullicio moderno y por la vulgaridad pretenciosa de las construcciones nue-

vas, se refugia en los rincones en donde aún no llegan las fábricas actuales y los disparatados remiendos que llamamos reparaciones. Duerme el tranquilo sueño del pasado en las iglesias y las calles silenciosas, y al abrigo de las largas cercas del monasterio. Pero hay



Iglesia de San Francisco

momentos—bajo la luz de oro y el delicado y profundo azul del verano, o de fresca blancura y de pálido sol que se filtra rasgando en jirones el gris de estaño del cielo en ciertos días de invierno—en que, evocada por el sonido de las antiguas campanas, ora grave, ora alegre y argentino, el alma de Lima se despierta y difunde en el ambiente su dulzura, a la vez voluptuosa y mística.

Subsisten las principales iglesias que nos legó la época colonial. A pesar de las numerosas reparaciones a

que obligaron los terremotos, retenían bastante bien, hace pocos años, su particular fisonomía. Ninguna de ellas es, por cierto, una obra de arte, ni merece las consideraciones de tal. En su mayor parte construídas durante la centuria décimaséptima, participan, cuál más, cuál menos, del crespo estilo churrigueresco, que en ellas, a veces, coexiste y contrasta de extraña manera con el severo estilo del Renacimiento español. Pero aquella arquitectura de decadencia, aquellos adornos amanerados y floridos, sobre los cuales han impreso sus huellas los años, no están desprovistos de algún interés; son representativos de un período de la Historia. El tiempo ha idealizado el aspecto del presuntuoso barroquismo, suavizando los colores chillones, opacando el reflejo de los oros, extendiendo en las pinturas las pátinas, imprimiendo en todos los objetos el encanto del recuerdo, No hay decadencia arquitectónica que, vista a través de los siglos, carezca de poética sugestión. Con los pomposos altares de talla, la profusión de dorados y de columnas salomónicas, la ornamentación de líneas inverosímilmente redondas y torcidas, nuestras iglesias suscitan la imagen de viejecitas que conservaran y usaran los tontillos y complicados lazos, las extravagantes modas de su remota juventud. En todo caso, poseen carácter histórico y se lo comunican a la ciudad. Pero un viento de ignorancia y necedad sopla desde hace algún tiempo, y se afana por convertir a Lima en el más incoloro lugar de la tierra. Y las comunidades religiosas son activísimas cooperadoras de tan absurda tarea. Contamos ya con abominables caricaturas de lo gótico moderno—¡hechas con adobes y maderas!—, que constituyen aquí un viviente desentono, algo completamente anatópico, en ridícula y dolorosa pugna con la tradición y el medio. Las mismas an-

tiguas Ordenes de los mercenarios y los dominicos, los franciscanos, los agustinos y los jesuítas, en vez de limitarse (como lo aconsejaban la discreción y el buen gusto) a reparar en lo necesario sus templos, respetando en cuanto fuera posible el sello histórico (que es lo único que los avalora), o cuando más rectificándolos en el sentido de la pura arquitectura herreriana, se desviven por construir las vejeces que desconocen y desdeñan. No podríamos quejarnos, sin duda, si las reemplazaron con novedades positivamente hermosas y artísticas, o siquiera decentes y aceptables. Mas, por la modestia de los recursos del país y por la penuria de invención de los arquitectos, no aciertan sino a deshonrar la ancianidad de las iglesias con composturas de modernidad barata y mezquina, a menudo de fealdad irritante y lamentable pobreza. Las degradan, quitándoles su relativo, aunque pequeño, mérito extrínseco, y, lejos de darles en cambio mérito intrínseco alguno, las estragan y las infaman haciéndolas trasuntos de desoladora trivialidad. San Pedro ha perdido las redondas y macizas torres berninescas, y ofrece a las miradas, con provocativa insolencia, una fachada angulosa, de triste hebridismo. Todo hace presumir que San Agustín, en actual reconstrucción, se trocará en un fastidioso pastiche pseudorromántico. En la Merced ha desfigurado la torre y la churrigueresca portada con una ignominiosa máscara semigriega, semibizantina, Dios sabe qué, obra maestra de ramplonería y cursilería, cuyos adornos de merengues salpicados de vidrios de colores hieren la vista y sublevan el más tibio y paciente criterio estético. Como casi siempre las refacciones son parciales, resulta que hay templos con unos trozos barrocos, otros del Renacimiento y otros de indefinible hermafroditismo moderno. Y esta penosa sensación de

loca incoherencia, de heteróclitos retazos, al penetrar en las iglesias, se agrava cuando vemos junto a ventanones viejos de gruesos barrotes, a doradas molduras jesuíticas, a zócalos y revestimientos de pintorescos azulejos, altares de clasicismo insignificante y descolorido, o remedos y adornos de formas neogóticas. En los retablos de talla que todavía quedan, entre la confusión laberíntica de las líneas que ondulan, se rompen y entrelazan, entre las columnas ceñidas de pámpanos, recargadas de follaje—allí donde se encuadran las antiguas imágenes españolas, los santos vestidos, las vírgenes de mantos en forma triangular, los crucifijos llagados, sangrientos y cárdenos—, aparecen adocenadas y dulzonas imágenes francesas de cartón-piedra. Así, nuestros santuarios pierden todo carácter de época y degeneran en una especie de depósitos de *bric á bric*. Semejan esos puestos de ropavejeros en que yacen revueltos los desechos de todas las modas.

En los conventos no ha sido mucho menor el destrozo. La espantosa relajación en que los hallaron Juan y Ulloa, y que tan enérgicamente está descrita en las célebres *Noticias secretas*, continuó y creció en los primeros años de la República. Libres de la obediencia de las provinciales y de la vigilancia de los visitadores, a causa de los trastornos de la Independencia y de las revoluciones sucesivas; quebrantado su prestigio religioso por la propagación de las ideas liberales; menoscabadas las rentas por las leyes de desvinculación y de redención de capellanes, por el cínico nepotismo de los prelados, por el régimen de la enfiteusis, que los despojó de sus bienes; extinguidas hasta la sombra de vida común y hasta la memoria de los estudios teológicos, los conventos criollos organizaban la inanición o eran foco de vergonzosos vicios: se hundieron en el más bo-

chornoso embrutecimiento, en el más repugnante parasitismo, se enfangaron en la más inmunda depravación, en la más odiosa haraganería, en la más sucia pereza. Redujéronse a polvo al paso importantísimos documentos de los archivos, descabaláronse las bibliotecas, extraviáronse los cuadros, destruyéronse o recibieron lastimoso trato los muebles enconchados y tallados y los miniados libros de coro. Tan completo desorden, tan indescriptible abandono reinaron hasta tiempos muy recientes, en que, con la venida de frailes extranjeros, se ha logrado restaurar la vida monástica de los antiguos conventos grandes, limpiarlos de sus mayores impurezas y levantarlos de la miserable condición en que habían caído a la mediocridad presentable y casi decorosa en que actualmente se encuentran. Apreciar lo que en la reanimación presente de los conventos viejos de Lima hay de artificial, y aun de peligroso—por estar basada de modo exclusivo en elementos extranjeros—, es problema importante, pero cuya discusión es muy ajena a la índole de este ensayo. Desde el punto de vista artístico, no tienen remedio los daños que produjo la pasada incuria. Truncos están en muchas partes los mosaicos, podridos y rotos a trechos los artesonados. Han desaparecido casi todos los lienzos y muebles valiosos, por obra de viajeros inteligentes o ávidos negociantes que se apresuraron a arrebatarlos de manos de sus ignaros dueños. Pero lo peor es que la devastación lleva camino de continuar y de consumar la ruina de todo lo que de característico y tradicional encierra todavía los conventos limeños. La relativa holgura económica de que ahora gozan (gracias a la ley que les reconoció la facultad de vender sus fincas) les permite reconstruir los ruinosos claustros; y es de temer que los buenos frailes se preparen a modernizarlos, seguramen-

te con esa misma ausencia del sentido de color local, con ese mismo cursi y estúpido cosmopolitismo que hoy inspiran las construcciones en Lima, y que ya han hecho de las iglesias desventuradas y risibles parodias. Y será lástima grande que los claustros sigan la desastrada suerte de las pobres iglesias. Algunos, como el primero de San Francisco, por ejemplo, son de efectivo mérito. Por de contado, los creemos supériores a sus respectivos templos, los cuales, si bien agradan por los recuerdos históricos, son, a la verdad, de pésima época, y sólo pueden preferirse a estos insípidos engendros con que el gusto contemporáneo nos obsequia y que hacen echar de menos la caprichosa originalidad y la viciosa lozanía del barroquismo.

Los claustros conventuales son—con unos pocos caserones, cada día más raros—los únicos sitios en que aún es posible imaginar y sentir la poesía de la Colonia. Poesía blanda y muelle, enervadora. En vano las anchurosas y solemnes escaleras fingen magnificencias áulicas, y los coros y las salas capitulares ostentan el sombrío esplendor de sus talladas sillerías; en vano el desnudo estilo escurialense resurge con frecuencia entre la hinchazón barroca y lucha por imponer a nuestros claustros la ceñuda adustez de los monasterios castellanos. Disipan toda impresión de severidad las exageradas redondeces de los arcos y las cúpulas, la prodigalidad de los adornos, las doradas hojarascas del churriguerismo, la alegre policromía de los azulejos, que tienen reminiscencias moriscas, y los coquetones jardincillos, cuyas pilas ríen y cantan bajo la área caricia del sol o bajo las suaves y tibias brumas, en el sedante clima limeño.

Aunque hijos de los duros cenobios de Castilla, los conventos de Lima en nada se les asemejaron. Fueron

conventos netamente meridionales, hermanos de los andaluces, de los portugueses y de los napolitanos. No produjeron un solo escritor propiamente místico (el dominicano Hojeda y el agustino Valverde no son sino ascéticos), porque la esterilidad de espíritu, esterilidad no seca, sino floja, laxa, de empalagosa molicie, es rasgo dominante en la vida intelectual de la Colonia. Pero si hubiera surgido un autor místico, de seguro se hubiera inclinado al alumbrismo o al quietismo: todo en estos conventos era propicio a las doctrinas de pasividad y negación, de anegamiento del individuo. Estudiando la existencia monástica de la época de la Colonia descubrimos una perezosa rutina, una completa inercia mental y moral encubiertas por vanas algazaras de festejos y escándalos, una brutal superstición, la pedantesca y yerma escolástica, la hórrida barbarie del ergotismo junto con la mujeril dulcedumbre de la devoción jesuítica, milagrerías groseras y necias y pueriles patrañas de apariciones de la Virgen, los santos y las ánimas del Purgatorio.

La Historia todo lo hermosea y purifica. En su mágico espejo, hasta los peores tiempos se nos antojan bellos. Mas no olvidemos nunca que es esto una ilusión. En los viejos conventos criollos, entre las reliquias de un lujo extinto, saboreemos en buena hora, con agradable dilettantismo, sensaciones de melancólica paz. Pero en el fondo del alma felicitémonos de no haber nacido en la edad en que aquellos conventos imperaban sobre la sociedad toda y la cubrían y ahogaban como una negra red de fanatismo, de ignorancia y de silencio.

ERA UNA BLANCA ROSA

POR

LUIS FERNÁN CISNEROS

Luis Fernán Cisneros, poeta y periodista, ministro en el Uruguay, es por tradición romántica y por vocación de su ingenio—uno de los más finos y cáusticos que hayan alegrado el periodismo peruano—un representante genuino del limeñismo literario. A falta de otras composiciones suyas, clásicas en el acervo de Lima, reproducimos sólo una poesía a Santa Rosa, el mayor elogio lírico que se ha hecho de la mística limeña.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfume florece todavía.

Hace trescientos años, al caer de la noche,
cuando limpios luceros desataban el broche
y a probar su fortuna
descendía el Ensueño con su traje de luna,
adormido en un vuelo de blancas mariposas,
el jardín daba rosas;
y así, leves sus galas,
bajo la suave lumbre y el batir de las alas,
humilde entre los muros, perfumado y tranquilo,
el jardín era asilo
de un rumor de sandalias en piadoso desvelo.
y de tenues suspiros, y de voces del cielo.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfumes florece todavía...
Era un jardín cerrado
al placer de la vida y al dolor del pecado;
rincón hecho de sueños, oculto a la inclemencia
del mundanal ruido y abierto a la inocencia;

jardín que era una lira
que vibrando muy quedo, como alma que suspira
con ayes de ternura,
llevaba sus acordes a la celeste altura
por un blanco camino.
Era un jardín, oculto, cerrado y prisionero,
que temblaba en la noche como un hilo divino.
Y era una blanca sombra dormida en su sendero...

Era un jardín de rosas, todo él enamorado
de la mano de lirio que le daba cuidado;
un jardín que en el claro de luna parecía
que, orgulloso, sabía
cómo se retrataba sobre el éter inmenso
vestido de pureza y oloroso de incienso;
dulce refugio, lírico por su ambiente y su calma,
hecho para el reposo perfumado de un alma;
jaula tejida en flores de matiz marfileño,
hecha para las alas flotantes del Ensueño;
jardín en cuya arena, con trémula congoja,
se arrastraba una hoja
ambulante y vencida,
murmurando en voz baja cómo se va la vida...
Era un jardín oculto, cerrado y prisionero...
Y era una blanca sombra perdida en su sendero.
¿Qué quieres, blanca sombra que vagas lentamente
en medio de la noche, como alma penitente?
Sombra blanca, ¿qué buscas mirándote en las rosas
abiertas y olorosas?
¿Será acaso que sufres? ¿Será, tal vez, que, impía,
la suerte te hizo presa de la melancolía?
¿O será que tu sueño,
por ser sueño de amores, es inútil empeño?
En el jardín, la sombra, doliente y solitaria,
responde en un ansioso murmullo de plegaria
que con suaves deliquios acompañan las rosas
y en un trémulo enjambre las blancas mariposas.
¿Qué quieres, blanca sombra errante en tu retiro?
La sombra, estremecida, responde en un suspiro.
¿A quién, a quién consagras la luz que arde en el vaso?
¿Dónde vas paso a paso.

mirando a las estrellas,
como si les pidieras ir a morir en ellas?
¿Es, acaso, que esperas a tu amado y no viene?
La sombra se detiene,
cual si quedara presa
en el haz de la luna que la envuelve y la besa,
y una voz, en suspiro, temblorosa musita.
—¡Aquí espero una cita!
¡Pero Amor, blanca sombra, es placer y es aliento!
—Mi Amado es mi tormento.
¿Y su amor a curarte de tortura no alcanza?
—Mi Amado es mi esperanza.
Sueños de amor eterno—. ¿Sueños de amor profundo?
—Mi Amado no es del mundo.
¿Entonces, blanca sombra, no viene tu trovero?
—Vendrá, porque le espero.
¿Y por amado ausente pasión tan sobrehumana?
—Vendrá, vendrá mañana.
¡No viene, blanca sombra!
—¡Vendrá! ¡No desconfío!
¡Y dándole la vida, la muerte lo hará mío!—
Y al eco de estas bellas palabras amorosas,
en el jardín lunado palpitaban las rosas.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfumes florece todavía...

Era una blanca luna, y era en dulce reposo,
el jardín silencioso,
y dormido el jilguero,
en quietud el sendero,
y la noche sumisa
y callado el ramaje,
y dormido, entre tules de ilusión, el paisaje.
Era una noche clara
y era un jardín de rosas tan blanco como un ara.
Y era una blanca ermita
que esperaba el milagro de una dulce visita.
Y era, sobre la alfombra
de las hojas caídas, aquella blanca sombra...



Santa Rosa de Lima,

por el gran pintor peruano Francisco Lazo.

De repente, del cielo,
estremecido el velo
que sujeta en el éter el haz de las estrellas,
cae un fragante lirio de plateadas huellas.
Y hay un rumor de alas
en las empíreas salas,
y el jardín va tomando del cielo los colores,
y el cielo se reviste del color de las flores.
Y una música lenta, susurrante, galana
estremece en la ermita a la sombra radiosa,
que ya no es sombra blanca: ya es una blanca rosa...

Blanca tiembla la noche, como la veste alada
de tierna desposada,
y a su amparo, surgidas de sus leves capuces,
vuelan las mariposas consteladas de luces.
Y hay al pie de la ermita
un alma que palpita,
y unos brazos abiertos, de frente al infinito,
y un ímpetu anhelante, y un sollozo, y un grito:
—¡ Aquí estás, vida mía!
Y se mecen las rosas en un son de alegría,
y despierta el jilguero,
y refulge el sendero,
y es música el ramaje,
y es música, entre tules de ilusión, el paisaje...
Y una voz dice: —¡ Toma,
toma rosas, mi vida, que te guardan aroma!—
Y otra voz en suspiro,
adormida en la humilde soledad del retiro,
le responde, amorosa:
—¡ Oh, blanca rosa virgen! ¡ Tú sola eres mi rosa!—

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfumes florece todavía.

LOS MOSQUITOS DE SANTA ROSA

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

Cruel enemigo el zancudo o mosquito de trompetilla, cuando le viene en antojo revolotear en torno de nuestra almohada, haciendo imposible el sueño con su incansable musiquería. ¿Qué reposo para leer ni para escribir tendrá un cristiano si, en lo mejor de la lectura o cuando se halla absorbido por los conceptos que del cerebro traslada al papel, se siente interrumpido por el impertinente animalejo? No hay más que cerrar el libro o arrojar la pluma, y coger el plumerillo o abanico para ahuyentar al mal criado.

Creo que una nube de zancudos es capaz de acabar con la paciencia de un santo, aunque sea más cachazudo que Job, y hacerlo renegar como un poseído. Por eso mi paisana Santa Rosa, tan valiente para mortificarse y soportar dolores físicos, halló que tormento superior a sus fuerzas morales era el sufrir sin refunfuño las picaduras y la orquesta de los alados musiquines.

Y ahí va, a guisa de tradición, lo que sobre tema tal refiere uno de los biógrafos de la Santa limeña.

* * *

Sabido es que en la casa en que nació y murió la Rosa de Lima hubo un espacioso huerto, en el cual edificó la

Santa una ermita u oratorio destinado al recogimiento y penitencia. Los pequeños pantanos que las aguas de regadío forman son criaderos de miriadas de mosquitos, y como la Santa no podía pedir a su divino Esposo que, en obsequio de ella, alterase las leyes de la naturaleza, optó por parlamentar con los mosquitos. Así decía:

—Cuando me vine a habitar esta ermita, hicimos pleito homenaje los mosquitos y yo: yo, de que no los molestaría, y ellos, de que no me picarían ni harían ruido.

Y el pacto se cumplió por ambas partes, como no se cumplen... ni los pactos politiqueros.

Aun cuando penetraban por la puerta y ventanilla de la ermita, los bullanguerítos y lanceteros guardaban compostura, hasta que, con el alba, al levantarse la Santa, les decía:

—¡Ea, amiguitos, id a alabar a Dios!— Y empezaba un concierto de trompetillas, que sólo terminaba cuando Rosa les decía:

—Ya está bien, amiguitos; ahora vayan a buscar su alimento.

Y los obedientes sucsorios se esparcían por el huerto.

Y al anochecer los convocaba, diciéndoles:

—Bueno será, amiguitos, alabar conmigo al Señor, que los ha sustentado hoy.

Y repetíase el matinal concierto, hasta que la bienaventurada decía:

—A recogerse, amigos, formalitos y sin hacer bulla.

Eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenes, que se le insubordinan y forman algazara cuando los manda a la cama.

No obstante, parece que alguna vez se olvidó la San-

ta de dar orden de buen comportamiento a sus súbditos; porque, habiendo ido a visitarla en la ermita una beata llamada Catalina, los mosquitos se cebaron en ella. La Catalina, que no aguantaba pulgas, dió una manotada y aplastó un mosquito.

—¿Qué haces, hermana?—dijo la Santa—. ¿Mis compañeros me matas de esa manera?

—Enemigos mortales, que no compañeros, dijera yo —replicó la beata—. ¡Mira éste cómo se ha cebado en mi sangre, y lo gordo que se había puesto!

—Déjalos vivir, hermana; no me mates ninguno de estos pobrecitos, que te ofrezco que no volverán a picarte, sino que tendrán contigo la misma paz y amistad que conmigo tienen.

Y ello fué que, en lo sucesivo, no hubo zancudo que se le atreviera a Catalina.

También la Santa, en una ocasión, supo valerse de sus amiguitos para castigar los remilgos de Frasquita Montoya, beata de la Orden Tercera, que se resistía a acercarse a la ermita, por miedo de que la picasen los jenjenes.

—Pues tres te han de picar ahora—le dijo Rosa—: uno en nombre del Padre, otro en nombre del Hijo y otro en nombre del Espíritu Santo.

Y simultáneamente sintió la Montoya en el rostro el aguijón de tres mosquitos.

Y, comprobando el dominio que tenía Rosa sobre los bichos y animales domésticos, refiere el cronista Meléndez que la madre de nuestra Santa criaba con mucho mimo un gallito que, por lo extraño y hermoso de la pluma, era la delicia de la casa. Enfermó el animal y postróse de manera que la dueña dijo:

—Si no mejora, habrá que matarlo para comerlo guisado.

Entonces Rosa cogió al ave enferma y, acariciándola, dijo:

—Pollito mío, canta de prisa; pues si no cantas, te guisa.

Y el pollito sacudió las alas, encrespó la pluma y, muy regocijado, soltó un

¡Quiquiriquí!
(¡Qué buen escape el que di!)
¡Ququiricuando!
(Ya voy que me están peinando.)

LOS RATONES DE FRAY MARTIN

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

Y comieron en un plato
perro, pericote y gato.

Con este pareado termina una relación de virtudes y milagros que, en hoja impresa, circuló en Lima, allá por los años de 1840, con motivo de celebrarse en nuestra culta y religiosa capital las solemnes fiestas de la beatificación de Fray Martín de Porres.

Nació este santo varón en Lima, el 9 de diciembre de 1579, y fué hijo natural del español don Juan de Porres, caballero de Alcántara, en una esclava panameña. Muy niño Martincito, llevólo su padre a Guayaquil, donde en una escuela cuyo dómine hacía mucho uso de la cáscara de novillo, aprendió a leer y es-

cribir. Dos o tres años más tarde, su padre regresó con él a Lima, y púsolo a aprender el socorrido oficio de barbero y sangrador, en la tienda de un rapista de la calle de Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja y la lanceta, si bien salió diestro en su manejo, y, optando por la carrera de santo, que en estos tiempos era una profesión como otra cualquiera, vistió, a los veintiún años de edad, el hábito de lego o donado en el convento de Santo Domingo, donde murió el 3 de noviembre de 1639, en olor de santidad.

Nuestro paisano Martín de Porres, en vida y después de muerto, hizo milagros por mayor. Hacía milagros con la facilidad con que otros hacen versos. Uno de sus biógrafos (no recuerdo si el Padre Manrique o el médico Valdez) dice que el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera milagreando (dispénsenme el verbo). Y para probar cuán arraigado estaba en el siervo de Dios el espíritu de obediencia, refiere que, en momento de pasar Fray Martín frente a un andamio, cayóse un albañil desde ocho o diez varas de altura, y que nuestro lego le detuvo a medio camino, gritando:

—¡Espere un rato, hermanito!

Y el albañil se mantuvo en el aire hasta que regresó Fray Martín con la superior licencia.

Buenazo el milagrito, ¿eh? Pues donde hay bueno hay mejor.

Ordenó el prior al portero donado que comprase, para consumo de la enfermería, un pan de azúcar. Quizá no le dió el dinero preciso para proveerse de la blanca y refinada, y presentósele Fray Martín trayendo un pan de azúcar moscabada.

—¿No tiene ojos, hermano?—díjole el superior—

¿No ha visto que, por lo *prieta,* más parece chancaca que azúcar?

—No se incomode su paternidad—contestó con chanza el enfermero—. Con lavar ahora mismo el pan de azúcar se remedia todo.

Y, sin dar tiempo a que el prior le arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

¡Ea!, no me hagan reír, que tengo partido un labio.

Creer o reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra.

Y aquí noto que, habiéndome propuesto sólo hablar de los ratones sujetos a la jurisdicción de Fray Martín, el santo se me estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grano, digo, a los ratones.

* * *

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista, pues hasta el año 1552 no fueron esos animalejos conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que, con cargamento de bacalao, envió a nuestros puertos un don Gutierre, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron a los ratones con el nombre de *hucuchas,* esto es, salidos del mar.

En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era casi una curiosidad, pues, relativamente, la familia ratonesca principiaba a multiplicar. Quizá desde entonces encariñóse por los roedores, y, viendo en ellos una obra del Señor, es de presumir que diría, estableciendo

comparación entre su persona y la de esos chiquitines seres, lo que dijo un poeta:

> El mismo tiempo malgastó en mí Dios
> que en hacer un ratón, o a lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba, en el convento, las funciones de enfermero, los ratones campaban como moros sin señor en celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno en el Cuzco, y en seiscientos pesos, a don Diego de Almagro, el Viejo.

Aburridos los frailes con la invasión de roedores, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfermería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertólo el lego y, colocándolo en la palma de la mano, le dijo:

—Váyase, hermanito, y diga a sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas; que se vayan a vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento la ratonil muchitanga abandonó claustros y se trasladó a la huerta. Por supuesto que Fray Martín los visitó todas las mañanas, llevando un cesto de desperdicios o provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.

Mantenía en su celda nuestro buen lego un perro y un gato, y había logrado que ambos animales viviesen

en fraternal concordia. Y tanto, que comían juntos en la misma escudilla o plato.

Mirábalos una tarde comer en sana paz, cuando, de pronto, el perro gruñó y encrespóse el gato. Era que un ratón, atraído por el olorcillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubriólo Fray Martín, y, volviéndose hacia perro y gato, les dijo:

—Cálmense, criaturas del Señor: cálmense.

Acercóse en seguida al agujero del mur y dijo:

—Salga sin cuidado, hermano pericote Paréceme que tiene necesidad de comer; apropíncuese, que no le harán daño.

Y, dirigiéndose a los otros dos animales, añadió:

—Vaya, hijos, denle siempre un lugarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón, sin hacerse de rogar, aceptó el convite y desde ese día comió en amor y compaña con perro y gato.

Y.... y.... y... ¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS EN LA VIDA COLONIAL

POR

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO

La Universidad de Lima—patrocinada por el evangelista del toro es la más antigua de América, pues fué fundada por cédula imperial de Carlos V, expedida el 12 de mayo de 1551, con los mismos privilegios y estatutos que la Universidad de Salamanca. Su local estuvo primero en los aledaños de una iglesia dominica, en San Marcelo, y

desde el Virrey Toledo, su protector y laicalizador, en la plaza del Santo Oficio de la Inquisición. En 1882 se instaló ahí el primer Congreso peruano, que se quedó ya en ese lugar. Las aulas funcionaban en el colegio de San Carlos, donde subsisten hasta hoy. En la Colonia, la Universidad fué sede de pedantismo y de dialéctica ergotista; en las vísperas de la revolución, conciliábulo de agitadores, clausurado por los Virreyes, y en los de la República, seminario de nacionalismo, reducto de libertades y fuente de ideas renovadoras.

La Universidad de Baquíjano y Carrillo se atrevió a romper el servilismo colonial y a censurar el despotismo peninsular. La de Rodríguez de Mendoza divulgó secretamente las ideas de la enciclopedia y preparó el estallido revolucionario. La de Bartolomé Herrera intentó enseñar una norma de autoridad a la República y poner un dique a la anarquía; la de José Gálvez, implantar la libertad en los espíritus y favorecer la democracia; Prado y M. V. Villaran le trazan su orientación nacionalista, encarnada en seguida en la obra de hondo peruanismo de Riva Agüero, Francisco García Calderón, Belaúnde, Gálvez, Oliveira, Barreda, Oscar Miró Quesada, César A. Ugarte, Encinas, Castro Pozo, Sánchez, Leguía, Basadre, Romero. Manzanilla impulsa los estudios económicos, y Prado, Deustua e Iberico los filosóficos. La Facultad de Medicina, cuyo prestigio se inicia con la obra médico-social de Unánue y se ilumina de abnegación profesional con el sacrificio del estudiante Carrión, inoculándose la verruga, ha dado contribuciones originales y capacidades de la talla de las de Odriozola, Ulloa, Valdizán, Monje, Honorio Delgado, Gastañeta, Aljovin, Mackehenie, Paz Soldán, Weiss. La de Ciencias está prestigiada por las figuras de Barranca, Villarreal y García. En la de Derecho presiden la evolución jurídica del Perú, con sus obras y con su enseñanza, Francisco García Calderón, J. G. Paz Soldán, Cisneros, Barrenechea, Ribeyro, L. F. Villarán, Manuel Augusto Olaechea, M. V. Villarán, Angel Gustavo Cornejo, Alberto Ulloa y otros. La de Letras se ilustra con la enseñanza de Lorente, de Prado y de Wiesse; y con el aporte nuevo de Riva Agüero, Belaúnde, Gálvez, Tello, Iberico, Ureta, Leguía, Abastos, Sánchez, Valcárcel, García, Basadre, Jiménez Borja, Barbosa, la más brillante generación de maestros de San Marcos. La Facultad de Ciencias Económicas, recién fundada, cuenta ya con el aporte de los estudios de Ugarte, Romero, Arruz y Rodríguez Dulanto.

Sobre la evolución de San Marcos existen magníficas síntesis de Belaúnde, Oliveira, Lavalle, Varela, Del Aguila, Leguía y Rubio, que no tenemos al alcance. Del más puro saber son las páginas de Jorge Guillermo Leguía sobre el Colegio de San Carlos y el rumor estudiantil en los patios de Naranjos y Jazmines en los días del rectorado de Herrera, que hubiéramos querido reproducir en homenaje a la memoria del fraternal estudiante y profesor, último secretario genuino de la vieja Universidad reformada.

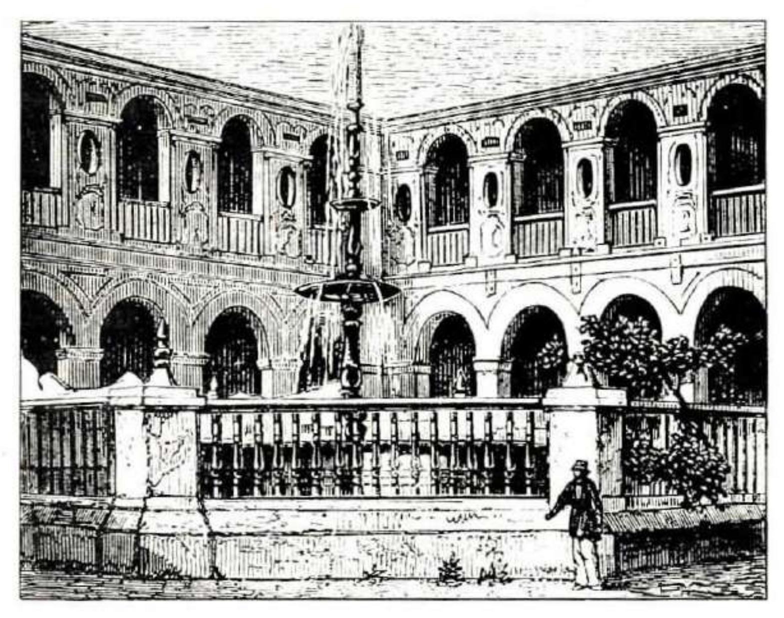
Los párrafos que siguen han sido desglosados de la clásica obra de Riva Agüero y pintan acertadamente el influjo de la Universidad sobre la ciudad colonial, de la que también podría decirse que en ella "el aire olía a latín".

El apogeo de la antigua Lima fué en el siglo XVII. Desde principios del XVIII la incorporación de las encomiendas en la Corona empobreció a la nobleza, y los permisos de comercio y el contrabando por Buenos Aires arruinaron el monopolio de los mercaderes. Pero bajo la dinastía de Austria, Lima, en medio de la general decadencia de la Monarquía española, creció opulenta y magnífica, enriquecida por las minas y los obrajes de la Sierra y por el retorno de las armadas de Tierra Firme, cuyos efectos se distribuían desde sola nuestra ciudad a casi toda Sudamérica. Con la riqueza vinieron, como suelen, el lujo, la cultura y el refinamiento de las costumbres—refinamiento colonial, infantil, vano y vacío., pero innegable A pesar de su monotonía de enclaustrada—encerrada por tantas barreras naturales y políticas—, la vida limeña de los tiempos de los Reyes austríacos y de Felipe V no carece de elementos pintorescos. Con sus fastuosos Virreyes, su turba de pretendientes y palaciegos, sus frailes analistas, sus letrados, panegiristas y retóricos, Lima era como una nueva Bizancio—una Bizancio pálida y quieta, sin herejías ni revoluciones militares.

Al lado del mundo conventual, que ya hemos estudiado, brillaba el mundo oficial y gubernativo, el ceremonioso y lucido séquito del Virrey, de la Audiencia y de los diversos Tribunales; y puede decirse que como lazo de unión entre ambos, como esfera en que se unían la grave erudición del uno a la hinchada pompa del otro, figura el mundo universitario, el de los catedráticos y doctores de la real y pontificia Universidad de San Marcos, semieclesiástica y semicortesana.

Nació la Universidad al amparo del monasterio de Santo Domingo. Por más de veinte años funcionó en él, y tuvo como primeros rectores y maestros a sus

priores y frailes. Aun después de secularizada, los dominicos conservaron en ella numerosos privilegios. Todas las Ordenes religiosas poseían cátedras especiales. De los tres colegios reales anexos a la Universidad, el Mayor de San Felipe, el de San Martín y el de Santo



Claustro de Santo Domingo

Toribio, el segundo corría a cargo de los jesuítas y el tercero era y continúa siendo el Seminario diocesano, y se consideraban como colegios menores los particulares de las religiones, como el de Santo Tomás, de la dominicana; el de San Ildefonso, de la agustina; el de San Pedro Nolasco, de la mercedaria; el Máximo de San Pablo, de los jesuítas; el de San Buenaventura, de los franciscanos. Los regulares no podían ser elegidos rectores; pero, en cambio, era tanta la importancia de los clérigos, que se estableció la alternativa en el rec-

torado entre ellos y los legos, debiendo ser sacerdote el rector de un año y seglar el del siguiente, con el objeto de que el clero no monopolizara el cargo. La Facultad principal y mejor dotada de cátedras era, naturalmente, la de Teología. Venían después, iguales en el aprecio, la de Cánones y la de Leyes. Las menos atendidas fueron las de Medicina y Matemáticas.

Pero a la vez que institución eminentemente religiosa, baluarte de la Teología, palestra del Escolasticismo, foco de los estudios de Derecho canónico y Derecho romano en toda la América del Sur, la Universidad, por la frecuencia de sus certámenes poéticos, recibimientos y fiestas, venía a ser como la academia literaria oficial de la Corte de los Virreyes. No era, por cierto, Lima una ciudad predominantemente universitaria (como lo fué Córdoba en el Río de la Plata), un lejano y tranquilo refugio del saber y de la meditación; era una verdadera y brillante capital (en proporción a América, se entiende), el centro político y administrativo y el rico emporio de las posesiones meridionales de España. Estas condiciones tenían que influir en la Universidad e imprimirle decidido carácter mundano, cortesano, palatino. Por la acción del ambiente, por imitación, afición y conveniencia, se dedicó a halagar el gusto y lisonjear la vanidad de las autoridades y la aristocracia. En el personal universitario, desde los más estirados catedráticos y los más rumbosos doctores (pretendientes, casi siempre desahuciados, a una toga o a una mitra), hasta los famélicos *bachilleres de pupilos* y la muchedumbre de 1.500 estudiantes que poblaban los claustros en los más florecientes días, pocos eran los que no deseaban y necesitaban atraer con el alarde de sus talentos y conquistar con la novedad de sus elogios la atención y benevolencia del Virrey, de los oidores,

de los altos empleados y hasta de los particulares distinguidos. De allí esos famosos recibimientos a Virreyes y arzobispos, torneos de pervertido ingenio, de monstruosa literatura, de extraordinario acatamiento y de alabanzas inverosímiles, que serían degradantes e infames si no provinieran en gran parte, como en efecto provienen, de extravío del criterio y puerilidad de los sentimientos más que de abatimiento de la voluntad. De allí que la retórica imperara en todas las plumas con señorío tiránico; y de que la mala planta del culteranismo, sembrada en tan adecuado terreno, se desarollara prodigiosamente, ocultara con su vegetación gigante los aspectos naturales de las cosas e invadiera las más severas disciplinas, las más austeras enseñanzas y los más elevados y devotos temas, del propio modo que en los altares de aquel tiempo las columnas y cornisas dislocadas, los adornos de espejería, las cornucopias y los racimos dorados parecen encubrir y disfrazar la santidad de las imágenes.

Contribuían eficacísimamente a propagar el estilo encrespado y campanudo y la extrema hinchazón literaria las aparatosas costumbres de los limeños de entonces. La capital vivía en continua fiesta, y sus habitantes, como es fama que le dijo cierto Virrey al Monarca, no hacían sino repicar campanas y tirar cohetes. Cualquier suceso daba motivo para ruidosas y ostentosas ceremonias seculares y de iglesia, besamanos, procesiones, desfiles, cabalgatas, comparsas, iluminaciones y corridas de toros. En las grandes ocasiones, como proclamación o exequias de los Reyes, celebración de victorias, nacimientos y casamientos de los príncipes, entradas públicas o defunciones de los Virreyes y de los arzobispos, canonizaciones de los santos y autos de fe, Lima entera tomaba parte en las solemnidades; y por las ca-

lles, repletas de gentío, bajo los balcones henchidos de mujeres deslumbradoras por los encajes, los diamantes y las perlas, pasaban en vistosa formación las compañías de milicias y sus alegres músicas, las lujosas guardias de a caballo y de alabarderos del Virrey, uniformadas de rojo y de azul; los timbaleros y clarineros de la ciudad, con ropones carmesíes guarnecidos de franjas plateadas; las comunidades religiosas, con sus hábitos de varios colores; los estudiantes de los tres colegios, con hopas y becas azules, verdes, rojas y pardas; el claustro universitario, con mucetas y borlas; el grave cortejo de los Tribunales y la Audiencia, en caballos enjaezados de gualdrapas negras; los alcaldes y regidores del Cabildo, vestidos de escarlata; el cuerpo de la nobleza, con sus lacayos de diversas libreas; los gentilhombres de lanza y las carrozas de gala. Los literatos más renombrados se disputaban luego el honor de perpetuar por escrito el recuerdo de estas magnificencias cortesanas; y los complicados arabescos de estilos, los recamos, pedrería y churriguerismos de la frase, las metáforas coruscantes y las artificiosas y sonoras cláusulas de las descripciones impresas debían superar el boato y esplendor de las mismas fiestas que rememoraban.

Entre este cúmulo de ceremonias y funciones no eran las menores las de la Universidad de San Marcos. Siguiendo en todo los usos de las grandes Universidades de España, rodeaba de extraordinaria pompa los grados doctorales. El graduando, que ya había pasado los rigurosos exámenes de la licenciatura, adornaba la puerta de su casa con el escudo de sus armas propias bajo dosel, y salía la víspera del acto a recorrer la ciudad con música de atabales, trompetas y chirimías, precedido del estandante y las mazas de la Real Escuela, y de

lacayos y pajes de librea, y seguido del rector y todos los maestros y doctores, con sus ropas doctorales e insignias, y de mucho acompañamiento de gente a caballo. El día del grado la comitiva se dirigía desde la casa del doctorando a la catedral. En la capilla de la Virgen de la Antigua, adornada para el efecto de tapices, colgaduras, alfombras, fuentes de plata y escudos de armas, se erigía un tablado, sobre el cual tomaban asiento el rector y los doctores, y enfrente una cátedra muy bién decorada. A ella subía el padrino y proponía en latín una cuestión al graduando, y éste entonces, de pie en medio del concurso, la explicaba en el mismo idioma. Venía luego la parte bufa de tan seria función: el vejamen o discurso burlesco dicho por un estudiante. En seguida, el graduando pronunciaba de rodillas los juramentos de profesión de la fe católica, según el concilio de Trento, misterio de la Inmaculada Concepción y fidelidad y obediencia al Rey de España, a su representante el Virrey, al rector y a las constituciones y ordenanzas universitarias. Hecho lo cual, el canónigo maestrescuela, que era el canciller de la Universidad, le concedía el grado, y el padrino le daba un ósculo de paz, le ponía un anillo y le daba un libro, símbolos de la ciencia, y le ceñía una espada y le calzaba espuelas de oro, como en la profesión de las Ordenes militares de caballería. (Estas dos últimas insignias no se imponían a los teólogos.) El nuevo doctor abrazaba al rector y a todos los del claustro, y se sentaba a la derecha de aquél. Se repartían guantes a los asistentes. La procesión regresaba a casa del ya doctorado, que ofrecía un gran banquete, y después, en la misma tarde, volvía en orden a la plaza de Armas, para presenciar la lidia de toros, que era obligatorio costear como fin del regocijo.

Pero el acontecimiento más celebrado y suntuoso de la existencia universitaria era el recibimiento especial consagrado a los Virreyes algún tiempo después de la toma de posesión del mando y entrada pública en la ciudad. En aquel día honraba Su Excelencia a la Universidad con su persona y numeroso acompañamiento oficial, oía el rendido elogio académico de sus propias grandezas y virtudes y distribuía los premios del certamen poético que en loor suyo se celebraba; y los doctores arrojaban a sus pies en profusión incomparable las más peregrinas flores del gongorismo, los más alquitarados y sutiles conceptos, las más excesivas alabanzas y las más abultadas expresiones de respeto y admiración. Advierte muy bien cierto crítico que en este descomunal concierto laudatorio había de ordinario más afectación retórica que adulación interesada y más cortesanía que servilismo. La lealtad monárquica, la veneración al principio de autoridad, se satisfacían con los homenajes rendidos al representante del Rey; y los archicultos panegiristas y versificadores exageraban la nota y exornaban y recargaban el tema con la serena alegría de quien cumple un sagrado deber y el fervor de quien se entrega a un brillante ejercicio literario. Sin embargo, había de todo; y ese prolongado e intenso cultivo del arte de la sumisión y la lisonja, tenía a la postre que estragar el entendimiento y enervar la dignidad. ¿No es triste que un sabio como don Pedro de Peralta niegue el derecho de criticar y aconsejar a los gobernantes y aun el de resistir a la tiranía, y que, llegando así a un punto a que muy pocos de los absolutistas se atrevieron a llegar en España, escribiera estas palabras: "Aun el tirano se tiene para la veneración la justicia de la majestad... Es el príncipe una deidad visible, con quien no tiene otro

oficio la lengua sino el del himno o el del ruego"?

En esta Lima tan frívola y ceremoniosa, en esta Universidad tan cortesana y hueca, existían, no obstante, aplicación al estudio y vivo amor a la ciencia—ciencia palabrera y de relumbrón, erudición indigesta y ostentativa, pero ciencia y erudición, al fin y al cabo—. Venciendo los obstáculos que oponían el aislamiento y el atraso intelectual, y desinteresadamente, sin esperanza de premios, los criollos se empeñaban en vastas lecturas, escribían obras defectuosas, pero a veces de largo aliento, se ensayaban en los diferentes ramos de la literatura, y aun se aventuraban a tentativas históricas y científicas. El que las emprendió con mayor éxito, constancia y amplitud; la acabada personificación de todas las tendencias de aquella sociedad pomposa y estudiosa, palaciega, erudita y devota, fué el muy célebre doctor don Pedro de Peralta Barnuevo, principal gloria de la antigua Universidad.

EL PATRONATO DE SAN MARCOS

TRADICIÓN

POR

RICARDO PALMA

Gran *tole-tole* había en la buena sociedad limeña por el mes de septiembre del año 1574. Y la cosa valía la pena; como que se trataba nada menos que de elegir santo patrono para la real y pontificia Universidad de Lima, recientemente creada por cédula del Monarca y bula de Roma.

El nuevo rector, don Juan de Herrera, que era abogado y que había reemplazado a los médicos Meneses y Sánchez Renedo, que fueron los dos primeros rectores, se inclinaba con los demás leguleyos a San Bernardo. El partido de los galenos exhibía a San Cipriano, y los teólogos estaban decididos por Santo Tomás. El Virrey, para poner en paz a los tres bandos, propuso la candidatura de San Agustín.

Las limeñas, que en esos tiempos (y, por no perder la costumbre, hasta en los nuestros) se metían en todo, se propusieron hacer capítulo por los cuatro evangelistas; y húbolas partidarias de San Juan, San Lucas, San Marcos y San Mateo. Así cada doctor de la Universidad, si era hombre en disponibilidad para marido, se encontraba con que su novia le pedía el voto para el águila de Patmos, y sus hermanas para San Lucas. Y si era casado, la mujer aspiraba a conquistarlo para San Marcos y la suegra para San Mateo.

Ni los teólogos estaban libres de que la confesada o hija de espíritu se insinuase en favor del evangelista de sus simpatías.

¡Qué desgracia la mía! Si yo hubiera comido pan en ese siglo, y además sido doctor, créanme ustedes que sacaba el vientre de mal año. Vendía mi voto baratito. Me parece que un celemín de besos no habría sido mucho pedir.

Convocóse a claustro para el 6 de septiembre, y San Marcos sacó cinco votos, cuatro San Juan y San Lucas y tres San Mateo, que fué el candidato de las viejas. En cuanto a San Agustín, San Cipriano, Santo Tomás y San Bernardo, todos pasaron de la docena; como que eran sesenta y ocho los doctores del claustro.

No habiendo alcanzado mayoría ningún santo, que-

dó la votación para repetirse en la semana siguiente. A cubiletear se ha dicho.

Las limeñas calcularon entonces, y calcularon muy juiciosamente, que, anarquizadas como estaban, no había triunfo posible para evangelista alguno.

Dicen los hombres de política que esto del voto acumulativo para dar representación a las minorías es invento del siglo XIX. Mentira, y mentira gorda, digo yo. El voto acumulativo es cosa rancia en el Perú, por lo menos. Lo inventaron las limeñas ha tres siglos.

Ellas querían un evangelista, y resolvieron acumular en favor de San Marcos, que fué el que mejor parado salió en la votación primera.

En el segundo claustro, que se efectuó el 16 de septiembre, retiró el Virrey la candidatura de San Agustín, y diz que en ello cedió a influencias de faldellín de raso. Los adeptos del santo obispo de Hipona fueron a reforzar las filas de los tomistas, bernardistas y ciprianistas.

Divide et impera, se habían dicho mis paisanas. También el bando de los evangelistas se reforzó con dos o tres agustinianos.

La votación fué reñida, muy reñida; pero nadie sacó la mayoría precisa. Resolvióse convocar a claustro para el día 20, y que la suerte decidiera.

Llegado el día, echáronse en la ánfora cuatro papeletas con los nombres de Santo Tomás, San Bernardo, San Cipriano y San Marcos; y un niño de cinco años, de la familia del Virrey, fué llevado para hacer la extracción. Así no habría sospecha de trampa.

¡Victoria por las limeñas! La suerte, que es femenina, las favoreció.

En pleno claustro, el 22 de diciembre de 1574, fué solemnemente proclamado y jurado el evangelista del

toro matrero como patrón de la real y pontificia Universidad de Lima.

EL POETA DE LA RIBERA

POR

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

El prestigio de Ventura García Calderón como cronista, como conteur *y como crítico literario es universal. No obstante de su inquietud viajera, de su don de afortunado intérprete de ciudades—Madrid, París, vistos tras el reflector ilusionado de* Bajo el clamor de las sirenas *y* En la verbena de Madrid—, *este cronista, que supera en elegancia a Gómez Carrillo, no se ha olvidado de su vieja ciudad melancólica, ni se ha despojado de su innato criollismo. En cuentos, en páginas de crítica literaria, le acomete, al paso, la nostalgia incurable. En su antología comentada,* Del romanticismo al modernismo, *hay admirables evocaciones de Lima, a propósito de los niños relamidos de las comedias de Pardo, de las mulatas de Segura o de las limeñas caprichosas de las Tradiciones. También las hay en su deliciosa síntesis de* La Literatura Peruana, *de la que desglosamos el trozo sobre Caviedes. Pero, acaso, si su página de más acendrado limeñismo y de mayor gracia artística, verdadero poema en prosa, es su* Elegía, *que sentimos no traer a esta antología, como muestra del más fino incienso quemado en lisonja de la vieja ciudad.*

¡Prosa del Lunarejo y poesía de Caviedes! Es el más prestigioso momento, el siglo de oro. Juan del Valle y Caviedes (1653(?)-1692) inicia la vena satírica en el Perú. Otros se burlaron antes; nunca con esta gracia aleve. En las postrimerías del siglo XVIII representa y define la literatura vernal, que en otra parte he llamado criollismo, y cuyo árbol genealógico se extenderá en línea recta sin extinguirse por todo el siglo XIX de nuestras letras: Felipe Pardo, Manuel Ascencio Segura, Manuel Atanasio Fuentes, Ricardo Palma...

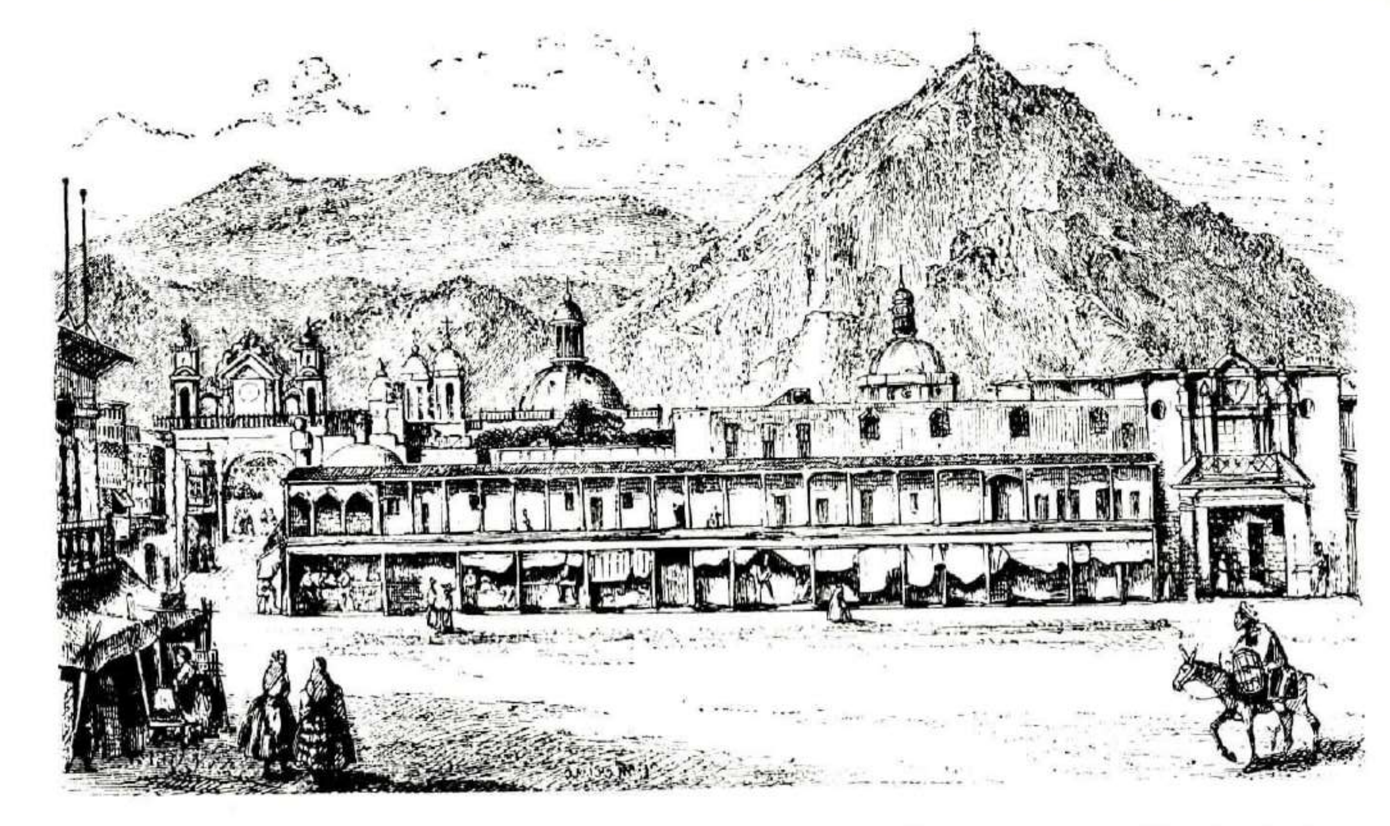
Es el primer realista, es el único que parece haber mirado bien la pintoresca vida del coloniaje. Hemos visto lo ficticia que era entonces la literatura de circunloquios. Faltaba siempre en ella la franca gracia, la negligente sinceridad que se abandona. Estorbaban la erudición y la tiranía de la poética, la penosa ambición de mostrar ingenio y sutileza, ausente siempre de esas páginas, porque la gracia no puede ser deliberada. Fresca, espontánea, surge, en cambio, la poesía de Caviedes. Poco sabemos de su vida. Era, según parece, hijo único de un comerciante español acaudalado. Este lo envía a España a los veinte años. ¿Qué libros lee allí? ¿A qué maestros sigue nuestro criollo? Tal vez ni libros ni maestros le hacen falta, pues sólo en 1761 va a ocurrírsele escribir. Dirá más tarde arrogantemente:

Cuando a hacer versos me eché
sin ser el único, solo
llegué a la casa de Apolo.

Muere su padre. Caviedes regresa a Lima en jóvenes años. A los veinticuatro de su edad es el limeño manirroto que se entrega a la alegre fiesta hasta enfermar. De su dolencia va a conservar acerba y graciosa inquina a los físicos de su tiempo. Con los restos del malgastado patrimonio pondrá uno de esos "cajones de ribera", adonde las limeñas de saya y manto acudían por la mañana, bajo la mirada gavilana de los hidalgos, a comprar alfileres y fruslerías, después de adquirir mixtura en la calle simbólica de Peligros. No se sabe si la historia es auténtica. Lo parece, y quisiéramos que fuera así. Un "cajón" es una excelente butaca para observar la comedia pintoresca de la ciudad. La plaza es entonces el mercado y la escuela matinal de travesu-

ra. En torno de la pila pintada de verde están dispuestas viandas y frutos, en anchas hojas de plátano. Allí se vende y se aprende galantería. Las limeñas que hoy van a tiendas iban a revolver, más que a adquirir, en los tenduchos los chapines sevillanos y los guantes de polvillo de Roma, y los dedales de marfil, y las agujas capoteras, y las servilletas damascadas, y los bofetanes, y los baroches, y las trancaderas de hilo blanco que dicen de balduque finas... ¿Cuál de estas cosas leves y femeninas vendía nuestro Caviedes? Sospechamos que, si vendía mal, ganaba el tiempo en bien mirar. De un espectador apasionado son sus consejos a una dama:

Anda tú, menudito, muy aprisa
con hipócrita pie martirizado,
pues siendo pecador anda ajustado:
usarás al andar muchas corbetas,
meneos y gabetas,
que es destreza en la dama que se estima
imitar a los recortes de la esgrima.
Fingirás la palabra de ceciosa,
sincopando las frases que repites
con unas palabritas de confites,
y aunque tengas la boca como espuerta,
frúncela por un lado un poco tuerta,
y harás un hociquito
de arcángel trompetero tan chiquito
que parezca una boca melisendra,
que no cabe por ella ni una almendra.
Procura conseguir una tercera
de las que en su florida primavera
fueron damas y ahora, jubiladas,
conocen mil pasadas.
Así los mercaderes superiores
se meten, en quebrando, a corredores,
ajustando los precios de otra hacienda,
ya que no venden nada de su tienda.



El Palacio de los Virreyes, remozado por el Virrey Velasco, y con sus clásicos "cajones de Ribera" o tenduchos, en los que se alojó el ingenio de Caviedes.

Desfilan damas; maestros en santidad fingida, "que parecen en las cruces un calvario"; la beata provista siempre de medallas de azófar, que camina "resonando cencerros, por memoria de que es mula de recua de la gloria"; los "caballeros chanflones", parecidos en esponjada arrogancia y en miseria al melancólico hidalgo del Lazarillo; los médicos, en fin, que son el blanco preferido de su malicia. El físico es entonces un hombre solemne y latinizante, que no suelta a Hipócrates de la mano. Usa irremisiblemente, como en la sátira de Caviedes, anteojos; "con sus tirantes largos de cerda" va en mula paciente y doctoral; tiene pergeño de astrólogo, y lo es a ratos, porque la medicina es todavía una ciencia oculta. Se escribe gravemente tratados sobre el aojo; se reparan las fuerzas del enfermo con darle a oler viandas nutritivas, y el doctor Pedro Gago Vadillo, que estuvo largos años en el Perú, nos cuenta, en su *Luz de verdadera cirugía,* que para cicatrizar pronto la herida, algunos cirujanos la curaban con vino o aplicaban paños secos en forma de cruz. ¡Cómo no había de reír nuestro burlón de las "tumbas con golilla", los "fracasos con barba", los "asesinos graduados", como él llamaba a los galenos! No les perdona sus malos ratos cuando estuvo próximo a morir. Uno por uno, los analiza y los zahiere. La hipérbole constante parece aprendida en Quevedo, a quien recuerda siempre. Aquellos ojos de que nos habla el español, "tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes"; aquellas "barbas descoloridas de miedo de la boca vecina", nos hacen recordar al "cierzo de la medicina y carámbano con golilla", ante quien tiritaban los tabardillos, según Caviedes. Curioso influjo, que no le resta originalidad a nuestro autor. Sus temas, su inspiración son nacionales. Cotejando sus bur-

las con los relatos de los viajeros, estamos seguros de la veracidad del costumbrista. Por primera vez un peruano trata de retratar la vida ambiente, y, olvidando la poética *elevada*, desciende al profano vulgo y tira por los aires el postizo coturno de nuestros líricos. ¡Qué sana y fresca alegría circula en *El diente del Parnaso*, la obra más homogénea de Caviedes! Alguna vez se desacata esta poesía, como en Quevedo; mas casi siempre el ingenio es de fina calidad, como cuando dice a la hermosa Arnarda, que estaba en el Hospital de la Caridad curando discretos males:

En la Caridad se halla
por su mucha caridad,
que a ningún amor mendigo
negó limosna jamás.

A un "hombre viejo y rico, que casó con moza arrogante y pobre", le pregunta, interpretando los signos del Zodíaco:

¿Qué amor caduco te ciega,
siguiendo signos errados,
pues pensando dar en Virgo
has venido a dar en Tauro?

Mas no se crea que, por reír, no conozca más alta y solemne inspiración nuestro Caviedes. Su *Diente del Parnaso* es sólo sátira. Sus poesías diversas contienen endechas y romances de una adorable tristeza que sonríe:

En mis penas inmortales
sin esperanza padezco,
por ser un achaque amor
que se cura con el mesmo.

Cuando sanar solicito,
procuro estar más enfermo;
porque los remedios matan
y me mato por Remedios.
. . . .
Muriendo estoy por morir,
si contraria me persigue
una voluntad alegre
con una memoria triste.

Las "lamentaciones sobre la vida en pecado" acentúan la voz de Segismundo y su nostalgia de otra vida:

¡Ay, mísero de mí; ay, desdichado!,
que, sujeto al pecado,
vivido he tanto tiempo orgullecido.
Si es vivir el pecado en que he vivido,
¿cómo puedo vivir en tal tormento
sin dar velas al mar del sentimiento?

Nace el ave ligera
de rizado plumaje, y a la esfera
irguiéndose veloz y enriquecida,
a Dios está rendida,
y yo, con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
. . . .
Nace el arroyo de cristal de plata,
y apenas entre flores se desata,
cuando en sonoro estilo guijas mueve
y a Dios alaba con su voz de nieve.
Sólo yo, con terrible desvarío,
nunca os postré, Señor, el albedrío.

Melancolías de madurez, la más patética poesía de estos tiempos. Desamparado por la muerte de su esposa, a quien canta en *Poesías diversas,* comienza a beber, hasta su temprana muerte, como cualquier vate romántico. No se disipó nunca en Lima la nombradía del Poe-

ta de la Ribera, como se le llamaba entonces. En 1700, los concurrentes a la tertulia del Virrey Castel dos-Rius lo plagiaban descaradamente. Por donde la vena del ingenio popular, tantas veces disparado a Palacio para ofender a un Virrey, entra allí, en fin, mezclándose su acento casquivano, familiar y jovial, a ese penoso juego malabar de poetas galeotes que presidía Peralta. Y en cuadernos manuscritos, o transmitido oralmente, su ingenio continuaba enseñando la picaresca alegría y el realismo desenfadado, que fueron y son virtud limeña.

LA PROCESION DE ANIMAS DE SAN AGUSTIN

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

No hay limeño que en su infancia no haya oído hablar de la procesión de Animas de San Agustín. Recuerdo que antes que tuviésemos alumbrado de gas no había hija de Eva que se aventurase a pasar, dada la media noche, por esa plazuela, sin persignarse previamente, temerosa de un encuentro con las ciudadanas del Purgatorio.

Ni Calancha ni su continuador el Padre Torres hablan en la *Crónica Agustina* de esta procesión, y eso que refieren cosas todavía más estupendas. Sin embargo, en el Suelo de Arequipa, convertido en cielo, se re-

lata del alcalde ordinario don Juan de Cárdenas algo muy parecido a lo que voy a contar.

A falta de fuente más auténtica, ahí va la tradición, tal como me la contó una vieja muy entendida en historias de duendes y almas en pena.

I

Alcalde del Crimen por los años de 1697 era don Alfonso Arias de Segura, hijo de los reinos de España y hombre que se había conquistado en el ejercicio de su cargo la reputación de severo hasta rayar en la crueldad. Reo que caía bajo su férula no libraba sino con sentencia de horca, que, como ven ustedes, no era mal librar. Con él no había circunstancias atenuantes, ni influencias de faldas o bragas. Y en esta su intransigencia y en el terror que llegó a inspirar fincaba el señor alcalde su vanidad.

Habitaba su señoría en la casa fronteriza a la iglesia de San Agustín, y hallábase una noche, a hora de las nueve, leyendo un proceso, cuando oyó voces que clamaban socorro. Cogió don Alfonso sombrero, capa y espada, y, seguido de dos alguaciles, echóse a la calle, donde encontró agonizante a un joven de aristocrática familia, muy conocido por lo pendenciero de su genio y por el escándalo de sus aventuras galantes.

Junto al moribundo estaba un pobre diablo, que vestía hábito de lego agustino, con un puñal ensangrentado en la mano.

Era éste un indiecillo de raquítica figura, capaz por lo feo de dar susto a una noche oscura, al que toda Lima conocía por *el Hermano Cominito*. Era el lego generalmente querido por lo servicial y afectuoso de

su carácter, así como por su reputación de hombre moral y devoto. El repartía al pueblo los panecillos de San Nicolás, y por esta causa gozaba de más popularidad que el Gobierno.

Incapaz, por la mansedumbre de su espíritu, de matar una rata, regresaba al convento después de cumplir una comisión del Padre provincial, cuando acudió en auxilio del herido, y, creyendo salvarlo, le quitó el puñal del pecho, acto caritativo con el que apresuró su triste fin.

Viéndolo así armado nuestro alcalde, le dijo:

—¡Ah, pícaro, asesino! ¡Date a la Justicia!

La intimación asustó de tal modo al *Hermano Cominito*, que, poniendo pies en polvorosa, se entró en la portería del convento. Siguióle el alcalde, echando ternos, y dióle alcance en el corredor del primer claustro.

Alborotáronse los frailes, que, encariñados con *Cominito*, sacaron a relucir un arsenal de argumentos y latines en defensa de su lego y de la inmunidad del asilo claustral; pero Arias de Segura no entendía de algórgoras, y *Cominito* fué a dormir en la cárcel de Corte, escoltado por una jauría de alguaciles, gente de buenos puños y de malas entrañas.

Al día siguiente principió a formarse causa. Las apariencias condenaban al preso. Se le había encontrado puñal en mano junto al difunto, y emprendió la fuga, como hacen los delincuentes, al presentársele la Justicia. *Cominito* negó, poniendo por testigos a Dios y a sus santos, toda participación en el crimen; pero en aquellos tiempos la Justicia disponía de un recurso con cuya aplicación resultaba criminal de cuenta cualquier papamoscas. Después de un cuarto de rueda, que le hizo crujir los huesos, se declaró *Cominito* convicto y confeso de un delito que, como sabemos, no soñó en

cometer. La tortura es argumento al que pocos tienen coraje para resistir.

Queda, pues, sobrentendido que el terrible alcalde, a quien bastaba con una sombra de delito para dar ocupación al verdugo, sentenció a *Cominito* a ser ahorcado por el pescuezo.

Llegó la mañana en que la vindicta pública debía ser satisfecha. Al pueblo se le hizo muy cuesta arriba creer en la criminalidad del lego, y se formaron corrillos en el Portal de Botoneros para arbitrar la manera de libertarlo. Los agustinos, por su parte, no se descuidaban, y, a la vez que azuzaban al pueblo, conseguían conquistar al verdugo, no sé si con indulgencias o con relucientes monedas.

Ello es que al pie de la horca, y entregado ya al ejecutor, éste, en un momento propicio, le dijo al oído:

—Ahora es tiempo, hermano. Corre, corre, que no hay galgos que te pillen.

Cominito, que estaba inteligenciado de que el pueblo le protegería en su fuga, emprendió la carrera en dirección a las gradas de la catedral para alcanzar la puerta del Perdón. El pueblo le abría paso y lo animaba con sus gritos.

Pero el infeliz había nacido predestinado para morir en la ene de palo. El alcalde Arias de Segura desembocaba a caballo por la esquina de la Pescadería, al tiempo que el fugitivo llevaba vencida la mitad del camino. Don Alfonso aplicó las espuelas al animal, y atropellando al pueblo lanzóse sobre *Cominito* y le echó la zarpa encima.

El verdugo murmuró:

—Por mí no ha quedado. Ese alcalde es un demonio.

Y cumplió su ministerio, y *Cominito* pasó a la tierra de los calvos.

Y qué verdad tan grande la que dijo el poeta que zurció estos versos:

La vida es comparable a una ensalada,
en que todo se encuentra sin medida:
que unas veces resulta desabrida
y otras, hasta el fastidio avinagrada.

II

La víspera de estos sucesos, un criado del conde de ... se presentó en casa del alcalde Arias de Segura y puso en sus manos una carta de su amo. Don Alfonso, a quien asediaban los empeños en favor de *Comimito,* la guardó, sin abrirla, en un cajón del escritorio, murmurando:

—Esos agustinos no dejan eje por mover para que prevarique y se tuerza la justicia. ¡Mucha gente es la frailería!

Despachado ya el lego para el viaje eterno, entró en su casa el alcalde, después de las diez de la noche, y, acordándose de la carta, desplegó la oblea. El firmante escribía desde su hacienda, a quince leguas de Lima:

"Señor licenciado: Cargo de conciencia se me hace no estorbar que tan sesuda y noble persona como vuesa merced se extravíe por celo y amor a la justicia. El devoto agustino que en carcelería mantiene está inocente de culpa. Agravios en mi honra me autorizaron para hacer matar a un miserable. Otra conducta hubiera sido dar publicidad al deshonor y no lavar la mancha. Vuesa merced tome acuerdo en su hidalguía y sobresea en la causa, dejando en paz al muerto y a los vivos. Nuestro Señor conserve y aumente en su santo servicio la

magnífica persona de vuesa merced. A lo que vuesa merced mandare.—*El conde de* ..."

Conforme avanzaba en la lectura de esta carta, el remordimiento se iba apoderando del espíritu de don Alfonso. Había condenado a un inocente, y, por no haber leído en el momento preciso la fatal carta, tenía un crimen en su conciencia. Su orgullo de juez lo había cegado.

La cabeza del alcalde era un volcán. Se ahogaba en la tibia atmósfera del dormitorio, y necesitaba aire que refrescase su cerebro. Abrió una celosía del balcón y recostóse en él de codos, con la frente entre las manos.

Sonó la media noche, y don Alfonso dirigió una mirada hacia la iglesia fronteriza. Lo que vió heló la sangre en sus venas y quedóse como figura de paramento. El templo estaba abierto y de él salía una larga procesión de frailes con cirios encendidos. Don Alfonso quiso huir, pero una fuerza misteriosa lo mantuvo como clavado en el sitio.

Entretanto, la procesión adelantaba por la plazuela, salmodiando el fúnebre *Miserere*, y se detenía bajo el balcón.

Entonces Arias de Segura pudo, al resplandor fatídico de las luces, contemplar, en vez de rostros, descarnadas calaveras, y que los cirios eran canillas de difuntos. Y de pronto cesaron las voces, y uno de aquellos extraños seres, dirigiéndose al alcalde, le dijo:

—¡Ay de ti, mal juez! Por tu soberbia has sido injusto, y por tu soberbia has sido feroz con nuestro hermano que gime en el Purgatorio, porque tú le hiciste dudar de la justicia de Dios. ¡Ay de ti, mal juez!

Y tres campanadas de la gran campana de la torre resonaron siniestramente, poniendo término a la procesión de ánimas. La campana era generalmente llamada

en Lima *la Mónica,* nombre de la madre de San Agustín.

Y continuó su camino la procesión alrededor de la plaza, hasta perderse en las naves del templo.

III

¿Sería esto una alucinación del cerebro de don Alfonso? Lo juicioso es dejar sin respuesta la pregunta y que cada cual crea lo que su espíritu le dicte.

Por la mañana, un criado encontró a don Alfonso privado de sentido, en el frío piso del balcón. Al volver en sí refirió a los deudos y amigos que lo cuidaban la escena de la procesión, y el relato se hizo público en la ciudad.

Pocos días más tarde, don Alfonso Arias de Segura hizo dimisión de la vara y tomó el hábito de novicio de la Compañía de Jesús, donde es fama que murió devotamente.

Hubo más. Dos viejas declararon, con juramento, que desde la calle de San Sebastián habían visto las luces de los cirios, y ante tan autorizado testimonio no quedó en Lima prójimo que no creyera a puño cerrado en la procesión de las ánimas de San Agustín.

Y a propósito de procesión de ánimas, es tradicional entre los vecinos del barrio de San Francisco que los lunes salía también una de la capilla de la Soledad, y que, habiéndose asomado a verla cierta vieja grandísima pecadora, sucedióla que al pasar por su puerta cada fraile encapuchado apagaba el cirio que en la mano traía, diciéndola:

—Hermana, guárdeme esta velita hasta mañana

La curiosa se encontró así depositaria de casi un centenar de cirios, proponiéndose en sus adentros vender-

los al día siguiente, sacar subido producto, pues artículo caro era la cera, y mudar de casa antes que los aparecidos vinieran a fastidiarla con reclamaciones. Mas al levantarse por la mañana encontróse con que cada cirio se había convertido en una canilla y que la vivienda era un camposanto u osario Arrepentida la vieja de sus culpas, consultóse con un sacerdote que gozaba fama de santidad, y éste la aconsejó que escondiese bajo el manto un niño recién nacido y que lo pellizcase hasta obligarlo a llorar, cuando llegara la procesión. Hízolo así la ya penitente vieja, y gracias al ardid no se la llevaron las ánimas berditas, por no cargar también con el mamón, volviendo las canillas a convertirse en cirios, que iba devolviendo a sus dueños.

Francamente, no puede ser más prosaico este siglo XIX en que vivimos. Ya no asoma el diablo por el cerrito de las Ramas, ya los duendes no tiran piedras ni toman casas por asalto, ya no hay milagros ni apariciones de santos, y ni las ánimas del Purgatorio se acuerdan de favorecernos siquiera con una procesioncita vergonzante. Lo dicho: con tanta prosa y con el descreimiento que nos han traído los masones, está Lima como para correr de ella.



Fachada de la iglesia de san Agustín.

MOTIN DE LIMEÑAS

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

Aquel día, que era el 10 de febrero de 1601, Lima estaba en ebullición. El siglo XVII, que apenas contaba cuarenta días de nacido, empezaba con berridos y retortijones de barriga. Tanta era la alarma y agitación en la capital del Virreinato, que no parecía sino que se iba a armar la gorda y a proclamar la Independencia, rompiendo el yugo de Castilla.

En las gradas de la por entonces catedral en fábrica, y en el espacio en que más tarde se edificaron los portales. veíase un gentío compacto y que se arremolinaba, de rato en rato, como las olas de mar embravecido.

En el patio de palacio hallábanse la compañía de lanzas, escolta de su excelencia el Virrey marqués de Salinas, con los caballos enjaezados; un tercio de Infantería con mosquetes, y cuatro morteros servidos por soldados de Artillería, con mecha azufrada o candelilla en mano. Decididamente, el Gobierno no las tenía todas consigo.

Algunos frailes y cabildantes abríanse paso por entre los grupos, dirigiendo palabras tranquilizadoras a la muchedumbre, en la que las mujeres eran las que mayor clamoreo levantaban. Y, ¡cosa rara!, azuzando

a las hembras de medio pelo veíanse varias damas de basquiña, con soplillo (abanico) de filigrana, chapín con virillas de perlas y falda de gorgorán verde marino con ahuecados o faldeín de campana.

—¡Juicio, juicio, y no vayan a precipitarse en la boca del lobo!—gritaba Fray Antonio Pesquera, fraile que, por lo rechoncho, parecía un proyecto de apoplejía, comendador de la Merced; que en Lima, desde los tiempos de Pizarro, casi siempre anduvieron los mercenarios en esos trotes.

—Tengan un poquito de flema—decía en otro grupo don Damián Salazar, regidor de alcabalas—, que no todo ha de ser cata la gallina cruda: cátala cocida y menuda.

—No hay que afarolarse—peroraba más allá otro cabildante—, que todo se arreglará a pedir de boca, según acabo de oírselo decir al Virrey. Esperemos, esperemos.

Oyendo lo cual, una mozuela con peineta de cornalina y aromas y jazmines en los cabellos, murmuró:

Muchos con la esperanza
viven alegres:
muchos son los borricos
que comen verde.

—La Real Audiencia—continuaba el comendador—se está ahora mismo ocupando del asunto, y tengo para mí que, cuando la resolución demora, salvos somos.

—*Benedicamus Domine et benedictus sit Regem* —añadió, en latín macarrónico, el lego que acompañaba al Padre Pesquera.

Las palabras del lego, por lo mismo que nadie las entendía, pesaron en la muchedumbre más que los dis-

cursos del comendador y cabildantes. Los ánimos principiaron, pues, a aquietarse.

* * *

Ya es tiempo de que pongamos al lector al corriente de lo que motivaba el popular tumulto.

Era el caso que la víspera había echado anclas en el Callao una escuadra procedente de La Coruña y traído el Cajón de España, como si dijéramos hoy las valijas de la Mala Real.

No porque la imprenta estuviera aún, relativamente con su desarrollo actual, en pañales, dejaban de llegarnos gacetas. A la sazón publicábase en Madrid un semanario titulado *El Aviso*, y que durante los reinados del tercero y cuarto Felipes fué periódico con pespuntes de oficial, pero en el fondo una completa crónica callejera de la coronada villa del oso y del madroño.

Los avisos recibidos aquel día traían, entre diversas Reales cédulas, una pragmática promulgada por bando en todas las principales ciudades de España, en junio de 1600, pragmática que había bastado para alborotar aquí el gallinero. "Antes morir que obedecerla"—dijeron a una las buenas mozas de mi tierra, recordando que ya se las habían tenido tiesas con Santo Toribio y su Concilio, cuando ambos intentaron legislar contra la saya y el manto.

Decía así la alarmadora pragmática:

"Manda el Rey nuestro señor que ninguna mujer, de cualquier estado y calidad que fuere, pueda traer ni traiga guardainfante, por ser traje costoso y superfluo, feo y desproporcionado, lascivo y ocasionado a pecar, así a las que los llevan como a los hombres por causa de ellas, excepto las mujeres que públicamente son malas

de su persona y ganan por ello. Y también se prohibe que ninguna mujer pueda traer jubones que llaman escotados, salvo las que de público ganen con su cuerpo. Y la que lo contrario hiciere incurrirá en perdimiento del guardainfante y jubón y veinte mil maravedis de multa."

Precisamente no había entonces limeña que no usara faldellín con aro, lo que era una especie de guardainfante más exagerado que el de las españolas, y en materia de escotes, por mucho que los frailes sermonearan contra ellos, mis paisanitas, erre que erre.

Todavía prosigue la Real pragmática:

"Y asimismo se prohibe que ninguna mujer que anduviere en zapatos pueda usar ni traer verdugados, virillas claveteadas de piedras finas, como esmeraldas y diamantes, ni otra invención, ni cosa que haga ruido en las basquiñas, y que solamente pueda traer los dichos verdugados con chapines que no bajen de cinco dedos. Item, a las justicias negligentes en celar el cumplimiento de esta pragmática se les impone, entre otras, la pena de privación de oficio."

Y al demonche de las limeñas, que tenían (y tienen) su diablo en calzar remononamente, por aquello de que *por la patita bonita se calienta la marmita* (refrán de mi abuela), ¡venirles el Rey con pragmáticas contra el zapatito de raso y la botina!... ¡Vaya un rey de baraja sucia!

¡A ver si hay hogaño padre o marido que se atreva a legislar en su casa contra el taquito a lo Luis XV! Desafío al más guapo.

Con una rica media
y un buen zapato
siempre harán las limeñas
pecar a un beato.

Afortunadamente, la Real Audiencia, después de discutirlo y alambicarlo mucho, acordó dejar la pragmática en la categoría de *hostia sin consagrar*. Es decir, que no se promulgó por bando en Lima, y que Felipe II encontró aceptables las observaciones que respetuosamente formularon los oidores, celosos de la tranquilidad de los hogares, quietud de la república y contentamiento de los vasallos y vasallas.

El día, que había empezado amenazando tempestad, terminó placenteramente y con general repique de campanas.

Por la noche hubo saraos aristocráticos, se quemaron voladores y se encendieron barriles de alquitrán, que eran las luminarias o iluminaciones de aquel atrasado siglo, en que habría sido despapucho de febricitante soñar con la luz eléctrica.

ELOGIO DE DON RICARDO PALMA

POR

JOSÉ GÁLVEZ

De José Gálvez debieran traerse a esta Antología versos y crónicas del más auténtico limeñismo: algunas de sus "Estampas limeñas" o de sus sápidas evocaciones de "Una Lima que se va", trasunto nostálgico de una Lima fin de siglo, con faites, nacimientos, pulperías, cometas, mataperros y coroneles caceristas. Nadie ha pintado como él la Lima de 1895 y del ¡Viva Piérola!. Páginas suyas han pasado de la literatura al folklore y viven en el recuerdo popular. A falta de aquéllas van estos versos en homenaje a Palma, que le legara su pluma antes de morir.

Sobre la gracia leve de la ciudad dormida
puso mi ensueño el sueño de volverte a escuchar,
y el ansia de mi espíritu te devolvió a la vida
por una magia bruja, bajo la paz lunar...

Y trasnoché contigo, que ibas erguido y fuerte,
la capa suelta al viento, lírica la actitud,
ya seguro en la Gloria que te robó a la Muerte,
en un alarde pleno de eterna juventud.

No eras el viejecito mimado y fatigado
que en el sillón tallado poníase a soñar;
eras el mozo altivo, desafiador y osado
en la fresca pujanza de luchar y crear.

La mirada encendida, rebelde la melena,
conquistador el gesto, resuelto el ademán,
presto a la serenata o a la marimorena,
en una mezcla airosa de trovero y de truhán.

En la clara vendimia de tus años jugosos,
en la embriaguez sagrada de tu fecundo ardor,
como contraste hiriente de estos tiempos borrosos,
viniste a mí, Maestro del estro creador.

Todo el encanto vivo del ayer florecía
y seguía tus pasos en procesión caudal,
mientras iba la gracia de tu imaginería
haciendo un mundo nuevo ideal y real.

Maravillosamente, bajo tu audaz conjuro,
borróse la miseria del presente dolor,
y surgió de tus frases, en un ambiente puro,
tu ciudad de balcones y jazmines en flor...

A esconderse fugaron estas horas prosaicas,
te hizo guiños la reja y te atisbó el zaguán,
y salieron a verte, auténticas y arcaicas,
todas las nobles cosas de Lima que se van...

¡ Esfumado el presente, sólo quedó tu gesta
como blasón de orgullo que siempre ha de vivir,
y, más allá de toda mezquindad, se alzó en fiesta
tu ciudad, con el alma que le diste a lucir !

Toda la maravilla
que el Escritor forjara,

perfuma a nuestro paso, y canta y brilla
bajo el encanto de la noche clara.

Mientras en gracia de sus glorias iba
el Maestro mostrándome la senda,
apareció el conjuro, rediviva,
toda la historia y toda la leyenda:

Incas dorados, ñustas engreídas,
mitos solares, tribus sometidas,
ciclópeas fortalezas
y músicas sangrando sus tristezas;
el Sol hecho metales en las piedras andinas
y entre los corazones la religión del Sol,
y de pronto, a distancia, unas velas latinas
y frente al Sol Incano el gran Sol Español.

Conquistadores fieros y dulces misioneros,
Pizarro, que su espada le rinde al trovador;
criollas que arrebatan su luz a los luceros
y Virreyes que se hacen gobernar del Amor.

Salen a recibirlo Virreyes y Tapadas,
los ñorbos, por mirarlo, desbordan el tapial,
y el viento trae un chisme romántico de espadas,
envuelto en un aroma de huertas encantadas,
de templos, y en fragancias de místico rosal.

Dicen los pregoneros las pragmáticas reales,
se alza de las limeñas el sonoro motín,
y mientras el Maestro borda sus madrigales
ruegan al cielo perla los bronces conventuales
y las guitarras lloran en un claro jardín.

Pasan altivas damas que sostienen sus fueros,
asoma la aventura de un Virrey trovador
y entre las turbulencias de los Encomenderos
brota en un rosal santo la primigenia flor.

Hace una venia clásica la Virreina ingeniosa
que gobernó estas tierras doradas del Perú,

y eleva su plegaria, férvida y armoniosa,
por ti, Ricardo Palma, aquella Santa Rosa
que ha perfumado todo lo que creaste tú.

¡Con tu presencia todo se anima, los rincones
de la ciudad nos dicen su historia y su blasón,
y entre las celosías de los moros balcones,
los ojos, como estrellas, atraen ilusiones,
y hacen temblar el corazón.

El ayer se hace cálido, viviente, deslumbrante,
el milagro se cumple en un nuevo nacer.
¡Incanato! ¡Conquista! ¡Epopeya gigante
de libertad! ¡Se acerca todo lo que es distante,
y es con nosotros el ayer!

Toda la maravilla
que el Escritor forjara
perfuma a nuestro paso, y canta y brilla
bajo el encanto de la noche clara...

Y fueron al conjuro las Tapadas
con su pícaro y púdico embeleso,
y haciendo orquesta al susurrar de un beso
tintineo de espuelas y de espadas.

La lunada alameda,
la fuga del romántico encapado,
y en el balcón el escalón de seda
colgado como un lírico pecado.

Las nuevas de los últimos galeones
el chismorrear de miles de campanas
y al ondular de lentas procesiones,
tapices y festones
pendientes de balcones y ventanas,
humos de incienso, sones de cohetones,
versos cifrados, místicos aromas
y revolar de flores y palomas...

Plumas, caireles, brillos,
casacas y tontillos,

áureas carrozas, leves balancines,
togas de oidores, becas de estudiantes,
corazas deslumbrantes,
son de verbenas y de serenata.

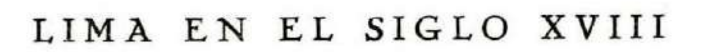
El Gran Inquisidor, los cabildantes,
la testa rubicunda de un pirata,
el paso de Virreyes resonantes
pisando en la ciudad, pisos de plata,
y cual tajos que rompen una Edad,
nuestros libertadores fulgurantes
que hicieron la Patria y la Libertad!

Y la gloriosa cauda se hacía interminable
en la noche de siglos que esa magia forjó,
mientras iba diciendo con la conseja amable
su sésamo inefable
el mágico Maestro que a vida la llamó.

Fué cayendo la luna, se hizo más perla el cielo,
y a la luz de una aurora que empezaba a clarear
se fué volviendo ingrávido, como aprestado al vuelo,
el mago prodigioso que me atreví a llamar.

Volví a ver sus cabellos blancos como la espuma,
tenía el aire triste de quien mucho soñó,
y lenta y gravemente la disolvió en la bruma
mañanera, y al cielo de su ciudad voló...

Y allí está con su Gloria que cubre a la Ciudad
y a la Patria, acogiéndolas en su inmortalidad.



LIMA EN EL SIGLO XVIII



Dibujo de Jorge Holguín de Lavalle.

LIMA EN 1709

POR

LE SIEUR BACHELIER.

El testimonio de Bachelier, cirujano del buque La Ville de Bourg, *que llegó a la costa del Perú en 1709, no es interesante casi sino por la antigüedad. Aprovechando de las facilidades dadas por Felipe V a los franceses para el comercio con las Indias, Bachelier es de los primeros extranjeros que visitaron Lima, aunque publicara su libro* Voyage de Marseille a Lima *después de conocidas las impresiones del Padre Fouillée y de Frezier, más interesantes y sugestivas, sobre todo las del segundo. Las impresiones de Bachelier tienen aún otra falta de originalidad: fueron revisadas por el señor Durret, quien fué el que las dió a la publicidad, restándonos con su intervención, bastante chabacana, el mérito de una impresión directa. El libro ha corrido generalmente como suyo.*

Bachelier tiene la admiración fácil, y sus elogios a la opulencia y belleza de Lima parecen de excesiva ingenuidad. Pero hay que tener en cuenta que sus mayores alabanzas se refieren a la amplitud de las calles y plazas, a su trazo rectilíneo, al derroche de espacio y abundancia de huertas y jardines. Esto era realmente motivo de asombro para un europeo de entonces, habituado aún al plano sinuoso y estrecho de las ciudades medievales. Las ciudades indianas, con Lima a la cabeza, inauguraron el tipo urbano, hoy predominante, de amplias ave-

nidas cortadas en ángulo recto y pobladas de árboles y flores. Lima realizaba ya a comienzos del siglo XVIII el tipo de la ciudad-jardín.

La ciudad de Lima, que lleva este nombre a causa del valle de Lima, en que está situada, es la ciudad capital del Perú. Francisco Pizarro echó los primeros cimientos de ella, el año 1535, y la nombró Ciudad de los Reyes, porque los españoles se establecieron en ella el día de la Epifanía, que se llama vulgarmente el día de los Reyes. Esta ciudad está a dos leguas de un puerto de mar muy bueno y muy seguro, que es el Callao, del que nosotros veníamos, y está construída en una llanura cerca de un gran río. El país proporciona abundantemente trigo y toda clase de frutas y de ganado. Todas las calles de Lima son muy largas, anchas, derechas y tiradas a cordel, y van a terminar a la plaza, de donde se puede fácilmente ver el campo desde cualquier parte que se tienda la vista. La permanencia en ella es muy agradable, porque el aire es ahí tan dulce y temperado, que en ninguna estación del año se siente incomodidad ni por el frío ni por el calor. Durante los cuatro meses que es verano en España, se siente en Lima algo más de fresco que en el resto del tiempo, y cae entonces, en las mañanas, hasta el mediodía, una especie de rocío que, lejos de hacer mal a la salud, es muy bueno para los dolores de cabeza, y los que sufren de ellos encuentran un alivio mojándose la cabeza con esta llovizna. Las casas son todas de un piso, a causa de los temblores de tierra, que son frecuentes; sentimos dos a nuestra llegada: uno a las nueve de la noche y otro a la mañana siguiente, hacia las siete. La consternación era grande en toda la ciudad. La oscilación disminuyó al cabo de algunas horas, y como la calma viene siempre después de la tempestad, todo estuvo en un instante nuevamente tranquilo, y cada uno

continuó su vida habitual. No les faltaba razón a los habitantes de Lima para experimentar tan gran temor, puesto que no hacía sino treinta años, según se me dijo, que sintieron tan furiosos temblores de tierra que la ciudad fué casi íntegramente derribada y que más de sesenta mil personas perecieron bajo las ruinas de los edificios que se desmoronaron; desde entonces, y en un intervalo muy corto, se ha reedificado la ciudad, que está más bella y más magnífica que nunca. Está dividida en treinta y seis cuarteles, cada uno de ciento cincuenta pasos cuadrados. Se puede decir con justicia que es, al presente, la ciudad más célebre, la más grande y la más magnífica de todo el Perú. Se encuentran en este lugar, en abundancia, las mismas especies de frutas que se dan en Castilla, sobre todo naranjas, limones de todas clases, dulces y agrios; higos y granadas, y habría uvas en cantidad si los trastornos del país no hubieran impedido plantarlas y cultivar la viña. Hay una gran abundancia de legumbres y de hortalizas, y hay gran facilidad para cultivarlas, porque en cada casa hay canales que conducen el agua del río, y sobre éste hay muchos molinos de los que los españoles se sirven para hacer moler el trigo.

La ciudad es grande y soberbia, y contribuye grandemente a esto la regularidad de sus edificios, todos de una misma simetría y en línea recta. Tiene una gran extensión, tanto a causa de las calles, que son muy anchas, y de la plaza, que es muy grande, como porque las casas ocupan mucho espacio, pues son todas de veinticuatro pies de ancho y el doble de largo; las casas no tienen sino un solo piso, como ya lo he dicho; se entra en ellas por una bella puerta cochera que conduce a un gran patio, donde se encuentran muchos cuartos y departamentos diferentes; en el medio de este

patio hay otra puerta, desde la que se ven los juegos de agua y las fuentes del jardín, lo que produce una impresión muy grata sobre estas casas, todas grandes y magníficas. He aquí, poco más o menos, la disposición de cada casa: las paredes son hechas de ladrillos en doble hilera, llenándose el centro con tierra en un espacio de cinco pies de espesor, a fin de poder levantar suficientemente los cuartos y que las ventanas que dan a la calle estén a bastante altura para que los que pasen no vean lo que se hace en los cuartos. Los escalones están todos descubiertos del lado del patio y conducen a galerías que sirven de "comedores" o de pasadizos para entrar en los departamentos. Los techos están hechos de algunas vigas fuertes, no cuadradas, y que se cubren por debajo de esteras pintadas (como las de Alemania) o de telas pintadas, de manera que las vigas no se ven nunca, lo que hace un efecto sorprendente y el más agradable que se puede ver, sobre todo para los que no están acostumbrados; se agrega todavía por debajo, en estas del Perú, ramas de árboles, todas llenas de hojas, que se renuevan de tiempo en tiempo; así, los cuartos, aun en los más grandes calores, son muy frescos, encontrándose siempre al abrigo de los calores del sol. Por otra parte, no hay necesidad de tomar medidas para ponerlos a cubierto de la lluvia, porque en este país no llueve nunca. A ciento treinta leguas de Lima hay otra ciudad, que se llama Villahermosa de Arequippa, que puede tener alrededor de trescientas o cuatrocientas casas; está situada en un lugar muy sano y muy abundante en toda clase de productos; es muy probable que esta ciudad se pueble cada día más, puesto que está a doce leguas del mar y los barcos pueden llegar fácilmente y llevarle géneros, vinos y otras cosas necesarias, aun para los habitantes de la

ciudad del Cuzco y de la provincia de Charcas; es también lugar de gran tráfico, a causa de las minas de Potosí y de Porco, de donde se trae una gran cantidad de plata para embarcarla en los navíos y transportarla por mar a Lima o a Panamá, evitándose el trabajo de enviarla por tierra con mucho riesgo y fatiga. De esta ciudad puede hacerse por tierra un camino de cuatrocientas leguas, siguiendo siempre la costa del mar hasta la provincia de Chile.

Lima tiene una Corte soberana, una célebre Universidad y algunas fábricas de géneros, una papelería y una vidriería. Don Francisco dos Ríos (1) tenía entonces su residencia ahí, y era al mismo tiempo Virrey del Perú, de Chile y de la Audiencia de Bonair; en una palabra, de toda la América meridional española.

Se me ha asegurado que había en Lima más de doce mil esclavos indios y moros; se encuentran muchos monasterios; las iglesias y los conventos son magníficos: el de la Observancia es el más bello y el más considerable, tiene más de trescientos religiosos; los jesuítas forman una gran isla, que les pertenece, y se necesitaría un volumen entero para detallar las riquezas que poseen en este país; su farmacia es de lo más bello que pueda verse, y no hay en Francia nada que se le aproxime; el padre que tiene la dirección me dijo que tenían doscientos esclavos para trabajar sus posesiones del campo, lo que les producía seiscientos veinte mil escudos de renta, sin contar lo que pueden obtener de otras partes; tienen un bellísimo colegio en que la juventud recibe buena educación, y no se puede alabar bastante su celo por la religión católica y su ardor por la conversión de los indios. Son casi los únicos dedicados a las misiones de salvajes, cuyas lenguas aprenden

(1) El Virrey Castell dos Rius.

antes de partir para esas regiones, y hay muchos de ellos que, como recompensa de sus trabajos, sufren el martirio, lo que, en vez de desanimar a sus hermanos, hacen miren como la mayor gracia que se le puede conceder que se les elija para trabajar en esas misiones. Tienen tres hermosos colegios en Lima, a los que se llama Teatinos. La iglesia de los Dominicos es muy bella, y será difícil contemplar algo más soberbio y más rico que la capilla en que reposa el cuerpo de Santa Rosa. Es muy grande la devoción por ésta, y siempre hay un gran concurso de gentes y peregrinos que vienen de diversas partes. La iglesia de las Trinitarias tiene el mérito de su bella ornamentación; la de los Agustinos, no menos brillante que la anterior, puede ser colocada en el número de las hermosas, así como la de los Hermanos de San Juan de Dios, quienes se hallan encargados de todos los hospitales de Indias, que saben gobernar admirablemente, cuidando a los enfermos tanto con los socorros espirituales como atendiendo a las necesidades del cuerpo, con un celo que no se alabará nunca bastante; los Hermanos de la Caridad tienen pocos religiosos; éstos son los únicos conventos de religiosos que se encuentran en Indias, y la mayoría tienen dos o tres casas en Lima. Entre este gran número de monasterios, los de la Observancia son los únicos que están reformados y los que cuentan con más religiosos en todas las casas. Hace treinta años, poco más o menos, que se ha establecido una Casa de la Orden de San Francisco de Paula, pero no había todavía sino dos padres y un hermano. El día de la fiesta del Santo, el Padre Feuillée, del que ya he hablado, celebró la misa mayor y ofició todo el día. La mayoría de los clérigos son de ilustres familias del país, que perciben gruesas pensiones, y no salen nunca sin ir

seguidos por un esclavo que les pertenece. Es el único lugar de todas las Indias en que he visto conventos de religiosas, siendo los más hermosos los de Santa Rosa y Santa Teresa. Hace diez años se ha hecho una reforma de los Hermanos de San Juan de Dios, y ahora van vestidos como los capuchinos, sin medias, sin zapatos ni camisas, y se dejan crecer las barbas. Todavía no tienen sino un convento en Lima.

Esta ciudad es la sede de un arzobispo, que tiene por sufragáneos al Cuzco, Quito, Arequippa, Truxillo, Guammanga, Sanjalo de Chile, La Concepción de Chile y Panamá. Sus rentas ascienden a tres mil ducados; los canónigos son también muy ricos. Sabemos que ha habido tres Concilios en Lima, pero es inseguro el año en que se reunió el primero. Se tuvo el segundo en 1567, y el tercero fué convocado por el arzobispo Taurin Alfonso Magrouci, en 1583, para la reforma de las costumbres. Fué publicado en 1614, y en él se condenó también a cierto profesor de Teología que se dejó engañar por una mujer a quien se creía posesa: osaba decir que tenía un ángel familiar que le revelaba todas las cosas, que conversaba a menudo con Dios, que sería Papa, que transferiría la Santa Sede al Perú y que negaba la unión hipostática. La iglesia metropolitana está dedicada a San Juan Evangelista, es muy hermosa y su fachada forma uno de los lados de la gran plaza; en otro está el palacio del Virrey; el tercero está ocupado por tiendas de comerciantes, y el cuarto es un sitio abovedado sostenido por muchos pilares, donde se reunen las gentes de la Justicia, y es lo que en Francia llaman Le Palais: toda esta gran plaza está llena de tiendas de esclavos moros e indios que venden comestibles, ya sea crudos, ya cocidos, toda clase de frutas, yerbas, quesos, leche, mantequilla, gallinas, pollos, pi-

chones, pescado; en fin, todo lo que se puede desear, según la estación. En el centro de esta plaza hay una gran fuente, pero sin juego de agua; está revestida por fuera de bronce, con algunos vasos de flores en relieve de trecho en trecho; al centro se levanta una bella pirámide, compuesta de tres recipientes colocados unos sobre otros, cuyo tamaño va disminuyendo; sobre el último está la Fama, bastante estimada de los conocedores, y alrededor, en los bordes, hay ocho leones que abaten a unos dragones. En los cuatro extremos hay pequeñas fuentes, que serían muy cómodas para tomar agua, pero no la hay nunca, porque esto sería perjudicial para un gran número de esclavos que no tienen otro medio de vida que el agua que llevan a las casas particulares, poniéndola en pequeños barriles que transportan sobre asnos, que llevan generalmente tres de éstos. Todos los ornamentos de la fuente: la figura, los leones y las fuentes pequeñas, son de bronce, lo que decora bellamente la plaza y contribuye a hacerla una de las más hermosas que pueden darse. Un hermoso río corre cerca de este lugar. El suburbio está al otro lado del puente de piedra, que tiene seis grandes arcos muy bien construídos y sólidos. El lugar del paseo es encantador: es una bella avenida muy ancha, que se pierde de vista, con cuatro filas de árboles, naranjos o limoneros muy hermosos, dos arroyos de agua clara que corren a los lados, y al fondo, en perspectiva, la portada de un convento de los mejor construídos, lo que presenta un golpe de vista grato a los extranjeros. Las carrozas y cajas rodantes se pasean por centenas en las tardes, y es éste el *rendez-vous* de todas las gentes de distinción de la ciudad. Los amantes cortejan a sus enamoradas, y tienen a honra seguirlas a pie, apoyados sobre las portezuelas de sus coches; es ahí donde

les exponen sus tiernos pensamientos y les hacen obsequios de toda clase de dulces, frutas y bebidas refrescantes. El lugar está lleno de esclavos que venden todas estas cosas, y que no llevan ahí sino lo mejor; es cierto que se lo hacen pagar en la misma forma por estos amorosos transportados, que no ahorran nada para brillar en el paseo y para conciliarse el favor de sus amadas. Esta clase de esclavos hacen lo que quieren; se nutren y se sostienen por su cuenta, mediante una cierta suma que pagan a sus amos; hay algunos que son tan industriosos, que logran ganar la libertad con el producto de sus ventas. Los amos sienten un gran placer en darles ésta, a causa de la emulación que esto produce en los otros, a quienes tales ejemplos sirven de estímulo para salir de la esclavitud en que están, y en la que la mayoría se encuentran desde antes de tener uso de razón, como ya lo he dicho arriba. Hay esclavos pagados para regar las avenidas del paseo y echar bastante agua para que el polvo no incomode a los que trafican. Hay casas de particulares, en Lima, cuya edificación ha costado hasta cien mil escudos; por eso no me sorprendió que un padre de la Observancia me dijera que la edificación de su convento había costado tres millones, obtenidos únicamente de limosnas. En verdad, los obreros tienen altos jornales, pues los albañiles ganan once francos por día, y los peones, siete y medio.

Lo que incomoda en Lima es que al anochecer se es agobiado por los mendigos, que se encuentran en todas las calles, que no dejan de estar bien vestidos, tanto los hombres como las mujeres; son gentes que desde corta edad se acostumbran a este género de vida ociosa y holgazana y que viven muy contentos de tener cómo subsistir cómodamente, sin darse mucho trabajo. No será muy bien acogido quien les ofrezca cuatro o cinco

maravedís: los rehusarán con mucha fiereza y arrogancia, y lo menos que puede darse a esta clase de mendigos es una veintena de maravedís, no habiendo moneda de cobre en este país y valiendo la más baja de plata cuatro maravedís. Aunque todas las casas de la ciudad sean perfectamente bellas, se distinguen las de las personas de primera calidad y de las gentes ricas en que, después de la gran puerta abovedada, hay un sitio de figura cuadrada u oval, según el gusto y la fantasía de aquel a quien pertenece, y alrededor de éste una hilera de columnas o pilares que forman una especie de claustro como los de los conventos, en el que se puede pasear a cubierto, y en el centro hay una a manera de alcoba, desde la que se divisa todo el jardín, en el que no se ven sino naranjos, limoneros, granados, almendros y las más bellas flores, siempre las más raras y curiosas, separadas por juegos de aguas y pequeñas fuentes. Existen en este lugar escaleras que conducen a los corredores, por los que se va a todos los compartimentos de la casa.

LIMA EN 1713

POR

FREZIER

Un ingeniero de fortificaciones, monsieur Amedie Francois Frezier —conocido más bien por Frezier—, es el creador de la leyenda fastuosa de Lima. Llegado a América en uno de los buques de los célebres marinos de Saint-Malo, a consecuencia del permiso otorgado por Felipe V al comercio francés, Frezier es el primer extraño que—en el régimen de clausura en que vivían las ciudades coloniales—contempla a sus anchas el rostro de la recatada ciudad indiana, que antes sólo entrevieron algún pirata prisionero o algún fraile obstinado en estudiar

las estrellas a través del neblinoso cielo de Lima, como el Padre Fuilleé. Bachelier estuvo antes, pero escribió después, y el viaje de Coreal, aunque de fines del siglo XVII, no inspira confianza. Frezier es, pues, el revelador europeo de Lima. El tono de Frezier dista mucho de ser lisonjero para la ciudad. A su ironía gala une su profundo antiespañolismo. Repudia muchas costumbres, porque las cree contaminadas de jactancia y de fanatismo españoles. Se esfuerza en probar la insinceridad y superficialidad de la devoción limeña y en ridiculizar la ostentosa manía y el mal gusto de los españoles del Perú. Halla obesas y faltas de ligereza a las limeñas, deplorable la pintura de casas y templos, insalubre la edificación; se extraña de ver comer a los limeños con las manos y de que en Lima subsistan las modas de la época de Enrique IV. Pero se le escapa la esencia: la profunda moralidad de la vida bajo el régimen de familia español. Su retrato es fiel y tan exacto como sus rectificaciones de latitudes y rumbos de nuestros costas, famosas en nuestra historia geográfica. La imagen de una ciudad provincial henchida de riqueza, capaz de cubrir algunas calles con barras de plata al paso de un Virrey, afanosa de ostentación y de perifollos, sencilla y sobria en la vida doméstica; ciudad muy española, de siesta y de tertulia constantes, donde las gentes viven entregadas a la ociosidad del rezo o del galanteo, entre aromas de huertos y poesía de campanas, surge, a despecho de su severidad, del relato del viajero francés.

POBLACIÓN

El número de familias españolas de Lima puede subir hasta ocho o nueve mil blancos; el resto no es sino de mestizos, mulatos, negros y algunos indios, lo que hace, poco más o menos, un total de veinticinco a veintiocho mil almas, comprendidos los clérigos y los religiosos, que ocupan, por lo menos, una cuarta parte de la ciudad.

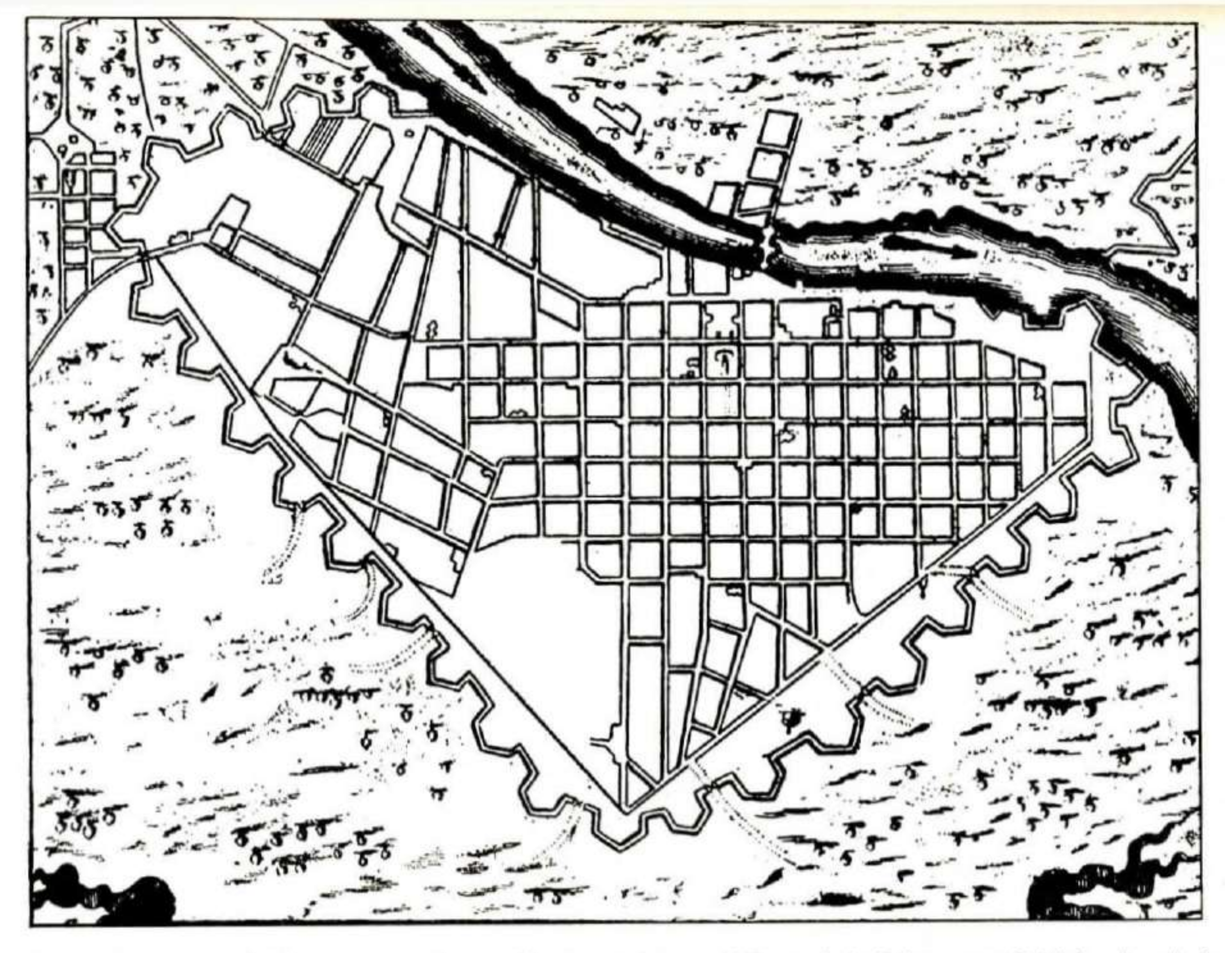
RIQUEZA

Así como en las ciudades de Europa se cuentan las carrozas para dar un índice de su magnificencia, en Lima pueden contarse como cuatro mil calesas, carruaje ordinario del país, halado por dos mulas; pero para dar una idea de la opulencia de esta ciudad basta con relatar la exhibición de riquezas que hacia el 1682 hicie-

ron los comerciantes de Lima a la entrada del Duque de la Palata, cuando éste vino a tomar posesión de la ciudad; hicieron pavimentar el espacio de dos calles, las de la Merced y de los Mercaderes, por donde aquél debía entrar a la plaza Real, donde está el Palacio, de lingotes de plata quintados, que pesan ordinariamente alrededor de doscientos marcos, largos de doce a quince pulgadas, ancho de cuatro a cinco y espeso de dos a tres, lo que podía hacer la suma de ochocientos millones de escudos, o sea, alrededor de trescientos veinte millones de libras de nuestra moneda, sobre el precio actual. Es cierto que Lima es, en alguna manera, el depósito de los tesoros del Perú, del que es la capital. Se ha supuesto, hace algunos años, que sus gastos ascienden a seis millones de escudos; pero es preciso rebajar hoy día esta suma, desde que el comercio de los franceses ha traído las mercaderías de Europa, y que los puertos de Arica, Ilo y Pisco, a los que van, atrae la plata que venía antes a Lima, de donde resulta que al presente la ciudad está pobre, en comparación de lo que era antiguamente.

LUJO Y DERROCHE

Los hombres y las mujeres son igualmente inclinados a la magnificencia en sus trajes; las mujeres, no contentas con las riquezas de las más bellas telas, las adornan a su manera con una cantidad prodigiosa de encajes, y son infatigables para las perlas y las pedrerías, para los brazaletes, pendientes y otros adornos, cuya confección les absorbe grandemente y arruinan a los maridos y galanes. Hemos visto señoras que llevaban sesenta mil piastras de alhajas sobre el cuerpo, es decir, más de doscientas cuarenta mil libras. Por lo ge-



El plano de Lima en el siglo XVIII, con las murallas levantadas por el Duque de la Palata, constriñéndola sobre el río.

neral, son bastante bellas, de un aire vivo, y acaso seduzcan más que en otras partes y deban una parte de su belleza al contraste con las mulatas indias y negras y otros rostros horribles, que son el mayor número en el país.

::: EL VIRREY DE LIMA,
VIRREY DE SUDAMÉRICA

La ciudad de Lima es la sede ordinaria del Virrey del Perú, que es absoluto, como el Rey mismo, en las Audiencias de Lima, Chuquisaca, Quito, Panamá, Chile y Tierra Firme, en calidad de Gobernador, Capitán General de todos los reinos y provincias de este Nuevo Mundo, como se ostenta en sus títulos. Tiene cuarenta mil piastras de sueldo por año, sin hablar de otras entradas extraordinarias, como cuando sale para visitar algunas provincias, en que se le asignan diez mil piastras, y tres mil únicamente para ir al Callao, que no está sino a dos leguas de Lima. El Virrey nombra a los gobernadores de más de cien *Corregimientos* y es árbitro de todos los empleos trienales, tanto en lo civil como en lo militar.

EL DIVORCIO

Hay en Lima más de cuatro mil monjas, entre las que se cuentan cuatro o cinco conventos de religiosas bastante numerosos.

Se podría agregar aquí una casa fundada por Santo Toribio para las mujeres divorciadas. Es increíble a qué extremo se lleva este abuso: todos los días se ven gentes que se descasan, con tanta facilidad como si el matrimonio no fuera sino un contrato civil, por simples quejas de desinteligencia, de falta de salud o de

simple descontento; y lo que es más asombroso es que se casan en seguida con otros.

Este abuso les ha venido de España, de la época del establecimiento de esta colonia. El comercio sostenido con los moros había hecho muy común esta costumbre, hasta que el cardenal Jiménez se creyó obligado a buscarle remedio; y como el pretexto de afinidad espiritual autorizaba a menudo los divorcios, el Concilio de Toledo que se reunió en 1497 ordenó que se tuviera cuidado en los bautismos de escribir el nombre de los padrinos y madrinas, a fin de que se conociese la verdad.

Las hijas arrepentidas tienen también un refugio, que no me parece muy poblado, por la falta de escrúpulo que se tiene en este país del libertinaje y por el poco cuidado que se toma en reprimirlo.

RELAJAMIENTO CONVENTUAL

Parecería, por el número de conventos y casas religiosas, que Lima es una ciudad donde reina una gran devoción. Pero se erraría al creer que esta bella apariencia esté sostenida por la piedad de quienes la habitan; la mayoría de los frailes llevan una vida tan licenciosa, que hay superiores y provinciales que sacan de los conventos de su dependencia sumas considerables para atender a los gastos de una vida mundana, y algunas veces a vicios tan poco escondidos que no tienen reparos en confesar los hijos que les vienen y de tener cerca de ellos esos testigos incontestables de sus desvíos a los que a veces les dejan por herencia el hábito con que se hallan revestidos; esto se extiende a más de una generación, si debo creer lo que me han dicho en aquellos lugares.

Las religiosas, con excepción de tres o cuatro conventos, no tienen sino una apariencia de regularidad que es la que les da la clausura, pues en lugar de vivir en común y en la pobreza, de la que hacen voto, viven en particular, a sus propias expensas, con un gran séquito de domésticas, de esclavas negras y mulatas, de las que ellas son ministros de la galantería que mantienen desde el locutorio.

LOS CRIOLLOS

Por lo que se refiere al ingenio, los criollos de Lima no adolecen de falta de éste: tienen vivacidad y disposición para las ciencias; los de la sierra la tienen menos, pero tanto los unos como los otros se creen bastante superiores a los españoles, a los que tratan entre ellos de *caballos,* es decir, de animales; puede ser que esto sea un resultado de la antipatía que reina entre ellos, aunque sean súbditos de un mismo monarca. Creo que una de las principales razones de esta aversión es la de ver siempre a estos extranjeros ocupando los primeros cargos del Estado y hacer lo mejor del comercio, única ocupación de los blancos, que desdeñan dedicarse a otros oficios y a las artes, para las que no tienen gusto.

Por lo demás son poco amigos de la guerra: la muelle tranquilidad en que viven les hace temer la pérdida de su reposo; sin embargo, soportan fácilmente la fatiga de los largos viajes por tierra: cuatrocientas o quinientas leguas de camino por desiertos o ásperas montañas no les amedrentan, ni la mala comida que en ellos se hace, de donde puede deducirse que son buenos para el país que habitan.

En materia de comercio son, como los europeos, as

tutos y finos conocedores; pero, como son perezosos y no les gusta mezclarse sino cuando se obtienen provechos considerables, los vizcaínos y otros españoles de Europa, que son más laboriosos, se enriquecen más. Los obreros mismos, que no viven sino del trabajo de sus manos, son tan indolentes que no renuncian al placer de la *siesta* en el mediodía, de donde resulta que, perdiendo la más bella parte del día, no ganan sino la mitad de lo que debían ganar, y contribuyen a que todas las obras sean excesivamente caras.

COSTUMBRES FEMENINAS

Aunque las mujeres no sean celadas como por los españoles en Europa, se usa poco que salgan de día; pero a la entrada de la noche tienen libertad para ir a hacer sus visitas, y van a menudo donde menos se les espera, pues las más tímidas en pleno día son las más atrevidas de noche: entonces, cubierto el rostro por el rebozo, sin que nadie pueda conocerlas, ellas hacen los menesteres que en Francia realizan los hombres.

La continencia que tienen en sus casas es la de estar sentadas, a lo largo de una pared, cruzadas las piernas, sobre un estrado cubierto con un tapiz, como en Turquía. Así pasan los días enteros, casi sin cambiar de posición, ni aun para comer, porque hasta se les sirve aparte sobre pequeños cofres que tienen siempre junto a ellas para guardar los trabajos en que se ocupan, de donde resulta que tienen, generalmente, una marcha pesada, sin la gracia de nuestras francesas.

Lo que se llama estrado es, como en España, un peldaño de seis a siete pulgadas de alto, situado generalmente en un lado de la sala de recibo; los hombres, por

el contrario, se sientan en sillones, y sólo cuando hay una gran familiaridad se les permite subir al estrado. Por lo demás, se ve a las mujeres tener en su casa tanta libertad como en Francia; reciben visitas con mucha complacencia, y les gusta distraer tocando el arpa o la guitarra y acompañándolas con el canto; si se les pide bailar, lo hacen también con mucho agrado y delicadeza.

EL BAILE

La manera de bailar es enteramente distinta de la nuestra, si se estima el movimiento de los brazos, y muchas veces el de la cabeza. En la mayoría de sus danzas llevan los brazos pendientes o plegados bajo el manto que las envuelve, de manera que no se ve sino las inflexiones del cuerpo y la agilidad de los pies. Tienen muchos bailes con figuras, en los que se quitan el manto; pero los atractivos que les agregan son más de las acciones que de los gestos.

Los hombres bailan, poco más o menos, dentro del mismo gusto, sin despojarse de sus largas espadas, cuyas puntas mantienen hacia adelante para no verse estorbados en sus pasos y venias, que hacen a veces tan exageradas que se las tomaría por genuflexiones. Yo hubiera deseado saber coreografía para recoger algunas de sus danzas; pero sólo pondré aquí el aire de una de ellas, tan común entre ellas como el *minuet* en Francia: se le llama *sapateo,* porque se le baila golpeando alternativamente el talón y la punta del pie, haciendo algunos pasos y movimientos sin cambiar casi de lugar. Se verá por este trozo de música el gusto seco que impera en el punteo del arpa, de la vihuela y de la bandola, que son casi los únicos instrumentos usados en

este país. Estos dos últimos son una especie de guitarras; pero la bandola tiene un sonido más agudo y más fuerte. Debe notarse que la base es hecha en Francia en la misma forma que el arpa.

LAS LIMEÑAS

Estos atractivos que la educación da a las españolas impresionan tanto más porque van generalmente acompañados de un bello talante. Son, generalmente, bastante placenteras; tienen una bella tez, pero de poca duración por el gran uso que hacen del afeite del solimán, que es una combinación de sublimado. Son de ojos vivos, el decir jovial, gustadoras de la galantería libre y a menudo en una forma que se acerca al libertinaje de nuestras maneras. Las proposiciones que un amante no osaría hacer en Francia sin merecer la indignación de una mujer honrada, les agradan y, lejos de escandalizarlas, les producen placer, a pesar de que estén muy distantes de consentir en ellas, pero persuadidas de que son éstas las mayores demostraciones de amor que se les puedan hacer; las agradecen como un honor que se les hace, en lugar de enfadarse de la mala opinión que pudiera tenerse de su virtud. En estas maneras simples y naturales se reconoce ese contentamiento secreto que todos sentimos cuando nos vemos buscados. Ese efecto del amor propio que es la fuente de la afección recíproca lo es también de los desvíos, cuando el decoro y la religión no los detienen en su camino; pero, sin prestar atención a los deberes esenciales, la sola prudencia humana debía bastar para impedir a un hombre sensato de caer en los lazos de las coquetas de este país, pues sus maneras insinuantes son generalmente un efecto de su avaricia, más que una señal de su inclinación.

LAS MODAS LIMEÑAS

Las mujeres, como lo he dicho, son la principal causa de la ruina de los hombres: la vanidad y la sensualidad las hace insaciables en lo que atañe a adornos y a buena mesa. Aunque la manera de sus vestidos sea muy simple y poco susceptible del cambio de las modas, gustan siempre aparecer magníficas, a cualquier precio que sea, aun en los lugares más apartados. Ni las camisas, ni una enagua que se ponen debajo, llamada *fustán*, dejan de estar cargadas de encajes; la prodigalidad va hasta ponerlos en las medias y en las sábanas. La falda, apodada *faldellín*, que usan ordinariamente es abierta por delante y bordeada de una triple hilera de encajes, de los que los del medio son de oro y plata, sumamente anchos, y cosidos sobre galones de seda que sobresalen. Las mujeres del tiempo de Enrique IV llevaban también, en Francia, trajes abiertos que se cruzaban por delante. El jubón, que ellas llaman *chupón*, es una rica tela de oro o, durante el calor, de una tela fina cubierta de gran cantidad de encajes confusamente colocados; las mangas son grandes y tienen una especie de bolsillo que cae hasta las rodillas, como el de los Mínimos, y a veces son abiertas e incitadoras, y, poco más o menos, del gusto de aquellas que se llevaban en tiempo de Enrique IV; pero en Chile comienzan ya a suprimir el bolsillo y las confeccionan en manojos más unidos. Si se ponen un pequeño delantal, le agregan dos o tres bandas de tela de oro o plata, cosidas con encajes. En lugares fríos están siempre envueltas en un rebozo que no es otra cosa que un pedazo de bayeta sin hechura, un tercio más largo que an-

cho, y uno de cuyos extremos cae en punta sobre los talones. Las magnificentes los hacen de ricas telas cubiertas de cuatro o cinco hileras de encajes anchos y singularmente finos. Por lo demás, sus trajes de fiesta son los mismos que los de las españolas de Europa, es decir, el manto de tafetán negro que las cubre de pies a cabeza. Usan también la *mantilla,* en lugar de rebozo, para aparecer más modestamente: ésta es una especie de manto, redondo en la parte baja, de color oscuro y bordado de tafetán negro. Para las solemnidades se ponen el manto de tafetán negro y una saya que es una enagua cerrada, color de musgo, con pequeñas flores, sobre la cual se ponen otra falda cerrada, de tela de color, llamada pollera. Con este atavío van a las iglesias, y con paso grave, la vista velada de manera que no se les ve a menudo más que un ojo; podría tomárselas desde lo exterior por vestales, pero se correría riesgo de equivocarse a menudo. Por lo demás, no llevan ningún adorno en la cabeza, los cabellos caen por detrás en trenzas, algunas veces se hacen una vuelta de cintas de oro y plata alrededor de la cabeza, llamada *valaca* en el Perú y *haque* en Chile; cuando la cinta es ancha, adornada de encaje y cubre la frente en dos vueltas, se llama *vincha.* Llevan el seno y las espaldas casi desnudos, a menos que lleven un gran pañuelo que les llega por detrás hasta media pierna, y en el Perú se llama gregorillo. Por lo demás, no pecan contra el decoro al descubrirse el seno, que los españoles miran con indiferencia; pero, por una ridícula extravagancia, éstos gustan y hacen gran caso de los pies pequeños. Las mujeres, por esto, tienen un gran cuidado de ocultarlos, de manera que resulta un favor cuando los muestran, lo que hacen con gran mesura.

No hablaré de los adornos extraordinarios de pedre-

rías y perlas que abundan en los pendientes, brazaletes, collares y sortijas, como se usaba antiguamente en Francia.

A primera vista, los hombres están vestidos a la francesa, aunque generalmente con trajes de seda y una mezcla bizarra de colores vivos. Por una vanidad característica de su nación no quieren convenir que han tomado esa moda de nosotros, aunque no estuviera en uso entre ellos sino desde el reinado de Felipe V, y prefieren decir que es un traje de guerra. Las gentes de toga llevan la golilla y espada, como en España, excepto los oidores y el presidente. El traje de viaje en el Perú es ceñido al cuerpo, abierto a los dos lados bajo los brazos, con mangas también abiertas arriba y abajo y con botones; llámasele capotillo de dos faldas.

ARQUITECTURA

La residencia de los españoles del Perú no responde absolutamente a la magnificencia de sus trajes; fuera de Lima, donde las casas son bastante bellas, nada es más pobre que sus casas; ellas consisten en un piso de catorce o quince pies de alto. Las más magníficas en distribución tienen un patio a la entrada, adornado con columnas de madera a lo largo del cuerpo principal del edificio. Este cuerpo es muy simple en Chile, a causa de la grandeza que habría que darle a la bóveda; pero en el Perú se les hace tan dobles como se quiere, pues no hay grandes murallas, porque los techos son frágiles, no habiendo lluvia que temer. La primera pieza es una gran sala de alrededor de 19 pies de ancho y de 30 a 40 de largo, desde donde se pasa a dos o tres cuartos seguidos. La primera sala es la de recibo, en que está el



El Palacio Torre Tagle, señorial residencia limeña del siglo XVIII, y, según Paul Morand, la más bella casa colonial de la América del Sur y la fuente arquitectónica del estilo neo-hispánico, desde Sevilla hasta Hollywood.

estrado y la cama, situada en un rincón en forma de alcoba, espacioso en el interior, pero cuya principal comodidad es una puerta falsa para admitir o devolver compañía sin que los que entran puedan percibirlo, ni aun haciéndolo por sorpresa. En las casas hay pocas camas, pues los domésticos se acuestan sobre el suelo sobre pieles de carnero.

La altura y extensión de las habitaciones les daría un aire de grandeza, si supiesen cortarlas regularmente; pero hacen tan pocas ventanas, que tienen siempre un aspecto oscuro y melancólico, y como no usan vidrios las cierran con rejas de madera torneada, que disminuyen aún más la luz del día. Los muebles no realzan la mala disposición de los edificios; únicamente el estrado está cubierto de tapices y de cojines de terciopelo para el asiento de las damas. Las sillas para los hombres están recubiertas de cuero estampado a medio relieve. No se conocen otras tapicerías, fuera de una gran cantidad de malos cuadros que hacen los indios del Cuzco.

Los materiales comunes en los edificios particulares son los adobes, es decir, grandes ladrillos de dos pies de largo, poco más o menos, uno de ancho y cuatro pulgadas de alto, en Chile, y de más pequeño modelo en el Perú, a causa de que ahí no llueve nunca; también se hacen muros de tierra comprimida entre dos planchas, a los que se llama *tapias*. Esta manera de edificar estaba en uso entre los romanos, como se puede ver en Vitruvio; es bastante económica, puesto que la tierra se presta siempre para hacer ladrillos, y, además, suele durar siglos, como puede comprobarse por los restos de edificios y de fortalezas edificados por los indios, los que subsisten por lo menos desde hace doscientos años. Es cierto que la lluvia no es igual en todas partes, y que en

algunas es preciso cubrirlos en invierno de esteras o de planchas. Es así como se les conserva en Chile. Los edificios públicos se hacen generalmente de ladrillos cocidos y con piedra tallada; en La Concepción hay una verdosa de la calidad que llaman *mollase;* en Santiago tienen buena piedra de grano, que se saca a media legua al Noroeste de la ciudad; en Coquimbo tienen una piedra blanca y ligera; en el Callao y en Lima tienen una piedra de grano que viene desde doce leguas de distancia por tierra; llena de un salitre que la corroe a veces, aunque sea bastante dura; ella ha servido para edificar el muelle del puerto, hecho en 1694. Hay en las montañas canteras de las que se extrae el material para hacer yeso; no se sirven de él sino para hacer jabón y para tapar los vasos de tierra; la cal se hace únicamente de mariscos, y no sirve más que para blanquear las paredes.

En lo que se refiere al gusto arquitectónico, es preciso confesar que las iglesias de Lima están bien concebidas en cuanto a la nave únicamente, que es bien proporcionada, revestida de pilastras, realzadas con molduras y sin capiteles tallados, sobre las cuales se ven bellas cornisas y bellas bóvedas; pero en las decoraciones de los altares todo es tan confuso, recargado y malo, que no puede menos de lamentarse las sumas inmensas que se han gastado en esos galimatías dorados.

GENIALIDADES DE LA "PERRICHOLI"

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

I

Micaela Villegas (la "Perricholi") fué una criatura ni tan poética como la retrató José Antonio de Lavalle en el *Correo del Perú*, ni tan prosaica como la pintara su contemporáneo del autor anónimo del *Drama de las palanganas*, injurioso opúsculo de 100 páginas en 4.° que contra Amat se publicó en 1776, a poco de salido del mando, y del que existe un ejemplar en el tomo XXV de *Papeles varios* de la Biblioteca Nacional. Así de ese opúsculo como de los titulados *Conservata* y *Narración exegética*, se declaró, por decreto de 3 de marzo de 1777, prohibida la circulación y lectura, imponiéndose graves penas a los infractores.

No es cierto que Miquita Villegas naciera en Lima. Hija de pobres y honrados padres, su humilde cuna se meció en la noble ciudad de los Caballeros del León de Huánuco, allá por los años de 1739. A la edad de cinco años trájola su madre a Lima, donde recibió la escasa educación que en aquel siglo se daba a la mujer.

Dorada de imaginación ardiente y de fácil memoria, recitaba con infantil gracejo romances caballerescos y escenas cómicas de Alarcón, Lope y Moreto; tañía con habilidad el arpa y contaba con donaire al compás de la guitarra las tonadillas de moda.

Muy poco más de veinte años contaba Miquita en 1760 cuando pisó por primera vez el proscenio de Lima, siendo desde esa noche el hechizo de nuestro público.

II

¿Fué la "Perricholi" una belleza? No, si por belleza entendemos la regularidad de las facciones y armonía del conjunto; pero si la gracia es belleza, indudablemente que Miquita era digna de cautivar a todo hombre de buen gusto.

"De cuerpo pequeño y algo grueso, sus movimientos eran llenos de vivacidad; su rostro, oval y de un moreno pálido, lucía no pocas cacarañas u hoyitos de viruelas, que ella disimulaba diestramente con los primores del tocador; sus ojos eran pequeños, negros como el chorolque, y animadísimos; profusa su cabellera, y sus pies y manos microscópicos; su nariz nada tenía de bien formada, pues era de las que los criollos llamamos ñatas; un lunarcito sobre el labio superior hacía irresistible su boca, que era un poco abultada, en la que ostentaba dientes menudos y con el brillo y limpieza del marfil; cuello bien contorneado, hombros incitantes y seno turgente. Con tal mezcla de perfecciones y de incorrecciones podía pasar hoy mismo por bien laminada o buena moza." Así nos la retrató hace ya fecha un imparcial y prosaico anciano que alcanzó a conocerla en sus tiempos de esplendor, retrato que dista no poco del que con tan espiritual como galana pluma hizo Lavalle.

Añádase a esto que vestía con elegancia extrema y refinado gusto, y que, sin ser limeña, tenía toda la genial travesura y salpimentado chiste de la limeña.

III

Acababa Amat de encargarse del Gobierno del Perú cuando, en 1762, conoció en el teatro a la Villegas, que era la actriz mimada y que se hallaba en el apogeo de su juventud y belleza. Era Miquita un fresco pimpollo, y el sexagenario Virrey, que por sus canas se creía ya asegurado de incendios amorosos, cayó de hinojos ante las plantas de la huanuqueña, haciendo por ella durante catorce años más calaveradas que un mozalbete, con no poca murmuración de la almidonada aristocracia limeña, que era un mucho estirada y mojigata.

El enamorado galán no tenía escrúpulo en presentarse en público con su querida, y en una época en que Amat iba a pasar el domingo en Miraflores, en la quinta de su sobrino el coronel don Antonio Amat y Rocaberti, veíasele en la tarde del sábado salir de palacio en la dorada carroza de los Virreyes, llevando a la "Perricholi" a caballo en la comitiva, vestida a veces de hombre, y otras con lujoso faldellín celeste, recamado de franjas de oro y sombrerillo de plumas; que era Miquita muy gentil equitadora.

Amat no fué un Virrey querido en Lima, y eso que contribuyó bastante al engrandecimiento de la ciudad. Acaso por esa prevención se exageraron sus pecadillos, llegando la maledicencia de sus contemporáneos hasta inventar que si emprendió la fábrica del Paseo de Aguas fué sólo por halagar a su dama, cuya espléndida casa era la que hoy conocemos vecina a la Alameda de los Descalzos y al pie del muro del río. También proyectó la construcción de un puente en la Barranca, en el sitio que hoy ocupa el puente Balta.

Un librejo de esa época, destrozando a Amat en su vida, ya pública, ya privada, lo pinta comó el más insaciable de los codiciosos y el más cínico defraudador del real tesoro. Dice así: "La renta anual de Amat, como Virrey, era de sesenta mil pesos, y más de doce mil por las gratificaciones de los ramos de Cruzada, Estanco y otros, que en catorce años y nueve meses de gobierno hacen un millón ochenta mil pesos. Calculo también en trescientos mil pesos, más bien más que menos, cada año lo que sacaría por venta de los setenta y seis corregimientos, veintiuna oficialías reales y demás innumerables cargos, pues por el más barato recibía un obsequio de tres mil duros, y empleo hubo por el que guardó veinte mil pesos. De estas granjerías y de las hostias sin consagrar no pudo en catorce años sacar menos de cinco millones, amén de las onzas de oro con que por *cuelgas* lo agasajaba el Cabildo el día de su santo."

El mismo maldiciente escritor dice que si Amat anduvo tan riguroso y justiciero con los ladrones Ruda y Pulido fué porque no quería tener competidores en el oficio.

No poca odiosidad concitóse también nuestro Virrey por haber intentado reducir el área de los monasterios de monjas, vender los terrenos sobrantes y aun abrir nuevas calles cortando conventos que ocupan más de una manzana; pero fué tanta la gritería que se armó, que tuvo Amat que desistir del saludable propósito. Y no se diga que fué hombre poco devoto el que gastó cien mil pesos en reedificar la torre de Santo Domingo, el que delineó el camarín de la Virgen de las Mercedes, costeando la obra de su peculio, y el que hizo el plano de la iglesia de las Nazarenas y personalmente dirigió el trabajo de albañiles y carpinteros.

Como más tarde contra Abascal, cundió contra Amat la calumnia de que, faltando a la lealtad jurada a su Rey y señor, abrigó el proyecto de independizar al Perú y coronarse. ¡Calumnia sin fundamento!

Pero observo aquí que por dar alimento a mi manía de las murmuraciones históricas, me voy olvidando que las genialidades de la "Perricholi" son el tema de esta tradición. Pecado reparado, está casi perdonado.

IV

Empresario del teatro de Lima era en 1773 un actor apellidado Maza, quien tenía contratada a Miquita con ciento cincuenta pesos al mes, que en esos tiempos era sueldo más pingüe que el que podríamos ofrecer hoy a la Ristori o a la Patti. Cierto que la Villegas, querida de un hombre opulento y generoso, no necesitaba pisar la escena; pero el teatro era su pasión y su deleite, y antes de renunciar a él habría roto sus relaciones con el Virrey.

Parece que el cómico empresario dispensaba en el reparto de papeles ciertas preferencias a una nueva actriz conocida por la "Inesilla", preferencias que traían a Miquita con la bilis sublevada.

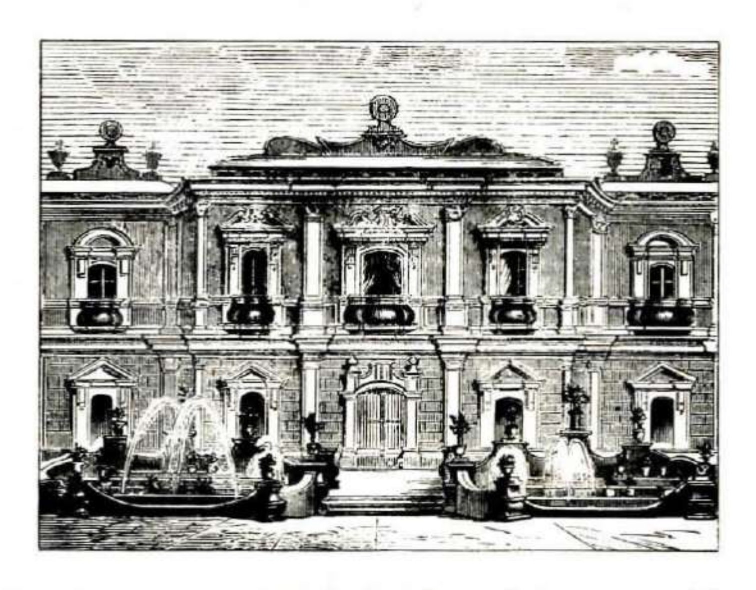
Representábase una noche la comedia de Calderón de la Barca *¡Fuego de Dios en el querer bien!*, y estaban sobre el proscenio Maza, que desempeñaba el papel de galán, y Miquita el de la dama, cuando a mitad de un parlamento o tirada de versos, murmuró Maza en voz baja:

—¡Más alma, mujer, más alma! Eso lo declamaría mejor la Inés.

Desencadenó Dios sus iras. La Villegas se olvidó de

que estaba delante del público, y alcanzando un chicotillo que traía en la mano, cruzó con él la cara del impertinente.

Cayó el telón. El respetable público se sulfuró y armó la gran grita: "¡A la cárcel la cómica, a la cárcel!"



La quinta de Presa, donde la leyenda se obstina en que viviera la "Perricholi".

El Virrey, más colorado que cangrejo cocido, abandonó el palco; y, para decirlo todo de un golpe, la función concluyó a capazos.

Aquella noche, cuando la ciudad estaba ya en profundo reposo, embozóse Amat, se dirigió a casa de su querida, y la dijo:

—Después del escándalo que has dado, todo ha concluído entre nosotros, y debes agradecerme que no te haga mañana salir al tablado a pedir de rodillas perdón al público. ¡Adiós, "Perri-choli"!

Y sin atender a lloriqueo ni a soponcio, Amat volteó la espalda y regresó a su palacio, muy resuelto a poner en práctica el consejo de un poeta:

Si se te apaga el cigarro
no lo vuelvas a encender;
si riñes con una moza
no la vuelvas a querer.

Como en otra ocasión lo hemos apuntado, Amat hablaba con muy marcado acento de catalán, y en sus querellas de amante lanzaba a su concubina un ¡perrachola!, que al pasar por su boca sin dientes se convertía en perri-choli. Tal fué el origen del apodo.

Lástima que no hubiéramos tenido en tiempos de Amat periódicos y gacetillas. ¡Y cómo habrían retozado cronistas y graneleros al poner a sus lectores en autos de la rebujina teatral. ¡Paciencia! Yo he tenido que conformarme con lo poco que cuenta el autor anónimo.

Amat pasó muchos meses sin visitar a la iracunda actriz, la que tampoco se atrevía a presentarse en el teatro, recelosa de la venganza del público.

Pero el tiempo, que todo lo calma; los buenos oficios de un corredor de oreja, llamado Pepe Estacio; las cenizas calientes que quedan donde fuego ha habido, y, más que todo, el amor de padre...

¡Ah! Olvidaba aumentar que los amores de la "Perricholi" con el Virrey habían dado fruto. En el patio de la casa de la Puente Amaya se veían a veces un precioso chiquillo vestido con lujo y llevando al pecho una bandita roja, imitando la que usan los caballeros de la Real Orden de San Jenaro. A este nene solía gritarle su abuela desde el balcón:

—¡Quítate del sol, niño, que no eres cualquiera, sino hijo de cabeza grande!

Conque decíamos que, al fin, se reconciliaron los reñidos amantes, y si no miente el cronista del librejo, que se muestra conocedor de ciertas interioridades, la reconciliación se efectuó el 17 de septiembre de 1775.

Yo no sé qué demonios
los dos tenemos;
mientras más regañamos,
más nos queremos.

Pero era preciso reconciliar también a la "Perricholi" con el público, que, por su parte, había casi olvidado lo sucedido año y medio antes. El pueblo fué siempre desmemoriado, y tanto, que hoy recibe con palmas y arcos a quien ayer arrojó del solio entre silbidos y poco menos que a mojicones.

Casos y casos de éstos he visto yo..., y aún espero verlos; que los hombres de mi tierra tienen muchos Domingos de Ramos y muchos Viernes Santos, en lo cual aventajan a Cristo. Y hago punto, que no estoy para belenes de política.

Maza se había curado con algunos obsequios que le hiciera la huanaqueña el verdugón del chicotillazo; y el público, engatusado como siempre por agentes diestros, ardía en impaciencia para volver a aplaudir a su actriz favorita.

En efecto, el 4 de noviembre, es decir, mes y medio después de hechas las paces entre los amantes, se presentó la "Perricholi" en la escena, cantando antes de la comedia una tonadilla nueva, en la que había una copla de satisfacción para el público.

Aquella noche recibió la "Perricholi" la ovación más

espléndida de que hasta entonces dieran noticias los fastos de nuestro vetusto gallinero o coliseo.

Agrega el pícaro autor del librejo que Miquita apareció en la escena revelando timidez; pero que el Virrey la comunicó aliento, diciéndola desde su palco:

—¡Eh! No hay que acholarse; valor y cantar bien.

Pero a quien supo todo aquello a chicharrones de sebo fué a la "Inesilla", que durante el año y medio de eclipse de su rival había estado funcionando de primera dama. No quiso ya resignarse a ser segunda de la "Perricholi" y se escapó para Lurín, de donde la trajeron presa. Ella, para salir de la cárcel, rompió su contrato, y con él... su porvenir.

. . . .

IV

Así Lavalle como Radiguet en *L'Amerique Espagnole,* y Merimée en su comedia *La Carrosse du Saint Sacrement,* refieren que cuando el Rey de Nápoles, que después fué Carlos III de España, concedió a Amat la Gran Orden de San Jenaro (gracia que fué celebrada en Lima con fiestas regias, pues hasta se lidiaron toros en la Plaza Mayor), la "Perricholi" tuvo la audacia de concurrir a ellas en carroza arrastrada por doble tiro de mulas, privilegio especial de los títulos de Castilla.

"Realizó su intento—dice Lavalle—con grande escándalo de la aristocracia de Lima; recorrió las calles y la Alameda en una soberbia carroza cubierta de dorados y primorosas pinturas, arrastrada por cuatro mulas conducidas por postillones brillantemente vestidos con libreas galoneadas de plata, iguales a las de los lacayos que montaban en la zaga. Mas cuando volvía a

su casa, radiante de hermosura y gozando el placer que procura la vanidad satisfecha, se encontró por la calle de San Lázaro con un sacerdote de la parroquia que conducía a pie el sagrado Viático. Su corazón se desgarró al contraste de su esplendor de cortesana con la pobreza del Hombre-Dios, de su orgullo humano con la humildad divina, y descendiendo rápidamente de su carruaje, hizo subir a él al modesto sacerdote que llevaba en sus manos el cuerpo de Cristo.

Anegada en lágrimas de ternura, acompañó al Santo de los Santos arrastrando por las calles sus encajes y brocados, y no queriendo profanar el carruaje que había sido purificado con la presencia de su Dios, regaló en el acto carruaje y tiros, lacayos y libreas a la parroquia de San Lázaro."

El hecho es cierto, tal como lo relata Lavalle, excepto en un pormenor. No fué en los festejos dados a Amat por haber recibido la banda y cruz de San Jenaro, sino en la fiesta de la Porciúncula (que se celebraba en la iglesia de los Padres Descalzos, y a cuya Alameda concurría esa tarde, en lujosísimos coches, toda la aristocracia de Lima), cuando la "Perricholi" hizo a la parroquia tan valioso obsequio.

No hace aún veinte años que en el patio de una casahuerta se enseñaba como curiosidad histórica el carruaje de la "Perricholi", que era de forma tosca y pesada, y que las inclemencias del tiempo habían convertido en mueble inútil para el servicio de la parroquia. El que esto escribe tuvo entonces ocasión de contemplarlo.

VII

Al retirarse Amat para España, donde, a la edad de ochenta años, contrajo en Cataluña matrimonio con una de sus sobrinas, la "Perricholi" se despidió para siempre del teatro, y vistiendo el hábito de las Carmelitas hizo olvidar, con la austeridad de su vida y costumbres, los escándalos de su juventud. "Sus tesoros los consagró al socorro de los desventurados, y cuando —dice Radiguet—, cubierta de las bendiciones de los pobres, cuya miseria aliviara con generosa mano, murió en 1812, en la casa de la Alameda Vieja, la acompañó el sentimiento unánime y dejó gratos recuerdos al pueblo limeño."

LIMA EN 1780

ROMANCES POR

Esteban de Terralla y Landa

Bajo el seudónimo de Simón Ayanque *apareció en la década de 1780 un libro burlesco y enconado de sátira de las costumbres limeñas, que se titulaba* Lima por dentro y fuera, *libro que anatematizado por el Cabildo de Lima, fué recogido y quemado públicamente. El autor, un truhán vagabundo y sin blanca en el bolsillo, era andaluz, y se llamaba don Esteban de Terralla y Landa. Su vejamen resulta hoy un paradójico homenaje. Es uno de los tantos libros que guardan en su diatriba pormenorizada, aunque sea a contrapelo, la nostalgia de la Lima del siglo* XVIII. *Como tal se reimprimió en 1854, con bellos grabados de Merino, reproducidos algunos en esta Antología. Palma y Ventura García Calderón han trazado donosamente la figura del pícaro maldiciente.*

ROMANCE III

Allá voy en buen romance
(Si acaso saliere bueno),
Sin mudar el asonante,
A proseguir mi dialecto.
Supongo que descansaste
Aquella noche, durmiendo,
Del antecedente día,
Que es, como todos, un sueño.
Que te levantas temprano,
Que te vas á un café luego,
Y real y medio te llevan
Por lo que no vale medio.
Que te pegan dos tostadas
Con el chocolate, á un tiempo
Más espuma que el xabon
Más agua que el mar inmenso.
Que ninguno te convida;
Que tú, como forastero,
Si acaso alguno le brindas,
Hallas quien te acepte luego.
Que te vas hacia la plaza,
Y vas mirando los puestos
De viandas, de legumbres
E insolentes cocineros.
Que encuentras muchas tapadas
Que suben al cementerio,
Y mil pucheros te hacen
Por que las des un puchero.
No puchero de sustancia
Para el común alimento,
Sino una porción de flores
Para que vayan oliendo.
Que todas están unidas
Para asunto del codeo
Con las mismas mixtureras,
Las que las vuelven el resto.

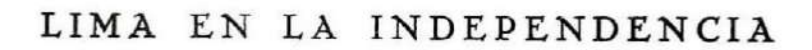
Que aunque las flores que llevan
Solamente valgan medio,
Si las sueltas ocho reales
Le dan lo demás del peso.
Y si la dicha florera
No executa nada de esto,
Y dexar de ser casera
Buscando al punto otro puesto.
Que luego después te incitan
Que las convides a fresco,
Pues de fresco necesitan
Para apagar tanto incendio.
Que si acaso las obsequias,
Al fresco te dexan luego,
Sin que quedes fresco tú,
Porque ellas se lo bebieron.
Que después te piden fruta,
Y el fruto que das vas viendo,
Que tú las tienes por tales,
Allí por tales enredos.
Que una dice que es casada,
Otra, que es del monasterio,
Haciéndose de las monjas
La que fué de otros conventos.
Que te pones á observar,
Que ves bellísimos cuerpos
Con las almas de leones
Y las pieles de corderos.
Que son ángeles con uñas,
Todo remilgos y quiebros,
Todo cotufos y dengues,
Todo quites y arremuecos.
Todo artificio y ficción,
Todo cautela y enredos,
Todo mentira y trapaza,
Todo embuste y fingimiento.
Una lleva saya rota,
Buena media, manto nuevo,
Buen zapato y buena evilla
Mostrando un faldellín nuevo.

Otra no tiene zarcillos,
Y, fingiendo corrimiento,
Disimula la carencia
Poniéndose barbiquexo.
Esta viene de viuda,
El rico luto luciendo,
Siendo así que ha muchos años
Que en su casa no hubo entierros.
Aquella conduce un hábito
Como un hermano Tercero,
Que si de tercera fuese
Le viniera más á pelo.
Esta otra, en la mercedaria
Mil mercedes te irá haciendo,
Por tenerlo por costumbre,
y aun hábito, que es lo mesmo.
La otra va de canela,
Y más de canela oliendo,
Siendo del mismo color
Lo que va del manto adentro.
Jamás las manos descubre,
Ni enseña tan sólo un dedo
Por no mostrar de que es
Acanelado el pellejo.
Pasa otra muy melindrosa,
De bello garbo, buen cuerpo,
Que parece cada brazo
Mano de chocolatero.
Después se presenta otra
De artificioso meneo,
Que voluntades conquista,
Del monte en descubrimientos.
En el relámpago de éste
Muestra el semblante risueño,
El alba de la hermosura
En blanca tez, rico pelo.
Pero en tempestad de amor
Vacila el entendimiento,
Porque á relámpagos tantos
Fuerza es que se sigan truenos.

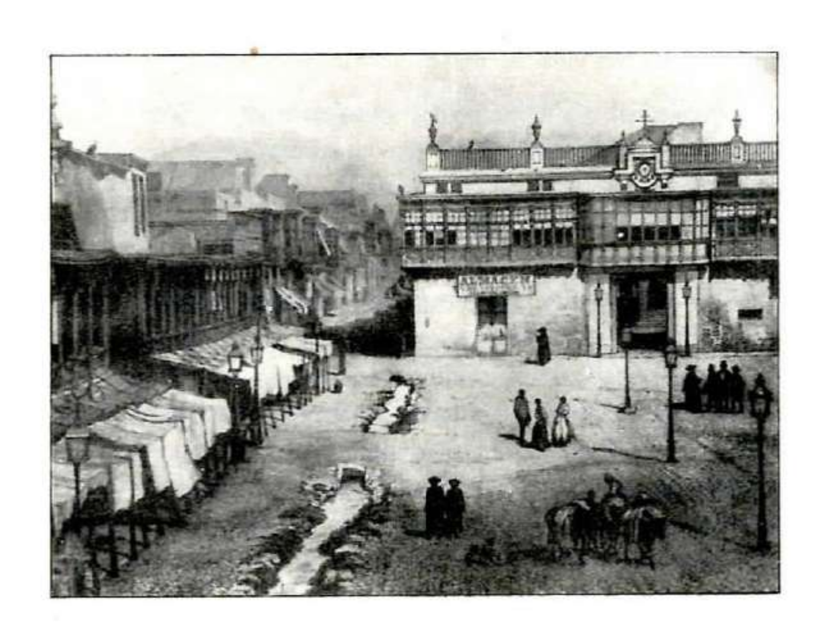
En las tiendas van entrando
Con mil fríbolos pretextos,
Solicitando clarín,
Por tratar con trompeteros.
Una por royal pregunta,
Otra solicita velo,
Y las más buscan encajes
De los babosos tenderos.
Otra pregunta por puntas,
Sin observar las que ha puesto
En otros varios encajes
Dexando al amante preso.
Todas con gran suavidad
Y el rostro muy alagüeño,
El flete ajustan por codos
En las reglas del palmeo.
El mercader se enternece,
Tragando saliba presto,
Los ojos le lagrimean,
Brotando llamas por ellos.
Preguntan después si hay medias
(Que ellas suelen ser los medios
Del principio de una quiebra
Que necesita braguero).
El dice que sí, y, sacando,
Va una de ellas escogiendo,
Mientras que él escoge una
En su idea y pensamiento.
Toma las que más le gustan,
Pero sin tratar de precio,
Porque sólo se contenta
Con ver si se las ha puesto.
Sólo uno llega á pagarlas,
Pues no las paga, en efecto,
Ni el que es mercader, por-tal,
Ni otro algún almacenero.
Con que las viene á pagar
El comerciante europeo,
Que al Perú mandó memoria
Con tan poco entendimiento.

Y así, en los libros de cuentas
Solamente se ven ceros
Y otras cuentas de quebrados,
Que jamás hacen enteros.
Después de las medias van
Los cintarazos, los velos
(De espadas debían ser
Contra todos los primeros).
Sigue la manuntención
De un inútil floxo cuerpo,
Que siempre le va de punto
En las medias no cogerlos.
De una que fué de continuo
Mueble inútil, floxo cuerpo,
Parte por haber crianza,
Y parte por tanto negro,
Pues, no teniendo destino
Las niñas de fundamento,
Pierden por necesidad
Aun de la vergüenza el velo.
Esta es la pura verdad,
Y yo las disculpo en esto,
Pues no deben confundirse
Con las sombras del reflexo.
Causa de la perdición
De aquel dilatado imperio,
En el qual las densas nubes
Llueven natales de prietos.
Y si esta casta faltara,
O no fuera en tanto exceso,
No hubiera tanta miseria
Ni tan escaso comercio.
No hubiera tercera tanta,
No hubiera tal mezcla en ellos,
No se viera tal desgarro,
Ni tan vil atrevimiento.
Hubiera más humildad,
Más sanos procedimientos,
Más familias distinguidas,
Más bien dados los empleos.

Los jóvenes españoles
Se aplicaran sin recelo
Aun á mecánicos artes
Por conseguir el sustento.
Las niñas, con su labor,
Viviendo en estado honesto,
Hallaran hombres de honor
Para ilustres casamientos.
Las madres pobres y ancianas
Encontraran su remedio,
Sin que la mendicidad
Las tratase con vil ceño.
Los padres de edad muy larga
Tuvieran descanso en esto,
Siendo así más venerados
De sus hijos y sus nietos.
Y, últimamente, se viera
Muy poderoso aquel Reyno,
Pues sobra gente española,
India y mestiza en su centro,
Para cultivar las tierras,
Para trabajar los cerros,
Para las manufacturas
Y también para el comercio.
Y, pues de tanto romance
Ya cansado te contemplo,
Cese el descanso segundo,
Que ya me paso el tercero.



LIMA EN LA INDEPENDENCIA



LIMA EN 1810

POR

Benjamín Vicuña Mackenna

En su prosa opulenta y colorida, llena de fuego romántico, el historiador chileno Vicuña Mackenna hizo el elogio de Lima antes de que la pasión le nublara los ojos. Este himno de un escritor ilustre, y más tarde enemigo, es página de las mejores escritas sobre Lima; como que en ella el gran chileno unió su grave erudición de conocedor de nuestra historia, que acreditó en su libro Historia de la Independencia del Perú, *y su fantasía romántica, incitada por la visión misma de Lima en 1860, en que la visitó, cuando guardaba intacta su languidez colonial.*

La independencia del Perú, decíamos, no fué una excepción ni un acaso. Su desenvolvimiento lento y oculto era tan lógico, respecto de su posición especial y de su historia propia, como era lógico el que aquél fuese turbulento y audaz en Buenos Ayres; tranquilo, pero

enérgico, en Chile; fogoso en Caracas, volcánico en Quito.

El Perú, ó más bien Lima, que, políticamente hablando, era en el coloniaje el Perú mismo, tenía un rol aparte que llenar en el gran trastorno americano, y este rol era necesario é inevitable, porque, existiendo una lucha, debia aparecer la resistencia; desarrollándose una revolución, debia sobrevenir, en esa ley de eterno equilibrio en que se balancean los destinos del género humano, la otra faz del principio en pugna: la reacción. Lima fué, pues, la ciudadela de la metrópoli, y á su vista se arreó el último jiron de la bandera de España que aun no habia hecho trizas el plomo insurjente. Y ¿como podia suceder de otra manera, si Lima, se puede decir, era la segunda ciudad de España, si no era mas todavía? Deciase entonces en el lenguaje oficial la Corte de Lima, como se decia la Corte de Madrid; y, al menos en América, el prestigio semi-régio de aquella era tan sentido como el lejano de la España. Méjico eclipsó al Perú solo en los últimos dias del coloniaje, cuando Guanajuato y Real del Monte sobrepujaron al estinguido Potosí y cuando, por la separación de los Virreinatos de Nueva Granada (1718) y de Buenos Ayres (1172), Lima dejó de ser virtualmente la capital de Sud América.

Su tradicion y su clima, por otra parte; su opulencia y su molicie; Potosí y Pasco, esos senos arjentinos que vertian sobre las casas solariegas sus anchos raudales de riquezas; Santa Catalina y el Real Felipe, almenas inespugnables de seguridad y de confianza; el mimo de la España por su capital indiana, que era casi émula de su propia corte; el encanto de su blando suelo, pródigo en primores, y la belleza misma deleitosa de la parte mas influyente de sus pobladores, que era como lo será

eternamente en este clima—la "limeña"—, todo hacia á Lima el sitio preferido en que la agonizante colonia debiera reposarse en su último dia, en que la monarquía feudal y usurpadora dijera su última palabra de resistencia y de despecho.

Cual sirena escapada del vecino mar, así parecia entonces esta Lima que hoy vemos bulliciosa y atolondrada, ninfa de la pereza, dormida en la orilla del florido Rimac, reclinada blandamente en el mismo sitio que le señalaron sus primeros dueños, ceñida de amenas praderas, coronada de agrestes diademas, alzando su voluptuosa frente á las caricias de un cielo sin nubes, cuyo clima son brisas sin lluvias y una luz tibia de eterna bonanza.

Llamáronda ciudad "de los reyes" porque no vivían en ella sino príncipes y sultanas. Sus casas y jardines se ocultaban tras de celosías orientales, y el manto de las cristianas dejaba solo destapado el ojo encendido de las hiias del morisco Jenil... Era entonces una edad de jazmines y zahumerio, como en otras rejiones la hubo de oro y de deleites supremos. Habia milagros y nacían santos. Los palacios de nobles imberbes tendian sus murallas divisorias, fáciles de escalar, por entre los claustros de los monasterios henchidos de tímidas vírgenes; y Santo Toribio cargaba en sus hombros á los mendigos, si es cierto que jamás los hubo en Lima, mientras "la divina mestiza" vertia el mistico perfume de sus ruegos en la inspiración de los poetas que le cantaban, en el labio de las beldades del silencioso claustro ó del salon artesonado y en el candor y en la cuna de la santa niñez, mostrando así, entre los privilegios del cielo, el doble portento de una flor canonizada y el de una limeña que era santa, sin dejar de ser limeña...

Ocurria á la vez aventuras misteriosas en los pala-

eternamente en este clima—la "limeña"—, todo hacia á Lima el sitio preferido en que la agonizante colonia debiera reposarse en su último dia, en que la monarquía feudal y usurpadora dijera su última palabra de resistencia y de despecho.

Cual sirena escapada del vecino mar, así parecia entonces esta Lima que hoy vemos bulliciosa y atolondrada, ninfa de la pereza, dormida en la orilla del florido Rimac, reclinada blandamente en el mismo sitio que le señalaron sus primeros dueños, ceñida de amenas praderas, coronada de agrestes diademas, alzando su voluptuosa frente á las caricias de un cielo sin nubes, cuyo clima son brisas sin lluvias y una luz tibia de eterna bonanza.

Llamáronda ciudad "de los reyes" porque no vivían en ella sino príncipes y sultanas. Sus casas y jardines se ocultaban tras de celosías orientales, y el manto de las cristianas dejaba solo destapado el ojo encendido de las hijas del morisco Jenil... Era entonces una edad de jazmines y zahumerio, como en otras rejiones la hubo de oro y de deleites supremos. Habia milagros y nacían santos. Los palacios de nobles imberbes tendian sus murallas divisorias, fáciles de escalar, por entre los claustros de los monasterios henchidos de tímidas vírgenes; y Santo Toribio cargaba en sus hombros á los mendigos, si es cierto que jamás los hubo en Lima, mientras "la divina mestiza" vertia el mistico perfume de sus ruegos en la inspiración de los poetas que le cantaban, en el labio de las beldades del silencioso claustro ó del salon artesonado y en el candor y en la cuna de la santa niñez, mostrando así, entre los privilegios del cielo, el doble portento de una flor canonizada y el de una limeña que era santa, sin dejar de ser limeña...

Ocurria á la vez aventuras misteriosas en los pala-

cios, en las alcobas, en las celdas penitentes. Doña Catalina de Erauso, "la monja alférez", daba de cuchilladas por los tambos; las campanas repicaban por el óleo de los mayorasgos, o ardía la pira de un auto de fé, o el fraile Jesuíta y el de la Buenamuerte se arañaban las manos bajo la almohada de los agonizantes, disputándose los testamentos y las capellanías

Las lomas de Amancaes se cubrían con su tapiz de oro, que manos blanquísimas iban á cojer por la San Juan; los ricos suspendian sus hamacas en sus huertas de chirimoyos y dormian la sabrosa siesta de una eterna y patriarcal pereza, mientras el pueblo se hartaba con desdén en el fácil y opíparo banquete de la inercia... ¡Edad feliz! La arjentina vocinglería de los campanarios era toda la ajitacion que turbaba los ánimos y los oídos del pacífico vecindario, y no se encendia mas pólvora que la que trazaba la huella de los inofensivos "voladores" por encima de las azoteas... Todo era sueño y reposo, olvido y hartura

¡Llegó el cajon de España! Tal era la única voz de alarma que de tarde en tarde sacudia el letargo de las gentes... ¡Habia llegado el correo de la Corte, habia nuevas de Madrid y de Aranjuez! Y despues del repique oficial por la salud del rei (salvo que el romadizo tuviese inundadas algunas de las superlatívas narices borbónicas que entonces poblaban los palacios de España), todos salian en esa ocasion solemne de la casa propia para entrar en la casa del vecino, todos se saludaban, había parabienes, algazara, reconciliaciones, entusiasmo y fiestas á montón. ¡La reina está en cinta!, y rogaban todos por el vientre de la reina, entre un galeón y el próximo... ¡La reina alumbró!, y rogaban otra vez por su rejia criatura y habia novenas y

novenarios, como habia cuchicheos y hablillas maliciosas cuando la "novedad" era casera, como la del "maricón" de moda...

O ya era la tarda lona de los galeones que venían a llevarse nuestro oro dejandonos en retornos sendos fardos de bulas que, como el médico de Sancho Panza, traían el encargo de regular nuestra digestión según la voluntad pontificia... O ya gritaban ¡Ingleses en la costa!, y salían las procesiones por plazas y callejuelas entonando letanías y conjuros, mientras los marineros de Anson hacian bailar al son de sus clarines de saqueo á la virgen de Paita, hasta hoy dia degollada en señal de milagrosa inobediencia á los herejes... O ya el vijía de San Lorenzo anunciaba ¡Barco de Chile!, y cual si las velas del cabotaje trajeran el perfume de aquella tierra abundosa de pan y flores, de leche y almíbar, había en Lima un deleitoso saboreo en todos los paladares, mientras las hacendosas "pardas" bruñían las calderas del fogón. ¡Peros de Chile! ¡Alfajor de Penco! ¡Ayuyas de Santiago!, ó el mosto y el jamon, el queso y las pasas, y aquella sabrosa miscelánea, cara á los estómagos, que venia de los valles chilenos consignada por mayor á las bodegas, como lo es hoy el agrio salitre y el fétido huano, sustento de la Europa y envidia de sus tronos...

O se trataba de algo serio, y entonces, por un chisme del vecino, ibamos á Ceuta ó Juan Fernandez con aquel honor codiciado de los reos de antaño, y que hoy ya quisieron revivir, pero por cierto en vano, ¡la partida de rejistro! O era la apelación de las mil y quinientas concedidas para prolongar aquel dulce pasatiempo de los colonos—los pleitos ruidosos—, ó los capítulos conventuales, entre prelados de campanilla, como llamaban entonces á los padres provinciales, aun

que no llevasen por esto otro cencerro que el del atavio de sus mulas calezeras...

Pero todo esto, ¿qué importaba á la opulenta Lima, echada sobre flores, acariciada de zéfiros, con su vaporosa frente zabullida en el raudal parlero del Rimac, mientras los pliegues de su voluptuoso manto flotaban por la húmeda vega dejando en trasparencia su alabastrina espalda en que se anudaba en ondas de ébano su cabellera centelleante de jasmines y perfume? "¡Oh Lima!, esclamaba por aquellos dias uno de sus correjidores ufano de su vara. Nacistes para reina de las ciudades, siendo la ciudad de los reyes, pues te buscan en la cuna las coronas. El cielo te galantea á favores enviandote el amigo esplendor de este astro que á rayos te peina y á influjos te corona."

Pero oianse tambien en aquella ciudad "peinada por el sol" de la que la Lima moderna de cabellera desgreñada, peinada de gallinazos, es solo un pálido recuerdo, armonías más altas que el eterno repicar de las campanas, el eterno cantar de los conventos y el eterno reventar de los cohetes. El príncipe de Esquilache y Valdelirios cantaban simpáticas coplas en los festines del alcazar vice-real en el honor de Lima; Antonio Maldonado le consagraba sus fantásticos delirios: Peralta narraba sus glorias épicas; uno de los tres Pinelos trazaba las lindes de su recinto, calcándolas con quiméricos dibujos en las del paraiso que describian las Escrituras; y el jesuíta Rodrigo de Valdez tejía con ingrata labor clásicas coronas para sus sienes, mientras que Calancha, Córdoba, Salinas, Torres y Llano Zapata, este jénio aun escondido del Perú, exhumaban sus viejos pergaminos y daban á la imprenta sus venerables crónicas.

O ya Salcedo ofrecia un nuevo rescate de Atahualpa

por sus días, importunos á codicia vil, y Antequera esculpía en el dintel de su celda de rebelde el último y más famoso de sus cantos, su adios al tiempo en presencia del patíbulo. O eran Torres Rubio y Gonzáles Olguin, que, recojiendo en las selvas lejanas y en las tribus sometidas las notas apacibles de la lengua del Inca Garcilaso, vertían a ella las melodias del otro injenio de aquel nombre que sus contemporáneos aclamaron el príncipe de los poetas castellanos. O veíanse á sus compañeros de propaganda henchidos del fuego de la fé, penetrar en las ignotas comarcas de los bárbaros para predicar y morir.

Y todavia, mientras en el mistico claustro, vedado a otro ruido que el de las preces, penetra el amor al arte, y la monja mercedaria Maria de Jesus deleita su soledad, en el harmónico clave, y la carmelita descalza Bernardina de Jesus imita en sus epístolas, que alabó Peralta, el fuego de Santa Teresa, vése en los confines del siglo que cierra esa era, á dos bardos, que, cual los profetas del viejo testamento, estan sentados con grave compostura en el dintel que divide dos edades, pulsando á porfia y con melancólica solemnidad el harpa de David... Olavide y Valdez son el canto del cisne de aquella ponderada era mistico-erudita que nació y disipóse dentro de los muros de San Marcos de Lima

No hubo, por otra parte, en el universo un pueblo más colmado de favores y privilejios singulares. Pocos sitios más limpios de sangre derramada por agravios de Dios, de la ley y de los hombres que sus recintos públicos. Ni en los feudos implacables de sus conquistadores levantaron el polvo de sus pensiles los caballos de sus guerreros, en la revuelta de intestinos combates, ni jamás se oyó dentro de sus muros otro clarín que el del heraldo que le traia el parabién de las

victorias, por las que cambiára dueños, mas no sus envidiados fueros. Las Salinas y Xaquijixuana tocaron en lote al turbulento Cuzco, Chupas á Guamanga, y Añaquito, en que se vió la barba cana de un virey servir de escarapela á los soldados, al Ejido de Quito. Ni vieron tampoco sus hijos, al cerrarse tan cruel drama de matanzas, aquellos actos de eterna é infame atrocidad, el despostamiento de Tupac Amaru, ni el saco de Sorata, ni ese triste y patético lance de Umachiri en que el cisne de Arequipa, el adolescente Melgar, cantó su última nota por la patria, al asomar ésta en su primer destello divinal, colorando la frente del poeta al caer martirizado...

Todo era clemencia, placer, olvido, jasmines y rosas bordando las anchas veredas de las mil avenidas que conducían á las fiestas de la devoción limeña, á los toros ó á los autos de fé, á las procesiones y á los sainetes. Todo era igual, y ¿porque nó? Los "herejes" eran fieras como eran las fieras del toril. Del Acho á la Inquisición no habia mas diferencia que la del sambenito al mandil.

Tal era la Lima cuando se oyó en el inmenso ámbito de nuestro continente la primera campanada de 1810. ¿Qué mucho entonces que no la oyera? ¿Qué mucho que ni aun despertára de su embelesado sueño, cuando el toque del sublime arrebato era tan distinto del repique matinal ó vespertino que marcaba á sus pobladores el sueño de la madrugada y el sueño de la siesta.

Lima se hizo, pues, sorda al grito de la América, y de todos sus anchos confines vineron á buscar, quienes albergue, quienes descanso, quienes venganza, todos los desposeídos cuyos privilejios la onda de la revolución venia arrastrando en su corriente. Por esto desde 1810 hasta 1821, estuvieron llegando como en una intermi-

nable carabana, todas las huestes de la metrópoli que los rebeldes echaban de sus casas y provincias. Los obispos, los oídores, los jefes militares, los mercaderes, ricos ó menesterosos, los sacristanes y los monjes, todos á porfia, llegaban jadeantes é irritados, y aquellos lanzaban sus escomuniones, los otros se amontonaban sobre los pergaminos para acumular procesos, desafueros y fiscalías, y éstos apercibian sus armas, mientras los últimos escondian á toda prisa sus tesoros o rezaban el rosario y llamaban á maitines, y al final de profundis..

Lima se demudó entonces en un dia.

Aquella apacible ciudad de los místicos amores, comenzó á oir los juramentos de soldados extranjeros á su suelo; el claustro se convirtió en cuartel; el paraiso en eriazo; y aquella olorosa Lima que vivía entre la doble neblina del Rimac y del sahumerio, se puso hedionda con el olor á azufre y con el sudor de los soldados de ultramar, vestidos todavía con los andrajos de los presidios peninsulares.

Y asi aconteció que Lima fuera, apesar suyo, el baluarte de la España, y si le debe por ello aun la justicia, de los grandes hechos de su lealtad. Hubo en verdad un momento en que, apagados con sangre todos los fuegos que ardian en los campamentos de la rebelion, esa ciudad se creyó dueña absoluta y única del inmenso continente que mas tarde se desplomó sobre sus muros. No habia Rey en España, pero Abascal lo era en América. Sus lugar-tenientes le habian dado el mas lejítimo de los derechos de las coronas, si es verdad que éstas tienen otros, fuera de la necedad de los hombres: ¡la conquista! Osorio le había devuelto a Chile, Montes a Quito, Ramirez la Sierra y la Costa, Ricafort el Alto Perú, Goyoneche sus fronteras sobre el Plata.

Pero todo seria el fin en vano, porque una simiente oculta jerminaba en el seno mismo en que crecia aquel arbol añejo y carcomido que le diera sombra, y dilatándose entre sus raices con irresistible pujanza debia al fin lanzar sobre sus ramas y sus troncos sus jóvenes retoños y encorbarlo al suelo con su peso hasta quebrarlo en dos, hecho cenizas.

LA INQUISICION DE LIMA

VISTA POR

STEVENSON (1813)

No hay viajero inglés que viaje por América, que no vaya predispuesto a encontrarse con la Inquisición por cualquiera parte. Hasta à los modernos viajeros se les siente la curiosidad por buscar los rastros macabros de la tremenda institución y aun el temor de darse de bruces con alguna supervivencia de ella. Stevenson vivió largos años en Lima, en la época de Abascal, y éste si que conoció de cerca el Santo Oficio, fué procesado por él y asistió a su desaparición en 1813. *La página de Stewenson sobre el saqueo del local de la Inquisición y el descubrimiento de todos sus recintos e instrumentos secretos de tortura, no puede faltar en una Antologia de Lima. Es el mayor documento sobre el discutido Tribunal en su encarnación limeña.*

En la misma plaza de la Universidad están el Santo Oficio, que le da su nombre, y el hospital de la Caridad; se la llama frecuentemente la plaza de las tres virtudes cardinales: la Fe, o la Inquisición; la Esperanza, o la Universidad, y la Caridad, o el Hospital.

El acto de las Cortes de España que derribó la Inquisición fué muy pronto publicado en Lima. La señora doña Gregoria Gainza, esposa del coronel Gainza, me informó que ella y algunos de sus amigos ha-

bían obtenido del Virrey Abascal permiso para visitar el ex Tribunal, y me invitó a acompañarles el día siguiente, después de comer. Acepté la invitación, y fuimos a visitar el monstruo, como se atrevían a llamarlo ya; las puertas de la Sala estaban abiertas; vimos entrar varias personas que no estaban invitadas, y no encontrando nada que se opusiera a nuestros proyectos, las primeras víctimas de nuestra furia fueron la mesa y las sillas, que no tardaron en ser hechas pedazos; en seguida algunas personas cogieron las cortinas aterciopeladas del dosel, y las halaron con tanta fuerza que el dosel y el crucifijo cayeron con horrible estrépito. El crucifijo fué retirado del ruinoso sillón inquisitorial, y se descubrió entonces que la cabeza tenía un resorte; que una escalera había sido escondida bajo el dosel, y fué así que todo el misterio de esta efigie milagrosa se explicó e hizo explicable. Un hombre emplazado sobre la escalera se escondía entre las cortinas del dosel, e introduciendo su mano por un agujero, movía la cabeza en signo de aprobación o desaprobación. ¡En cuántas circunstancias esta impostura ha obligado a un inocente a confesarse culpable de crímenes que no había concebido jamás su pensamiento, abrumado de temor y creyendo ser condenado por un milagro! La mentira tomaba el lugar de la verdad, y la inocencia, si era tímida, confesaba un pecado que no había cometido. Cada uno de nosotros se exasperó de rabia, y gritamos simultáneamente: "Puede ser que haya todavía víctimas en las celdas". "¡Busquemos, busquemos!", se exclamaba de nuevo; y la puerta que conducía al interior fué rápidamente derrumbada. La primera que encontramos se llamaba del secreto: la palabra secreto estimuló la curiosidad, y la puerta fué en seguida rota; conducía a los archivos; allí estaban

amontonados, en anaqueles, los papeles que contenían los delitos de los que habían sido acusados o juzgados, y yo leí el nombre de más de un amigo que ni se imaginaba que su proceder había sido escrutado por el Santo Oficio o que estaba registrado en lugar tan temible. Algunos de los presentes descubrieron sus propios nombres sobre los estantes, y metieron los papeles en sus bolsillos. Yo tomé lo menos quince expedientes, que llevé a mi casa, pero no contenían nada importante: cuatro juicios por blasfemia llevaban una sentencia que condenaba a tres meses de prisión en un convento; otros contenían acusaciones contra los penitentes, hechas por sus propios confesores; yo conocí dos, y, aunque pudo haber algún peligro descubriéndoles esta circunstancia, les dije lo que había visto.

Había en la habitación gran número de obras prohibidas, de las que varios nos apoderamos. Dejando este cuarto, nos abrimos paso a otro, que, ante nuestro asombro, y aún más ante nuestra indignación, ¡era la sala de torturas! Al centro había una gran mesa, de ocho pies de largo por siete de ancho; en uno de sus extremos tenía un collar de fierro, que se abría horizontalmente en el medio, para recibir el cuello de la víctima; de cada lado del collar pendían fuertes correas con hebillas, para atar los brazos alrededor del cuerpo, y a los costados de la mesa habían otras para cerrar los puños, sujetas a cuerdas situadas bajo la mesa, donde estaban atadas a una rueda horizontal; en la otra extremidad de la mesa se veían dos correas semejantes, para los tobillos, con cuerdas igualmente amarradas a la rueda. Resultaba, evidentemente, de estas disposiciones, que una criatura humana podía ser extendida sobre la mesa y, por el movimiento de la rueda, encontrarse violentamente halada a la vez en dos direcciones

opuestas, provocando la dislocación en todas las coyunturas. Cuando descubrimos a qué uso estaba destinada esta máquina verdaderamente diabólica, cada uno de nosotros tembló y miró involuntariamente la puerta, como si creyera que se iba a cerrar detrás de él, y las más violentas imprecaciones resonaron en toda la sala. Examinamos una picota vertical colocada contra la pared: había un gran hueco y dos más pequeños; los abrimos y, levantando una de sus mitades, apercibimos entonces aberturas en el muro, y descubrimos luego el objeto de la máquina. Un acusado, teniendo el cuello y los puños fuertemente sujetos en los huecos de la picota, y la cabeza y las manos escondidas en la pared, podía ser flagelado por los hermanos legos de Santo Domingo, sin ser conocidos, y todo descubrimiento accidental estaba de este modo prevenido. Disciplinas de diferentes especies pendían del muro; algunas, de cuerdas anudadas; la mayor parte, teñidas de sangre; otras eran cadenas de hierro con puntas y rosetas como las de las espuelas, que estaban igualmente manchadas de sangre. Encontramos también instrumentos de tortura hechos de hilos de hierro trenzados, cuyas puntas avanzaban hacia adentro un octavo de pulgada; el exterior estaba cubierto de cuero y guarnecido de cuerdas para poderlos atar; algunos de estos aparatos eran suficientemente grandes para ceñir el cuerpo; otros para los muslos, las piernas y los brazos. Los muros estaban igualmente adornados con camisas de cerda, que no podían ser consideradas como un vestido muy cómodo después de una violenta flagelación; se veían también osamentas humanas, con cordones atados a cada extremidad, para amordazar a aquellos que abusaban de su lengua, y tenazas hechas de caña, con el mismo objeto; estas tenazas consistían en

dos pedazos de caña atados a las extremidades; abriéndolos por el medio, cuando estaban colocados en la boca, y sujetándoles detrás de la cabeza de la misma manera que los huesos, comprimían fuertemente la lengua. Había en un cajón gran número de tornillos para los dedos; eran piececitas de hierro semicirculares, en forma de cruz, teniendo un tornillo en un extremo, de manera que podían ser fijados en los dedos y atornillados a voluntad, aun hasta aplastar las uñas y romper los huesos. ¡Viendo estos instrumentos de tortura, qué podría excusar a los monstruos que de ellos se servían para consolidar la fe que Jesucristo les había enseñado por su ejemplo a no propagar sino por la indulgencia y la bondad! Demolimos pronto el banco de tortura y la picota; pues tal era el furor de más de cien personas introducidas en este lugar, que, aun cuando los instrumentos hubieran sido de hierro, no habrían podido resistir la violencia y la porfía de los asaltantes. En un rincón había un caballo de madera pintado de blanco; se le consideraba como un instrumento de tortura, y fué destrozado; pero supe en seguida que una víctima de la Inquisición fué quemada en un madero; habiendo sido posteriormente declarada inocente de las acusaciones hechas contra ella, en expiación de su muerte, su inocencia fué públicamente reconocida, y su efigie, vestida de blanco y luego montada sobre aquel caballo, había sido paseada pomposamente por las calles de Lima. Avanzamos en seguida hacia las celdas, que encontramos abiertas y vacías: eran pequeñas, sin ser demasiado desagradables como prisiones; algunas tenían un patiecito adyacente; otras, más solitarias, no lo tenían.

La última persona conocida por haber estado detenida fué un andaluz, oficial de Marina, que fué desterrado, en 1812, a Boca Chica.

Después de haber examinado y recorrido con el más grande cuidado todos los rincones de esta temible y misteriosa prisión, nos retiramos por la tarde, llevándonos los libros, papeles, disciplinas, instrumentos de tortura, varios de los cuales distribuímos en la puerta misma de la Inquisición a aquellos que no habían podido penetrar como nosotros. A la mañana siguiente, el arzobispo se constituyó en la Catedral y declaró excomulgados o "*participantes*" a todas las personas que habían tomado y que retuvieran cualquier cosa encontrada que hubiera pertenecido al Tribunal de la Inquisición. A consecuencia de esta declaración, muchos devolvieron lo que habían tomado, pero pensando de otra manera yo, conservé lo que tenía y osé desafiar las *flamines infernorum* con que Su Grandeza amenazaba a los detentores y detentoras.

Se asegura que en la época en que Castel-Forte era Virrey de Lima, fué citado por la Inquisición a comparecer ante ella, y que se sometió al llamado. Habiéndose hecho escoltar hasta la puerta por una compañía de sus guardias con dos piezas de artillería, entró a la sala de Audiencia, y, poniendo su reloj sobre la mesa, dijo a los inquisidores que si la sesión no estuviese levantada al cabo de una hora, la casa sería demolida hasta la altura de sus orejas, puesto que tales eran las órdenes que había dado al oficial que mandaba en la puerta. Esta declaración bastó para producir el efecto que él esperaba: los inquisidores se levantaron al punto y lo condujeron hasta la entrada, muy felices de ver partir a su excelencia con su temible escolta.

Durante mi residencia en Lima vi dos hombres públicamente degradados por la Inquisición: el uno había dicho misa sin haber recibido las órdenes sacerdotales, el otro era adivino y hechicero. Fueron colocados

por la mañana, a muy buena hora, en la capilla del Tribunal, cada uno revestido de un sambenito, corta túnica flotante, cubierta de figuras ridículas, serpientes, murciélagos, sapos, llamas, etc. El falso cura tenía una mitra de plumas sobre la cabeza, y el otro, una corona igualmente guarnecida de plumas; estaban de pie en el centro de la capilla, teniendo cada uno en la mano una vela de cera verde. A las nueve, uno de los secretarios subió al púlpito y leyó la causa por la que estaban condenados. El pobre falso cura pareció muy arrepentido, pero cuando le tocó su turno al hechicero, y se le quiso reprochar algunos de sus manipuleos, estalló en una carcajada, a la que se plegaron la mayor parte de los asistentes. Dos mulas habían sido conducidas a la puerta; se amarró a los dos culpables sobre sus lomos, con la cabeza vuelta hacia el lado de la cola. La procesión comenzó entonces su marcha, que era abierta por varios alguaciles, teniendo a su cabeza al conde de Montes de Oro; a continuación las mulas, conducidas por el verdugo ordinario; los inquisidores, en sus carruajes de ceremonia, cerraban la marcha. Dos religiosos de la Orden de Santo Domingo llevaban, de cada lado del carruaje, grandes ramas de palmera; el cortejo fué en este orden hasta la iglesia de Santo Domingo, y fué recibido en la puerta por el prelado provincial y por la comunidad. Los culpables fueron situados en el centro de la iglesia y las mismas declaraciones fueron leídas en el púlpito; estos hombres fueron condenados a servir en un hospital tanto tiempo como quisieran los inquisidores.

Los que van a visitar Lima sabrán posiblemente con interés que el madero al cual eran atadas las desgraciadas víctimas de la tiranía inquisitorial, condenadas a la hoguera, estaba situado cerca de la plaza donde se

realizan las corridas de toros, y que Abajo del Puente, en la puerta de la iglesia de los "Desamparados" o abandonados, eran puestos en manos de los ministros ordinarios de la justicia, para ser ejecutados.

Todo el mundo sabe que hay mucho de exageración en todo aquello que se ha dicho sobre la Inquisición, lo que ha dado por resultado que nazcan dudas y no se demuestre la verdad de todo aquello que se ha narrado respecto a la barbarie de este Tribunal. En cuanto a mí, no he rendido cuenta de los sucesos precedentes sino para dar al lector una idea exacta de aquello que debía creer, y es bastante para estremecer de horror todo corazón sensible.

(Traducción M. S. S.)

LA PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA EN LIMA

VISTA POR EL INGLÉS

BASILIO HALL

Basilio Hall llegó en un momento oportuno al Virreinato peruano. Agonizaba la dominación española. Hall presenció esos estertores y los describió con su precisión e imparcialidad de raza. Sería largo transcribir los capítulos sobre el estado de ánimo de los limeños en los últimos días de Pezuela, el desánimo, la inquietud y la zozobra con que se esperaba el desenlace, por estar mezclados con muchas anécdotas e impresiones personales. Su descripción del palacio de los Virreyes desprovisto de su esplendor tradicional, mezcla de miseria y de grandeza; el patio convertido en caballeriza y sus pasajes tortuosos, traficados por la soldadesca holgazana, y su retrato de Pezuela, el primer Virrey depuesto por una revolución, decepcionado y vencido, son las mejores expresiones del ambiente. La segunda visita de Hall se realiza en 1821. San Martín está en Lima y a él se dirige toda la atención del viajero. Lima rinde su homenaje admirado al gran capitán de los Andes, que acaba de proclamar su independencia. Hall describe la escena de la proclamación desde la primera fila.

Como medida de primordial importancia, San Martín buscaba implantar el sentimiento de la independencia por algún acto que ligase los habitantes de la capital a su causa. El 28 de julio se realizaron, por consiguiente, ceremonias para proclamar y jurar la independencia del Perú. Las tropas formaron en la Plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba un alto tablado, desde donde San Martín, acompañado por el Gobernador de la ciudad y algunos de los habitantes principales, desplegó por primera vez la bandera independiente del Perú, proclamando al mismo tiempo con voz esforzada: "Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende." Luego, batiendo la bandera, exclamó: "¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!", palabras que fueron repetidas por la multitud que llenaba la Plaza y calles adyacentes, mientras repicaban todas las campanas y se hacían salvas de artillería entre aclamaciones tales como nunca se habían oído en Lima. La nueva bandera peruana representa el sol naciente, apareciendo sobre los Andes, vistos detrás de la ciudad, con el río Rimac bañando su base. Esta divisa, con un escudo circundado de laurel, ocupa el centro de la bandera, que se divide diagonalmente en cuatro piezas triangulares, dos rojas y dos blancas.

Del tablado donde estaba en pie San Martín, y de los balcones de palacio se tiraron medallas a la multitud con inscripciones apropiadas. Un lado de estas medallas llevaba: "Lima libre juró su independencia en 28 de julio de 1821", y en el anverso: "Bajo la protección del ejército libertador del Perú, mandado por el General San Martín".

Las mismas ceremonias se celebraron en los puntos



El antiguo Arco del Puente, con la leyenda republicana que sustituyó a la colonial: Dios y el Rey.

principales de la ciudad. o, como se decía en la proclama oficial: "en todos aquellos parajes públicos donde en épocas pasadas se anunciaba al pueblo que debía soportar sus míseras y pesadas cadenas".

Después de hacer el circuito de Lima, el general y sus acompañantes volvieron al palacio para recibir, al lord Cochrane, quien acababa de llegar del Callao.

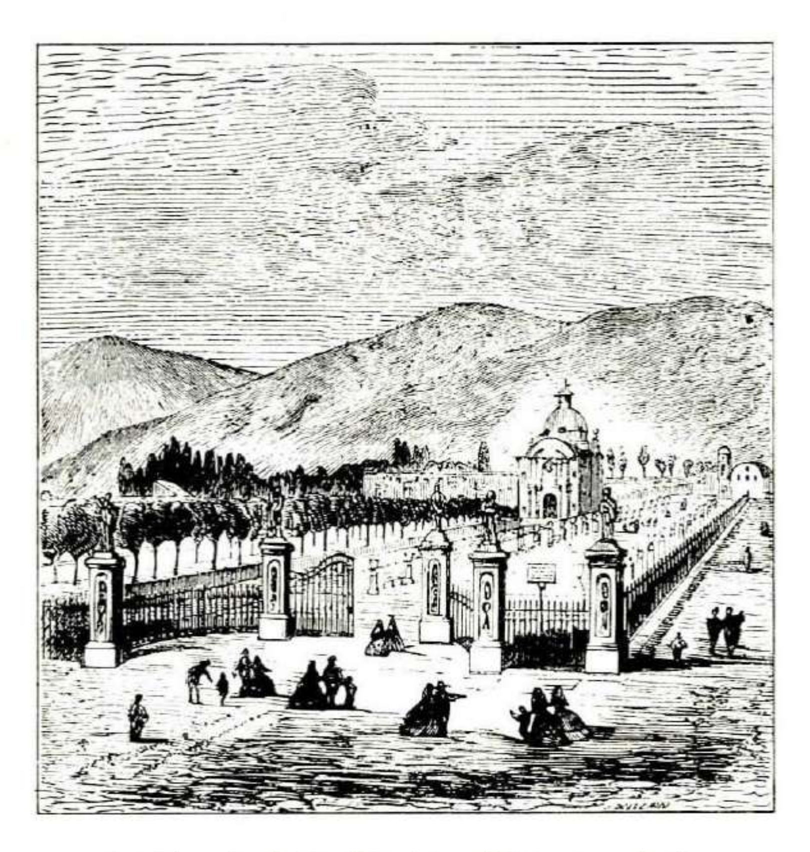
La ceremonia fué imponente. El modo de San Martín era completamente fácil y gracioso, sin que hubiese en él nada de teatral o afectado; pero era asunto de exhibición y efecto, completamente repugnante a sus gustos. Algunas veces creí haber percibido en su rostro una expresión fugitiva de impaciencia o desprecio de sí mismo, por prestarse a tal mojiganga, pero si realmente fuera así, prontamente reasumía su aspecto acostumbrado de atención y buena voluntad para todos los que le rodeaban.

El día siguiente, domingo 29 de julio, se cantó *Te Deum* y se celebró misa mayor en la Catedral, cantada por el arzobispo, seguida de sermón adaptado a la ocasión por un fraile franciscano. Apenas terminó la ceremonia, los jefes de las varias reparticiones se reunieron en palacio y juraron por Dios y la patria mantener y defender con su fama, persona y bienes, la independencia peruana del Gobierno de España y de cualquiera otra dominación extranjera. Este juramento fué hecho y firmado por todo habitante respetable de Lima, de modo que en pocos días la firma de la declaración de la independencia montaba a cerca de cuatro mil. Se publicó en una *Gaceta* extraordinaria y circuló profusamente por el país, lo que no sólo dió publicidad útil al estado de la capital, sino que comprometió profundamente a quienes hubiera agradado que su adhesión a la medida hubiera permanecido ignorada.

Por la noche, San Martín dió un baile en palacio, de cuya alegría participó él mismo cordialmente; bailó y conversó con todos los que se hallaban en el salón, con tanta soltura y amabilidad, que de todos los asistentes él parecía ser la persona menos embargada por cuidados y deberes.

En los bailes públicos y privados prevalece una costumbre extraña en este país. Las damas de todo rango no invitadas, vienen veladas, y se paran en las ventanas o en los corredores, y a menudo entran en el salón. Se las llama "tapadas", porque sus rostros están cubiertos, y su objeto es observar la conducta de sus amigos, que no pueden reconocerlas, a quienes atormentan con dichos maliciosos, siempre que están al alcance de su voz. En palacio, la noche del domingo estaban las "tapadas" algo menos adelante que de costumbre, pero en el baile del Cabildo, dado con anterioridad, la parte inferior del salón estaba llena de ellas, y mantuvieron un fuego graneado de bromas con los caballeros al finalizar el baile.

LIMA REPUBLICANA



La Alameda de los Descalzos, clásico paseo limeño.

UN VIAJE

POR

FELIPE PARDO Y ALIAGA

(1806-1868)

La sátira de Pardo y Aliaga representa la primera decepción de la República. Burlón nativo, puso en solfa rimada los artículos de la Constitución y derribó con letrillas la Confederación perú-boliviana.

Acusado de retardatario, por su culto de la autoridad y de la jerarquía y su desdén por el liberalismo, fué en verdad un renovador de buen gusto. Educado en España, en la escuela de Lista, de quien fué discípulo predilecto al lado de Espronceda y Ventura de la Vega, dejó una huella castiza en la literatura peruana.

Censuró las costumbres limeñas en artículos joviales y en el teatro criollo, que fué el primero en cultivar. Su educación, su gusto literario, siguieron siendo clásicos, pero su ingenio era de la más traviesa cepa limeña. Su periódico de costumbres, El Espejo de mi Tierra, *tiene artículos que le acercan a Larra. De ellos es el siguiente, que ha creado uno de los tipos legendarios de la ciudad: el Niño Goyito. En este personaje estampó Pardo, en forma imperecedera, la engreida molicie y el santo horror a la movilidad de los limeños de la época colonial, a los que sólo sacudían los terremotos.*

El niño Goyito está de viaje. El niño Goyito va a cumplir cincuenta y dos años; pero cuando salió del vientre de su madre le llamaron niño Goyito; y niño Goyito le llaman hoy, y niño Goyito le llamarán treinta años más, porque hay muchas gentes que van al panteón como salieron del vientre de su madre.

Este niño Goyito, que en cualquiera otra parte sería un don Gregorión de buen tamaño, ha estado recibiendo por tres años enteros cartas de Chile en que le avisan que es forzoso que se transporte a aquel país a arreglar ciertos negocios interesantísimos de familia, que han quedado embrollados con la muerte súbita de un deudo. Los tres años los consumió la discreción gregoriana en considerar cómo se contestarían estas cartas y cómo se efectuaría este viaje. El buen hombre no podía decidirse ni a uno ni a otro. Pero el corresponsal menudeaba sus instancias; y ya fué preciso consultarse con el profesor, y con el médico, y con los amigos. Pues, señor, asunto concluído: el niño Goyito se va a Chile.

La noticia corrió por toda la parentela, dió conversación y quehaceres a todos los criados, afanes y devociones a todos los conventos; y convirtió la casa en una

Liorna. Busca costureras por aquí, sastre por allá, fondista por acullá. Un hacendado de Cañete mandó tejer en Chincha cigarreras. La Madre Trasverberación del Espíritu Santo se encargó en un convento de una parte de los dulces; Sor María en Gracia fabricó en otro buena porción de ellos; la Madre Salomé, abadesa indigna, tomó a su cargo en el suyo las pastillas; una monjita recoleta mandó de regalo un escapulario; otra, dos estampitas; el Padre Florencio de San Pedro corrió con los sorbetes, y se encargaron a distintos manufactores y comisionados sustancias de gallina, botiquín, vinagre de los cuatro ladrones para el mareo, camisas a centenares, capingo (don Gregorio llamaba capingo a lo que llamamos capote), chaqueta y pantalón para los días fríos, chaqueta y pantalón para los días templados, chaquetas y pantalones para los días calurosos. En suma, la expedición de Bonaparte a Egipto no tuvo más preparativos.

Seis meses se consumieron en ellos, gracias a la actividad de las niñas (hablo de las hermanitas de don Gregorio, la menor de las cuales era su madrina de bautismo), quienes, sin embargo del dolor de que se hallaban atravesadas con este viaje, tomaron en un santiamén todas las providencias del caso.

Vamos al buque. Y ¿quién verá si este buque es bueno o malo? ¡Válgame Dios! ¡Qué conflicto! ¿Se ocurrirá al inglés don Jorge, que vive en los altos? Ni pensarlo; las hermanitas dicen que es un bárbaro capaz de embarcarse en un zapato. Un catalán pulpero, que ha navegado de condestable en *La Esmeralda,* es, por fin, el perito. Le costean caballo, va al Callao, practica su reconocimiento y vuelve diciendo que el barco es bueno, y que don Goyito irá tan seguro como en un navío de la Real Armada. Con esta noticia calma la inquietud.

Despedidas. La calesa trajina por toda Lima. ¿Conque se nos va usted? ¿Conque se decide usted a embarcarse?... ¿Buen valorazo! Don Gregorio se ofrece a la disposición de todos: se le bañan los ojos en lágrimas a cada abrazo. Encarga que le encomienden a Dios. Al él le encargan jamones, dulces, lenguas y cobranzas. Y ni a él le encomienda nadie a Dios, ni él se vuelve a acordar de los jamones, de los dulces, de las lenguas ni de las cobranzas.

Llega el día de la partida. ¡Qué bulla! ¡Qué jarana! ¡Qué Babilonia! Baúles en el patio, cajones en el dormitorio, colchones en el zaguán, diluvios de canastos por todas partes. Todo sale, por fin, y todo se embarca, aunque con bastantes trabajos. Marcha don Gregorio, acompañado de una numerosa caterva, a la que pertenecen también, con pendones y cordón de San Francisco de Paula, las amantes hermanitas, que sólo por el buen hermano pudieron hacer el horrendo sacrificio de ir por primera vez al Callao. Las infelices no se quitan el pañuelo de los ojos, y lo mismo le sucede al viajero. Se acerca la hora del embarque, y se agravan los soponcios. ¿Si nos volveremos a ver?... Por fin, es forzoso partir; el bote aguarda. Va la comitiva al muelle: abrazos generales, sollozos, los amigos separan a los hermanos: "¡Adiós, hermanitas mías!" "¡Adiós, Goyito de mi corazón! La alma de mi mamá Chombita te lleve con bien."

Este viaje ha sido un acontecimiento notable en la familia; ha fijado una época de eterna recordación; ha constituído una era, como la Cristiana, como la de la Héjira, como la de la fundación de Roma, como el Diluvio universal, como la era de Nabonasar.

Se pregunta en la tertulia:

—¿Cuánto tiempo lleva Fulana de casada?

—Aguarde usted. Fulana se casó estando Goyito para ir a Chile...

—¿Cuánto tiempo hace que murió el guardián de tal convento?

—Yo le diré a usted; al padre guardián le estaban tocando las agonías al otro día del embarque de Goyito. Me acuerdo todavía que se las recé, estando enferma en cama de resultas del viaje al Callao...

—¿Qué edad tiene aquel jovencito?

—Déjeme usted recordar. Nació en el año de... Mire usted, este cálculo es más seguro, son habas contadas: cuando recibimos la primera carta de Goyito estaba mudando de dientes. Conque, saque usted la cuenta...

Así viajaban nuestros abuelos; así viajarían si se determinasen a viajar, muchos de la generación que acaba, y muchos de la generación actual, que conservan el tipo de los tiempos del Virrey Avilés, y ni aun así viajarían otros, por no viajar de ningún modo.

Pero las revoluciones hacen del hombre, a fuerza de sacudirlo y pelotearlo, el mueble más liviano y más portátil; y los infelices que desde la infancia las han tenido por atmósfera, han sacado de ellas, en medio de mil males, el corto beneficio siquiera de una gran facilidad locomotiva. ¿La salud, o los negocios, o cualesquiera otras circunstancias aconsejan un viaje? A ver los periódicos. Buques para Chile. —Señor consignatario, ¿hay camarote? —Bien. —¿Es velero el bergantín? —Magnífico. —¿Pasaje? —Tanto más cuanto. —Estamos convenidos. —Chica, acomódame una docena de camisas y un almofrez. Esta ligera apuntación al abogado, esta otra al procurador. Cuenta, no te descuides con la lavandera, porque el sábado me voy. Cuatro letras por la imprenta, diciendo adiós a los amigos. Eh: llegó el sábado. Un abrazo a la mujer, un par

de besos a los chicos, y agur. Dentro de un par de meses estoy de vuelta. Así me han enseñado a viajar, mal de mi grado, y así me ausento, lectores míos, dentro de muy pocos días.

Este y no otro es el motivo de daros mi segundo número antes que paguen sueldos.

No quisiera emprender este viaje; pero es forzoso. No sabéis bien cuánto me cuesta el suspender con esta ausencia mis dulces coloquios con el público. Quizás no sucederá otro tanto a la mayor parte de vosotros, que corresponderéis a mi amistosa despedida exclamando: ¡Mal rayo te parta, y nunca más vuelvas a incomodarnos la paciencia! En fin, sea lo que fuere, los enemigos y enemigas descansad de mi insoportable tarabilla; preparad vuestros viajes con toda la calma que queráis; hablad de la ópera como os acomode; idos a Amancaes como y cuando os parezca; bailad zamacueca a taco tendido, a roso y velloso, a troche y moche, a banderas desplegadas; haced cuanta tontería os venga a las mientes; en suma, aprovechad estos dos meses. Los amigos y amigas tened el presente artículo por visita o tarjeta de despedida, y rogad a Dios me dé viento fresco, capitán amable, buena mesa y pronto regreso.

LOS PREGONES DE LIMA

POR

DON RICARDO PALMA

... hasta hace pocos años, los vendedores de Lima podían dar tema para un libro, por la especialidad de sus pregones. Algo más. Casas había en que para sa-

ber la hora no se consultaba reloj, sino el pregón de los vendedores ambulantes.

Lima ha ganado en civilización, pero se ha despoetizado, y día por día pierde todo lo que de original y típico hubo en sus costumbres

Yo he alcanzado esos tiempos en los que parece que en Lima la ocupación de los vecinos hubiera sido tener en continuo ejercicio los molinos de masticación, llamados dientes y muelas. Juzgue el lector por el siguiente cuadrito de cómo distribuían las horas en mi barrio, allá cuando yo andaba haciendo novillos por huertas y murallas, y muy distante de escribir tradiciones y dragonear de poeta, que es otra forma de matar el tiempo o hacer novillos:

La lechera indicaba la seis de la mañana.

La tisanera y la chichera de Terranova daban su pregón a las siete en punto.

El bizcochero y la vendedora de leche-vinagre, que gritaba: "¡A la cuajadita!" designaban las ocho, ni minuto más ni minuto menos.

La vendedora de zanguito de ñanjú y chocholíes marcaba las nueve, hora de canónigos.

La tamalera era anuncio de las diez.

A las once pasaban la melonera y la mulata de convento vendiendo ranfañote, cocada, bocado de rey, chancaquitas de cancha y de maní, y fréjoles colados.

A las doce aparecían el frutero de canasta llena y el proveedor de empanaditas de picadillo.

La una era indefectiblemente señalada por el vendedor de ante con ante, la arrocera y el alfajorero.

A las dos de la tarde, la picaronera, el humitero y el de la rica causa de Trujillo atronaban con sus pregones.

A las tres, el melcochero, la terronera y el anticu-

chero o vendedor de bisteque en palito clamoreaban con más puntualidad que la Mari-Angola de la Catedral.

A las cuatro gritaban la picantera y el de la piñita de nuez.

A las cinco chillaban el jazminero, el de las caramanducas y el vendedor de flores de trapo, que gritaba: "¡Jardín, jardín! Muchacha, ¿no hueles?"

A las seis canturreaban el raicero y el galletero.

A las siete de la noche pregonaban el caramelero, la mazamorrera y la champucera.

A las ocho, el heladero y el barquillero.

Aún a las nueve de la noche, junto con el toque de cubrefuego, el animero o sacristán de la parroquia salía con capa colorada y farolito en mano pidiendo para las ánimas benditas del Purgatorio o para la cera de Nuestro Amo. Este prójimo era el terror de los niños rebeldes para acostarse. Después de esa hora era el sereno del barrio quien reemplazaba a los relojes ambulantes, cantando, entre piteo y piteo: "¡Ave María-Purísima! ¡Las diez han dado! ¡Viva el Perú, y sereno!" Que, eso sí, para los serenos de Lima, por mucho que el tiempo estuviese nublado o lluvioso, la consigna era declararlo ¡sereno! Y de sesenta en sesenta minutos se repetía el canticio hasta el amanecer.

Y hago caso omiso de innumerables pregones que se daban a una hora fija.

¡Ah, tiempos dichosos! Podía en ellos ostentarse, por pura chamberinada, un cronómetro; pero para saber con fijeza la hora en que uno vivía, ningún reloj más puntual que el pregón de los vendedores. Ese sí que no discrepaba pelo de segundo, ni había para qué limpiarlo o enviarlo a la "enfermería" cada seis meses. ¡Y luego, la baratura! Vamos; si cuando empiezo a hablar de antiguallas se me va el santo al cielo y corre la

pluma sobre el papel como caballo desbocado. Punto a la digresión, y sigamos con nuestro insurgente ollero.

Apenas terminaba su pregón en cada esquina, cuando salían a la puerta todos los vecinos que tenían necesidad de utensilios de cocina.

(Fragmento de la tradición *Con días y ollas venceremos.*)

LOS CREADORES REL TEATRO LIMEÑO

PARDO Y ALIAGA

En la literatura y en la vida pública descuella don Felipe Pardo y Aliaga. Por su gusto clásico, en las letras; por su rara probidad, en la política. El *don* antepuesto a su nombre se ha hecho insustituíble. Rodó se lo hubiera aplicado justicieramente, como a don Juan Montalvo, por el mismo hidalgo señorío de su figura.

Heredero de las más significativas prendas del carácter español—nobleza castellana, ingenio andaluz—, educado él mismo en España, su voz resonó siempre como un reproche de lo mejor que había en el pasado demolido a la incertidumbre de nuestra democracia prematura. Aristócrata por honra del linaje y por propia investidura espiritual, se rebeló contra la utópica igualdad de la carta política, que equiparaba congénitas noblezas de sangre y ánimo con ignaras ciudadanías de color. Político y literato, mostró una firme unidad en su conducta: diríase que fué un clásico en política—y por ende algo extraño a ella—y un conservador en literatura. Ejercitado en el manejo señoril de la palabra,

prestó a la literatura criolla, chocarrera e intuitiva, el más cuerdo ejemplo de aticismo en el decir, de preocupación literaria. Maestro del buen gusto, corrigió riendo con epigramática gracia, a través de la cual se dibujaba a veces el gesto de su enfado, a caudillos que desconocían por igual la Constitución y la gramática, a irrisorios estadistas, a buhoneros de la pluma, perezas morales y vicios democráticos. Para censurar costumbres inusitadas levantó los bastidores del teatro criollo y cogió la pluma retozona de Fígaro, en defensa de la moral de su tiempo.

Corifeo de un sano conservadorismo no ungido con hisopos, llegó al Poder para representar al lado de nuestros más definidos caudillos—Salaverry, Vivanco, Castilla—la dignificación del principio de autoridad. Los satíricos consejos de sus letrillas se convertían entonces en dura ley en la amarga realidad de la vida política; pero los octosílabos resultaban tan ineficaces como los articulados legales para corregir nuestras anomalías democráticas, y "la cultura y el bienestar a palos—que el letrillero aconsejaba al Ministro dar al pueblo—como el mejor de los regalos" quedaban únicamente como una rigidez de la doctrina y del consonante. La democracia, como el médico de Molière, se resistió siempre a aprender lo que no sabía por la ilógica enseñanza de los golpes. Todavía no le perdona el escozor de algunos.

Tan ineficaz su tarea de educador político como su fustigadora obra de satírico, perdurarán, sin embargo, ejemplarmente la unidad consecuente y generosa de su vida y la noble sinceridad que henchía su protesta. Por su impaciente anhelo constructor, porque supo elevarse sobre bastardas ambiciones y enseñó a contradecir las pasiones mestizas, la emulación, la mediocridad y el odio

con el sobrio desdén de la ironía, le deberá perenne homenaje su República malquerida.

SEGURA

Sobre el escenario levantado por Pardo, según las indicaciones del más exigente clasicismo, para servir a la moral de las costumbres, subió un día, golpeando desenfadadamente los tablones, el repiqueteado taconeo de la *mozamala,* acompañado por el estrepitoso regocijo del cajón y el rauco lamento de la guitarra.

Tras la alegre aparición surgió la burlesca comparsa criolla. Empujada a la escena por el ingenio travieso que le daba la irresistible cita del palmoteo, no tuvo tiempo de preparar un diálogo edificante, ni de pulir el lenguaje a gusto de la Academia, y soltó a hablar en la jerga chispera de los portales, plagada de ceceosos y disforzados limeñismos. "El Sargento Canuto" apareció el primero, discutiendo, sin abandonar sus usuales interjecciones y sus bizarros adjetivos de cuartel, con el empecinado taurófilo del Acho. Equivocado el camino de la iglesia a su casa, "Ña Catita" se entró casualmente, a la hora del desayuno, mezclando latines invocatorios y mártires del *Año Cristiano* con nombres propios y chismes de vecindad.

Congregáronse a poco los más típicos representantes de la Lima risueña del otro lado del Rímac: señoras de medio pelo y de lengua suelta, que habían hecho culto y estribillo del honor casero; muchachas que suspiraban por el novio eternamente combatido y derrochaban gracia y lisura al bailar la resbalosa; "pinganillas" enamorados e insustanciales; militares indefinidos, para quienes era cierta la copla de Jorge Manrique, y habla-

ban de los "despejos" y el Virrey Amat; beatas golosas y enredadoras; zambitas "color de canela", y, la más genuina de todos, divina e intornable desaparecida, mitad criolla, mitad manola, la tapada ingeniosa, para la que era un ardid la saya y una coquetería el manto.

Regocijado el público al contemplar sobre las tablas a los conocidos de todos los días, de la casa, de la calle y de la iglesia, olvidábase del desvaído interés de la trama para aplaudir sólo el parecido de los personajes. Cuando, animada la escena por la súbita aparición de las botellas de pisco, surgían la zamacueca y el guitarreo, algún espíritu burlón paraba el viejo reloj del clasicismo para que amaneciera la alegría, y el público, enloquecido con el ritmo gitano, cantaba a coro la copla desengañada...

Descolgado el telón sobre la fiesta en delirio, el autor de las sonrientes parodias se negaba siempre a recibir el acalorado homenaje de los aplausos. Era un criollo humilde e intuitivo, con un ojo de menos y sobra de ingenio, como Bretón de los Herreros, y se llamaba Manuel Ascensio Segura.

R. P. B.

LIMA EN 1844

POR

MAX RADIGUET

Radiguet es, sin discusión, el más interesante y sugestivo de cuantos viajeros escribieron sobre Lima. Es el mejor intérprete del alma de la ciudad. No sólo la describió en sus tipos y aspectos representativos, sino que halló la poesía recóndita de su vida. Estuvo en Lima en 1844, en los dorados días del auge de Vivanco, como secretario del Almirante francés Du Petit Thouars, nombre propicio ya para nues-

tra ciudad. Su visión de Lima es la de un artista, capaz de recoger los más imperceptibles matices. Lo que más le cautivó fué la mezcla de libertinaje y de devoción, de sensualidad y misticismo de un medio que oscilaba entre el hidalgo castellano y la mulata estrepitosa y que encarnaba en Santa Rosa o en la Perricholi.

Nadie ha descrito con más gracia y fidelidad el hervor criollo de la Plaza, la fiesta de la Alameda o de los Amancaes, una corrida de toros, una cofradía de negros, el ambiente de nuestros templos y la hora del Angelus en Lima. Su libro de viajes por la América del Sur está dedicado casi íntegramente a Lima, donde declara que halló "un mundo aparte por su civilización refinada y elegante", y en los limeños, "los parisienses de la América del Sur". La categoría artística de sus impresiones limeñas ha sido reconocida últimamente por Paul Morand, viajero de su misma estirpe.

LA ENTRADA A LIMA

El coche rodaba sobre el pavimento, con un ruido que interrumpía toda conversación; pero tenía delante de mí, para distraerme, una curiosa página, en la que se me aparecía confusamente la expresión del sentimiento popular en este país, por tanto tiempo entregado a la anarquía: era una larga pared cuyo traje de yeso rayado, garabateado, destrozado en todos sentidos, exhibía un batiburrillo de croquis jeroglíficos o impuros gritos de partidos o inscripciones burlescas en contra o a favor de Torrico, Lafuente, Vivanco y otros agitadores o pretendientes al poder supremo, todas cosas bien poco halagadoras, temperadas felizmente por algunas banalidades amorosas y por algunos nombres de mujeres de aquellos que sólo la lengua española sabe crear. Dejamos sobre nuestra derecha cercados en que los árboles se curvaban por el peso de los frutos, en que el limón brillaba entre el follaje oscuro y el naranjo parecía escalar a propósito las paredes para arrojar a los paseantes sus flores y sus perfumes. Tocábamos en una tierra generosa, y mientras dedicábamos un recuerdo lleno de gratitud al Virrey Abascal, que, queriendo pro-

porcionar a los viajeros el beneficio de la sombra, se proponía conducir hasta el puerto del Callao la avenida y las acequias que la bordean, cuando nuestro ómnibus torció bruscamente hacia la izquierda, dirigiéndose hacia un gran pórtico decorado, con bastante elegancia, con molduras en estuco. Una gran puerta cerrada por dos hojas pintadas de verde ocupaba el centro; tenía a los lados dos puertas más pequeñas, una de las cuales estaba abierta: era la portada del Callao, principal entrada de Lima. Desde que atravesamos el pórtico, satisfechas las formalidades del impuesto, nos dirigimos por una larga calle bordeada de paredes en que había pintadas fachadas de casas, es decir, que por medio del estuco de diversos colores que las cubría se había simulado puertas y ventanas. Esta especie de calles de Lima, triste y sombría como una mala decoración de teatro vista a pleno día, empezaba a inquietarnos, cuando entramos en una calle bordeada de casas verdaderas. Algunos minutos después, el ómnibus nos depositó en la calle de los Mercaderes, la más comercial de la ciudad...

LAS CAMPANAS

Habíamos entrado a Lima la víspera de Navidad. Las campanas de innumerables iglesias llamaban a los fieles a los oficios; pero, por algunos sones vibrantes y de buen metal, centenas de voces enronquecidas, asmáticas y rajadas, provenientes, sin duda, de fragmentos de bronce, echaban no sé qué brusco clamor desde lo alto de los campanarios, o murmuraban sordamente una salmodia soberbia y amenazante. Poco habituados a estos extraños sonidos, no pudimos libertarnos, al principio, de una cierta impaciencia, bastante justificada por

este caos de ruidos despiadados. Más tarde, sin embargo, vinimos a encontrar en estos toques de campanas desordenadas y salvajes, que se renovaban cada día (pues en Lima se honra oficialmente a casi todos los santos del calendario), un encanto singular, cuyo recuerdo no han podido despertar nunca las austeras campanadas de nuestras fiestas religiosas.

LA PLAZA MAYOR

Cuando se quiere sorprender la vida limeña de un solo golpe de vista, en su aspecto más original, conviene llegar a Lima a la mitad de una fiesta religiosa, y es preciso dirigirse a la Plaza Mayor.

El espectáculo que ofrecía esta Plaza el día de nuestra llegada no defraudó nuestras expectativas. La multitud afluía por todas las calles vecinas. Como un enjambre de mariposas dispersado repentinamente, una serie de mujeres alegres y coquetas, exhibiendo a las miradas los más violentos matices del raso y de la seda, salpicaban la vasta Plaza, y convergían todas hacia la Catedral, festoneando las gradas del peristilo o suspendiendo en los pórticos sus racimos vivientes. Por primera vez, después de nuestra partida de Francia, teníamos ante la vista una ciudad y una población verdaderamente originales, y este espectáculo nos sorprendía tanto más cuanto que se nos aparecía bruscamente, como si hubiésemos visto levantarse la cortina de un teatro de París sobre una ciudad española del siglo XVI animada por un pueblo de convención.

La Plaza Mayor, situada al centro de Lima, si se comprende en la ciudad el suburbio de San Lázaro, forma un cuadrado perfecto, del que la Catedral y el Arzobispado ocupan la parte oriental; al Norte se en-

cuentra el Palacio Nacional, residencia ordinaria del Presidente de la República; los otros dos lados están ocupados por casas particulares, cuyo piso superior, adornado de balcones semejantes a armarios esculpidos y pintados, incrustados en las paredes, se apoya sobre las galerías (portales), en que los negociantes, extranjeros en su mayoría, exhiben los productos de la industria europea. En medio de la Plaza se levanta una fuente de bronce, coronada por una Fama, de cuyo pie sale un penacho líquido que se rompe al caer sobre dos platos de desigual tamaño y va a llenar una vasta pila. La Catedral, gracioso monumento del Renacimiento, está flanqueada por dos torres adornadas, como el resto de la fachada, por columnas, nichos, estatuas y balcones. Todo el edificio está pintado de colores, entre los que dominan el rosa, el verde, el amarillo y el azul. El Palacio Nacional está también revestido de una capa de ocre amarillo, de aspecto bastante desagradable; los pilares de los portales están cubiertos de una capa de rojo ladrillo; en cuanto al piso que los cubre, vigorosamente coloreado de tonos ardientes y violáceos, está ocupado en gran parte por los balcones de madera de que hemos hablado, especie de cajas misteriosas pintadas de color verde botella o de rojo oscuro. Imagínese este tole-tole de colores contradictorios, chillones y falsos iluminado por una luz ardiente, que se echa en este vasto cuadro abigarrado, una turba multicolor, y se tendrá una débil idea del espectáculo que ofrece la Plaza Mayor de Lima un día de fiesta y de sol.

MUJERES, FRAILES, INDIOS

La seda y el raso son las únicas telas que no desdeñan las limeñas para su célebre traje, la saya y manto, llamado así porque los principales elementos de este traje excepcional son una enagua y una manta. La fiesta de Navidad nos permitía observar al lado del pintoresco traje de las mujeres de la ciudad los atavíos, más simples, pero no menos graciosos, de las *cholitas* y de las *zambas*, de figuras morenas o cobrizas encuadradas bajo un inmenso sombrero de paja encintada. También había hombres en la Plaza, pero en menos número. La mayoría de los ciudadanos vestidos a la europea, se paseaban bajo los *portales;* los únicos que aportaban su contingente de originalidad al espectáculo eran los campesinos y los clérigos, los primeros con sus *ponchos* pintorescos, bastante parecidos a las dalmáticas de la Edad Media; los segundos, llevando el hábito de su Orden. Eran, por ejemplo, los franciscanos, en traje azul; los dominicos, en traje blanco y museta negra; los *Hermanos de la Buenamuerte*, y después otras congregaciones religiosas, con sus hábitos grises y oscuros. Se les veía atravesar a cada instante la Plaza, y muchos de ellos se mezclaban familiarmente a los diferentes grupos de mujeres. La animación tomó un carácter más violento a la salida de los oficios: desde que la Catedral comenzó a echar por todas sus puertas ondas de pueblo, se elevaron miles de clamores. Con el pretexto de implorar la caridad de los fieles, unos músicos negros comenzaron una algazara bárbara. Los vendedores de lotería pregonaban la *suerte;* las *misturreras* alababan sus flores; los *tamaleros* y *fresqueras*,

cuyos puestos ocupaban el centro de la Plaza, ofrecían con éxito, aquéllos, sus guisos incandescentes; éstas, sus bebidas refrescantes. Visto así en la superficie y rodeado de prestigiosos accesorios, nos parecía este pueblo el más afortunado del mundo. Los hombres, con el puro o el cigarrillo en la boca, se complacían en la calma voluptuosa de fumar. Había en todas estas mujeres que se agitaban, parloteaban y, si se pudiera decir, hacían la rueda a pleno sol, tanta juventud, gracia y elegancia, tanto fuego en la mirada, tanto encanto en sus voces, una desenvoltura de tan sorprendente ligereza, y parecían vivir con un desdén tal de las cosas positivas y con una ignorancia tan completa de las miserias de este mundo, que emanaba de ellas como un efluvio de felicidad que sentíamos que nos penetraba. Nada parecía advertirnos, en medio de esta población retozona y radiosa, que nos hallábamos en el corazón de una ciudad atormentada y empobrecida por treinta años de luchas anárquicas.

LOS NACIMIENTOS

Los *nacimientos* parecían acaparar ese día todo el favor popular. Se llama *nacimiento* a la leyenda del cristianismo representada en imágenes en relieve, exhibida en los pórticos de ciertos conventos, y aun en algunas casas particulares, bajo los auspicios de algunas viejas beatas. La multitud visitaba los nacimientos en cierta forma procesional; seguimos instintivamente una de estas corrientes, y nos encontraremos de pronto envueltos entre un tumulto de gente que asediaba un vestíbulo en el que se apretujaba como a la puerta de uno de nuestros teatros el día de una representación extraordinaria. Particularmente las mujeres ponían para pe-

netrar al interior una perseverancia heroica. Llegamos hasta el nacimiento con algún esfuerzo, pero aun así no pudimos echarle sino un ligero golpe de vista, porque éramos constantemente rebotados por el flujo y reflujo de los curiosos. El nacimiento no es, como se usa todavía en algunas de nuestras provincias, la simple escena de la Navidad ciscunscrita en un pequeño cuadro: es la historia completa de Nuestro Señor, llenando un vasto espacio en ancho y altura, según la forma del local que la contiene. El drama se desenvuelve en un terreno accidentado que comienza en Belén y alcanza al Gólgota. Montañas áridas, peñascos amenazantes, frescos oasis, ciudades, ríos, torrentes, todo está puesto en orden y pintado con colores naturales. Estrellas de briscado brillan en el azul del cielo; una de ellas, la más brillante, colgada de un hilo, guía a los Magos hacia el Niño Dios, y como todas las figuras son movibles, la escena recibe frecuentes modificaciones: así, los reyes y los pastores, en los primeros días del Adviento se encuentran muy lejos de Belén; la víspera de Noel tocan ya el suelo del establo. Se exhiben sucesivamente en revista la matanza de los Inocentes, la degollación de Juan Bautista, la huída a Egipto y todos los episodios de la Pasión.

Los autores de estos nacimientos son verdaderos artistas populares, entre los que se entabla una lucha de imaginación, de ingenuidad y a veces hasta de erudición. Entre los diversos barrios de la ciudad hay rivalidades de nacimientos. Unos son más ricos, otros más completos, otros de más ingeniosa invención. Entre los que nosotros visitamos, nos llamó la atención uno que ocupaba un espacio de treinta metros. Es cierto que a la historia sagrada se había creído conveniente agregar motivos extraídos de nuestra época, tales como los di-

ferentes oficios de la arquitectura moderna, escenas de la vida limeña y hasta peleas de gallos: estas últimas, probablemente en recuerdo del denunciador de San Pedro.

LAS TAPADAS

Las limeñas salen casi siempre solas, y cualquier paseante puede dirigirles la palabra: lo peor que puede pasarle es caer en el vacío, o soportar un epigrama. Pero las tapadas son, generalmente, las que toman la iniciativa; sobre todo, si un extranjero ha inflamado por cualquier motivo su curiosidad, averiguan todo lo que le concierne: por pocas confidencias indiscretas que haya tenido, no dejará de sorprenderse al oír una voz desconocida revelarle íntimas particularidades de su vida, aunque a menudo colocadas en la antípoda del lugar en que sucedieron. El traje de saya y manto, que en su origen estuvo destinado a servir ideas de castidad y de celos, ha llegado, por una de esas curiosas contradicciones, a proteger costumbres diametralmente opuestas; su uniformidad hace de la ciudad un vasto salón de intrigas o de ingeniosas maniobras que burlan la vigilancia de los más fieros Otelos. Los escándalos, las aventuras regocijadas, los equívocos burlescos no pueden faltar con tales elementos. A veces, un interés misterioso exige el incógnito absoluto a una dama de alto rango: entonces se reviste de una saya andrajosa, transforma por diferentes artificios su figura y con la ayuda de este disfraz engaña también aun la mirada ejercitada de un marido, hasta el punto de que se ha visto a uno de éstos, olvidando la rigidez de principios pregonados bajo el techo conyugal, perseguir con declaraciones ardientes y avances temerarios a una tapada que lo fulminaba

descubriendo un rostro de esposa irritada ante la oferta de un incienso ilegítimo. En las circunstancias ordinarias, la manta no parece inflexiblemente cerrada. Una limeña bonita encuentra en su camino mil pretextos para



Un patio limeño (Torre Tagle).

descubrirse, a fin de recoger al paso una mirada de admiración o una alabanza entusiasta. Nunca debe desconfiarse bastante del exceso de severidad en el recogimiento del manto, sobre todo si, en contraposición a la costumbre de las limeñas de llevar los brazos desnudos, una manga larga viene a ajustarse sobre el guante, de modo que no se pueda ver por parte alguna el color de la piel. No dudéis: la manta traidora esconde entonces a una africana, negra como la noche, acha-

tada como la muerte, ante la cual sería por lo menos superfluo derrochar las perlas de la galantería. Como se ve, la saya y manto ha consagrado en Lima la libertad de las mujeres; no tiene para ellas sino ventajas, y para los hombres, desagrados. Todo concurre en la ciudad a justificar el dicho peruano: "Lima, paraíso de mujeres, purgatorio de hombres, infierno de borricos." En la limeña hay, a la vez, de la avispa y del colibrí. Tiene, como la primera, un fino corpiño y un dardo que es el epigrama, y del segundo, el color brillante, el vuelo caprichoso y desigual, y de ambos, un amor inmoderado del perfume y de las flores. Se la ve bajo los portales revolotear codiciosamente de un cesto a otro de las *mistureras,* y a veces le ocurre acosar a un transeunte de cierta calidad con toda clase de zalamerías y gentilezas para obtener de su generosidad algún ramillete ansiado. En la época en que la maniobra de que hablamos florecía con un brillo que se va extinguiendo cada día, se llamaba *calle del Peligro* al sitio ocupado por las ramilleteras. Las sirenas ejercían seducciones tan irresistibles, que los *cicatores* (cicateros), para evitar este pasaje peligroso, daban vueltas inmensas, o si por aventura se aventuraban, no era sino después de haberse tapado prudentemente las orejas, como los marineros de Ulises en el Mar Tirreno.

Aunque la mayoría de las limeñas hayan adoptado la saya actual, que se llama *desplegada,* se ve todavía pasar bajo los portales mujeres fieles a la saya angosta, la única que estuvo en uso hace treinta años. Este vestido curioso desciende desde la cadera hasta el tobillo, dibujando las formas y las líneas con una conciencia de las menos castas; la abertura inferior es tan estrecha, que la mujer puede apenas llevar un pie delante del otro al caminar. Subir el día domingo, a la

hora de misa, a las gradas de la Catedral constituía para las mujeres así vestidas un verdadero ejercicio de destreza, en el que los extranjeros, sobre todo, tomaban un vivo interés. Unas sobresalían en esta ascensión difícil, que resultaba para otras una penosa labor.

LOS PIES LIMEÑOS

Ya que esta particularidad nos ha traído a hablar del traje, es preciso decir una palabra del calzado, pues éste es en Lima lo que en ciertas provincias de Francia es el sombrero o el tocado: la piedra de toque de la elegancia, el arma sin resistencia de la seducción. Adoptando el zapato de raso blanco, se han aceptado rigurosamente las consecuencias onerosas de este lujo exagerado. Una verdadera limeña preferiría caminar sobre las manos, antes que presentarse en público con un zapato de dudosa limpieza. Viendo pasar por las calles tantos zapatitos de una blancura inmaculada, no podemos dejar de inquietarnos por su existencia efímera, y más aún al pensar cómo pueden pies tan delicados, con sólo tan frágil envoltura, desafiar, sin ser quemados ni adoloridos, el rudo y ardiente contacto del pavimento, en tanto que los productos más sólidos de la industria de San Crispín nos ponían al abrigo de tales inconvenientes. La explicación del enigma habría que buscarla en un sabio estudio del modo de caminar, unido a una extrema ligereza. El pavimento hace una guerra de exterminio tan declarada a los zapatos de raso, que existe un mercado especial de este artículo, al que va todos los sábados la más encantadora parte de la población a hacer su provisión de la semana. Las mujeres que no han podido reunir la suma necesaria para obtener este indispensa-

ble complemento de la *toilette* tienen esa tarde un acceso fácil, entonaciones acariciadoras y un dejar hacer bastante alentador. Falta de zapatos de raso blanco, ¡cuántos pasos falsos se han dado por ti en Lima la tarde de los sábados!

LIMA DESDE EL PUENTE

A las seis de la tarde, después del cierre de las tiendas, el movimiento de la ciudad cambia de aspecto: caballeros y *calezas* se dirigen hacia las alamedas del barrio de San Lázaro, situado a la ribera derecha del Rímac, en tanto que los peatones ascienden, para verlos pasar, las aceras del puente de Montesclaros. Se entra por el lado de la ciudad por una especie de arco triunfal coronado por un ático triangular, al lado de los cuales se elevan dos torrecillas adornadas por molduras y relieves en estuco. El puente, de cinco arcos, está construído de piedra; sus pilares están defendidos, río arriba, por puntas de mampostería que rompen la corriente del río. El parapeto forma, siguiendo las sinuosidades de estas escolleras, espacios rodeados de bancos para los paseantes. Se encuentra difícilmente un lugar desocupado en estos bancos, o un apoyo contra el parapeto, pues los extranjeros, los tenderos y sus dependientes vienen aquí para olvidarse de la práctica de los negocios y sentar cátedra con el cigarro en la boca. Es aquí también donde se forjan las noticias y se comentan todas las habladurías escandalosas.

Este punto de reunión está perfectamente escogido: se respira ahí, durante los fuertes calores, un aire refrescado por las aguas del Rímac, que gruñe en torrente sobre su lecho de piedra, sobre todo en la época del deshielo en la cordillera. Un paisaje lleno de variedad

distrae y ameniza la vista. Las casas muestran de este lado, sobre el río, galerías de madera de arcos redondos o trebolados. Sus pisos inferiores, que se apoyan sobre pilares hundidos en el agua, tienen al borde de la calzada cobertizos en los que las lavanderas limpian y hacen secar la ropa. En todas las aberturas se ve una cortina de tela pintada, visillos de cutí de algodón rayado que flotan al viento, algún trapo rojo que sale como una lengua de la boca abierta de un tragaluz, y luego, dominando esta larga serie de fachadas, amarillas, grises, desmoronadas, y a veces ruinosas, las cúpulas, los campanarios y los miradores (belvederes) se destacan vigorosamente sobre un cielo generalmente purpúreo en el horizonte y casi siempre verde en el cenit. Es la hora en que los campesinos y los mineros venidos a la ciudad por negocios vuelven a sus *chacras* y a sus cerros, montados unos sobre caballos de raza andaluza, al flanco de los cuales baten los estribos de madera macizos y grabados al buril; otros sobre mulas con collares de cascabeles y en la frente flecos y borlas, como los jefes de los incas. Algunos coches de extranjeros pasan llevados por un elegante tiro de caballos; pero las calesas limeñas son jaladas por mulas y por pequeños caballos, cuya flacura y mala alimentición descubren a perezosos palafreneros. Las calesas no tienen sino dos ruedas; pero, en revancha, éstas son enormes y giran en las extremidades de un eje que desborda la caja en más de un pie y medio. Esta disposición, debida, sin duda, a la forma y a la profundidad de las acequias. da a las calesas las garantías de equilibrio necesarias. El cuerpo del coche, barnizado de verde o de cabritilla, está decorado con guirnaldas doradas. El cochero monta el caballo enganchado fuera de las varas y lleva una librea, que siempre parece hecha para la talla de otro. Las mujeres de la

clase superior usan sólo calesas, y se pasean en ellas sin sombrero y vestidas a la francesa, pues la saya y el manto no se llevan sino a pie y hasta la puesta del sol. Las amazonas se exhiben también coquetamente, cubiertas con una torta de paja coronada de flores, y la parte alta del cuerpo envuelta en un pequeño *poncho*, azul oscuro, bordado con trencilla y cortado en flecos en su parte inferior.

EL AVE MARÍA

Cada vez que me hallaba sobre el puente, al terminar el día, veía renovarse un espectáculo que me sorprendió la primera vez que se produjo. En tanto que el movimiento y las conversaciones bulliciosas estaban en todo su apogeo, se dejó oír un toque de campana. La fórmula mágica que inmovilizó a las gentes de la célebre durmiente de los cuentos de hadas no hubiera ejercido ninguna acción más inmediata. Todas las frentes se descubrieron y se inclinaron; todas las conversaciones se extinguieron, sin acabar siquiera la frase comenzada; los caballos de los caballeros y de los coches se detuvieron por sí solos; los hombres que, por su vestido, parecían ser peruanos, cayeron prosternados al suelo; sólo algunos hábitos negros quedaron en pie, pero inclinados, como en la elevación de misa. Una calma de muerte había reemplazado al rumor de los vivos. Unicamente la campana vibraba en el aire y el Rímac rumoreaba a nuestros pies. Esto duró dos minutos. Yo me había quitado maquinalmente el sombrero e interrogado a mi vecino. Este no me respondió. Un momento después, una campana vocinglera esparció su tintineo. Todos se levantaron: peatones, caballeros y coches continuaron su paseo, el ruido de las conversaciones recobró su fuer-

za. La vida y el movimiento acababan de renacer instantáneamente. Sólo entonces pude saber que acababan de tocar el *Ave María*. Después de este día pude ver, cualquiera que fuese el punto de la ciudad en que me encontrase, producirse el mismo efecto al primer toque de la oración de la tarde. Esta adoración espontánea y colectiva de sesenta mil almas estaba impregnada de una majestad solemne y verdaderamente conmovedora; parecía haber en el aire, en ese momento, una especie de electricidad de fe religiosa. En cuanto a mí, experimentaba una de esas emociones dulces, tiernas, indecibles que transportan a las épocas de juventud florecidas de santas creencias y hacen descender en el alma como un rocío de pensamientos consoladores y suaves. Me gustaba, sobre todo, oír tocar el *Ave María* en las horas de abatimiento, cuando los ojos de mi imaginación, vueltos hacia la patria, apenas la entreveían entre las más fabulosas lejanías.

FLORES Y PERFUMES

Las mujeres de mundo están en su interior vestidas a la francesa, con una elegancia esmerada. Las modas parisienses tienen alas para franquear el Atlántico y las cordilleras; en Lima se implantan con más facilidad que en ciertas provincias de Francia. El único que no se introduce con facilidad, y en esto las mujeres dan prueba de gusto, es el sombrero, pues nada podría valer lo que el tesoro natural de sus cabelleras, cuyas ingeniosas combinaciones varían hasta el infinito, y de las que una flor es siempre el atrayente e indispensable accesorio.

El amor inmoderado de los ramilletes y de los perfumes se extiende a toda la población. Es preciso que

una casa sea muy pobre para que no se encuentre en ella una cesta de flores y un pomo de *agua rica*. Es una galantería muy usada en el pueblo la de adornar el ojal y perfumar el pañuelo del visitante. En las grandes circunstancias, en las épocas de bautismo o de aniversario, el lujo supremo consiste en distribuir a los invitados manzanitas verdes, en las que se han hecho incisiones con elegantes arabescos, llenas de polvo de áloe y entrecortadas aquí y allá de clavos de olor. Estos diversos ingredientes, cuya humedad es mantenida por el jugo de la fruta, desprenden un olor de los más agradables; o son también naranjas colocadas en redecillas de filigrana de plata, y, sobre todo, largas pastillas de incienso cubiertas de papel metálico color de fuego, y en las que la canela y las perlas de diferentes matices figuran graciosas espirales. En uno de los extremos se abre una gavilla chispeante de filetes de lama de oro y de plata, sembrados de grano de vidrio, que simulan zafiros, rubíes y esmeraldas. A menudo, los hilos metálicos sostienen escuditos de diez francos, que concurren al ornamento de estas baratijas y les dan un valor más efectivo. Los conventos de mujeres tienen el monopolio de estas costosas inutilidades, cuyo difícil trabajo va a consumirse en algún brasero para echar un poco de humo oloroso. Las esclavas remueven entonces las cenizas para retirar los escuditos, si sus amas, respetuosas del buen tono, no los han desprendido antes. Entre los limeños, lo necesario, casi siempre sacrificado a lo superfluo, no existe sino en límites muy restringidos. En cuanto al *confort*, sólo ha penetrado en algunas residencias excepcionales. Las costumbres de sobriedad características de este pueblo están de acuerdo maravillosamente con su necesidad de lujo y de ostentación. En general, la única comida seria que se hace

en el día se compone de uno o dos platos, y raramente se bebe otra cosa que agua; un potaje, especie de sustancia espesa, en que el pan ha reemplazado a la carne, el *puchero* y la *olla* clásicos de la cocina española, siguen siendo los platos de resistencia en las clases elevadas. Sobre las mesas más modestas aparecen los guisos nacionales, en que los condimentos juegan siempre un implacable rol. En muchas casas, cada miembro de familia come a su manera y a sus horas, porque el orden y la regla no son las virtudes dominantes de los hogares peruanos.

EL PASEO DE AMANCAES

Si se quiere coger bajo un aspecto más curioso el carácter de las gentes de medio pelo, es preciso buscarlas en las fiestas campestres. El abandono y la apatía que le son habituales no resisten a los platos condimentados, a las bebidas fermentadas o espirituosas y al impulso de los bailes peruanos. Por el influjo de estos diversos incitantes, su fisonomía, triste y resignada, cobra una expresión de alegría casi salvaje. Una fiesta celebrada en Lima, la de los Amancaes, el Longchamps de las gentes de color, puede, sobre todo, hacer apreciar dicha transformación.

Como nuestro Longchamps, el lugar en que se reunen tiene también su leyenda: un ermitaño murió ahí en olor de santidad, y al principio era a su tumba adonde la multitud iba en peregrinación. Hoy día, nadie piensa en el ermitaño, y el pretexto piadoso de la reunión ha sido reemplazado por un pretexto pastoral más especioso todavía. Hacia la fiesta de San Juan, las montañas áridas que rodean Lima se cubren de una rica cosecha de flores de un amarillo de oro, como si los

tesoros de la tierra surgiesen a su superficie. Esta flor, a la que se da el nombre de Amancaes, ha dado su nombre a la fiesta. La turba se traslada para cogerla hacia un punto de la montaña en que de ordinario crece en gran abundancia. Para llegar hay que atravesar una llanura cubierta de tiendas y de *ranchos,* de los que se escapa, mezclado al concierto burbujeante de las pailas y las cacerolas, el son de las guitarras y de los tambores. Cholos, zambos y negros se detienen en la llanura. Ahí dan pábulo a sus robustos apetitos y se entregan a las coreografías más extravagantes. Sobre todo, los negros desnaturalizan las danzas graciosas y sentimentales del Perú, introduciendo en ellas las posturas grotescas y los impulsos desordenados de sus *bamboulas* africanas. Más tarde, la turbulenta zarabanda se dispersa por las colinas para coger los amancaes; después, a la caída del sol, toda esta población, afiebrada por los excesos del día, sube a caballo; las mujeres, pierna aquí, pierna allá, al *uso del país,* descubriendo hasta la rodilla el molde irreprochable de su media de seda espejeante. Hay que ver entonces a zambas y cholitas, ebrias de zamacueca y de aguardiente de Pisco, la frente bañada de sudor, los cabellos sueltos, las narices dilatadas, hundir la espuela en los flancos de sus caballos, para hacerlos cabriolar o volver bruscamente sobre ellos mismos para no atropellar a un peatón, y después lanzarlos de nuevo y pasar como el vértigo a través de una multitud en donde cien caballos, obedeciendo a voluntades diferentes, atestiguan con sus maniobras inofensivas la habilidad de quienes los dirigen.

Cuando a la puesta del sol los jinetes de los dos sexos entran en la ciudad, rivalizando en proezas de equitación, los gozosos peregrinos exhiben ufanamente el botín que han recogido sobre los cerros.

Los amancaes decoran los *boutonniers*, se enredan en coronas a los sombreros, se difunden en todas las manos en gavillas de oro, y la ruidosa corte, que parece llevar la librea de la primavera, se desenvuelve y desfila, la canción o el estallido de risa en los labios, por la alameda, entre dos filas de curiosos reunidos para asistir a su pintoresco desfile.

LIMA EN 1878

POR

EDMUNDO COTTEAU

El viajero Cotteau, miembro de la Sociedad de Geografía de París llega a Lima en las vísperas del conflicto del Pacífico. Su relato es sumario, poco matizado. Pero interesa históricamente. La ciudad está agobiada por la crisis económica; pero se notan los adelantos e innovaciones de la época de Balta: demolición de las murallas, surgimiento de la Exposición y el Jardín Botánico, del monumento al Dos de Mayo, y hasta de los tranvías. Perduran de la ciudad tradicional balcones y gallinazos. Han desaparecido las tapadas y han llegado los chinos.

ADELANTOS URBANOS

Las murallas de Lima han sido demolidas recientemente y reemplazadas por nuevas calles; pero todos estos barrios se construyen lentamente: la crisis comercial y monetaria que sufre el Perú paraliza todo espíritu de empresa. Se ha colocado a la entrada de la ciudad, por el camino del Callao, un hermosísimo monumento, destinado a perpetuar el recuerdo del 2 de Mayo de 1866, fecha célebre en la historia peruana. Ese día, el ataque de once navíos españoles contra las baterías

del Callao fué repelido por las tropas regulares, unidas a la población. Me acordaba haber visto el modelo de esta obra notable, a la entrada del Palacio de la Industria, en París, donde estuvo expuesta durante toda una estación.

Hay en Lima un Jardín Botánico muy bien tenido, gracias a los inteligentes cuidados del doctor Donkelaert; lo visité con interés, lo mismo que el Jardín Zoológico, que ha sido recientemente establecido alrededor del palacio de la Exposición. En sus dos Jardines, los colibríes son muy comunes: no me cansaba de admirar estos encantadores pajaritos.

El teatro principal estaba construído de madera; su exterior no responde a lo que tendría derecho de esperar una ciudad de 150.000 habitantes. Sin embargo, el interior está muy convenientemente dispuesto para la comodidad de los espectadores. Durante mi estancia, una compañía lírica francesa daba allí representaciones. La primera estrella, la señora Alhayza, era muy aplaudida en el papel de Madame l'Archiduc.

EL MERCADO

Fuí una mañana al mercado principal, que está situado en el barrio habitado por los chinos. Reina una gran animación. Noto que varios puestos están ocupados por franceses. Las mujeres indígenas o mestizas llevan todas largos cabellos negros bajo un sombrero de paja muy fino y muy blanco. No es raro ver a un simple vendedor de legumbres cubierto con un "panamá" que ha costado más de cien francos. En las tiendas se encuentran las frutas del árbol del pan *(musa paradisiaca)*, originario de Taití; la lúcuma, parecida a una gran ciruela y encerrando una pasta amarilla y harinosa; la

palta *(laurus Persia)* es el *aguacate* de las Antillas, o mantequilla vegetal; se come con sal y pimienta; la chirimoya, nombre vulgar del fruto del guanábano *(anona cherimolia)*, tiene la carne blanca y perfumada; melones de diversas especies; la yuca o mandioca, los camotes, papas dulces, la papa amarilla, etc.

A propósito del mercado estoy naturalmente obligado a hablar de los chinos, que en número de varios millares habitan los alrededores. Los hijos del Celeste Imperio radicados en el Perú han hecho, en general, el sacrificio de su trenza y de su traje nacional. En esto difieren de sus compatriotas de California, y particularmente de los de San Francisco, que han formado una verdadera colonia china en la ciudad americana. En Lima, al contrario, el barrio que frecuentan no es exclusivamente habitado por ellos. Viven codeándose con los blancos, los negros y los indígenas. Hay, además, algunos kanacks de la Polinesia; también por continuación de mezcla de estas razas diferentes se encuentran en Lima todos los matices de piel imaginables. Se llama zambo el mestizo negro y blanco. Cholo el que es nacido del cruce del blanco y el indio, y chino, del negro con el indio; pero yo no sé que los mestizos chinos hayan recibido un nombre particular. Las mujeres chinas se encuentran en escasísimo número en el Perú. La raza amarilla ha venido a complicar más aún una situación de por sí bastante embrollada, y con ella no han aparecido ciertamente muchos elementos de belleza.

LAS LIMEÑAS

Todos los viajeros han alabado la belleza de las limeñas y su graciosa manera de vestir; yo no haré nin-

guna restricción en lo que concierne a las mujeres nacidas de la raza española; son verdaderamente encantadoras; solamente estoy obligado a constatar que la antigua saya, falda estrecha que dibujaba las formas, ha desaparecido casi completamente y ha sido reemplazada por una manta semejante a aquella de que he hablado a propósito de Chile. Las iglesias son siempre muy frecuentadas por las damas. Todas las tardes, a la salida de los oficios, un sacerdote, sentado cerca de una mesa sobre la que hay un crucifijo y una calavera, distribuye a sus bellas clientes fotografías e imágenes de santos, y recibe en cambio los indescriptibles billetes que en todas partes han reemplazado a las moneditas. En este momento, bajo el atrio de la iglesia se forman grupos, generalmente compuestos de señoritos con el cigarro en los labios y una flor en el ojal.

PELEAS DE GALLOS

Las peleas de gallos, lo mismo que las corridas de toros, son muy buscadas por los habitantes de Lima. No tuve ocasión de asistir a una corrida de toros. En cuanto a la Casa de Gallos, está abierta todos los días después del mediodía. Es un circo en miniatura, pintado de blanco y azul; la entrada cuesta un sol. La gente, ardiente de apostadores, ocupa las graderías; blancos, mulatos, cholos y negros se confunden sobre los mismos bancos, todos dominados por la misma pasión: el juego. Las apuestas se cambian ruidosamente, mientras que los corredores, dando la vuelta a la arena, las inscriben en sus carnets. Estos preliminares, que atolondran, no dejan de ofrecer una cierta analogía con lo que pasa en la Bolsa de París, de una a tres de la tarde, alrededor de la canasta de los agentes de Cam-

bio. Durante este tiempo ya se ha introducido a los futuros combatientes; se les ha presentado el uno al otro; luego se les arma con una navaja cuidadosamente atada al espolón. Un inspector oficial se asegura de que la operación está bien hecha y que las probabilidades del combate son iguales para cada uno de los atletas. Se cruzan las últimas apuestas; luego se establece el silencio. Los dos campeones, puestos en presencia, fingen primero no apercibirse. Mientras tanto, se acercan lentamente, picoteando la arena; así pasan uno o dos minutos. De repente, como movidos por un resorte simultáneo, se lanzan el uno sobre el otro, la pluma erizada, el ojo ensangrentado. El combate es ordinariamente muy corto, y termina casi siempre con la muerte de uno de los dos adversarios. A veces los dos sucumben casi juntos; en este caso, la victoria pertenece al último sobreviviente. No es raro que las apuestas asciendan a sumas considerables. Las de cincuenta a cien soles son muy corrientes. Los hombres de la mejor sociedad frecuentan este establecimiento. Una fila de elegantes coches se estaciona a menudo en la puerta de entrada.

EL CEMENTERIO

El cementerio de Lima merece ser visitado. Está situado en el extremo oriente de la ciudad, a lo largo de la ribera izquierda del Rímac. Sobresalen suntuosos monumentos de mármol blanco, venidos, mediante grandes gastos, de Italia. Pero la mayor parte de los ataúdes están encajados en varias filas en una muralla espesa, a la moda española. A menudo las fotografías de los difuntos están colocadas bajo vidrio al lado de su inscripción funeraria. Hermosos árboles, macizos de

flores, adornan las avenidas. En la entrada principal hay una gran glorieta cubierta enteramente de flores rojas y violetas, de la *bignonia venusta.*

(Traducción M. S. S.)

LIMA DESPUES DE LA GUERRA DE 1879

POR

MARCEL MONNIER

Monnier es uno de los viajeros que ha sentido vibrar mejor el alma de Lima. Su relato recoge la visión de la ciudad enlutada por la guerra. Ningún cuadro más elocuente que éste, y pocos viajeros que hayan puesto en su descripción más esencia lírica y más caudal de simpatía humana. Se reproducen sólo dos fragmentos.

EL AMBIENTE DE LIMA

¿Qué no se ha escrito sobre esta ciudad exquisita? La historia, la poesía y la novela han hecho célebre su nombre, y sería nimio repetir una descripción tantas veces hecha. A lo más, apuntaré que gran número de viajeros ha tenido la tendencia de no ver en Lima sino la decoración, los juegos de luz y de sombra, la divertida mezcla de razas, los contrastes que ofrecen las calles. No está allí, sin embargo, en mi opinión, el secreto de su encanto indiscutible y de su originalidad.

Esas apariencias abigarradas, ese bullir cosmopolita, son atributos comunes de las ciudades del Nuevo y Viejo Mundo. Se les encuentra, en grados diversos, sobre las dos costas del Pacífico, en San Francisco,

como en Singapur o en Batavia. Lima es más que una hospedería de caravanas. Posee lo que le falta a la mayoría de sus florecientes rivales, en particular a las aglomeraciones norteamericanas: la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas.

A pesar de los cambios políticos, el lazo de las tradiciones subsiste entre la colonia emancipada y la antigua madre patria. Aquel que recorra las calles de Lima, sobre todo, después de anochecer, a la hora propicia de los sueños y de los fantasmas, sentirá ingenuas alucinaciones, en que los personajes del romancero se mezclan con los héroes de la conquista. Se puede creer tan pronto en la Ciudad de los Reyes como en la antigua Toledo, sobre la colina que baña el Tajo, como sobre los bordes del Rímac. Aquí, como en los villorrios venerables de Castilla, las piedras tienen un alma, una voz. Sus cimientos temblorosos repercuten todavía un eco de pasiones lejanas, ruidos de batallas y de fiestas. Por la brecha que abrieron los temblores de tierra o la metralla cuentan los secretos de los muertos, la crónica de una sociedad desaparecida: el juramento de los conjurados para asesinar a Pizarro, la lucha de la Audiencia con los Gobernadores, del poder secular contra el Santo Oficio y las locuras de un Virrey hipnotizado de amor en los brazos de una chola.

Quien ve la habitación conoce al huésped. La casa es indiscreta; es como la saya que oculta a la mujer herméticamente, pero se cuida de acentuar sus líneas. La puerta maciza y enjaezada de hierro, semejante a la de una prisión o a la de una fortaleza, no está nunca lo suficientemente cerrada para no dejar entrever el patio interior y un lampo de luz rubia entre el verde y los mármoles. Mirad esta fachada. Ornamentos de todo

género se enredan sobre un fondo rosa o azul bajo; festones y guirnaldas, flores y frutos, atributos mitológicos mezclados con emblemas religiosos, curiosa alianza de lo sagrado y de lo profano, del Olimpo y del cielo; el tirso y la cruz, grupos de santos en éxtasis sobre una orla que desenvuelve un vuelo travieso de amores. Y debajo del friso en que los querubines tocan el laúd o la tiorba, trepan los demonios gesticulantes. La casa revela al que la habita. La adivinaréis detrás de las celosías cerradas, en el marco de los pesados balcones. Es la limeña: marcha ondulante, grandes ojos negros, ya brillantes bajo el aleteo del abanico o recogidos sobre el lento desgranamiento del rosario; elegancia envuelta en la manta severa de la beata, piedad ferviente, gracia mundana, frivolidad ensombrecida por algún escrúpulo, gravedad que una pequeñez hace sonreír.

Si ha habido alguna vez fama universal, incontestada, ha sido por cierto la suya. Todos los literatos la han consagrado, en prosa o en verso. Bajo la palabra de su panegirista, no hay nadie que no haya soñado en la pálida limeña como el tipo acabado de la belleza criolla. Y el proverbio se equivocaría esta vez al decir que todo sueño es mentira.

LA HUELLA DE LA GUERRA

A pesar de sus aires de fiesta, las huellas de la última guerra están, sin embargo, bien visibles en la capital y sus alrededores inmediatos. Inadvertidos al principio para el extranjero, llaman bien pronto su atención, por poco que prolongue su estadía. A tres o cuatro leguas hacia el Sur están los escombros de Miraflores y de Chorrillos, el Trouville peruano: un montón de despojos informes marca el emplazamiento de las casas de

campo alineadas a lo largo de esta playa espléndida. Todo lo que el enemigo no pudo llevarse fué aniquilado. Los demoledores pusieron en obra la mina y el hacha. Hicieron saltar los muros, talaron los bosques, y, con este combustible, unido a las maderas de muebles hechos pedazos, alumbraron grandes fogatas de fiesta.

Bastarán dos o tres años, estoy seguro, para hacer renacer de sus cenizas estas desgraciadas poblaciones, para devolverles su animación y la holgazanería ocupada de los veraneos a la moda. Pero cuando yo las visitaba tenían la solemnidad sombría de las ruinas desmoronadas por el tiempo. La desolación parecía tan completa, tan definitiva, como en la antigua Pachacamac, la ciudad de los peregrinos, cuyos templos y tumbas, derribados, desvalijados en interés de la ciencia o de una especulación vergonzante, amarillean un poco más lejos la pampa de la Tablada. Algunas horas de pillaje habían hecho tanto como los esfuerzos asociados de los siglos y de los hombres.

En Lima misma, en los barrios elegantes, pequeños defectos atestiguarían, disimulados bajo exteriores brillantes, la miseria pública, la derrota reciente, la bancarrota. Descubriréis un pedestal sin estatua, una fuente privada de sus náyades y de sus tritones, un palacio decapitado de su friso de mármol. Bronces y bajos relieves, coleccionados por el vencedor, decoran en la actualidad las plazas de Santiago o de Valparaíso.

LIMA REPUBLICANA

POR

JORGE BASADRE

Historiador y sociólogo, Jorge Basadre es el más destacado cultor de la historia nueva en el Perú. En libros medulares por la documentación y la hondura del análisis, ha estudiado el proceso del caudillaje y de la multitud en la historia peruana. La iniciación de la República, *que abarca el período anárquico de 1827 a 1839, es obra fundamental en nuestra historia sobre etapa por nadie desentrañada;* La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú, *un vasto ensayo de interpretación del alma colectiva, hecho a intervalos, con método de sociólogo y levedad de cronista, y su* Perú, problema y posibilidad, *la mejor síntesis de la evolución de las ideas y de los hechos en el lapso republicano. Del segundo de estos libros, extraemos una visión de Lima que concierta en lírico desorden todos los contrastes pintorescos entre los usos coloniales y los republicanos. La más genuina expresión de esa época montonera era el "cierra-puertas", que Basadre describe con exactitud y vivacidad.*

Pero no es la mujer lo único que alegró aquella vida, a pesar de que los nostálgicos de la Colonia la veían en plena decadencia. Lima conservaba su ambiente de fiesta: amaba las corridas de Acho, en las que nació la "suerte nacional", hecha de esguinces de un hombre a caballo frente al toro, y que entraron en competencia con la ópera italiana cuando, entre 1840 y 1844, se difundió el gusto por ella; las funciones de ópera y de drama primero, de zarzuela y de ópera bufa después; las jugadas de gallos, los nacimientos de Navidad, los títeres y volatines, los fuegos artificiales, las procesiones, los paseos a Amancaes. Las procesiones más importantes eran la de Santa Rosa, donde las guirnaldas de rosas blancas y rojas que festoneaban las sa-

yas femeninas parecían anunciar la primavera, y la de Corpus Christi, en que se sumaba a la multitud el Presidente de la República, cirio en mano y la cabeza descubierta, seguido por todo el clero de Lima, por mujeres de toda condición, por las cofradías de esclavos, por



La plaza de los "pronunciamientos", los tumultos y las procesiones.

el ejército entero, mientras al pasar las andas recamadas, de los balcones, adornados profusamente, llovían flores sobre el cortejo, y al rumor de los cánticos y de los rezos se sumaban las fanfarrias militares y el tronar de las salvas de artillería. En algunas procesiones estilábanse también los gigantes, figuras colosales de madera, dentro de las cuales iban hombres cargándolas; la danza de los diablos, compuesta por negros y sirvientes, vestidos de modo extravagante, cubiertos los rostros con máscaras de diablos y animales, bailando desa-

foradamente y con rudo estrépito, y la danza de moros y cristianos, donde con el propósito de celebrar las bajadas y posturas de las cruces de los cementerios de las parroquias en mayo, reuníanse los negros aguadores y se dividían en bandos en medio de declamaciones soeces y jolgorio estragado, supervivencia quizá de añejos "autos sacramentales" a la vez que eslabón para el *folk-lore* y el teatro peruanos. Los carnavales se jugaban con frenesí, rompiéndose con este pretexto una serie de controles sociales y cayéndose en lo licencioso: invadían turbas de jóvenes con botellas y pinturas cualquier casa, la seguridad del transeunte peligraba, exhibíanse turbas empapadas y pintadas, las calles volvíanse charcos, los balcones cataratas. Los paseos a Amancaes se realizaban desde el día de San Juan, cuando empezaba a florecer en las lomas la amarilla flor que al iniciarse la estación húmeda anuncia la vegetación; en la llanura, cubierta de carpas, el son de las guitarras se unía al hervor de las cocinas; los bailes, de ademanes ya sensuales, ya grotescos, con las viandas suculentas y el aguardiente embriagador, y en los desfiles, de regreso, los hombres y las mujeres, los carruajes y las cabalgaduras—señoriales caballos de paso cuyos jinetes exhibían su garbo—, llevaban triunfalmente la flor campesina. Pero al mismo tiempo primaba un espíritu cerrado y pequeño. El estatismo social da lugar a los dos tipos más pintorescos que exhibe la literatura de entonces: Ña Catita, la beata chismosa, y el Niño Goyito, que pintó Pardo, en quien se encarna el conservadorismo, el retardarismo, el limeñismo, enemigo del viaje y del intercambio, la "candidez" engreída y mimada que hay en las clases altas limeñas. Cuando la imaginación evoca aquella época, se detiene en los portales o en el puente; ellos son para Lima el centro de

reunión que después se desplazó al jirón de la Unión y al Paseo Colón. Y allí, en los portales o en el puente está también otro tipo fundamentalmente de Lima de entonces: el indefinido, el estratega de corrillo, el crítico omnisapiente del Gobierno, el que inventa o propala las "bolas". Y todavía hay otros personajes más para completar este tinglado: los pregoneros, ya sea de tamales, de flores, de "mixturas" de agua. Y también el gallinazo, que realiza las funciones higiénicas, y que orla el cielo lechoso, las torres de las iglesias pobladas de repiques, las portadas de las casonas. Lo típico de Lima podría sintetizarse entonces: tapada+Goyito+Ña Catita+indefinido+pregonero+gallinazo.

El "Cuco" de Lima fué en la Colonia el pirata o el corsario; en la República lo es el montonero. El camino a Chorrillos, lugar preferido por el mar y por el tapete, también verde, está convertido en una cueva llena de asechanzas; también el del Callao, y más aún el de las haciendas vecinas: a veces los montoneros entran a la capital misma e interrumpen las tertulias.

En cuanto a la política, en la mayoría de los casos la capital fué pasiva frente a los pronunciamientos de cuartel que en ella estallaron (1827, en contra de la Constitución vitalicia, a pesar de que hubo manifestaciones *a posteriori;* 1829, por La Fuente; 1842, por Torrico; 1856, por Fermín Castillo), estado de ánimo encerrado en unas estrofas de Felipe Pardo y Aliaga:

> Y apenas tienen del motín barrunto
> gritan los ciudadanos: "¡Cierra puertas!",
> y calles vense y plazas en el punto
> como por golpe eléctrico desiertas.
> ¿Qué extraño, pues, que el mandarín presunto
> las puertas halle del Poder abiertas,

si al anunciar su criminal empeño
sólo tranca las suyas el limeño?

Ningún momento más original en este sentido que el que transcurrió en enero de 1835. La guarnición dejada por Salaverry, antes de iniciar su campaña final contra Santa Cruz, se retiró a guarecerse tras de las murallas del Callao ante la noticia del avance de tropas enemigas. Marinos ingleses, franceses y americanos resguardaron el orden. El populacho, en cuyas tendencias al saqueo se había basado muchas alarmas siempre (sobre todo, en lo que respecta a los negros y demás gente de color), reveló antes y después gran continencia. Desde meses antes, Lima había estado sufriendo mucho: revoluciones sucesivas, los montoneros acentuando su condición de mal endémico en los alrededores, exacciones y violencias de Salaverry, abandono posterior. Todo ello había suscitado un estado colectivo de nerviosa inseguridad, de susceptibilidad mórbida. Una nube de polvo o el humo de ramas secas quemadas en las haciendas vecinas eran para la gente sendas señales de escaramuzas o de peligros. Si venía un negrito galopando en su rústica cabalgadura por los callejones cercanos, no faltaba algún pregonero que daba la alarma. "¡El negro Escobar y los montoneros!" Se oía un ruido confuso de portones, cadenas y trancas en las casas, y las calles quedaban abandonadas como en una ciudad muerta. León Escobar, el negro montonero, que, según es tradición, llegó entonces a sentarse por un día en el sillón presidencial, a consecuencia de esa situación equívoca, hasta que aparecieron las tropas santacrucinas del general Vidal, fué, por fin, cogido y ejecutado en la Plaza, bajo los balcones del Arzobispado; debajo de ellos, el día anterior, había paseado caraco-

leando en un hermoso caballo negro sacado de las cuadras del Arzobispo.

Otras veces estallaron tumultos capitolinos con anuencia del Ejército: así en abril de 1831, cuando pobladas embriagadas se pasearon poco antes de que el Prefecto Eléspuru, coludido con doña Francisca Gamarra, enviara tropa a casa del Vicepresidente La Fuente para apresarlo, escapando La Fuente por los techos, merced a la serenidad de su esposa, que detuvo por algún tiempo a los apresadores; en abril de 1844, la muchedumbre se congregó debajo de los balcones de la casa del Vicepresidente Figuerola, instándole para que dejara el mando, pues la opinión del país quería la presidencia de Vivanco, a lo que Figuerola accedió, mandando a su hija que arrojara la banda por el balcón; en noviembre de 1865, un tumulto en la Plaza de Armas, instigado por el Ejército, bastó para que Canseco, encargado constitucionalmente del Poder supremo, dejara a Prado con el carácter de dictador, tal como lo reclamaba la situación del país frente al conflicto con España.

LA LIMA EN QUE VIVIO PALMA

POR

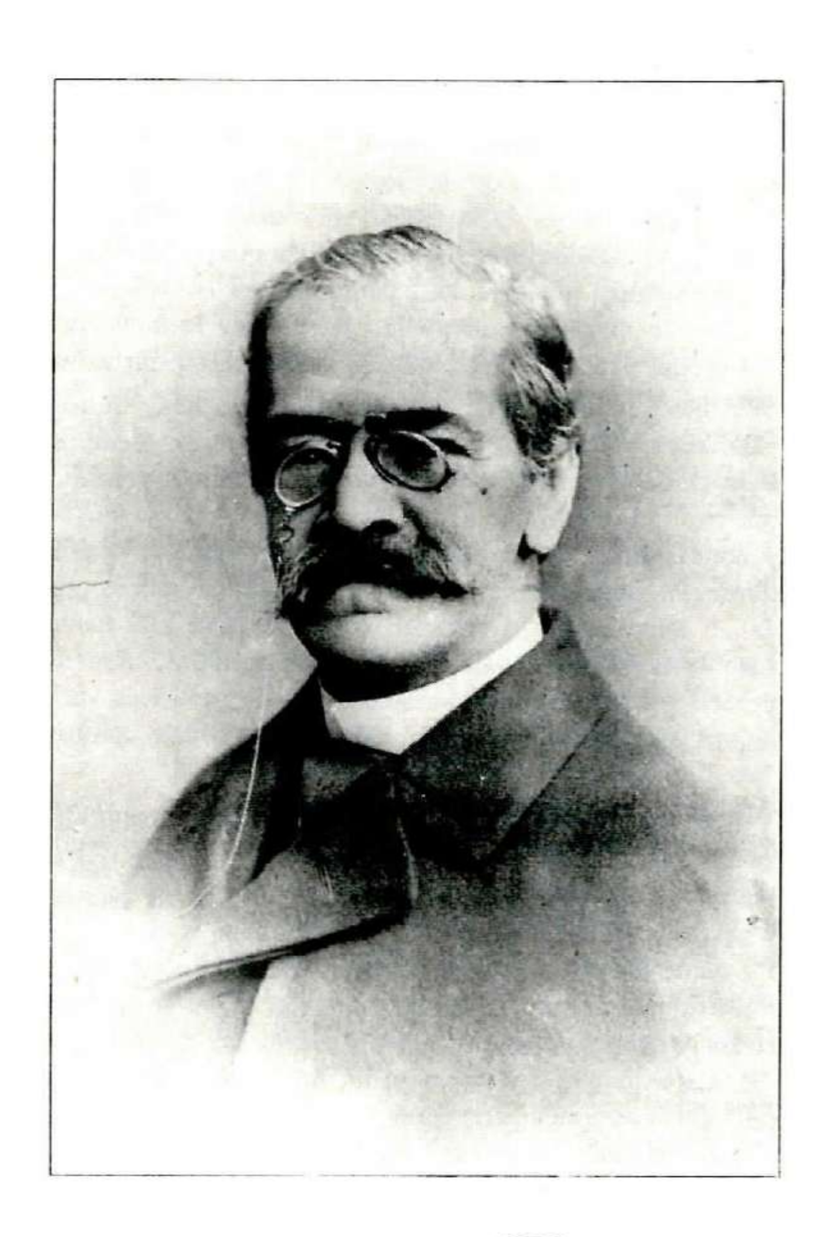
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Luis Alberto Sánchez es crítico literario y periodista ya consagrado en América. Sus estudios sobre literatura peruana y sobre la novela en América son los más difundidos. En su libro juvenil Los Poetas de la Colonia *descubrió gran parte de la literatura colonial. Ha escrito luego exégesis de Palma y de González Prada, esta última titulada* Don Manuel, *verdadero acierto de biografía novelada. Su obra*

sobre literatura peruana, de la que han aparecido dos volúmenes, contiene, dentro de un moderno esquema y una amplia concepción del fenómeno literario, que abarca toda la cultura, un panorama completo de nuestra vida espiritual. Discípulo de González Prada, Sánchez lleva a la crítica y a la historia una actitud beligerante y polémica. No le es extraña cierta dosis de antilimeñismo, y de anticolonialismo, sobre todo. El ha creado para los cultores del pasadismo colonial el mote de perricholistas, *y el de* perricholismo *para la virtud correspondiente. No obstante, es un limeño auténtico y el mejor hurgador de los centones de poesía colonial. En punto a literatura como a limeñismo, Sánchez reivindica la tendencia popular, la fresca vena espontánea, sin el almidón de los clásicos. Suya es esta visión rápida, colorida, de agilidad periodística, de la Lima en que vivió don Ricardo Palma.*

Palma vivió una Lima singular. La abarcó en toda la plenitud de su historia. Basado en sus lecturas, supo resucitar las épocas conquistadora y virreinal; la emancipadora la conoció tanto por los libros cuanto por las consejas y por lo que sus absortos ojos de niño sorprendieron en las calles de la capital, recién independiente.

Nació Palma, como he dicho ya, en los años inmediatamente posteriores a la gesta libertadora: nueve después de Ayacucho. Alcanzó, por consiguiente, la agitación nacional en pos de una Constitución definitiva. El año 33 señala las postrimerías del poder de Gamarra. Dos años después contemplará el surgimiento de Salaverry y el alborear de la Confederación. Los recuerdos del niño Palma identificaron a Lima con la caída de los santacrucinos. La ciudad era aún triste y pobre. No habían pasado las inquietudes de la guerra, y la revolución perenne, excepto en el período de Gamarra, llenaba de zozobra a los pobladores. Se vivió en constante sobresalto. Los días transcurrían monótonos como en aldea dormida. Al leer las obras de Segura se comprende cuál era la existencia limeña de entonces. Primaban los militares, engreídos por sus triun-



Ricardo Palma

fos de la campaña emancipadora. La Policía temía los asaltos de los bandidos, porque la miseria y la agitación habían favorecido la formación de montoneras. En los alrededores de la ciudad merodeaban bandas de forajidos. Cuando sonaba un tiro en cualquier portada, temblaban los vecinos, pensando en un probable asalto. La autoridad no podía preocuparse lo suficiente del orden, porque antes tenía que atender a su duración. Si Alberdi dijo en sus *Bases* que el primer deber de los Gobiernos americanos es el de poblar, en estos tiempos el principal deber era el de durar. Durando, se pensaba que era posible cimentar la paz, como lo había ensayado Gamarra, y lo ensayaría luego Castilla. Y por durar, los demás servicios que no fueran los bélicos andaban descuidados. Como un consuelo para esa época turbulenta, recordamos la frase de Seignobos, el ponderado profesor francés, quien ve en las revueltas sudamericanas manifestaciones de una vitalidad exuberante.

Era tipo frecuente el "Sargento Canuto". Andaba suelta "Ña Catita", la criolla zurcidora de voluntades, nuestra trotaconventos, la Celestina limeña, de parche de papa salada en las sienes y puchito en boca. En la Plaza de Armas, bajo los portales, cuando no existía el absurdo panorama de los parquesitos ingleses en esta tierra tropical, se juntaban los politiqueros a rumorear de conjuraciones. "Fulano se ha levantado en Arequipa" era voz limeñísima, que Palma aprendió en la infancia. Y así, por cierto mentido recato, en voz baja, pero no lo suficiente para que el rumor no circulara pronto, con la costumbre del "secreto a voces", el chiquillo iba formando su imaginación, propensa a levantar castillos y vestir de fantasía pedestres realidades humanas...

Las casas de la ciudad eran grandes, de ese estilo del último siglo colonial, o, mejor, de la primera edad republicana. Casas anchurosas, de patio y traspatio, corralón con pesebrera, de puerta enorme y dos ventanas de reja, en las cuales pelaban la pava los enamorados. Palma, nacido en una de esas casonas de la calle de Puno, se trasladó luego a unos altos en el Rastro de San Francisco, cuyos balcones de cajón, corridos, con celosías de madera, ofrecían campo propicio a sus travesuras: ahí fué en donde, una de esas noches inquietas en que se sabía que Gamarra y los chilenos andaban cerca, oyó un trote de caballos, y, fiel a las convicciones de su padre, lanzó el "¡Viva Santa Cruz!" que el ya viejo mariscal recordaría, después de casi treinta años, en su retiro de Versalles.

Ese año 39, Lima experimentaba algunas reformas. Se fundaba un diario, que hasta ahora existe, *El Comercio,* y dos años después, un colegio que es el primero de la República: el de Guadalupe. No cesaban, por eso, las inquietudes. Los orbegosistas, que eran muchos; los enamorados de la trágica gloria de Salaverry, los partidarios de la Confederación, los nacionalistas recalcitrantes, no veían con buenos ojos el triunfo de Gamarra, Castilla, Pardo, etc., ayudados por los chilenos de Bulnes, y andaban a salto de mata, en complots de café, sembrando alarma entre los vecinos. Así también, en las portadas era mayor el espanto. No se contentaban los bandoleros con su reinado en la Tablada de Lurín y Piedras Gordas, sino que hacían incursiones a la capital. Por Guía entraron muchas veces entre las sombras de la noche, a favor de un grito partidista, y saquearon a algún tendero acomodado.

A la luz de los mecheros, Lima presentaba un aspecto de leyenda. Las calles eran apenas concurridas,

pasadas las seis de la tarde. En Juan Simón concluía un lado de la ciudad. No había sido construído ninguno de los barrios principales de hoy. Ir a Chorrillos era ya una empresa grave. Generalmente, tal viaje se hacía en carruaje y con temor de que los forajidos que merodeaban por Villa hubiéranse dado un paseo más cercano. Corrían las acequias por las calles, y ahí jugaban felices los muchachos. En tal ambiente pueblerino, sólo la mujer ponía su nota inconfundible de gracia. Era pícara la tapada, tras de su rebozo, lo mismo al asaetar a un Fulano que bailaba en alguna fiesta, que al contestar a los piropos. Triunfaba en la calle, con el fulgor de sus ojazos, lo menino de su estatura y la brevedad de su piececito proverbial. Así aprendió don Ricardo a sentir por la limeña la devoción que se manifiesta en sus *Tradiciones*...

El piropo era flor encendida y espontánea que subía del corazón a los labios. Los sembraba el taconeo de las limeñas embozadas, sus miradas de fuego, el capulí de su tez. Al caer la tarde, mientras el farolero, escalera al hombro, corría por las calles, encendiendo los mecheros, en las ventanas de reja a favor de la penumbra, enamoradas parejas pelaban la pava, olvidadas de todo, como si pertenecieran a otro mundo. Mientras tanto, el aire se poblaba de pregones y cantares. Pregón del "rosquetero", que rimaba sus anuncios. Cantar de los chiquillos del barrio tras del "farolero de la esquina'el Sol". Y en la noche, serena como todas nuestras noches costeñas, más de una murga o estudiantina llenaba la calle de endechas y súplicas, con la serenata a la enamorada.

Interrumpía aquella égloga el pasar de tropas y el arrastrar de pesados cañones de mecha, que se cargaban por la boca. En la quietud de la ciudad, el alerta de

los centinelas despertaba a muchos temerosos, y la lengua de bronce de las campanas no cesaba de anunciar prodigios celestes.

De pronto, la paz quedaba rota. Una voz traía alguna nueva alborotadora, y automáticamente, entre un revuelo de voces, se clausuraban los portones, haciendo un estrépito formidable. Era el cierrapuertas típico. ¿Qué pasaba? Palma tenía apenas nueve años, cuando en Lima reinó un espanto enorme al saber que, de un balazo, al empezar la batalla, había caído muerto Gamarra. Palma era enemigo de éste, por tradición de familia, pero todos sintieron en el alma esa tragedia. Sobrevino el caos, y ya no hubo égloga ni pelar la pava, porque se temían asaltos y revueltas. La voz de los serenos no acallaba los continuos disparos que se oían. ¡Vidal, Torrico, Menéndez! Entre el pánico, cierto día, un bandolero osado y negro entra a la ciudad, aprovechando de la ausencia del Presidente, y se sienta tranquilamente en la silla presidencial, siendo Jefe del Estado por algunas horas. Otro día es un Presidente interino el que, harto de presenciar escándalos y de escuchar diatribas, manda a su hija arrojar la banda presidencial por el balcón de su casa—calle de Plateros de San Agustín—a la turba que se había congregado en son de protesta. Y se duerme otra vez, sin acordarse de la multitud, que lleva la banda en triunfo, creyendo que con eso ha reconquistado su soberanía...

Lima está loca de revueltas, reina el caos. Cuando Castilla vence a Vivanco y se impone, nuevamente comienza a retoñar la ciudad, y las mujeres llenan las calles con sus polleras amplias, sus mantillas caladas, sus ojazos enormes, sus pies diminutos. Pero no cesan los bochinches. Los estudiantes de San Carlos andan en pleno alboroto, porque los hay que siguen las hue-

llas de su Rector, Fray Bartolomé Herrera, y otros que prefieren el liberalismo del joven don José Gálvez. Entre la lucha liberal y conservadora, Lima vive exaltada. Palma, que es primero vivanquista y luego liberal, se acostumbra así a aquilatar mejor el espíritu de su ciudad.

Sobrevienen los días de la Convención. No hay tarde en que los "vivas" y los disparos demasiado entusiastas no lleven la zozobra a las familias. La Convención quiere reunir todos los poderes, y Castilla se ríe socarronamente. Como consecuencia, se echa en brazos de los conservadores. Y aunque se haya suprimido la pena de muerte y los negros, recién libertados, aprovechen las circunstancias para dejar oír sus clamores y su replana, el Perú vuelve a tener una Constitución conservadora.

En ese ambiente, Castilla afronta sublevaciones. La del general Castillo es una de las más serias. Un grupo de exaltados trama una conspiración, con Gálvez a la cabeza. En un rapto de furor asaltan la propia casa de Castilla, en Lima. Como consecuencia reinan días de persecución y pavor. Palma hubo de emigrar a Chile.

La ciudad ofrece un aspecto curioso. Desaparecen los "cajones" o tenduchos de uno de los costados del Palacio de Gobierno. Como avanza la renovación, se piensa en dotar de comodidades modernas a Lima, en suprimir las acequias y darle desagües.

Pero no ha nacido para vivir tranquila la ciudad. No tarda en verse envuelta en agitaciones tremendas. Palma asiste a la efervescencia, cuando se anuncia la proximidad de la llegada de la escuadra española, ya que estaba ausente cuando se crispó el Perú contra el Tratado Vivanco-Pareja, y los carolinos tuvieron la osadía de salir a una ceremonia oficial con crespón de

duelo sobre sus escarapelas nacionales. El cañoneo del Callao el 2 de mayo del 66 produce una conmoción terrible en Lima. El triunfo enloquece a las gentes, si bien se atempera la alegría con el dolor de ver muerto al héroe Gálvez. Nuevamente vive Lima la inquietud de la montonera. Más tarde tiene que presenciar la más dolorosa visión del derrocamiento de Balta, de quien había sido secretario Palma, seguido de su fusilamiento inicuo por los Gutiérrez; la furia popular contra los cuatro hermanos usurpadores; la "Lección"—así la denominó un político desde los balcones del Club de la Unión—que significó la masacre de tres de los hermanos y el sangriento epílogo de esa aventura absurda.

Presencia mucho en su Lima. Asiste a la agonía del 81, cuando las mujeres se aprestaban a defender sus hogares, mientras los hombres combatían en Miraflores. Ve destruídos muchos monumentos, entre ellos la Biblioteca Nacional. Pero le toca contemplar, tres años después, su renacimiento.

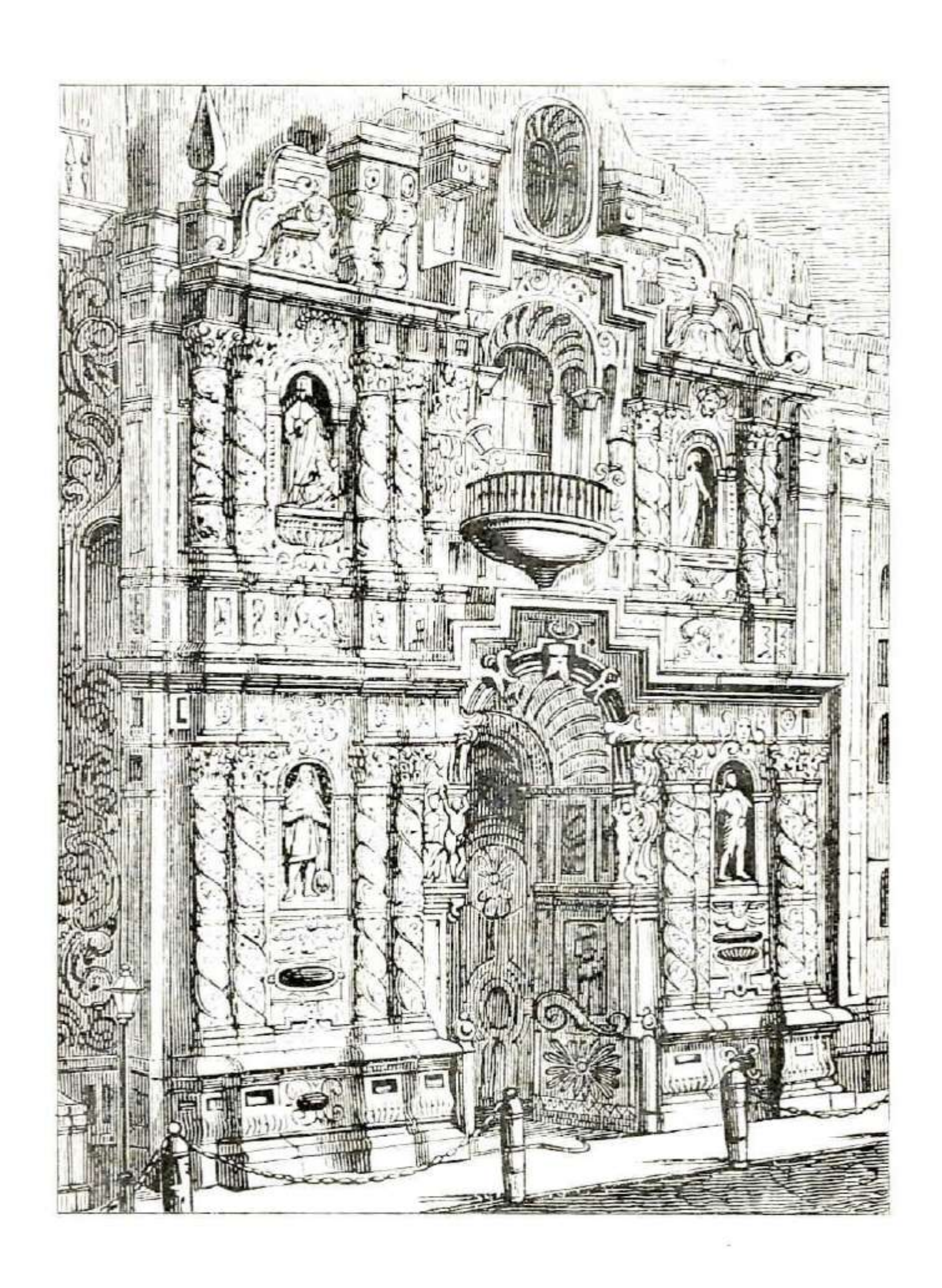
Lima enmudece durante la ocupación. Aquellas bellezas que se ven en el libro de Fuentes son ocultadas por temor a la rapiña chilena, y otras desaparecieron en los asaltos de éstos.

La ciudad extendía su radio mucho más lejos que antes. Se vivía con criterio de cierta modernidad. Nuestros teatros acogían a figuras de primera fila. Sarah Bernhardt prestigiaría al Politeama; Adalguisa Gabbi vendría luego a regalarnos con su voz. Celebridades de todo género llegaban a la antigua sede virreinal. Pasada la época de la ocupación, Lima recuperaba su prestigio de antes, nimbado esta vez por el dolor. Así como durante la ocupación desaparecieron las fieras del Parque Zoológico, llevadas como inocentes rehenes a Chile, y hubo que pintar las puertas de bronce de la Pe-

nitenciaría para que no desaparecieran en garras de la voracidad del invasor, y se desarmó el ingenioso reloj de Ruiz, que al dar las horas dejaba aparecer soldados y escuchar bandas militares, para que los chilenos no lo pudiesen armar en su capital, y quedó sin libros la Biblioteca Nacional, y no se abrieron las puertas de muchas casas, y en algunas plazuelas se ven cruces negras, testimonio de algunos fusilamientos de peruanos patriotas, y se impusieron cupos de guerra a los vecinos notables, así, pasada la ocupación, no reinó alegría, pero se sintió que había nacido una conciencia nueva, y por eso, sin duda, Lima no miró con buenos ojos a las tropas de Iglesias, que habían sido respetadas por los chilenos después del grito de Montán, y se volvió cacerista, fervientemente cacerista, cuando se supo que el Brujo de los Andes se había levantado en armas contra Iglesias.

Por ese entonces, en el Gobierno de Cáceres, el Padre jesuíta Cappa publica una antojadiza historia del Perú, y Palma arremete violentamente contra él. Como resultado, los jesuítas fueron expulsados del país. Un día, Cáceres va a visitar la Biblioteca, y, asombrado de la prontitud con que Palma le da cuenta de los libros, le pregunta: "¿Y usted ha leído todos estos volúmenes?" "Dos veces, sí, señor", responde socarronamente don Ricardo...

Pero ocurren los sucesos siguientes a la muerte de Morales Bermúdez, y el país se levanta contra Cáceres. Piérola encabeza la coalición cívicodemócrata. Después de dos años de lucha, Piérola y la montonera se acercan a Lima. El ejército de Cáceres, intacto, con sus kepis rojos, espera el ataque. Los montoneros, una mañana, el 17 de marzo del 95, se lanzan por Cocharcas y arrollan a los soldados del Gobierno. Otras mon-



Fachada de la iglesia de la Merced.

toneras entran por diversas portadas. Cáceres utiliza un buen blindado que cañonea el camino de Lima al Callao. Los montoneros se estacionan en la Plaza del Teatro. De las casas de Lima abalean muchas veces a los soldados. Los techos se vuelven trincheras. Las torres de las iglesias, atalayas ocupadas por las tropas, unas; otras, por los revolucionarios. Un cañón se instala en la Plaza de la Salud, otro en la del Teatro, otros en la de Armas, y así en muchos lugares. Los vecinos de Lima tiemblan de espanto al escuchar el cañoneo. Durante dos días no cesa el combate en las calles. Los soldados pelean contra los montoneros y contra enemigos invisibles. Cuentan que Cáceres salió del Palacio para dirigir el combate, pero que llovieron sobre él balas de ignorados puntos, y sus ayudantes le obligaron a retirarse, a él, al héroe de la guerra con Chile, al Brujo de los Andes, al último en resistir al enemigo. ¡A los dos días de combate, el Delegado apostólico salió a la calle, presidiendo una procesión, para pedir tregua! Fué concedida ésta, con el objeto de retirar los muertos. Luego se convino que Cáceres dejaría Lima y que el Poder sería asumido por una Junta de Gobierno. Dos mil cadáveres quedaban en las calles. Durante muchas semanas, el hedor fué insoportable. Pero los limeños celebraron con júbilo el advenimiento de Piérola, ídolo popular desde que era ministro de Balta, y luego, cuando, a bordo del *Huáscar*, resistió el ataque de los dos buques ingleses: el *Shah* y el *Amethiste*.

Al punto empieza la modernización de Lima. Contra la oposición de muchos, Piérola lleva adelante el proyecto de trazar el paseo Colón. Lanza la idea de la avenida de la Colmena. Moderniza los servicios en general. Da vida a una Lima nueva. Y comienza a ser capital la nuestra.

Aún ve Palma mucho más. Asiste a la organización del Ateneo de Lima y de la Academia Peruana de la Lengua; al Parlamento, como senador por Loreto; a la Logia del Perú, como masón distinguido; a la Biblioteca en que pasó veintiocho años, como director. Conocía todos los vericuetos de la ciudad. Gran amigo de algunos frailes sabios, hurgó en todos los archivos conventuales. Y así llegó a asistir al advenimiento del nuevo siglo, en que Lima celebró fiestas ruidosas.

Ya no se pelaba la pava sino en ciertos barrios. Los antiguos Bancos nacionales—el de Lima, el de la Providencia—habían dado paso a Bancos extranjeros. Poco después se estableció el servicio eléctrico de tranvías, y luego el de alumbrado. Desapareció el farolero de la hora del crepúsculo, y los escuálidos jamelgos de los tranvías cedieron el paso a la electricidad. Como una bestia ignota surgió el primer automóvil. Fueron menos numerosas las cometas en los aires, y menos también las peleas entre colegio y colegio. El día de San Juan ya no vió Amancaes el mismo cortejo de otrora, ni matizó la ciudad con su amarillo-violeta la simbólica flor de aquellos días... El mozo cunda cayó en descrédito. Contra la "palizada" empezaba a erguirse el criterio de autoridad. Desierta y muda, la plazoleta del Cercado no volvió a ver las romerías alegres de antaño. Y no fué menester que la víspera de las elecciones se encerrara a los capituleros para soltarlos, "a buena presión de pisco", el día de los votos. Se abrió la avenida de la Colmena. De la fachada de la iglesia de la Merced desaparecieron las columnas salomónicas y la portada barroca. Una noche voló al cielo el ángel de oro que se erguía sobre la pila de la Plaza Mayor. La piqueta demolió viejos rincones. El callejón de Petateros se volvió pasaje Olaya. Las huertas del Chiri-

moyo se convirtieron en barrio bullicioso. En donde soledad reinaba, en la Victoria, nació una población bulliciosa. En cambio, poco a poco, decaía el prestigio del antiguo barrio de Abajo el Puente. Ante aquella transformación, Palma, desorientado, se retiró a Miraflores, después de la apoteosis de una noche en que recibió fervoroso homenaje. Y no volvió a su ciudad hasta que le trajeron las fúnebres mulillas del último paseo.

La ciudad se estaba renovando más.

LA LIMEÑA

POR

RICARDO PALMA

Tiene en sus ojos rara fosforescencia,
y en su color, del alba la transparencia;
en su talle hay lo esbelto de árbol lozano,
es turgente su pecho, su pie es enano
y al andar, con la gracia se enseñorea
del clavel que en su tallo se balancea.
Si sonríe, acaricia; si ríe hechiza;
la palabra, en su boca, se poetiza:
tiene son de divinas arpas eolias,
perfumes de azahares y de magnolias.
No siempre es grácil palma que se doblega
al viento que sus hojas, versátil, riza;
razonadora a veces; otras, fe ciega
domina en sus creencias espirituales,
o es fatalista, como las orientales.
Otras se manifiesta sultana altiva,
ora violeta humilde que el sol esquiva,

y hasta en su ingenio, si éste se desmenuza,
es tanto castellana como andaluza.
Lo grave de Castilla, con cuanto cría
de sal en sus salinas Andalucía
se juntó en la limeña, que en esta playa
ni Galicia, ni Asturias y ni Vizcaya
se aclimataron. Poco fruto de amores
dieron aquí los vascos conquistadores.
¡ No !, no mintió el que dijo que es la limeña
azúcar refinada, sal levantisca,
espuma gaditana, luz madrileña,
cual fué Lima en los siglos a éste anteriores,
ciudad medio cristiana, medio morisca,
ciudad de celosías y de pebetes,
y de góticas torres y minaretes,
en que al par goda y árabe, seria y sencilla,
su Catedral remeda la de Sevilla.
Del helénico tipo y el bizantino
guarda el perfil limeño lo peregrino;
de la Venus romana, la gentileza
resalta en los contornos de su cabeza,
y negros, misteriosos, rizos y bellos,
sobre la ebúrnea espalda caen sus cabellos.
Búcaro en que armonizan cien flores varias
la limeña armoniza cosas contrarias:
ya es peña inconmovible que el mar acosa,
ya tiene veleidades de mariposa,
ya algo de lo esplendente de los querubes,
ya mucho de lo vago que hay en las nubes.
Sus pasiones, a veces, son huracanes;
en su desdén hay algo de nieve andina;
su amor esconde el fuego de los volcanes,
deslumbra, atrae, se impone, quema y fascina.
Generosa, abnegada, caritativa,
siempre risueña y ágil, siempre expansiva,
lo mismo en los festines está del mundo
que junto al triste lecho del moribundo.
Siempre a dar al mendigo, débil o anciano,
la limosna bendita, pronta su mano,
y en toda desventura que al alma toca
palabras de consuelo tiene su boca.

MUÑECA LIMEÑA

POR

LUIS FERNÁN CISNEROS

Lima es un divino taller de muñecas:
Susanas, Marías, Mercedes, Rebecas...
Lazos pompaduris.
Olas de batistas, organdí, guipuris.
Venenos fragantes de Coty en las calles.
Candor en los talles.
Pupilas tamañas.
Tamañas pestañas.
Sonrisa en los ojos. Luz en la sonrisa,
como Monna Lissa.
Boquitas de grana
que parecen puntos sobre porcelana,
con labios jugosos
de besos ociosos
que al hablar se asoman con promesas de esas
que, después de mucho, sólo son promesas.

Las calles limeñas son como vitrinas
de muñecas finas,
y es en Mercaderes
donde estas muñecas parecen mujeres
por el suave paso
con rumor de raso,
por el contoneo,
por el silabeo,
por la gentileza de la aristocracia,
por toda la gracia
con que desde lejos
miran los reflejos
de sus lozanías
sobre los espejos
de las joyerías.

Los hombres se agolpan allí en las aceras,
igual que curiosos ante las vidrieras,
y el piropo es cinta que se arremolina
como serpentina
de giros veloces,
entre cuyos roces
suele arder la chispa de los celos fieros
de los caballeros.
Y ellas pasan, pasan, gráciles muñecas,
Susanas, Marías, Mercedes, Rebecas,
todas ignorantes de esas desazones,
todas empinadas sobre los tacones,
crespas las pelucas,
rosadas las nucas,
tímido el saludo,
la pulsera esclava del brazo desnudo,
sin ansia, sin prisa,
en la mano el nácar de un libro de misa,
o si no un breviario de Rubén, poeta,
o si no, sombrilla, o si no, raqueta.
Muñeca limeña, qué bonita eres,
y cómo te quiero porque no me quieres...
Mis ojos limeños, tocados de inquieta
nostalgia secreta,
cuando no te miran, crean tu silueta,
graciosa, tranquila,
destacada en lila
sobre la penumbra de la sala quieta,
sonriente, sola,
reclinado el brazo sobre la consola
donde luce, abierto para tu ufanía,
el álbum que guarda tu genealogía.
¿No arranca tu porte
de esa, ya brumosa, menina de Corte
que un día viniera, llena de zozobras, sobre la velera
nao en que volcaba Felipe Segundo
sus adulaciones para el Nuevo Mundo?
Allí está en el óleo la marquesa linda
de boca de guinda,
bucles empolvados
y ojos azorados,

emergiendo leves del globo de encajes,
ante el negro fondo de los cortinajes.
¿No era Andalucía
de donde venía?
Y en tus ojos negros, ¿no está todavía
La luz del alfanje de la Morería?

¿Y no fué ella madre de esotra marquesa,
devota y traviesa,
de arqueada pestaña,
muñeca del Rímac de labios de fresa,
vestida con blondas de reina de España,
que si descendía de su áurea calesa
entre el besamanos de los cortesanos,
lucía, cautivo,
por sobre el estribo,
un pie diminuto, como el que se cuenta
que hizo la ventura de la Cenicienta?
Tuyas las marquesas, tuyos los lazones
con que te contemplas en las tradiciones
de Ricardo Palma, que forjaron ellas
en noches de Lima cuajadas de estrellas,
con quietud de humildes calles aldeanas,
con honda fatiga de beatas campanas,
con plazas desiertas,
caladas ventanas,
aroma de huertas,
sombras de sotanas,
candiles que humean por sobre las puertas,
rumor de aventuras
y de aguas que corren por linfas oscuras;
noches en que tiembla, tras de los balcones
del Virrey galante, lumbre de velones
sobre candelabros de desnuda plata,
y en que hay, a lo largo de vastos salones,
voces de sonata,
ecos guturales
de los madrigales,
pícaros decires de viejos oidores
en los corredores

donde, joven, linda, tu tatarabuela,
esbelta y nerviosa como una gacela,
se abanica rauda, palpitante el traje
y la tez en llamas,
protestando, oculta tras el varillaje,
del atrevimiento de los epigramas.

¿No arranca tu tipo
del daguerrotipo
de esotra morena,
igual a mi madre, buena, buena, buena,
de raya a la frente, de trenzas colgadas
que enmarcan la lumbre de negras miradas,
pudoroso gesto, rezadoras manos
—bonita era ella, no la Castellanos—,
muñeca que un día, rebelde ante el yugo,
envuelta en su encanto
de saya y de manto,
soslayando en cuitas al Rey y al verdugo,
atizó la hoguera
de la fe guerrera,
descolgó la espada, retempló la hoja,
sigilosamente tejió la bandera
roja, blanca, roja,
cruzando senderos
y sobrecogida del ruido y las luces
de los arcabuces
curó las heridas de los granaderos
y acabó mirando, bajo vivas llamas,
entre los laureles y los oriflamas
y las vanidosas púrpuras triunfales
de los generales,
a Simón Bolívar, de pronto perplejo
ante su belleza pálida y serena,
en medio al cortejo
del rojo festejo
de la casaquinta de la Magdalena?

Muñeca limeña, qué bonita eres.
Quizá sí te envidian las mismas mujeres,

porque eres parlera
como no hubo nunca bebé de vidriera,
porque tienes cuerda para hablar de todo
riendo, de modo
que el amor se irisa,
se enreda en la risa,
y en un tiempo mismo
sube hasta los cielos que baja al abismo.
Si uno te pregunta: "Muñeca, ¿qué quieres?",
tú ríes, tú ríes como las mujeres,
y después te callas, y después: "es grave",
y después suspiras, y después: "quién sabe"...
Por eso, limeña, todos los limeños
enferman de sueños,
ambulan de noche por las calles quedas,
te forjan sonetos en las alamedas,
y su mocería
es para buscarte con idolatría,
estar siempre al paso de tu itinerario,
verte nueve veces en el novenario,
descubrir de prisa
tu sombrero en toros, tu mantilla en misa,
acechar el auto que te lleva en vuelos,
sollozar de celos
con frase apagada, balbuciente, trunca,
en telefonemas que no acaban nunca,
guiñar a los astros bajo tus balcones
y exhibir sus penas
en los laberintos de las procesiones
y las muchedumbres de las Nochebuenas.

Muñeca limeña, qué bonita eres...
Si cuando refulges en tu Mercaderes
yo, desde una esquina,
pregonara al mundo que se arremolina:
"Muñecas, muñecas,
Susanas, Marías, Mercedes, Rebecas",
y alguien, por comprarte, volcara un tesoro,
le avergonzaría mi grito sonoro:
"¡Guarde la fortuna!

¡Hay que darlo todo por llevarse alguna!
¡Hay que dar en pago de la buena suerte
el sol y la luna,
la vida y la muerte!"

TRES VIAJEROS CONTEMPORANEOS

GARCIA SANCHIZ. FRANK, PAUL MORAND

Para cerrar esta Antología escogemos, dentro del innúmero tropel de viajeros—entre los que los hay tan ilustres como los que visitaron Lima en 1924, Mangin, Gómez Restrepo, Valle, Núñez Domínguez, Rodrigo Octavio, Eugenio Garzón, Cicero da Silva, Gay y otros—, a tres artistas visitantes de Lima en el último lustro: Federico García Sanchiz, eximio cronista español; Waldo Frank, sociólogo literario, y Paul Morand, escritor y novelista de fama universal.

Estos tres viajeros vieron Lima de diversa manera. Podría decirse que, siguiendo sus inclinaciones raciales, el francés intuyó Lima, el yanqui la inventó y el español la sintió. Frank, en efecto, pasó por Lima con su característica mala crianza yanqui, sin ver ni entender casi nada. El se traía adentro los patrones dentro de los que Lima tendría que amoldarse. Morand llegó y se fué, como Frank, por los aires; pero en su travesía apresurada sorprendió, al paso, esos mínimos detalles característicos que denuncian el alma entera de una ciudad, y como había leído a su compatriota Radiguet, nos dió de Lima una de esas síntesis rápidas y luminosas en que son maestros los viajeros franceses. Tanto Frank como Morand, según el decir criollo, fueron secuestrados en Lima para que no vieran sino determinadas cosas: Frank, por los izquierdistas, y Morand, por los señores de la derecha. Frank sólo vió el Mercado y el Cercado, donde ya no hay indios; vino con una metáfora fabricada, en la que Leguía hacía el papel de zorro, y cuando fué a visitarle le vió en las manos una pelambre negra, que nadie más le vió nunca, y contó sucesos que jamás habían ocurrido. A Paul Morand, por su cuenta, le hicieron creer que la Universidad estaba sovietizada y que el Rector, un auténtico maestro, era un leader *comunista. Bien dice Alfonso Reyes que para llegar a la verdad hay que haber estado en las antípodas. En cambio, García Sanchiz entró a Lima como si entrara a su casa: por una puerta solariega, una limeña genuina le brindó la castiza hospitalidad de los patios y jardines, floridos de morenas y guitarras, y cuando se echó a andar por las calles le decían cosas añejas los carillones familiares de las iglesias, y en el oro mate de las criollas iba sorprendiendo la antigua palidez de cera de las vírgenes sevillanas.*

I.—García Sanchiz, 1929.

En Madrid sólo se atiende, por lo que toca a Hispanoamérica, a *La Prensa* y *La Nación*, de Buenos Aires, y a la política mejicana. En los chigres de Asturias, donde no falta nunca un guacamayo, se habla de rumbas y de casas de salud. Igual acontece en La Coruña. En Sevilla, en Huelva se discursea acerca de la raza. En Trujillo no se conciben otras Indias que las reveladas por Francisco Pizarro Cuando esta noche celebraba su acostumbrada sesión la Academia, al rumor del almirez de la rebotica, en la fatigada lumbre de las lámparas, reanimada al contacto con los tarros y en el vaho de los medicamentos y los cigarrillos con unas hierbecitas perfumados, yo he pedido la palabra y dije:

"En los más luminosos y ardientes días de un no muy lejano estío pasé por Lima, voluptuosa y doctoral, embirretada con sus cúpulas, mientras espolvoreaba sus calles la canela de un alquitarado criollismo. La Plaza de Armas, con sus palmeras tropicales y su cielo, en que esas palmeras se bordaron, diríase un mantón empalidecido de seda, que la ciudad, soñadora, olvidó en su espalda. Hay allí una fuente que apagó rescoldos de autos de fe y lavó manchas de sangre revolucionaria. El Palacio de la Presidencia, en el mismo solar y con muchas de las piedras del de los Virreyes. El del Obispo, con su mirador de palo, quiosco guindado en la fachada, con ventanales calados, molduras, baranda a torno, teñido de un color patricio, rojo con lustre de terciopelo, y aparatoso como un órgano, como una proa en la antigua arquitectura náutica, de un barroquismo insigne. La Catedral, de frontis en retablo y con dos

La Catedral de Lima

torres, pintada de oro, y a su alrededor una terraza a que se asciende por una amplia escalinata, y que fué cementerio. En el aire, dulcísimo y pálido, que ablanda las montañas sobre que se destaca la Casa de Gobierno, danzan los gallinazos, deteniéndose a lo mejor en el escudo de la residencia política o en las campanas catedralicias. Los cholos pasan en sus caballitos de larga cola. Los indios exhiben en unas tienducas mantas de vicuña, vestidos con plumajes, collares y calabazas decoradas al estilo rupestre. Hábitos franciscanos y dominicos. Mendigos no pedigüeños, castizamente empotrados en algún muro viejo. Tenderetes de refrescos de piña, en vasijas de vidrio verde, y en torno suyo, mujeres del pueblo con ropas de un tono magnífico, esmeralda, amatista, topacio, y la nube del manto en la cabeza. Abundancia de negros, mulatos, chinos y japoneses, que compónen una soberbia escolta y servidumbre a la ciudad. Los hidalgos y los caballeritos discurren entre el exotismo étnico, suaves, corteses, nada ruidosos, ataviados con sencilla elegancia, y en la cara una sutil veladura de oro. Las criollas se perfilaron a lo largo de las centurias consagradas al culto de la sensibilidad, en el fondo de los caserones con patio, sala y jardín. En el patio, veintenas de esclavos orlando los dibujos del suelo; en la sala, muebles de plata y de carey; en el jardín, los floripondios y la guitarra. Es la limeña como una almendra, morenita y breve. No se anuncia con el reclamo de un adorno o una hermosura sensacionales, y en cambio cuesta despedirse de sus ojos o de su palidez mate, si no iluminada por dentro. No olvida a Santa Rosa y se acuerda de la Perricholi, que tenía el pie más pequeño y el corazón más grande del Virreinato.

"En la Catedral se guarda la momia del conquista-

dor. Yo la visité, examinándola y venerándola a la luz de un cabo de cirio. Se conserva en una de las primeras capillas, según se entra, a mano izquierda. La penumbra de la gigantesca nave, con aliento dormido de órgano, se ennegrece, como si cuajara, en las cavernas de los oratorios. De estas tinieblas surge al fulgor de la vela un bulto encaperuzado, y, ya descorrido el paño, se ve un sarcófago de mármol tiznado por los siglos, siempre en su aspecto y con un vidrio de calidad acaramelada. Ahí se halla el cuerpo impregnado de alma, al extremo de vencer a la muerte, que no lo destruyó del todo. El esqueleto, no de un relieve ni de una extensión extraordinarios, áureo y matizado de púrpura, a trechos está envainado en el pellejo, en el pergamino. Determinadas oquedades se taponaron con algodón, como la del cuchillazo en el pecho. En la calavera, completa, pero en hueso, que se amasó, la mandíbula nostalgia las barbas de crin. No logró el muerto serenarse, desprendiéndose mejor de él un estoicismo con médula de reto a la fatalidad. En un ángulo, un frasco con un líquido adensado contiene el corazón, y un canuto, casi una canilla, los documentos relativos a la autenticidad de la carroña. Sin un trapo, en su desnudez despedazada, se sumergen los despojos en la urna, y la llama de la candela, reflejándose en el vidrio, cobra la significación de un espíritu: el de Pizarro, o el de su matador, o el de Atahualpa."

II.—Waldo Frank, 1930.

Hasta el conquistador tuvo miedo de los Andes del Perú. Cortés reedificó Tenochtilán en la eminencia de México, y lo hizo su capital. Jiménez de Quesada fun-

dó Bogotá, en la llanura escarpada de Chibcha. Pero Pizarro tuvo miedo a Cuzco; estaba demasiado alto, demasiado aislado, demasiado independiente. Le volvió la espalda y levantó su capital a media hora de galope del Pacífico. Quiso tener el mar a la mano, y Lima, la ciudad de los Reyes, fué una ciudad de escape.

El Perú llegó a ser la colonia más perfecta de España. Fué la más rica en minerales, la primera riqueza transportable. El pueblo, más dócil que el de México, estuvo siempre mejor organizado. Y fué siempre más leal (cuando se sublevaron las colonias en 1810, en Lima y en el alto Perú estuvo el centro de la reacción victoriosa).

En Lima entraba toda la riqueza de la colonia. Las montañas y los valles estaban continuamente presentes en la ciudad. Mas, para compensar la enorme distancia que la separaba de Roma y de España, la ciudad opulenta quiso ser más católica que el Papa y más castiza que el Rey. De aquí el conflicto: la inmediata aparición del mundo americano contra la voluntad del Virreinato. Fué un conflicto insoluble, que le dió al limeño su complicada indecisión e hizo de Lima la ciudad típicamente mestiza.

La pequeña Plaza de Armas es el fruto maduro de la ciudad. La basílica, oscura como la tierra del trópico, fué levantada con piedras blandas como la madera, acarreadas desde Panamá. Las líneas de su arquitectura no son verticales ni ascendentes; son horizontales. El acento cae en la anchura y hacia abajo. En lo material, la iglesia toda se organiza prudentemente contra los terremotos, y en lo espiritual es una respuesta cálida al frío de los Andes. No hay exaltación, ni un sobrante de energía para volar a un cielo trascendental. Pero el arquitecto, dándose cuenta de esto, ha colocado dos

torres barrocas en el cuerpo de la iglesia, que se alzan inoportunamente, queriendo a la fuerza empujar la iglesia hacia arriba. Las otras casas de la Plaza persisten en la contradicción—el mestizaje—de Lima: el palacio del Arzobispo, cuyo mármol moderno imita los estilos de la colonia y de España; los portales—casas con soportales—, que datan del siglo XVII y que, a pesar de su aire cortesano, albergan tiendas que ostentan la elegancia contemporánea de París. Pero las sombras, alrededor de los atavíos eléctricos de los portales, resaltan más. El viejo maderamen carcomido y el estuco manchado por el tiempo se alzan con las palmas y la frescura térrea de la fachada de la iglesia, en contra del Dios cristiano y de la Europa moderna.

De calle a calle, y hasta de casa a casa, cruza uno mares y centurias. En una vieja mansión, cerca de la Plaza—cálida piedra, madera cordial, graciosos balcones sevillanos, aleros esculpidos y fantásticamente escarpados, como una pagoda—se ha instalado un Banco. Se ven empleados británicos y yanquis en las ventanillas, y los departamentos ostentan frisos de mármol neoclásico. A las diez manzanas de la Plaza hay un barrio humilde, donde todos los pasados de Lima se reunen tristes y callados. Es el Cercado: calles anchas como las de los pueblos de la pampa, con polvo calizo que parece polvo de huesos calcinados por el sol; casas bajas de adobes, que se recogen en patios somnolientos. Una niñita, vestida de negro, lleva agua en un jarrito desde la bomba pública que hay frente a una iglesia hecha con todos los estilos de Europa. Cerca, una mujer abre la puerta de una casa que ha alquilado por un puñado de libras. Es una viuda del Norte del Perú, que ha venido a la capital para encontrarle un marido a su hija. La puerta que ella misma ha abierto—no tiene un

criado que la ayude—es de bronce labrado, donde aparecen guerreros y santos custodiando la casa. En el patio, son una canción la forja de los balcones y de los barandales, el hierro afiligranado de las celosías y los arabescos de plata. En la parcela del jardín hay piedrecitas de colores. La mujer entra en la casa: armarios tallados, jarrones altos de antiguas dinastías chinas, sillas de caoba con respaldos espigados, mesas de teca... Se quita el abrigo: el corpiño rosa transparenta y denuncia su carne. Enciende un cigarro y hace funcionar la pianola americana.

Entre los dos polos, el de la Europa cristiana y el de la América pagana, se agita el populacho en el Mercado. Quesos y especias, fríjoles, chocolate, carne pasada que pendula para el festín de las moscas, dan al aire una ranciedad por donde la muchedumbre pasea todos los colores y todos los semblantes del mundo. Aquí, en el cuerpo de esta mujer que se agazapa en el suelo, como si él fuese su puna, viven todos los Andes y vive China: la abertura de sus ojos se aleja oblicuamente de la nariz invasora. Y vive España también: es tierno el óvalo de su cara, y el pelo blando cae delicadamente sobre el crucifijo de su pecho. Tiene un hornillo abierto, donde fríe tortas. La multitud que pasa frente a ella ha de recogerse para no pisar las tortillas extendidas sobre un chal. Tras de su espalda inmóvil hay un carro y un motor. Hombres y mujeres beben, cosen, juegan, cambalachean en las tiendas abiertas; son sombras inquietas de las casas, lanzadas sobre la calle. Tan variados como los rostros aparecen los trajes. Una mujer se recoge la falda cristiana con escrupulosidad india, y la capa de un mendigo español, que fué cortada para el orgullo criollo, cubre ahora la abstrusa humildad de China. El poncho de un carretero

negroide se pliega con la elegancia de un caballero de Sevilla. No son disfraces los vestidos: son rostros. Pero el rostro de Lima es una máscara con las facciones de Asia, de Africa y de Europa, que susurran una música americana.

En el patio del Palacio presidencial se eleva una higuera plantada por Pizarro. Un grupo de políticos espera en los balcones a que el dictador los reciba. Con las manos acarician la madera graciosamente labrada, y sus ojos se vuelven hacia el patio armonioso, que no se ve. Mientras todos murmuran de una manera gutural, por el patio abierto llega la voz de Lima. Cerca fluye el río Rímac como una bendición de los Andes sobre la ciudad aburujada. A la entrada del puente de hierro se reunen los indios. Junto a sus pies desnudos y lodosos se extienden naranjas, mangos, fresas..., y en sus ojos libres se refleja la aridez de la montaña que campea sobre Lima, iluminada por el sol del ocaso. Las torrecillas de la ribera lejana del Rímac—una vieja plaza de toros, una iglesia, alguna mansión—forman un círculo en las montañas. Dentro de este círculo..., el silencio de los indios y el silencio de las calles. La voz de Lima es este silencio de colmena. A la entrada del puente, los indios miran y escuchan su propia sustancia, y los políticos del balcón de Palacio, que murmuran cosas de importancia, sólo a ellos mismos se miran y se escuchan.

III.—Paul Morand, 1931.

LLEGADA A LIMA

Ahora he aquí unos campos de caña de azúcar, mezclados con platanares. Este es el Perú gordo, después

del Perú flaco. Volamos sobre la isla de San Lorenzo, el peñasco del Callao, puerto de Lima, con sus aves y sus bueyes marinos y sus focas. Tierra devastada por oleajes tan violentos, que los barcos se encontraban de pronto, según se dice, en el lugar de las casas. Tschudi pretende que el primer puerto del Callao, hoy día destruído, duerme en el fondo del agua; los viejos marinos afirman que se pueden ver todavía gentes sentadas delante de su puerta y que, poniendo oído, se escucha el canto del gallo subir de las profundidades...

Estamos en Lima: leo su nombre sobre la hierba del Aeródromo, en letras blancas. Lima, en el valle del Rímac, al pie de las montañas de Chorrillos, al fondo de un anfiteatro de cenizas grises. Lima, edificada con el sudor y la sangre de los indios; ciudad de reyes, *Ciudad de los Reyes,* como la bautizó Pizarro en 1535; ciudad oriental, de casas con terrazas y miradores, de bulevares floridos. Nuestro gran *Santa Rosa,* que planea como Santa Rosa de Lima en sus éxtasis, desciende al lado de *San Pablo;* desde que nos dejó en Arequipa, el *San Pablo* ha hecho tres viajes hasta Buenos Aires. Aterrizamos en el Aeródromo de Miraflores, entre villas floridas de geranios, de hiedras. Nuestros amigos nos miran descender hacia ellos, como los israelitas miraban caer del cielo las codornices ahitas de grasa.

Lima, fundada el día de la Epifanía, tiene la forma de un bizcocho de Reyes. Bajo el cielo de invierno, brumoso, que no se aclara sino después de mediodía, es una capital accesible, sociable, que contrasta con el humor medieval del Cuzco. Sobre la Plaza de Armas se levanta el Palacio de la Municipalidad, en que habitó Pizarro. Fué allí que, al caer asesinado, pudo aún dibujar con su sangre una cruz sobre el suelo y be-

sarla antes de morir, como en los melodramas de 1830. La Plaza tiene una elevación del lado de la Catedral; asciendo ese proscenio para entrar en el edificio ocre, cuya primera piedra colocó Pizarro en 1540, y donde duerme. En un sarcófago de mármol blanco entreveo su esqueleto como un amasijo de raíces de brezo, y su cabeza de repuesto, recompuesta con alambres.

SAN FRANCISCO

Lima no es ya devota, pero sigue siendo clerical; cuenta con setenta iglesias, cuyas torres, campanarios, techos elevados, frontones atormentados sobresalen entre las casas bajas: Santo Domingo, la Merced, San Francisco de Paula, San Pedro, San Sebastián, San Marcelo, San Francisco, conventos, claustros, beaterios y colegios (para doncellas). La iglesia de San Francisco, con sus columnas salomónicas, sus ricas follajerías, son consolas pétreas, sus frontones floridos, su frontispicio alocado, sus molduras extravagantes, encerradas, como por un remordimiento del arquitecto, entre dos austeras superficies de granito, se abre sobre un claustro verde de agua, donde rumorean en el silencio las hojas de las palmeras reales desde la cúspide de sus estipites. Se tropieza con el alto relieve de las piedras sepulcrales. En la sacristía, las ventanas de madera alambrada dejan pasar un cielo avaro que iluminan en el techo los artesonados de cedro trabajados a fuego. Grandes conchas rococó blanqueadas de cal se oscurecen con la pátina del incienso y de los braceros. El vino de misa brilla en el cristal tallado. En los muros, cardenales escarlata. Sacristías de Lima, desagües ilimitados de los subproductos de los Caravajes y de los Carraches, de los Riberas, más lívidos que los ori-

ginales, de toda una pintura de monjes licenciados y de tonsurados napolitanos, de los que Carlos V se desembarazó enviándolos a América...

Este edificio, que parece inmenso, no es más que el resto de un gran convento de diez mil regulares, que contaba hasta ocho, nueve o diez claustros. A veces, a la vuelta de un corredor se desemboca en una escalera cuyo techo de cúpula ahuecada es la réplica a los techos geométricos de las mezquitas; se pierde uno entre las escaleras estrechas abiertas en los muros de ocho pies de espesor. Silencio de ultratumba, imágenes de santos ardientes y rígidas en cuadros de plata; pesadas lámparas de orfebrería, tan cargadas de metal como las del Santo Sepulcro.

TORRE TAGLE

El palacio Torre Tagle, hoy día Ministerio de Relaciones Exteriores, es la más bella casa colonial de la América del Sur. Palacio del dieciochesco andaluz: cal blanca en que resaltan las ventanas y las esculturas profundas, y las puertas con cerraduras de plata, talladas en maderas ecuatoriales, cuya sombría pesantez se alegra con los frisos de falenza sevillana, azulejos azules, amarillos y verde berenjena. Este palacio es la casa madre del estilo neohispánico, que triunfa, después de la guerra, desde Sevilla hasta Hollywood. Atravesamos el patio de balaustres granadinos, después el salón tapizado de telas rojas y mosaicos con escudos y signos parlantes, amueblado con mesas de madera dura, de una gracia barroca. Por las ventanas, cuyos vanos atormenta la cruz (como en el cuadro de las meninas), un rayo de sol despierta a las damas y a los bordados de los retratos históricos.

LA UNIVERSIDAD

La Universidad de Lima data del siglo XVI; instalada en el antiguo convento de San Carlos, este Oxford indio ofrece una sucesión de claustros con fuentes, arboledas de jazmín y capillas convertidas en bibliotecas; la decoración eclesiástica contrasta con los estadios, la piscina, los laboratorios de este Centro intelectual, cuyo modernismo no es igualado en América sino por el de Méjico. Los espectros de las doncellas violadas y de los conquistadores asesinados, que, según parece, son los aparecidos familiares del claustro de San Carlos, no turban, sin embargo, los trabajos y los juegos universitarios. Muchachos y muchachas—estas últimas pequeñas, pero seductoras, con ondulaciones permanentes que parecen cinceladas en el plomo—salen de las aulas para jugar al *basket-ball* o sostener hasta en la calle opiniones políticas bastante avanzadas. El Rector es un joven ardientemente comunista; ha instituído en su Universidad verdaderos *Soviets*, en que los estudiantes escogen ellos mismos sus programas y sus profesores; pero no ha tocado por esto a los santos fundadores que duermen bajo los enlosados, y cuyos retratos de pie están colgados en la escalera.

EL SENADO

El Senado se reune en la antigua sala capitular de la Inquisición, bajo el techo de cedro, artesonado, en cuadrículos, semejante a los de Toledo y de Sevilla. En este país poseído del maldito, en este Perú todavía fresco de la sangre de las llamas sacrificadas, reinaba el gran

Inquisidor de las Américas, señor todopoderoso que dependía apenas de Roma y menos todavía de Madrid; los Virreyes temblaban delante de él. Por la abertura secreta practicada en la puerta, y que se abre para mí, lo imagino vigilando el suplicio de los negros confesos de magia y colgados por los pies, o de los indios relapsos, el embudo hundido hasta el gaznate.

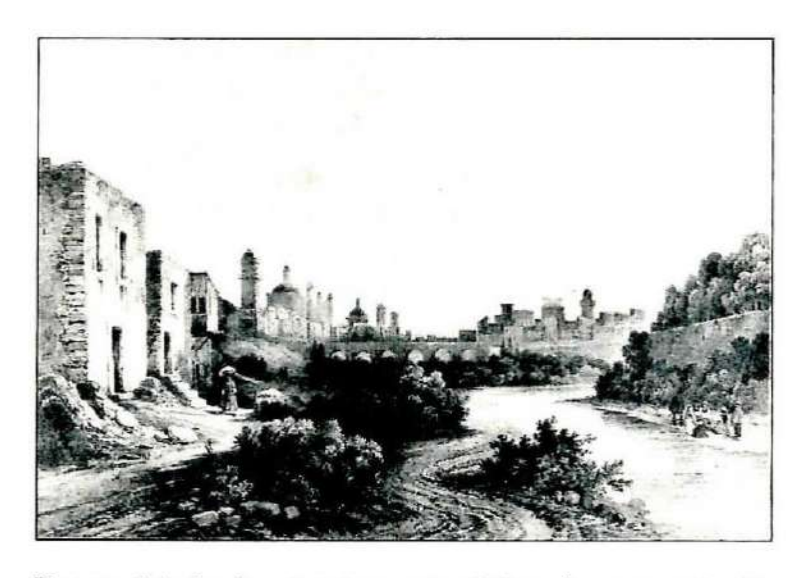
VISIÓN DE LIMA

Es por la mañana que debe pasearse la vieja Lima, bajo los balcones suspendidos sobre la calle como moucharabiehs; antiguas casas enrejadas como jaulas, patios, ventanas, y los jardines mismos están encerrados como bestias salvajes. De cada lado de las puertas cocheras hay cañones antiguos empotrados bocabajo, lo que indica que antiguamente la casa tenía derecho de asilo. Fierros forjados, puertas claveteadas, graciosas puertas decoradas por pinturas: es la casa de los Duques de San Carlos, que poseían antaño el monopolio de los correos americanos. Al final de las calles, de un blanco dorado, con ángulos verdes de agua, los Andes altos y secos como un hueso de mártir.

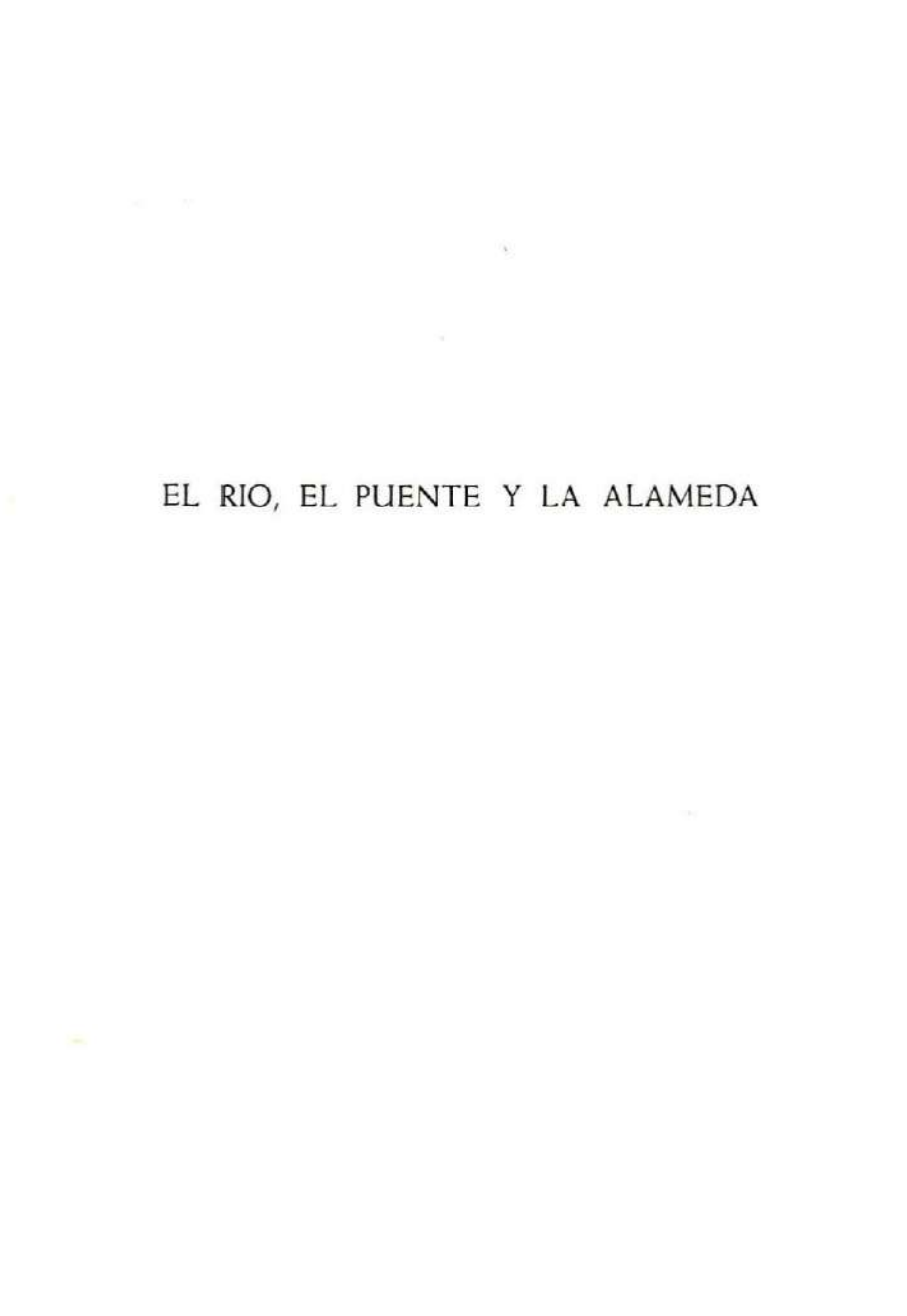
En otra época, antes de la invención del automóvil, la sociedad limeña iba a tomar el fresco a los jardines de la Exposición, a la hora en que entre el vuelo de aves de presa se pone un sol sin aristas. Era el Perú del siglo XIX, tan admirablemente descrito por un viajero francés desconocido y encantador, Max Radiguet: Perú revolucionario, desgarrado por las Sociedades secretas; Perú de los pronunciamientos, de las revistas fantásticas, pasadas por generales mulatos; Perú de los pelotones de ejecución, bajo las balas de los cuales caen

condenados a muerte, entorchados de oro, el cigarro en los labios, rodeados de penitentes negros.

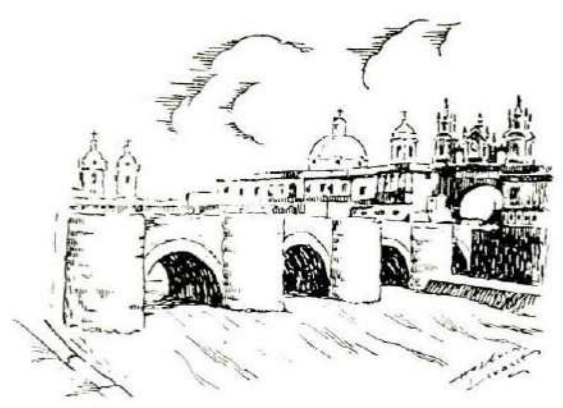
En tiempo de los Virreyes, el paseo elegante era esa llanura de Amancaes, rodeada de rocas siniestras, lugar hoy día desierto, salvo los días de fiesta, donde se va a comer carnes asadas, en pleno viento, entre las campanas y salvas de artillería. No conozco nada más triste que este clima de desolación, este paisaje de penitencia y estos árboles quemados por la sal que rodean Lima la ardiente, con su ramillete de campanarios y las torres amarillas de su Catedral.



El puente, el río. Los dos más antiguos vecinos de Lima, ahora como en los días de Montesclaros y del Padre Cobo. El río—poesía de lo que pasa—junto al puente — símbolo de lo que perdura—. Espuma y piedra de eternidad.



EL RIO, EL PUENTE Y LA ALAMEDA



EL RÍO, EL PUENTE Y LA ALAMEDA

POR

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

Este convite espiritual de la Galería Lima *y de la* Librería Mejía Baca, *en conjuro y recuerdo de una* "Lima irreparable", *al que hemos sido citados, como bomberos de la guardia vieja —que llegaban cuando el siniestro había terminado—, Gálvez, Alayza y yo, tiene sus bemoles de ironía, porque como dice el refrán castizo, "después de ido el conejo venido el consejo", aunque pudiera indultarme escapando por el atajo poético, ya que han sido invitados dos poetas, y puedo acogerme al decir del gran ironista que afirmó que solo hay poesía "en el deseo de lo imposible y en el deseo de lo irreparable". Poesía, pues, aunque a la sordina, en esta serie de conferencias y en su lema, con sabor de epitafio.*

Dejo constancia, en primer término, de mi turbación y extrañeza al incorporarme a este equipo bifronte de "jóvenes y viejos", porque no me siento ni lo uno ni lo otro. Hace mucho tiempo cumplí mi deuda de amor con Lima publicando una Antología de Lima, *que como todas las cosas mostrencas —y la literatura lo es en el Perú por falta de protección oficial y privada— ha sido objeto de la santa*

industria del plagio por benévolos escritores nacionales y extranjeros. Además, a vuelta de razones, yo no soy limeño y no me corresponde vela en la parroquia, porque nací en Pisco, donde se halla "Lima la Vieja" o sea el origen más remoto de Lima, y en las venas familiares llevo, como casi todos los linajes limeños, sangre de las más lejanas provincias del Perú, de Piura, de Cajamarca, de Chota y de Jauja —que fue la primera Lima—. Ello lleva a pensar que, lo queramos o no, los limeños son, casi todos, provincianos y que en el Perú se tropieza por todas partes con Lima. Todo esto, únicamente, para decir que me hallo aquí, contrariando mi creciente inclinación a la agorafobia, virtud cívica de primer orden en nuestros días, por una arbitrariedad amistosa de Paco Moncloa y de Sebastián Salazar Bondy. A ellos la culpa o la honra y el provecho, si los hubiera.

El título de esta disertación es el de una charla que sostuve hace un año en el Club de Leones —entre rugidos naturalmente— y que llamé con el nombre de los tres más antiguos vecinos o testimonios urbanos de Lima, "el Río, el Puente y la Alameda", los únicos impertérritos, a través de los siglos, en su estructura telúrica o monumental, pero a la que dejándole el nombre, que puede encubrir cualquier cosa referente a Lima, voy a cambiar de contenido, porque en aquella charla hablé principalmente de la destrucción de Lima y en esto me ha aventajado, hace una semana, en este ciclo, con brío y solvencia histórica, mi amigo el doctor Alayza y Paz Soldán, y que él me disculpe si vuelvo a ratos a la querencia, por falta de espíritu innovador.

Trataré, para revertir el tema, de lo que ha persistido en Lima de original y autóctono, en lo social y estético, a pesar de las oleadas destructivas, en la evolución de la aldea indígena a la ciudad española, a la capital barroca y la urbe industrial, siguiendo, en lo referente a la técnica urbanística —en lo que cumple seguirlas—, las capitales orientaciones trazadas por Lewis Mumford en su magistral obra La cultura de las Ciudades.

No hay duda de que el Perú, más que un país de novela, de leyenda o de sainete, como quieren algunos, es un país de historia. El pasado nos acecha y nos habla, desde todos los recodos de la tierra, desde la huaca *prehispánica, el templo colonial, el campo de batalla republicano o la conseja adherida al cerro enhiesto, al muro ciclópeo, a la callejuela romántica o a la encrucijada del viejo camino. Pisamos una tierra antigua que nos ata al pasado, que detiene al progreso si se quiere, en la que angustia al hombre un ansia de perennidad. Fundamos un balneario de lujo y hemos de contener su expansión porque al lado está una de las más viejas necrópolis del continente y lo estorban las momias y sus artefactos primitivos, asombro de la antropología; establecemos un aeródromo donde confluyen las rutas del Continente y caemos en Limatambo, donde se hallaba el oráculo indio antes de la fundación española; trazamos una avenida y chocamos con el templo en que oraba Santa Rosa, con el estanque de Pizarro o la celda de San Francisco; nos aventuramos a levantar un rascacielos y echamos abajo la casa de Olavide, el limeño que fue amigo de Voltaire, o destrozamos el monasterio de la Concepción donde doña Mencía de Sosa, "la reina del Perú", oraba junto a la cabeza truncada de Francisco Hernández Girón. A algunos aflige esta aglomeración de recuerdos de una historia imperial, pero hay que conformarse de no haber tenido un pasado más incoloro y no dejarse contaminar por el desdén hacia la historia de todas las culturas de emergencia.*

En 1948, de paso para España desembarqué con Manuel Mujica y otros amigos en Charleston. Conducidos por un chofer, que había sido Alcalde de la ciudad, fuimos a ver los recuerdos históricos de ésta. Nuestro guía democrático nos mostró el edificio más antiguo de la urbe y nos afirmó, con orgullo, sin lograr emocionarnos, que era de 1789, o sea casi de ayer. Recuerdo, en cambio, la emoción del poeta español Pedro Salinas ante la tumba del fundador de Lima en nuestra Catedral o la de los turistas norteamerica-

nos que visitan nuestra Universidad de San Marcos, fundada cuando no existía Nueva York. La historia podrá ser conservadora o retardataria pero es un índice de civilización. Lo que carece de historia es la barbarie, y la cultura no es, al fin y al cabo, sino la memoria de las generaciones pasadas, más humana y más noble cuanto más vieja (Lo digo sin ningún prejuicio sentimental contra el alcalde motorizado de Charleston, porque él no tuvo la culpa de que los Pieles Rojas no alcanzasen una jerarquía cultural, ni de que fueran tenazmente exterminados por los Padres Peregrinos).

El Perú es, sin embargo, un país de historia sin historiadores. No hay una historia incaica completa, que abarque la historia externa y las instituciones, hecha por un peruano, ni una historia colonial, ni una de la emancipación, ni menos una historia panorámica del Perú en todo su transcurso vital. Nuestro fragmentarismo histórico ha alcanzado también a la historia de Lima. Nadie ha sintetizado, en una obra, los estupendos aportes de las crónicas conventuales de Meléndez y Calancha, de la historia seiscentista de Cobo, el memorial de fray Buenaventura o la seráfica crónica de fray Diego de Salinas, el aporte minucioso de los diarios de Suardo y Mugaburu y la malicia enconada de Terralla y Landa o del español enmascarado bajo el disfraz indio de Concolorcorvo. Ni se han incorporado a la síntesis histórica las lúcidas apuntaciones de los viajeros franceses o españoles en el período colonial, desde el judío portugués españolizado, Frezier o Feuillée hasta Juan y Ulloa y Malaspina. El lapso republicano, en el que aumenta la fauna de los viajeros ingleses y norteamericanos, con sentido antihispánico, sólo ofrece, en el campo peruano, guías o datos estadísticos, como los de Córdova y Urrutia o Manuel Atanasio Fuentes. El romanticismo novecentista salvó las esencias históricas del pasado limeño en alas de la conseja popular y del ingenio de don Ricardo Palma y en nuestros días ha vuelto a florecer la leyenda limeña en las evoca-

ciones de José Gálvez y la historia documental en la floresta de los libros publicados por Luis Antonio Eguiguren.

La iniciativa de la Galería de Lima viene a servir a un fin historicista. No se ha recogido la historia gráfica de Lima. Nuestra ciudad, llena de pasado, no tiene un museo de Lima, de nuestra historia urbana y regional, ahogada por el centralismo nacional y gubernativo. El único pasado tomado en cuenta es el arqueológico con sus ricas realizaciones cerámicas. Pero no todo es huaco en el Perú, sino que hay, en las capas o estratos superiores, acumulada una riqueza folklórica y artística que reclama su puesto. La Galería de Lima ha colocado la primera piedra de un museo de estampas limeñas en el que figuren los apuntes vernáculos de Pancho Fierro y de Merino, los dibujos y grabados de la Lima de Fuentes y sus precursores, los anónimos autores de los grabados de la Lima Colonial que adquieren calidad artística en manos de Brambilla y de los viajeros artistas de la época republicana como el inédito Leoncio Angrand, revelador de una grandeza arquitectónica desvanecida, de Radiguet, o Rugendas o Bonaffé o Saint Cricq, pergeñadores de la Lima romántica, o los dibujantes de la fragata La Bonite, sin contar al piruetero yanqui Geo W. Carleton, autor de Our Artist in Perú, que caricaturiza la Lima de Pezet. Esta iniciativa de la Galería de Lima de enseñar historia por la imagen, que ha funcionado fructiferamente durante varios días, es de una alta pedagogía. La educación de los sentidos es un método recomendable en épocas de retroceso o estacionamiento cultural, de debilidad de los procesos nacionales que son reemplazados por la nutrición sensorial. Es además un precepto de caridad católica pues el Concilio de Trento declaró que "las pinturas son libros para los ignorantes, incapaces de leer otros". No tuvo otros textos que las imágenes, para forjar su espíritu y retemplar su fe, el heroico fundador de Lima.

No es cierto que Lima sea exclusivamente española por su origen, por su formación biológica y social y por su ex-

presión cultural. La fundación española, forjadora perenne de mestizaje, tuvo que contar con dos factores preexistentes: el marco geográfico y el estrato cultural indígena. Ambos influyeron, decisivamente, en aspectos y formas de la peculiaridad de nuestro desarrollo urbano.

Don Hipólito Unanue, vocero de la ilustración colonial y maestro de nuestra meteorología, definió ya el clima de Lima como el de una "eterna y continuada primavera". Los cronistas-soldados del siglo XVI, después de ambular por selvas y riscos y pantanos, habían dicho ya su admiración, al llegar a tierra de tanto sosiego y equilibrio atmosférico como la de Lima. Cieza de León, en su crónica, hoy cuatro veces centenaria, publicada en 1553, expresó su contento viajero al decir: "Y cierto, para pasar la vida humana, cesando los escándalos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre, ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos, ni relámpagos, ni se oyen truenos; antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso". Y los poetas del Siglo de Hierro confirmaron el entusiasmo de los cronistas, entonando himnos a la benignidad del cielo de Lima y a la uniforme templanza de sus estaciones. Pedro de Oña, el poeta del Arauco Domado, *huésped limeño de los Virreyes, dijo en Cántiga a Montesclaros:*

Soberbios montes de la regia Lima
que en el puro cristal de vuestro río
de las nevadas cumbres despeñado
arrogantes miráis la enhiesta cima
tan exenta al rigor del almo estío
como a las iras del invierno helado.

Las constantes geográficas del clima limeño han sido señaladas, precisamente, por viajeros y geógrafos posteriores. Las preexistentes a la conquista fueron el suelo llano y desértico y los blancos arenales que conforman, según el

decir de Morand, un paisaje lunar: el suelo de tierra arenisca delgada y fértil "que parece que la echó el Criador para hacerla habitable": la falta de lluvias que produce la esterilidad de suelo y el sistema de irrigación artificial por canales o acequias; el abono fácil en las islas vecinas; los sembríos de maíz, de yucas, de camotes y de algodón, en los oasis verdeantes de los valles, junto al curso rápido y torrentoso de los ríos, bordeados de arboledas frutales, como los pacaes o huavas, las guayabas, paltas, chirimoyas, piñas y lúcumos y algarrobos; la humedad ambiente condensada en la neblina y en la tenue garúa invernal; la fauna menuda y doméstica, de gozquecillos, patos, palomas, faisanes, perdices, venados y los clásicos gallinazos; sin animales temerosos, como los lobos, salvo las ágiles y astutas raposas; y la proximidad del mar. Los únicos fenómenos extraordinarios del ambiente costeño son el temblor, cucuy *y el* huayco, *o aluvión violento que desciende por las quebradas como un castigo de los cerros, destrozando casas y sembríos.*

La estructura geográfica original de suelo, clima, vegetación y vida animal influye sobre el hombre y es reformada y definida por la acción de éste y por los recursos de su técnica. Del yunga *costeño hablaban despectivamente los Incas, como lo comprobaron los cronistas primitivos Jerez, Sancho y Estete, que dicen de ellos ser "gente ruin y pobre", que no servía para la guerra ni el gobierno. Esto, prescindiendo del alto nivel intelectual y artístico que revelan los vasos y dibujos estilizados de Nazca, las telas de Paracas y la escultura chimú. Coinciden en este desdén por el* yunga *u hombre de la costa, a través de los siglos, los amautas cuzqueños —la casta intelectual incaica— y los sociólogos marxistas de hogaño. Algunos geógrafos y viajeros han recogido también, epidérmicamente, esa impresión deprimente del clima costeño sobre el hombre. Raimondi pensaba que el aire, saturado de humedad, hacía perder calor al cuerpo humano, no calentado por el sol. La tala de árboles suprimía las barreras a los vientos y favorecía el frío*

fisiológico. Middendorf creía que la falta de descargas eléctricas en el verano disminuía la capacidad de trabajo y que, el cielo plomizo, cargado de nubes y la correspondiente falta de luz, más que la de calor, producían el decaimiento moral. En oposición a éstos, algunos científicos modernos afirman que el tiempo medio más favorable a la energía física e intelectual es el que va de 16 C° a 20 C° con 70 ó 90 de humedad relativa y el de Lima oscila entre 17 C° y 22 C°. El clima costeño, según Pedro Larrañaga, favorece la vivienda y el taller baratos y ligeros, la suculencia de recursos alimenticios en que predominan las farináceas sobre las proteínas, permite el trabajo a la intemperie y ofrece reservas enormes de energía eléctrica proporcionada por los torrentes cisandinos.

Estas realidades geográficas modelan las instituciones y las relaciones humanas. El yunga, *alimentado de carne y pescado crudo y de maíz crudo y tostado, construyó sus poblaciones agrícolas en las colinas o sitios encumbrados o cerros artificiales, huyendo de la llanura o la tierra fértil por razones defensivas, económicas o mágicas. La* huaca *irguió su perfil en talud incorporándose a la visión del paisaje local. La templanza del clima, la amenaza del temblor y la falta de madera y de piedra, determinaron los materiales de construcción: paredes de adobes o torta, de caña y barro y techos de troncos de árbol, paja, ramajes o totora. El sentido decorativo del* yunga *colorea, por último, los muros con el ocre o granate de sus vasos y los dibujos geométricos de sus tapicerías.*

Las realizaciones urbanas y arquitectónicas alcanzadas por los yungas *a la llegada de los españoles, eran la aldea o marca, la* pucara *o fortaleza de adobes, la* huaca *o templo de piedra y barro, el* tambo *y la ciudad o* hatun llacta *como Pachacámac, Chincha o Chanchán. El camino, las obras hidráulicas, la tendencia simétrica, el hermetismo de los lugares sagrados, los pozos sepulcrales, revelan los progresos técnicos y las creencias. Son formas logradas y vivientes*

que supervivirán, algunas, en la época española. junto con la toponimia que descubre las raíces étnicas y culturales. La casa o vivienda yunga *fue simplísima, de adobes y esteras y, generalmente, de tipo de "ramada" o de tres paredes, y la cuarta descubierta, a la que se le pone una reja y es un "rancho" republicano de Barranco o Chorrillos. Alonso Enríquez, quien recorrió la costa del Perú en 1534, dice que "no tienen casas sino de setos de cañas, como corrales de gallina y ansi sucias y desbaratadas". El Contador Zárate, que llegó en 1543, afirma que: "los indios de la costa no viven en casas, sino debajo de árboles o de ramadas". Cieza de León apunta, en 1548, que: "los indios de los llanos y arenales no hacen las casas cubiertas, como las de la serranía, sino terrados galanos o grandes casas de adobe, con sus "estantes o mármoles" y para guarecerse del sol, "ponían unas esteras en lo alto". El techo plano de estera, el adobe, la quincha, son tradiciones que, junto con el nombre indio, recogerá la ciudad colonial, desalojando o reformando técnicas españolas.*

La arqueología no ha aclarado, todavía, la extensión del cacicazgo de Lima y la importancia de los centros poblados alrededor de ella, como son Pachacámac, Ancón, Carabayllo, Armatambo, el Huarco y la misteriosa Cajamarquilla; lo que acaso aclaren las nuevas investigaciones del arqueólogo Stumer. El padre Cobo, el más ilustre historiador de Lima, nos dice que había tres pueblos grandes — Hatun Llacta— *en la región de Lima, que eran cabezas de tres* hunus *incaicos, de diez mil familias cada uno: Carabayllo, en el valle de Chillón; Maranga,* huaca célebre *y lugar arqueológico que ha cortado una irrespetuosa avenida republicana al Callao, y el más importante de todos, el pueblo de Surco o* Armatambo, *en las faldas del cerro solar, donde Hernando Pizarro se detuvo antes de llegar a Pachacámac. Este era el centro urbano más calificado de la región limeña y en la época de Cobo se veían aún "las casas del curaca con las paredes pintadas de varias figuras, una muy*

suntuosa guaca o templo y otros muchos edificios que todavía están de pie sin faltarles más de la cubierta". Los demás pueblos eran, dice Cobo, "lugarejos de corta vecindad". Cerca de Maranga estaba el "pueblo de Lima", que tenía aproximadamente media legua y se hallaba junto a la huaca *o templo del dios Rímac, oráculo de la región. "Desde Limatambo a Maranga, dice el Padre Calancha, había una serie de enterramientos y casas o palacios, uno del rey Inca —la* huaca *de Mateo Salado— otro del cacique del pueblo y los demás de caciques ricos". Junto al río Rímac, a la banda del sur, había un lugarejo o tambo, en el mismo sitio que hoy ocupa la plaza y casas reales, que pertenecía, como las tierras colindantes, al cacique de Lima. Este lugar fue escogido por Pizarro para asiento de la ciudad, "por hallarlo ya proveído de agua, leña y otras cosas necesarias a una República y lo otro porque conjeturaba que sería más sano". La provisión de agua y su distribución por canales por el valle, es uno de los motivos determinantes de la elección del sitio de la ciudad. Las acequias juegan un papel decisivo.*

Al fundarse la ciudad española el cacique de Lima era Taulichusco, "señor principal del valle en tiempo de Guayna Capac y cuando entraron los españoles". Un proceso judicial de la época revela las condiciones y extensión de su poder y la entraña del régimen incaico. Taulichusco, según los testigos indios, era "yanacona y criado de Mama Vilo, mujer de Huayna Capac" y proveía los tributos que se enviaban al Inca y lo que éste mandaba. Un hermano de Taulichusco, llamado Caxapaxa era también criado de Huayna Capac y "andaba siempre con el inca en la corte". El padre de Taulichusco, no obstante la sujeción del Inca y la proteción de éste, tenía que luchar con los caciques "aucas", vecinos y rivales. Uno de ellos llamado Coli *—acaso el de Chincha— entró por la fuerza en el valle, pero los indios viejos declaran que "había otros principales en el valle" y "tierras del sol y de las guacas" y de "otros ca-*

ciques comarcanos". También se aclara el sistema de sucesión entre los curacas. Taulichusco, que alcanzó a recibir a Pizarro, "no gobernaba por ser viejo", en los últimos años, y ejercía el curacazgo su hijo Guachinamo, *que se presentaba siempre ante los españoles "con gran servicio de indios". A Guachinamo le sucedió su hermano don Gonzalo que vivía en el pueblo de la Magdalena, que sustituyó a Limatambo, para alejar a los indios de sus idolatrías. En esa época, los indios del cacicazgo, que habían sido más de dos mil, se habían dispersado: unos se habían hecho* yanaconas *de los españoles en la ciudad, otros habían huido o se habían "desnaturado" de su tierra o se habían entregado "como vagamundos" a las borracheras. La mayor parte de las tierras y pastos que pertenecían al cacique, le habían sido arrebatadas y los indios estaban reducidos "a un rincón", según Pedro de Alconchel.*

Una comprobación importante para la reconstrucción del marco geográfico limeño, en la época incaica, surge de este proceso, que abre ventanas al tiempo prehistórico. El cacique don Gonzalo pidió que declarasen los testigos sobre el hecho de que, al entrar los españoles en el valle de Lima, "había muchas chacras y heredades de los indios y en ellos muchas arboledas frutales: guayavos, lúcumas, pacaes e otros todos" y que todos habían sido derribados para construir casas de los españoles y también los tiros de arcabuz. Pedro de Alconchel, el trompeta de Pizarro en Vilcaconga, declara que "avía muchos árboles de frutales y bosques dellos". El indio Pedro Challamay dice que, cuando entró el marqués, "hera todo de frutales de guavos e guayavos e lucumos y otros frutas y ansimismo de camotales e donde cogían sus comidas". Y fray Gaspar de Carvajal, el cronista del descubrimiento del Amazonas, dice que, cuando él llegó a Lima, la primera vez "avía montes de arboledas e así lo era el sitio de esta ciudad e se iban los españoles dos leguas sin que les diese sol e todos estos árboles era frutales e agora ve que no hay ninguno". Marcos Pérez

dice que Lima era "como un vergel de muchas arboledas de frutales". Y doña Inés de Yupanqui, la manceba india del Conquistador, recuerda el diálogo entre Pizarro y Taulichusco. Este protestó ante el Gobernador porque le quitaban sus tierras y "decía que adónde avían de sembrar sus yndios y que si le tomava las tierras se le irian los yndios y el marqués le respondía que no avía donde poblar la ciudad".

La extensión del cacicazgo de Lima era, sin embargo, muy corta. No alcanzaba a Carabayllo ni a Surco, que tenían jefes propios, ni al santuario de Pachacamac. Se concentraba al valle de Lima desde el puerto de mar de Maranga, llamado Piti-piti, antecesor del Callao, por el norte, hasta que el camino del Inca entra en el valle de Chillón; por el sur hasta Armendáriz, en que partiría términos con el cacique de Surco, llamado Trianchumbi; y, por el interior, abarcaría, acaso, hasta los caseríos menores de Late, Puruchuco, Pariache y Guanchiguaylas, que ascienden a la sierra. El área de atracción y de influencia de la aldea india de Lima era, pues, pequeñísima. Su cacique, uno de los más ínfimos régulos del Tahuantinsuyo, y aun el asiento de Lima, era parte de "la provincia de Pachacamac" como lo dice Pizarro en el auto para elegir el sitio de la ciudad. Hernando Pizarro y su hueste de jinetes, que pasaron en enero de 1533 hacia Pachacamac, no hubieran reparado en el cacique rimense, si, en ese pueblo, cuyo nombre no recordaba el cronista Estete, y en el que acamparon una noche, antes de llegar a Pachacamac, no les saludara, como epifanía de la ciudad futura, un típico temblor de tierra. "Acaeciónos —dice el cronista— una cosa muy donosa antes que llegásemos a él, en un pueblo junto a la mar: que nos tembló la tierra de un recio temblor y los indios que llevábamos, que muchos de ellos se iban tras nosotros a vernos, huyeron aquella noche, de miedo, diciendo que Pachacamac se enojaba, porque íbamos allá y todos habíamos de ser destruidos". El mito del dios costeño y limeño se aclara así a

despecho de antropólogos y lingüistas, como el símbolo de una cosmología popular que diviniza el mayor fenómeno telúrico y lo personifica en Pachacamac —el dios-temblor— como, más tarde, buscaría, en el seno de la fe cristiana, el auxilio divino, en Taitacha Temblores *o en el* Señor de los *milagros.*

La raíz india de Lima está, pues, en el caserío del Limatambo y Maranga, regido por el Curaca Taulichusco. De él recibe la ciudad hispánica la lección geográfica del valle yunga, el paisaje de la huaca destacando sobre el horizonte marino; la experiencia vital india, expresada en las acequias. *triunfo de una técnica agrícola avezada a luchar contra el desierto;* el cuadro doméstico de plantas y animales. *que el aluvión español modificará sustancialmente; algunas* formas de edificación *que podrían normar una arquitectura del arenal peruano y el nombre de Lima que tiene "sabor de mujer y de fruta", según Marañón, y que venció, con su entraña quechua inarrancable, a la denominación barroca de* Ciudad de los Reyes. *Es el río Rímac, torrentoso, voluble y desigual, innavegable y huérfano de transportes, desconocedor del papel unificador de los cursos fluviales, camino frustrado, carente de paisaje y de alma, pero obrero silencioso en la fecundación de la tierra y creador oculto de fuerza motriz, el que impone su nombre a la capital indo-hispánica del Sur. Y hay, en la permanencia del nombre, acaso un sino espiritual. "Rímac, dice el padre Cobo, es participio y significa el que habla. nombre que conviene al río por el ruido que hace con su raudal".* Rimani *significa en quechua hablar, pero no sencillamente hablar, sino hablar de cierta manera. El habla natural o lenguaje se dice* Simi *y* Runa simi *es el lenguaje del hombre. Pero* Rimani *y sus derivados tienen un significado especial, como* rimapayani *que significa "hablar mucho, con presteza" o* rimacarini, *"hablar disparates", o* rimacuni, *"murmurar" y* "rimachipuni" *cierta forma de celestinaje. Con lo que el nombre de Rímac encarnaría el destino parle-*

ro y murmurador de Lima, la tendencia a la hablilla y a la cháchara y también al ático placer de la conversación.

Lima, ciudad brumosa y desértica, de temblores, de dueñas y doctores, es un don del Rímac y de su dios hablador.

LA CIUDAD HISPÁNICA

En la época del descubrimiento predominaba en España, como tipo urbano, el de la villa medioeval europea. La ciudad medioeval había surgido en forma desordenada de necesidades religiosas, militares y económicas, alrededor del monasterio, o al pie del castillo feudal, o en el cruce de las rutas comerciales que conducían al mercado o a la feria. La villa medioeval era pequeña, constreñida por el foso y la muralla, que detenían su crecimiento urbano. Sus calles estrechas, irregulares y sinuosas, mal pavimentadas, ascendían hacia la aguja de la iglesia visible desde ciertos recodos. Parecían trazadas como la marcha mística de una procesión y formaban un plano radioconcéntrico, alrededor del templo o de la plaza de armas del castillo. Calles trazadas por el azar, sin fin premeditado, donde no podía funcionar el cañón, concebidas antes del apogeo de la artillería y en cuyas sinuosidades —últimos parapetos de las libertades humanas— podían refugiarse los vecinos para defender sus derechos y combatir con éxito a los ejércitos regulares. El alma de la ciudad medioeval eran las corporaciones, con su espíritu democrático de asociación y de solidaridad en el trabajo, sus instituciones propiciadoras de cultura y su estilo ético contrario al derroche y al lujo y pleno de hospitalidad y amistad social.

El espíritu de la ciudad medioeval española se ajusta a estos rasgos de sobriedad, pero afirma, particularmente, su sentido del derecho y de la libertad expresado en las "cartas-fueros" de las ciudades y en las "franquicias" de sus vecinos y ayuntamientos. El tipo de edificación española me-

dioeval corresponde al ambiente bélico de España, de la guerra de la Reconquista y a la anarquía feudal de los bandos, cuando se luchaba de calle a calle y de casa a casa. La expresión arquitectónica y urbana de ese estado de ánimo es el castillo de aspecto palaciano, de arquerías y artesonados mudéjares o la "casa-fuerte", detrás de cuyas torres, barbacanas y murallas se mezclaban los esplendores del gótico con las tracerías moriscas. La iglesia de la villa medioeval es, generalmente, de estilo románico, con el retablo gótico, y las calles, rampantes y tortuosas, trepan de las murallas a la fortaleza, enmarcadas por las casas de granito y mampostería con los escudos tallados en piedra dentro del amplio arrabal. En los pueblos sin historia bélica las casas eran bajas, de adobe o tapial, con tejados rojos achaparrados, destacando sobre el verde de los huertos y jardines. Las calles en abanico dibujaban trazos elípticos o anulares, que eran la obra del azar. El plano resultante parecía más de biólogos que de geómetras y ofrecía el aspecto, no de un damero, sino de "una lámina de anatomía". Resalta en todas las ciudades, como nota característica del urbanismo español, que se transportara a América, la sobriedad ascética del exterior en contraste con el lujo interior y la alegría de huertos y jardines, de influencia mora; el desorden y la arbitrariedad del trazado sin esquema racional, de que puede ser arquetipo el barrio sevillano de Santa Cruz, y al mismo tiempo la organización jerárquica con la distribución de la ciudad por gremios y clases. Los Reyes Católicos ponen fin a la arrogancia municipal y a la anarquía urbana, sometiéndolas a un plan estatal, que da lugar al nacimiento de la ciudad barroca. El primer asomo de este absolutismo del soberano y del Estado en la organización urbana y en el trazado formal y geométrico de las calles es en el momento en que los Reyes Católicos levantan la ciudad de Santa Fe delante de los muros de Granada. Santa Fe es un campamento militar, al estilo de los antiguos castra romanos, con dos calles rectas que se cortan en forma de cruz, construidas todas de piedra.

Es la negación de la ciudad medioeval por el orden, la simetría y la regularidad. Este fue el molde que Nicolás de Obando llevó a Santo Domingo y que sirvió de patrón para las primeras ciudades españolas en Indias.

La ciudad de Santo Domingo, erigida por Obando ya dentro de las norma del absolutismo estatal y militar de los Reyes Católicos, impone el plano rectangular, con calles anchas y rectas, trazadas a compás, que se cortan perpendicularmente para formar un tablero de ajedrez. En el centro de la ciudad, siguiendo a los preceptistas italianos clásicos, se instala la plaza central. Las casas son de piedra, levantadas por canteros sevillanos, con aire de fortalezas, pero a las que el calor del trópico obliga a abrir muchas ventanas. En los estilos arquitectónicos conviven, en las portadas, el gótico y el plateresco y, en el interior, los patios mudéjares y las pilastras renacentistas. Pero todo esto resulta exótico e inadecuado para el marco geográfico americano, cuya expresión urbana y arquitectónica propia es el villorio indio y el buhio *o galpón de caña y barro.*

Cuando los españoles llegan al Istmo, después de la experiencia antillana, ya no construyen casas de piedra ni portadas platerescas como en Santo Domingo. El buhío *de paja americano, redondo o rectangular, ha triunfado sobre la casa fuerte medioeval o el palacio renacentista. Cuando Pedrarias llega a Santa María, con sus gentes vestidas de brocados, que vienen de la corte española, halla 200 "buhíos" donde vivían alegremente unos colonos con alpargatas. Panamá se funda, en 1519, con un plan cuadricular, pero, durante un siglo, no se consigue, por falta de materiales y canteras, que las casas del Gobernador, del Cabildo y del Tesorero sean de piedra, como lo ordena el Rey, porque "toda la ciudad es de tablas" y hasta la Catedral es de madera. El Trópico ha impuesto sus formas.*

Pizarro, gran artesano de ciudades, importa al Perú el plano rectangular, patrón uniforme ya de la norma estatal absoluta, de la ley y de la uniformidad burocráticas. El ca-

non matemático rige el tamaño de la plaza mayor: 600 pies de largo y 400 de ancho, cuatro frentes, ocho calles centrales de 450 pies de frente y 40 pies de ancho (11 m. 32): las manzanas de 15.687 metros cuadrados, divididas en cuatro solares y éstos de 100 pasos de longitud y 80 de anchura. Es la ley marcial del número y del diseño geométrico implacable. En Lima se cumple, trazando 117 islas o cuadras en un rectángulo de 14 cuadras de largo y 9 de ancho.

No cabe insistir en las normas de fundación de las ciudades, ya conocidas, como son el sitio saludable medianamente levantado, de buenos aires, "buenas salidas y entradas", junto a la mar o la ribera del río y los preceptos especiales referentes "al aire, al temple y a la constelación". Cabe únicamente recordar, en lo espiritual, como deduce el padre Calancha, el carácter que tendrán los limeños por obra de la constelación que es el influjo misterioso que el cielo y los movimientos de los astros ejercen junto con las fuerzas ocultas o emanaciones de la tierra sobre el carácter y el destino del hombre. La astrología entraba en las técnicas urbanas infundiéndoles un aliento mágico. Habiéndose fundado la ciudad en lunes y a la diez de la mañana, dice Calancha: "Los limeños se hallan bajo el signo Piscis, por lo que serán aptos para la cultura, precoces y agudos de ingenio y serán, además, gente poco trabajadora, amiga de agua y de sueño y de salir de su patria, amigos de burlarse y inclinados a cosas loables, a conversar con buenos, comer mucho, y por esto ser enfermizos; ser contentos de sí mismos y osados a casos dificultosos y las mujeres ser piadosas, honestas y que padecerán mal de madre".

Lima fue inicialmente una aldea de caña y barro. Pizarro baqueano, *lleno de experiencia indiana, adoptó como tipo de vivienda las "ramadas" indias, que había visto en las poblaciones yungas del norte semejantes a los buhíos antillanos, la vivienda elemental del Trópico. Un conquistador que llegó en abril de 1535 dijo en una información que en ese tiem-*

po "no había casas ninguna hechas sino que todos estaban en bohíos *hechos de cañas".*

El plano mismo rectangular hubo de quebrarse ante la realidad topográfica y las huellas dejadas por los anteriores trazos indios. Si se observa un plano primitivo de Lima se notarán estas desviaciones inmediatas del trazado cuadricular. Se hallan líneas curvas en diversos puntos, en calles vecinas al río, por de pronto, como en la barranca de San Francisco; en Santa Catalina, provocada seguramente por el paso de una acequia matriz; en la calle del Pacae, que ofrece hasta ahora la ondulación típica del camino real que llevaba a Pachacamac; en la llamada más tarde Plazuela de la Inquisición el trazo rectangular se interrumpe y se abre inesperadamente en un triángulo, que figura desde la fundación entre las formas típicas de la ciudad y es que hubo ahí un estanque de la época indígena que bordearon los solares españoles. La Plaza se llamó por esto primitivamente la Plaza del Estanque. Otro obstáculo, huaca *o lodazal, semejante debió presentarse y determinar la línea diagonal de de la Plaza de la Micheo, continuada por la calle de Belén, que se inicia en la esquina del Teatro Colón y toma rumbo sur-este contrariando el mandato geométrico. En las cercanías de Santa Ana hubo también alguna* huaca *que acaso recuerde el nombre de la Huaquilla.*

La ciudad hispánica, fundada por Pizarro, difiere, sin embargo, fundamentalmente, de la aldea india de Lima. Esta corresponde a la "Eópolis" de Geddes y Mumford, o sea al tipo primitivo de la comunidad agraria, en tanto que la ciudad hispánica es ya el tipo de la Metrópoli *o ciudad madre, que domina las vías de transporte, es sede de paz y de quietud y de transformación biológica y cultural que ejerce su esfera de atracción en un vasto territorio. Lima es una de las grandes ciudades nucleares del continente, procreadora de urbes y de anchísimos linderos. Sus términos llegaban en la primera época a Ica, Chincha, Lucanas, Huamanga, Huánuco, Jauja, Tarma, Huaraz, el Callejón de Huaylas,*

Huacho y Barranca, en contraposición a la mínima extensión ribereña que tuvo el cacicazgo indio del Rímac. La ciudad hispánica alcanzaba los límites de las reparticiones correspondientes a sus vecinos por lo que le estaban subordinados 25.000 indios tributarios. En 1571 alcanzaba a 100 leguas, por el norte, hasta Huarmey y 40 por el sur, hasta Acarí. En 1599, el Virrey Velasco se ve obligado a disminuir el área hiperbólica de la ciudad, reduciéndole 8 leguas por el lado de Chancay y 16 leguas por las demás vías.

La metrópoli hispánica no es, en los primeros tiempos, como se ha sostenido generalmente, una ciudad mestiza. Los indios no residen en la ciudad sino en número muy escaso o sea el de los llamados yanaconas *o gentes de servicio. El indio permanece fuera de la ciudad en las tierras de cultivo de los repartimientos y adviene sólo eventualmente al recinto urbano, que le recibe en unos albergues situados en los arrabales, llamados "ranchos de indios". En la ciudad, primitivamente de 111 vecinos españoles, conviven éstos con sus esclavos negros y los pocos indios de servicio. Predomina aún, y ésta será una de las notas distintivas de la ciudad del siglo XVI, la tónica guerrera y defensiva. El vecino es un soldado con armas y caballo, obligado a defender la ciudad. El propio plano rectangular tiene una finalidad militar. Frente a la latente amenaza india, no se necesitan fosos ni murallas, sino calles rectas y anchas para el paso de la caballería y el funcionamiento de los cañones. En 1571 López de Velasco anota 2.000 vecinos españoles, en 1597 Baltasar Ramírez repite la cifra y en el censo de Luis de Velasco de 1600 se cuentan 14.262 vecinos. Los indios afluyen, sin embargo, poco a poco, atraídos por la ciudad nuclear y aprenden los oficios manuales y la artesanía. Son sastres, zapateros, plateros, músicos y hasta escribanos. En un primer movimiento de desconfianza el indio había huido de las ciudades españolas, dejando sus tierras y hogares ("desnaturándose") y retirándose a vivir en los riscos, punas y quebradas. Toledo convocó a los naturales dispersos y los conminó*

a vivir en pueblos grandes o "reducciones". *En 1571 se funda una* "reducción" *de indios a las puertas de Lima con iglesia, plaza, cabildo indio y tutela jesuítica para recoger a todos los que vagaban por huertas, corrales y rancherías, sin ocupación y sin doctrina. La reducción limeña, cercada de altos muros con puertas que se cerraban de noche y donde no tenían entrada blancos ni mestizos, fue llamada* "El Cercado" *y es la expresión de un acercamiento del indio campesino dentro de la subsistente desconfianza racial y un tamiz para entrar a la urbe. La ciudad nuclear del siglo XVI fue, pues, predominantemente de blancos y negros.*

El área urbana crece con la llegada de nuevos españoles y del mestizo incipiente. El plano primitivo es desbordado. El ingeniero Tizón y Bueno ha estudiado, certeramente, los avances de la ciudad hacia el Norte, primero: traspasando el río con un primer puente de madera, y, luego con uno de ladrillo y cal, en la época de Cañete, para extender la ciudad a la ribera septentrional y fundar el barrio de San Lázaro (1562), la Triana limeña; luego, hacia el Este, originando el barrio de Santa Ana, en 1548 y, el Cercado en 1571 y, hacia el Oeste, con las nuevas parroquias de San Sebastián (1554) y de San Marcelo. El rumbo más retardado de la marcha urbana será el del Sur, el del posterior gran desarrollo novecentista, pues la población sólo alcanzará a la Encarnación en 1562 y a la ermita de Guadalupe, en 1600. Contra lo que se asevera, que la ciudad temió la marcha hacia el Oeste y el mar por el peligro de los piratas, puede afirmarse que, a fines del siglo XVI, la ciudad crecía horizontalmente de Oriente a Occidente como una flecha tirada de la Plaza Mayor hacia la punta marina del Callao, pues tenía 25 bloques de casas del Cercado a Monserrate, y tan sólo 14 bloques de San Francisco a Guadalupe, en la dirección Norte-Sur.

El ambiente de la Lima del Quinientos encajaría bien dentro del título de una obra de Guevara: alabanza de corte y menosprecio de aldea. Tiene vanidades y exhibiciones de

sede palaciega, ínfulas de metrópoli y rusticidad y paz bucólica de aldea. Los vecinos se ufanan de la amplitud y rectitud de las calles, cuya perspectiva abierta y clara permite, negación de lo medioeval, ver, desde cualquiera de ellas, el campo y el mar. Pero, la ufanía la ponen en el perímetro rectangular de la Plaza Mayor y en la prestancia arquitectónica de ésta. La Plaza y el alarde inicial de algunos templos, es lo único que tiene entonces pretensiones barrocas en toda la ciudad. El cuadrilátero histórico de la plaza, trazado por el propio Pizarro con su espada hazañosa, es uno de los más grandes de las ciudades indianas —2.000 pies— por lo que se asombraría ya el joven cuzqueño Garcilaso al pasar por ella. La Plaza tiene una función cívica y es una síntesis institucional. En ella están —he dicho otra vez— el Palacio del Virrey, el Cabildo y la Iglesia. Dios, el Pueblo y el Rey, los tres grandes protagonistas del drama español del siglo XVI. La Plaza, rodeada como de un friso de madera, por los vistosos corredores altos del Cabildo, de la galería del Palacio virreinal y por el "lúcido ventanaje" de las casas del Arzobispo, es, ya, una feliz expresión arquitectónica limeña, en que los balcones ponen su nota decorativa y parecen confesionarios destinados a recoger el rumor, la maledicencia de la ciudad, que circula bajo los portales de piedra levantados por el Conde de Nieva. El Palacio Virreinal tiene, ya, una noble portada de piedra, mandada tallar por el Virrey don Luis de Velasco. La Iglesia Mayor fue, en la época de Pizarro, un humilde santuario de caña y paja; pretendió alzarse, en la época de Toledo, con pilares y columnas de piedra labrada, que hubo que interrumpir, por imposibilidad de llevarla a cabo; la media iglesia, levantada por el Virrey Velasco, fue "de arista llana, sin moldura", hecha de adobes y techada de esteras. El mayor trofeo urbanístico de la Plaza es, sin embargo, la fuente de la Plaza Mayor en la que vino a surgir el fresco chorro de agua en la época de Toledo, después de diez años de trabajarse el acueducto que la recogía en el manantial andino y cuya llegada al sur-

tidor se celebró con fiestas públicas y corridas de toros en la misma plaza. La múltiple finalidad urbana del cuadrilátero metropolitano queda así definida. No es la plaza de armas medioeval, hecha para el alarde militar o el remate de la procesión religiosa, sino un abigarrado recinto burgués, mezcla de corte y aldea, con ínfulas burocráticas, planeado para la multitud burguesa que tiene en ella el paseo y el mercado, el auto de fe, la predicación de la doctrina, el paseo de las tiendas de las mujeres en los portales, el auto sacramental en el atrio de la catedral y la corrida de toros, en el espacio abierto ante ella, y, sobre todo, como expresión del oscuro fermento democrático de los conquistadores, el "cabildo abierto". La Plaza criolla de Lima, con su tumulto democrático de mercado y su algarabía de castas, parece forjada, desde siglos antes, para colocar en ella el tabladillo de la proclamación de la independencia.

Las nuevas mutaciones urbanas y arquitectónicas, introducidas por la ciudad hispánica, son las iglesias, conventos y monasterios, expresión del ideal religioso de la colonización, los hospitales y los Colegios y la Universidad, que denuncia el afán de cultura antes que el industrial. Las iglesias iniciales fueron las de Santo Domingo, la Merced y San Francisco con sus respectivos conventos, sus celdas, con poyos de adobes y sus claustros pobres rodeados de huertas. Apenas se comienza a edificar las iglesias mayores, con plantas clásicas, portadas platerescas, artesonados mudéjares, azulejos y bóvedas de crucería gótica. El hospital atrae con su plano en crucero, con el altar al centro, para que los enfermos oigan la Misa desde su cama como el mejor remedio. Nada ha quedado de todo ese primitivo alarde arquitectónico. Los temblores de tierra echaron abajo, en 1609, en 1647 y en 1746, todos los restos de la arquitectura del siglo XVI. Angulo Iñiguez ha comprobado que, del gran empeño arquitectónico del siglo XVI, sólo han sobrevivido, en el Perú: unas bóvedas de lacería, descubiertas por el terremoto de 1940 en la iglesia de Santo Domingo; las ruinas de las

iglesias de Saña; algunos templos de Juli y el templo intacto de Paucarcolla, levantado por fray Domingo de Santo Tomás. Pachacamac, el dios telúrico de la costa, fue igualmente implacable con indios y con españoles. La "Casa de Pilatos", que algunos consideran como edificada en el siglo XVI, es de mediados del siglo XVII, en que fue íntegramente reconstruida, desde sus cimientos, por su dueño, el magnate cuzqueño, don Rodrigo de Esquivel.

Si no quedan algunas huellas arquitectónicas del siglo XVI, perdura la impresión que de ella recogieron los cronistas y viajeros que la vieron, principalmente Zárate, Cieza, Garcilaso, Salazar de Villasante, Lizárraga, el padre Cobo. La primera nota interesante y sugestiva, en todos ellos, es el ambiente rústico de la ciudad, la supervivencia del aire y el paisaje campesinos, a pesar del impulso burocrático. Las casas están rodeadas de patios, corrales, huertas y jardines y, en muchas de ellas, alterna el perfume de madreselvas y jazmines con el olor a abono de los pesebres, y el toque a maitines de las iglesias, con el relincho al alba de los caballos. Las casas, siguiendo la tradición ascética española, son de pobre apariencia externa, de altos muros de adobe, a veces sin revestir. En muy pocos casos, ostentan una portada de piedra o ladrillo, pero resplandecen por dentro de alegría por la generosidad del trazo, la plenitud de la luz y por los espacios abiertos y floridos. Los ramajes, cargados de frutos, asomaban su verdor y fragancia por sobre los muros externos, al punto que fray Reginaldo de Lizárraga dice: "Desde fuera no parece ciudad, sino un bosque con muchas huertas, con naranjos, parras, granadas y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan". Expresiones de ese amor al espacio y a la luz son los patios —concebidos, también, como refugio para los temblores—, los corredores altos y bajos, los miradores y las azoteas. Esta presencia constante de la naturaleza en la ciudad, esta conciencia poética del ambiente y esta paz rural que penetra a chorros por los patios y los portalones, los jardines

y los corredores prestigia el sano sentido urbanístico y la generosidad vital del español, ajeno al cálculo y al lucro. y prefigura todas las aspiraciones de planificación urbana del suburbio romántico victoriano o de los propósitos modernos patrocinadores de la ciudad biotécnica, realizados dentro de las posibilidades de una ciudad indiana del siglo XVI.

El colonizador español. a la vez que mantiene el aire de la aldea primitiva y los elementos terrígenos de ella. destruye otros, como en el caso de la desarborización de las alamedas indígenas para edificar las primeras casas. y trae nuevos elementos vegetales que transforman el paisaje regional. El Cabildo de Lima ordena. en 1535. a todos los vecinos sembrar sauces para reemplazar las arboledas autóctonas. En el horizonte dominado por la huaca y el algarrobo se levanta la torre cristiana y. al borde del río. las aspas ligeras de los molinos y las chacras y estancias que describe Cieza. donde los españoles tienen verdes alfalfares y oscuros olivos. ganados y palomares, viñas y huertas frescas y deleitosas. donde los plátanos vuelcan sobre las tapias sus hojas sacerdotales: las higueras juegan decoraciones del sol sobre la umbría alfombra; se yerguen airosos los naranjos y las palmas y ofrecen su pulpa olorosa los melocotones. las granadas. las cidras y los membrillos.

Otra nota sustantiva del espíritu criollo. que empieza a nacer a fines del siglo XVI y se cristaliza en Lima en contradición con la sencillez del colonizador primitivo. es el afán suntuario de los limeños, anuncio de la ciudad barroca. El lujo se despliega en las fiestas religiosas y en los trajes. No es posible insistir, ahora, en estos aspectos. pero basta señalar, como expresiones de él. el fausto de las procesiones en adornos de ventanas y de calles, la riqueza de retablos y custodias, el lujo en muebles. tapices y vajillas. en pinturas romanas y flamencas y en alhajas, que revelan los inventarios de la época, las pragmáticas reales contra el derroche en vestidos de hombres y mujeres, los bandos contra las tapadas que inician en el siglo XVI su rito de misterio y de gracia

y el número de carrozas con cortinas guarnecidas de terciopelo de rosa y de oro, que se echan a rodar sobre el empedrado de Lima causando el estrépito de un temblor.

Nota esencial de la ciudad seiscentista fue, por último, algo que es inasequible en la megalópolis de hoy día, asediada por la algarabía de claxons y de radios y de todas las estridencias mecánicas, y fue su admirable silencio. Cómo sería de suave, pausado, de acogedor ese silencio cuando el padre Cobo dice maravillado, que en la estación de verano cuando el río iba crecido, el ruido de su corriente atravesaba la ciudad y "en el silencio de la noche se percibe en toda ella el murmullo de sus aguas". ¡Dichosa edad sin desvelos ortofónicos ni espasmos auditivos!

De aquella Lima frondosa, fragante y recatada no quedó nada en pie por obra de los terremotos y del necesario receso de las cosas, si no son, hasta hoy, la osamenta de Pizarro en la Catedral, las arquerías de Santo Domingo, los libros del Cabildo de Lima o del Arzobispado y algunas burdas falsificaciones de nuestro siglo como la novecentista higuera de Pizarro, no mencionada por cronista alguno de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX hasta que la inventara algún bedel del palacio, urgido de propinas. En cambio, el padre Cobo nos habla de un testimonio auténtico de la Lima del siglo XVI, que ha subsistido hasta nuestros días, y es la huerta de Pizarro, comprendida dentro del convento de San Francisco, por donación del virrey Cañete. El cronista describe así: "Era esta huerta muy grande y bien trazada y plantada con curiosidad, con un estanque en medio tan capaz y de tan costosa fábrica de ladrillo y cal, que muestra bien en la suntuosidad que tiene ser obra de persona tan poderosa y rica como lo era el sobredicho marqués Pizarro: es de figura seisavada, hondo una pica con un cenador en medio, a modo de isla, con sus pilares de ladrillo en torno que sustentaba un cobertizo aforrado por encima de hojalata y poyos alrededor, al cual se entra por una puente en cuya puerta permanecen hoy pintadas

las armas del marqués Pizarro: tiene su desaguadero muy profundo que va a salir a la barranca del río. Es la obra de este estanque el edificio de cantería más antiguo que los españoles hicieron en esta ciudad, a lo menos de los que permanecen hasta ahora, y está tan entero y fuerte que no le falta sino el cobertizo del cenador. Hase mejorado después que lo posee este convento con un acueducto secreto que le han hecho los religiosos de él, que costó seis mil pesos, por donde ahora entra el agua limpia y clara". El estanque y la huerta de Pizarro, que subsistían cuando escribía Cobo en 1629, y que eran de los pocos testimonios venerables de nuestro más antiguo pasado urbano, que en alguna otra parte hubieran sido conservados y enseñados como un recuerdo histórico sugestivo y permanecerían hasta hoy con su ambiente característico de emparrados y el agua limpia y clara, uncida humildemente a la lavandería del convento, han sido removidos en 1953, para dar paso a la avenida Abancay, que pudo, en su trazo urbano, desviarse por la calle de Zárate o cortar en diagonal el local del Congreso, que no ofrece interés estético, ni es una casa de piedad, ni de sabiduría. Y aquí termina el balance urbano de nuestro siglo XVI.

La Ciudad Barroca

En los siglos XVII y XVIII Lima alcanza su apogeo económico, político y social y su fisonomía urbana característica. Bajo el absolutismo hierático de los Austrias o bajo el filantropismo ilustrado de los Borbones no amenguan el centralismo burocrático ni la disciplina despótica. No obstante su gracia criolla, que aligera o relaja las normas de su fe religiosa, cuya piedad atenúan las exigencias del capitalismo mercantilista de otras partes, se sienten en la villa indiana las presiones características que dictan, según Mumford, las leyes de la ciudad barroca. Según este agudo sociólogo, la ciudad barroca es un fenómeno urbano que se produce en el Occidente del siglo XVI al XIX, con antici-

paciones o retardos según los países y la psicología nacionales. El término "ciudad barroca" no se limita a la referencia arquitectónica. En Europa y en las sociedades sajonas está caracterizado por el absolutismo del soberano temporal y del Estado nacional que reemplazan en el dominio social al absolutismo medioeval de Dios y de la Iglesia, fenómeno que no se presenta en España ni en Indias, donde ambos fueron solidarios. La ciudad barroca tiene una doble y contradictoria tendencia: de un lado una exigencia inflexible, matemática a la uniformidad, la regularidad y el orden, que se traduce en el plano rígido de las calles y en el diseño geométrico del paisaje y, de otro, un fondo rebelde, anticlásico, antimecánico, sensual que se expresa en los trajes, en la vida sexual, en lo religioso y en lo político. Suprimida la libertad de discusión —dice Mumford— "la gente se acostumbra a aceptar la voz de mando agresiva y los modales arrogantes y brutales de las clases superiores", principalmente de la burocracia y el ejército, brazos del monarca, que, unidos a los mercaderes y banqueros, acentúan el orden, el método, la rutina, aumentan los impuestos y el amor abstracto al dinero y al poder. El absolutismo barroco tiene su expresión urbana adecuada en la gran avenida espectacular, en que convergen las líneas de las cornisas y los bordes de los pavimentos, para conformar las vías triunfales para el desfile de los ejércitos victoriosos y el tránsito de las piezas de artillería. "Los edificios —dice Mumford— se yerguen en los costados de las grandes avenidas rígidos y uniformes, lo mismo que los soldados, a la voz de atención, marchan por la avenida, rectos, uniformes, son un edificio clásico en movimiento. El espectador permanece inmóvil, la vida marcha ante él sin su permiso y sin su ayuda; puede hacer uso de sus ojos pero, si quiere abrir la boca o cambiar de lugar, deberá pedir permiso". La contrapartida estética de esta disciplina está en que ofrece, desde el punto de vista urbano, una sensación de grandeza, de poder y una serie de compensaciones visuales.

En Lima, como en España, se presenta, en una forma menos hosca y absorbente, la pugna económica, por el imperio de otros factores espirituales, principalmente en el siglo XVII. El ideal español de entonces no es la riqueza, ni el poder, sino la vida ascética y la santidad. La vida social está regulada por la Iglesia y por la obsesión de la vida ultraterrena. La riqueza fluye hacia las iglesias, hacia el esplendor del culto y las obras pías. Las principales solemnidades son las religiosas: la procesión, el tedéum, la novena, el sermón o el tétrico auto de fe. Los conventos acaparan el arte y el saber en sus joyeles y cuadros, en sus bibliotecas y en las personas de los "maestros" escolásticos de teología o de derecho que rigen las cátedras universitarias. En Lima la emoción religiosa es unánime y fortifica los vínculos sociales entre las clases porque en ella se solidarizan desde el Virrey hasta el criollo insumiso, el indio silencioso y el negro ladino y sensual. El efluvio místico embriaga las almas de frailes extáticos, de vírgenes maceradas y de legos milagreros, y rompe las compuertas de las clases sociales y de las jerarquías. El Príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja y Aragón, Virrey autoritario y cima de aristocracia, se asoma al balcón del palacio para ver pasar, tendida en su túmulo de rosas, a la doncella mestiza Isabel Flores de Oliva, e inclinarse ante su santidad y el Virrey Montesclaros carga, junto con el Arzobispo de Lima, Lobo Guerrero, el féretro de San Francisco Solano entre la fronda de azulejos del cenobio limeño. La multitud enardecida recorre las calles exigiendo que los dominicos proclamen el dogma de la Inmaculada Concepción al grito de "sin pecado concebida" *y son batallas cívicas los capítulos para la elección de guardianes y de abadesas conventuales. Lima es en el siglo XVII —ha dicho el argentino Juan María Gutiérrez— un inmenso monasterio de ambos sexos. Las áreas mayores son las ocupadas por los conventos y de ellos las mejores tierras y rentas. El censo del Marqués de Montesclaros arroja sobre un total de 26.441 habitantes un 10% de canónigos, cléri-*

gos, frailes y monjas. Todos los años se levantan nuevas iglesias, se fundan beaterios o conventos, o surgen nuevas devociones y las voces estremecidas del milagro. Las campanas de las iglesias marcan las alegrías o los dolores de la ciudad. Las fiestas mayores del siglo, en que la ciudad despliega su boato máximo, son las beatificaciones y canonizaciones de Santa Rosa, de Santo Toribio y de San Francisco Solano. En las exequias de Felipe IV setenta templos doblan, durante veinte días seguidos, desde las 6 hasta las 12 de la noche. El Arzobispo oficia una misa de réquiem a la que asisten 500 clérigos y 1,050 frailes de diversos órdenes. En prueba de este absorcionismo religioso los barcos de guerra llevan nombres de santos y un fraile flamenco construye las murallas.

Estas formas de vida trascienden en el ambiente urbano y se reflejan en el arte y en las costumbres. En la vida de la ciudad, como en la casa familiar, impera un ideal de hermetismo y de clausura. Los conventos ofrecen de fuera el aspecto impenetrable de sus altas cercas, sus bóvedas pesadas y opresivas, los barrotes que interceptan la vista del coro y el torno ciego del locutorio, que se abre sólo al sésamo del "Ave María". Dentro del convento la celda es la máxima concreción de soledad y retiro. Para acentuar el rito del aislamiento terreno y el viaje por las moradas celestes, se crean nuevas casas recoletas, regidas por el dulce precepto del silencio y surgen esos monumentos de piedad y de pobreza descalza que —como la Recolección franciscana de los Angeles, que fundó la humildad de fray Andrés Corso, o como la Recoleta dominica, donde fray Diego de Hojeda escribió La Cristiada— *son la contradicción de la vanidad de la ciudad barroca. Expresiones del mismo impulso recoleto subconciente son el "toque de queda" vespertino llamando a orar y recogerse en sus hogares a todos los vecinos y las penas eclesiásticas —exacerbaciones de la incomunicación de la soledad— que eran el "entredicho" y la excomunión. Y ese ideal de recato y clausura se contagia y se extiende, porque*

la casa familiar es ascética, reprimida por fuera y alegre y expansiva por dentro, porque la arquitectura adopta esa misma actitud de atisbo y de recato en las celosías moriscas de los balcones, porque las mujeres se tapan el rostro para salir a la calle, y, por último, porque la ciudad misma, ungida de místico recogimiento aprendido en el lírico regazo de las letanías, decide convertirse, toda ella, en un inmenso huerto cerrado —hortus clausum— *y encerrarse dentro de unas murallas simbólicas que nada defienden, porque los limeños confían, más que en ellas, en la ayuda de Dios.*

El fervor religioso coincide, en el siglo XVII, con la grandeza territorial y el auge económico del Virreinato peruano, su primacía comercial indiana, el desarrollo de la fortuna pública y privada y el poder de los encomenderos. El Perú, y con él la capital metropolitana, gozan casi de una autarquía económica porque entonces la producción de trigo del valle de Lima es de 100,000 fanegadas y 12,000 de maíz y las tierras de panllevar producen frijoles, garbanzos, pallares, arroz, lentejas y quinua. Es la república feliz de Moro para la que no es necesaria la conmutación.

La riqueza se manifiesta en el aumento de la población, en el crecimiento y las grandes obras públicas de la ciudad barroca, las fiestas, la fábrica constante de nuevas iglesias, el lujo deslumbrante de éstas, el académico hueco de la cultura y el derroche y ostentación de las clases superiores. La población aumenta de 14,262 habitantes en 1600, a 26,441 en 1614 —en el censo de Montesclaros— y a 37,259, en 1700. El área urbana avanza hacia el sur y por el norte alcanza a los cerros fronteros. El indio permanece todavía en el campo y es minoría en la ciudad en que proliferan las castas intermedias. En 1610, el Marqués de Montesclaros levanta el puente de Piedra sobre el Rímac, que habría de desafiar a los siglos y es el más viejo monumento limeño. El puente, de seis ojos, con "fuertes estribos y galanos pretiles", fue hecho, en su integridad, con piedra extraída de Chorrillos y la arquería de ladrillo, y se le coronó con dos torrecillas y

un arco. En 1738, se colocó, sobre el arco del puente, la estatua ecuestre de Felipe V, único monumento escultórico colonial, que se cayó en 1746. El Puente, cuyos barandales miran opuestamente a la cordillera y al mar, es uno de los sitios más característicos de Lima y una de sus estampas mejores. Desde él se divisan las siluetas de los gallinazos a orillas del río y el cielo arrebolado de los crepúsculos limeños. En la Colonia y en la República fue, por esto, lugar preferido de los paseantes que, en las tardes, se sentaban en los óvalos de él y, en sus charlas y chismorreos, seguían la enseñanza del río hablador. En la época romántica, fue refugio predilecto de los poetas, en las noches de luna. El viajero Radiguet ha perennizado la escena del ruidoso cortejo de calesas, coches y cabalgaduras regresando del paseo a Amancaes y deteniéndose, repentinamente, a su paso por el Puente, arrodillándose los unos y descubriéndose los otros, al oir el "toque del Angelus" para rezar la oración de la tarde, con una emoción dulce y enternecedora, y proseguir luego de unos minutos de absoluto silencio su marcha alegre y estruendosa, mientras el río gruñía a sus pies.

El propio Marqués de Montesclaros, gran edil y cortesano, que levantó el Puente y fundó el primer teatro o corral de comedias, le dio a la ciudad el halago de un paseo aristocrático y barroco, simétrico y rectilíneo, con sus 200 pasos, que salvaron el trecho entre San Lázaro y el entonces remoto Convento de los Descalzos, sus tres calles anchas y ocho hileras de árboles y, en las calles de en medio, sus tres fuertes de piedra labrada con agua de pie. La Alameda de los Descalzos, como se la llamó, trazada a imagen de la Alameda de Hércules de Sevilla, fue otra de las claras intuiciones edilicias y un gesto de magnate de Montesclaros. El rincón encajonado junto a la recoleta franciscana y el cerro de aledaño es, como la zona vecina en que se halla la quinta de Presa, uno de los más alquitarados sitios de quietud y de luz ambarinas en los llanos grises y desolados de Lima y por ello la aristocracia lo convirtió en su lugar preferido y en el sitio

de reunión de las calesas y de las parejas de enamorados, en las tardes, y de todo el boato ciudadano, en los días de San Juan y de la Porciúncula, cuando la cruzaban los jinetes y los carruajes adornados con las flores doradas de Amancaes "como una cabalgata de la Primavera". Como el Puente, la Alameda fue otro refugio predilecto de los románticos y Luis Benjamín Cisneros concretó la sensación vespertina del tañido de la campana en el refugio limeño en los suaves versos que dicen:

Pláceme en la alameda solitaria,
cerca del templo, de quietud en pos,
escuchar de los monjes la plegaria
y, al son de la campana funeraria,
pensar en Dios.

Ver de estos cerros áridos la espalda
dorada por la luz crepuscular,
y de los verdes campos a la falda,
—esmaltado paisaje de esmeralda—
a lo lejos, el mar.

Y José Santos Chocano, con su estro pomposo e imaginativo de prodigiosa inexactitud, dijo de ella en su Canto a la Ciudad Colonial:

Tu Alameda —anacrónica y solemne alameda—
que luce su follaje de encarrujada seda
como una dama antigua su acuchillado traje
a lo largo del río *con su espuma de encaje.*

El esplendor decorativo florece bajo el Conde de Salvatierra que manda hacer en bronce, con figuras mitológicas, la fuente de la Plaza Mayor, que aún subsiste; continúa en los portales de piedra mandados levantar por el Conde de la Monclova en 1693 y en las murallas con que, completando

el sueño de hermetismo del siglo XVII. mandó el Virrey Duque de la Palata ceñir Lima, cuyos 34 baluartes no tenían terraplenes para las cañoneras y sus muros de adobe no habrían resistido la artillería de los piratas, que nunca la atacaron. Riva Agüero dice que sólo sirvieron para fines de seguridad policial y tributaria y para detener algunas de las montoneras republicanas, hasta que se derrumbaron, vírgenes de pólvora, en el período renovador de Meiggs, para dar lugar a las avenidas de circunvalación.

El siglo XVII marca, también, el apogeo del estilo barroco en la arquitectura, en el arte religioso y en la literatura. El barroco se amolda al espíritu criollo amante de lo ornamental, de lo exterior, de lo pomposo y florido. El barroco reemplaza al plateresco o convive con él en las portadas de templos y de casas y en algunos retablos, particularmente en la portada de la Catedral y en la sillería de ésta, que son los últimos reflejos de ese arte en el Perú. El barroco se desata, luego, en las portadas churriguerescas de los templos, como San Agustín o la Merced, de labrada cantería, o en los claustros de San Francisco, animados de azulejos y de techos mudéjares. "Es un barroco limeño —dice Héctor Velarde— amestizado, con algo de andaluz o flamenco de formas lujosas y ordenadas, grandioso de forma y de plan pero que aúna la fuerza con la delicadeza y la gracia, hasta con cierta melancolía". La falta de canteras en las cercanías de la ciudad, que excluye la piedra de la mayor parte de las construcciones, hace derivar el gusto barroco hacia la talla en madera. Surgen entonces los retablos, los púlpitos, las sillerías de coro, las retorcidas escaleras, los techos artesonados y, primor del del arte vernáculo, los balcones tallados en madera con los soportes mudéjares y sus balaustres afiligranados, livianamente montados en la altura media de las casas, formando como dice Calancha, "como calles en los aires" y acentuando la nota de rebozo morisco de la ciudad.

El cambio de dinastía y el ingreso de los Borbones produce fuertes trastornos políticos, sociales y culturales. Coin-

cide la apertura del tráfico comercial a las Indias de los buques franceses con la decadencia económica de la nobleza por la extinción de las encomiendas, el contrabando y las desmembraciones territoriales del Virreinato peruano, decretadas por el centralismo borbónico. Lima, arruinada por el terremoto de 1687, vuelve a ser casi íntegramente destruída por el sismo de 1746, que arrasa también el Callao. En tres minutos, dice un cronista, quedó en escombros la obra de 211 años contados desde la fundación de la ciudad. Ambos fenómenos telúricos acompañan una nueva técnica arquitectónica y precauciones urbanísticas, que van modelando, definitivamente, el estilo de la ciudad, de casas bajas y de leves adornos de madera. En el primer sobresalto se intentó trasladar la ciudad a otro sitio y se pensó en hacerlo al Cerro del Agustino. Pero, luego, se adoptaron medidas precautorias de una ciencia asísmica que debía reglar el arte limeño de construir y que fueron, según Juan y Ulloa: predominio de la quincha, techos de tijera, reducción de la altura de los edificios y del espesor de los muros, prohibición de balcones, arcos de bóveda y torres.

Aunque en el siglo XVIII siguen construyéndose iglesias y continúa manteniéndose el lujo interno de éstas y es el momento de auge del arte churrigueresco y del estilo rococó francés, se nota, por obra acaso del espíritu de la Ilustración, una tendencia a emprender obras de ornato y servicio público, de adelanto edilicio que representan principalmente los Virreyes Amat y O'Higgins, y a trasladar el gusto de la ornamentación y del fausto de la iglesia a las residencias particulares. El siglo XVII, en su afán de misticismo y de piedad introvertida, se había esmerado en los templos y en el interior de las mansiones. El siglo XVIII, de la Ilustración, es de puertas afuera y ve nacer las gacetas y los cafés y va a poner su atención en la ostentosa casa señorial.

La población de Lima no lleva el ritmo progresivo del siglo anterior, diezmada por las calamidades y la postergación comercial. En la época del virrey Superunda la pobla-

ción alcanza a 54,000 habitantes: 50 años después, en época de Taboada, sólo llega a 52,000. En 1793 Lima tenía 64,000 habitantes y la mayoría era ya de mestizos y de castas intermedias. La síntesis racial peruana estaba en marcha.

El siglo XVIII ve surgir y caer en el arco del Puente la estatua de Felipe V. El Virrey Amat, con el espíritu emprendedor de los catalanes, imprime un rumbo dinámico a las obras de ornato y de recreo civil, a la vez que, para dar sensación de liviandad dieciochesca, escandaliza a la sociedad limeña con sus amores con la Perricholi. Amat es el típico magnate de la época barroca: enérgico, autoritario y de ancha manga financiera. El construye con gracia andaluza la Plaza de Toros de Acho, divide Lima en barrios, establece las rondas nocturnas y el alumbrado y construye, por erogaciones, el Paseo de Aguas, en el que quiso copiar la plaza romana de la Navona, con sus fuentes de agua y su alegría carnavalera. Para no defraudar a la piedad, Amat reedificó la torre de Santo Domingo y edificó el Monasterio de las Nazarenas dentro del gusto francés. El virrey Croix, secundado por el hábil burócrata don José María Egaña, establece fuentes para el público en las calles, hace empedrar las calzadas y enlosar las veredas de Santa Clara a Polvos Azules y del Boquerón al Pozuelo de San Francisco y busca en los archivos los nombres antiguos de las calles para ponerlos en azulejos en las esquinas. En 1786, O'Higgins abre la carretera al Callao y Abascal, que es el epílogo de esta época, instala la escuela de medicina, el cuartel de Santa Catalina y el Panteón.

Historiadores y arquitectos han descrito la casa colonial del siglo XVII y XVIII, modelo de enseñanzas biotécnicas, con el frontispicio de piedra o de ladrillo: el escudo de piedra o la inscripción religiosa: "Alabado sea el Santísimo Sacramento"; los muros de color arcilla roja con ventanales claros verdes o azules: los balcones auspiciosos, tallados con influencia andaluza y mudéjar en el siglo XVII, afrancesados en el siglo XVIII, con medallones Luis XV y guirnaldas y vanos

ovalados; las ventanas de reja con vistosas labores; el zaguán, *gloria del claroscuro, con poyos de adobe, para mendigos de Ribera, pinturas mitológicas en los muros, y el fanal soñoliento en las noches; el patio grande, de guijarros, con corredores y airosas columnas de traza andaluza y policromía de azulejos; la* sala, *con sus puertas taraceadas, sus claras ventanas de rejas doradas hacia el patio y sus colgaduras de damasco: la "cuadra" familiar y acogedora con vanos al traspatio, mundana a la hora del "once" o de la cena y mística en la del Rosario, en que se abrían las puertas del oratorio; el* traspatio. *lleno de luz y de macetas de geranios; el* comedor *y la despensa próvida con la nota cantarina de la tinajera; las* cámaras *de dormir, anchas y espaciosas, con sus ventanas teatinas que prestan —según Velarde— "una luz suave y un frescor sin violencias", especie de respiraderos de buque, y dan a la azotea y al viento sur; al fondo, el* callejón, *que daba a la cocina, a las caballerizas y a las viviendas de los servidores y esclavos, el pozo y la huerta llena de árboles frutales. Las características más saltantes de esta concepción limeña fueron los balcones de formas caprichosas y multicolores, los patios luminosos, los techos planos, los espacios abiertos, las ventanas de barrotes torneados por la falta de vidrio, típicas de la edificación colonial; el uso de la quincha y el adobe impuesto por los terremotos; los artesonados tallados en el siglo XVII y los cielos rasos de yeso o de tela pintada en el siglo XVIII y la "estructura elástica" de la casa, obtenida, según Juan y Ulloa, por el amarre de vigas y cuartones con ligaduras de cuero.*

La sensación de comodidad y anchura de las casas, que refleja un anhelo de vivir noble y señorial, se complementa con la riqueza interior y el lujo del vestuario de hombres y mujeres. Se viste a la francesa en el siglo XVIII y las mujeres lucen brocados, joyas y encajes. Son insaciables para las pedrerías, las perlas, las pulseras y los aretes, dice Frezier, y la ruina de los maridos y galanes. Dama hubo que llevaba 60,000 piastras sobre el cuerpo. El derroche corría parejo

con la relajación de las costumbres, la frecuencia de la separación conyugal, la mezcla de la devoción con la sensualidad de las mujeres y en los hombres la garrulería aunada a la ignorancia del latín.

Las mansiones célebres por su prestancia arquitectónica, que han sobrevivido, en Lima, a la destrucción o la incuria posterior, han sido descritas y reproducidas en libros e historias arquitectónicas. El palacio Torre Tagle está a la cabeza de todas las casas señoriales de Lima, por la riqueza y el gusto de sus formas y detalles, sus balcones tallados de gusto mudéjar, su portada infanzona con sus blasones en piedra, sus azulejos sevillanos, la clara teoría de sus patios, su escalera señorial para el ascenso leve y pausado de las caudas: sus celosías y cancelas labradas de ménsulas y balaustres entre andaluces, mudéjares y criollos que dictan según Paul Morand una lección arquitectónica de estilo neohispánico desde Hollywood a Sevilla. La quinta de los Presa y Carrillo de Albornoz, que la leyenda popular y la novelería criolla han adjudicado a la Perricholi, es la más fina y graciosa entronización del gusto versallesco —guirnaldas, medallones y espejos, juegos de agua— en la apacibilidad del más dulce y sosegado ambiente limeño, junto a la paz de los cerros, términos del agro costeño, y teniendo, en lontananza, el mar. Se mencionan también, entre las casonas de más prestancia, la casa de Pilatos, en San Francisco, de los Esquivel y Cáceres, la más antigua de la ciudad; la de Olavide, sacrificada incruentamente y sin gloria en 1924 en honor al rascacielos; la casa de Rivera el Mozo, de Santo Domingo; la de Aliaga en el solar histórico que le dio el Conquistador en la calle de Palacio; la de Osambela y más tarde de Oquendo, en la Veracruz, con sus balcones dieciochescos de gusto francés: la de los Condes de la Vega del Ren y más tarde de Cisneros, en la Botica de San Pedro, paradigma de mansión limeña señorial impunemente transformada en tipografía: las dos casas de la Perricholi, la de la Alameda de los Descalzos y la Quinta del Rincón en el Prado; la de Fuente González en

Gremios; la de los Boza y luego de Paz Soldán en Belén; la de Larriva en la calle de su nombre, la del los Cabero y Vásquez de Acuña en San Pedro; la de los Vargas Carvajal en San José; la de los Ramírez de Arellano y luego de Riva Agüero en Lártiga; la de los Rodulfo y luego de Moravski en el Milagro; la de los Marqueses de Montesclaros de Sapán en la Plaza del Baratillo; la de los Paredes con el símbolo de la Eucaristía en el frontón, Abajo del Puente; la de los Condes de Sierra Bella en Polvos Azules, hoy derruida; la de los Carrillo de Albornoz en Presa; la de los Galdeano y Mendoza en Santa Ana y la casa del mayorazgo de Cepeda en la Plazuela de San Agustín. No se ha estudiado, hasta hoy, documentalmente, salvo las referencias utilísimas de escritos evocativos de Gálvez, Riva-Agüero, Eguiguren y Harth Terré, la historia de cada una de las casas limeñas, su traza, costo y características. Los inventarios y almonedas de los viejos protocolos y los grabados y dibujos de Angrand, sobre esa casa inédita junto a la Buena Muerte, palacio limeño que podría competir en su portada y traza externa con Torre Tagle, que el artista nos describe, con el piso bajo de ventanas ochavadas de color rojo ladrillo imitando ladrillo", el primer piso "rojo salmón", y los balcones verdes, a la que hacía juego la fachada de la Buena Muerte con sus muros y campanarios y su linterna y balaustradas verdes, en una gama de colores y una unidad arquitectónica insospechadas y de la que nadie ha hablado hasta hoy. El mismo autor nos da unos dibujos finísimos de la Plaza y del Puente, desde perspectivas desconocidas, y una estampa de la Plaza de la Recoleta, con el antiguo templo y otra casa señorial al lado.

Muchas veces se ha referido la agonía y muerte del barroco en el Perú en las manos aleves del presbítero Matías Maestro, azote y rasero de los espléndidos altares churriguerescos de Lima, a los que barrió de las grandes iglesias de la Catedral, San Francisco, La Merced, Santo Domingo, San Agustín haciendo tabla rasa de columnas salomónicas —estilizaciones de sogas—, volutas, cornucopias, conchas mari-

nas, pámpanos, angelotes, doseletes y demás hojarasca dorada y vivaz de los retablos coloniales, para sustituirlos con la rigidez vacía y simétrica del estilo neo-clásico. De la razzia *de Maestro, sólo comparable en el orden artístico a los grandes terremotos del Seiscientos y Setecientos, se salvaron sólo las iglesias paupérrimas de monjas como Jesús María, las parroquias humildes como San Sebastián o distantes del foco destructor como la Magdalena o, en el Perú provincial, las iglesias del Cuzco y Ayacucho. Pero conviene aclarar que el gesto del mediocre pintor y arquitecto que fue Maestro, no fue la expresión de un capricho personal o maníaco, sino el acatamiento a la voluntad absoluta del monarca español. Fue Carlos III, barroco a pesar suyo en sus procedimientos despótico-ilustrados, quien, en una pragmática, poco citada, exhortó a los arzobispos y prelados de su reino para que no permitiesen en los templos ni en lugar alguno retablos como aquellos "bárbaros mudéjares afrentosos a la nación e indignos de las casas de Dios". La campaña contra la línea curva comenzó en España por la iglesia de Cádiz, que fue desbaratada de orden de la Academia de San Fernando, recomendándose que los altares no se hiciesen de "ridículos maderámenes" sino de mármol o piedra. Carlos IV ratificó la prohición proscribiendo "las indecencias del churriguerismo místico". Así murió el barroco limeño y descanse en paz el presbítero Matías Maestro, émulo de Pachacamac, de los terremotos limeños y de sus continuadores de hogaño. Con ellos, con la independencia y el advenimiento de la ciudad industrial, termina el auge de la ciudad barroca.*

HACIA LA CIUDAD INDUSTRIAL

No quedan tiempo, espacio, paciencia en ustedes ni papel, para ocuparse del tránsito de la ciudad barroca a la ciudad industrial y de la carrera desenfrenada de los últimos años para convertirnos en una congestionada y ruidosa me-

galópolis con edificios sin raíces en el paisaje y olvido de nuestras mejores tradiciones espirituales y artísticas. La estampa republicana del siglo XIX, no obstante la anarquía de los primeros años, no fue perjudicial para nuestra tradición ni para nuestro progreso urbanístico.

En un primer período, hasta la consolidación política y económica de Castilla, la ciudad permanece inalterable, con su traza entre rural y barroca, intactas sus anchas mansiones señoriales, conservando, a pesar de las declaraciones de separatismo ideológico de España, no sólo las leyes, las costumbres y los gustos españoles, sino el estilo mismo de vida arraigada en el alma y en las cosas y consustancial al criollo y al propio indio. Don Ricardo Palma dijo en sus Tradiciones, que en los primeros años de la República, que fueron los de su juventud, todo era idéntico al régimen colonial y que lo único que había desaparecido era el Virrey. Subsistían los esclavos y el tributo, las procesiones y las corridas de toros, las acequias y los gallinazos, las tapadas y las calesas. La riqueza fiscal producida por el descubrimiento del guano y el instinto criollo y socarrón de Castilla determinan la necesaria reforma igualitaria con la liberación de los negros y la supresión de la contribución racial y en lo urbano se introducen, como preseas del siglo XIX, el gas y el ferrocarril. Castilla embellece, además, la Alameda de los Descalzos que prefería, como gran criollo y limeño de adopción, a los Campos Elíseos o inaugura la etapa monumental de la ciudad con las estatuas a Colón, genovés como su abuela, y a Bolívar que le impidió pelear en Junín.

El carácter autoritario de Castilla, mentalidad de gobernante barroco que se sentía la personificación de la ley y que dio lecciones drásticas para afianzar el orden y la seguridad de la República, acaso se refleja en la predilección que su época tuvo por las verjas. Las fotografías contemporáneas muestran que Castilla mandó poner verjas al monumento de Bolívar, de Colón, al jardín de los Descalzos, a las Plazas de Santa Ana y San Francisco, más tarde al Jardín Botánico y

a los Jardines de la Exposición, verja y poyos con cadena al monumento al Dos de Mayo, a la estatua de la Resurrección en el Cementerio General y para honrar al caudillo y prevenir acaso cualquier nueva insurgencia suya, verja póstuma al Mausoleo de Castilla en el panteón y a su estatua solitaria de Chorrillos. La verja, como la urna colonial, aunque aquélla era de vidrio y ésta de hierro, es una forma de homenaje y admiración y un acto de custodia burguesa con las que Castilla, leal adversario, rodeó también para protegerlos al Parlamento y a la Constitución. Y es acaso una coincidencia, que el mayor monumento de su administración, poseída de un afán de solidez estatal, fuese la Penitenciaría, a la que defraudado su sano empeño de fortalecer la autoridad, fueron a parar más tarde, algunos presidentes de la República.

El período de Castilla, que es de bienestar civil y económico, de rudo y empírico patriotismo, favorece como en los mejores días barrocos, el lujo en las altas clases y permite la subsistencia del fausto y la comodidad de la época colonial. Del período de Castilla, que hace falta estudiar en este aspecto, provienen las holgadas mansiones republicanas, restauraciones o adaptaciones de la casa de la calle de Divorciadas, con patio tan amplio como para que en él se desarrollen escaramuzas revolucionarias, ancha sala para el rocambor, techos para dirigir maniobras y puertas falsas para la retirada o el auxilio eficaz. Bajo la égida de Castilla, su sustituto y contrincante a plazos, Echenique, eleva el desnivel entre las clases productoras y gastadoras con la explotación sistemática del tesoro público y el falaz derroche que tuvo su expresión en el fabuloso baile de la Victoria, en el que algunas damas, cuajadas de diamantes, tuvieron que ser custodiadas, como los monumentos, por una verja humana policial. En lo social y étnico, a pesar del nacionalismo de Castilla, se hunde lo regional y surge lo cosmopolita: desaparecen las tapadas y han llegado los chinos.

La segunda etapa en la transformación urbanística republicana se debe al presidente Balta y al contratista norte-

americano Meiggs. Es la primera conjunción sólida del negocio con el poder, de la finanza con el ejército, que prepara, con su espíritu audaz y agresivo, la dominación de los banqueros y de los industriales. La obra de Meiggs, triunfo de la técnica y de la mecanización, poseída de positiva grandeza en sus intrépidas redes de ferrocarril que trepan y traspasan los Andes, está ligada estrechamente a una finalidad de negocio que no toma en cuenta al hombre y prescinde de toda perspectiva espiritual o cultural. En lo urbano, Meiggs con su instinto renovador, echó abajo las anacrónicas e inútiles murallas del Duque de la Palata, que constreñían el desarrollo de la ciudad y eran focos de basura, antihigiénicas, abriendo paso a las avenidas de circunvalación y a la dilatación del perimetro urbano hacia el mar. Injusta o merecidamente, el contratista americano, que tan hondo beneficio material hizo al Perú en ferrocarriles, muelles y adelantos urbanos, dejó una huella prolífera de gangsterismo financiero. En la misma época de Balta, en la fiebre del empréstito y del negocio, surge, como expresión de la técnica metalúrgica, frente al inmovible puente de piedra de Montesclaros, el puente de hierro de la nueva época dinámica, y, en los Jardines de la Exposición, el primer salón de máquinas.

Piérola y Leguía, asociados también a banqueros y hombres de negocios extranjeros, financistas avezados ambos, inician la transformación de Lima en la ciudad industrial del futuro, la ciudad de las fábricas y de las grandes avenidas. Junto con ellas surgen, como expresiones de la ciudad industrial, el hacinamiento y la injuria de las aglomeraciones espontáneas en los arrabales y callejones, con el mínimum de aseo, de descanso y de alimentación. Piérola como Leguía, tienen la audacia creadora unida al instinto tradicional. Piérola traza los planos de sus avenidas, el Paseo Colón, la Avenida de la Colmena, la Central y el barrio de la Victoria—, con cordura civil, eludiendo los circuitos históricos de la ciudad y arribando, incruentamente, a las encrucijadas vitales del tránsito. Leguía tiende sus avenidas y urbanizaciones ha-

cia el mar y hace nacer, próvidamente, los barrios residenciales de San Isidro, Santa Beatriz, el Country y renacer Miraflores, en un nuevo sueño industrial y financiero, como el de Balta de ferrocarriles, pero ahora de asfalto y cemento, que se pliega, sin embargo, estéticamente, en las fachadas de las casas a la tradición limeña colonial, por la perduración de las celosías, los balcones y los azulejos y dentro de ellas los vargueños, las mesas taraceadas, las sillas de vaqueta y la vajilla de plata, aunque con cierto sabor de pastiche. Sobre las nuevas líneas de césped y asfalto se cierne, sin embargo, una sombra que se patentiza en la extraña eufonía de los nombres que dejan su impronta exótica en las mayores avenidas: Wilson, Pershing, Roosevelt. Se avecina la era de la estandarización de la ciudad carbón. Necesitamos sacudirnos en lo espiritual y anímico de toda tutela e hipotecas lingüísticas, que se elimine de nuestras festividades familiares el "Happy Birthday to you" *tan insípido y soso, que tengamos "alegres días" en castellano para que nuestros nietos no lean a Garcilaso o a Palma en inglés.*

Al margen de esta necesariamente pesada enumeración, surgen algunas comprobaciones históricas vinculadas al presente y cargadas de futuro. El análisis de la evolución histórica limeña nos lleva a la convicción de que hay en Lima una historicidad latente, que ha surgido de la tierra y de la vida, en que se funden contribuciones del alma y de la técnica indias, desde la lejana aldea yunga que dio vida al paisaje agrícola, a la acequia fecundadora y a la huaca *preñada de conjuros mágicos, con las enseñanzas occidentales del colonizador, su fe y su hidalguía, patentes en su comprensión cristiana de la convivencia social, de la preocupación cultural y el señorío de la casa y de las costumbres. Esas fuerzas vivientes se cristalizaron en el templo barroco, fruto de una angustia conturbada de eternidad y de sentido agónico de la vida, y en la casa solariega colonial, llena de luz, de aire, de espacio y de silencio, los grandes lujos benedictinos", según la expresión de Butler. Frente a ellas y, amenazando cortarlas*

de raíz, surge la técnica nueva de las ciudades industriales, las megalópolis norteamericanas, con su mecanización oprimente, sus espacios limitados, su identificación de la estructura de la casa familiar con la de la fábrica o el garaje o él invernáculo de hierro y vidrio. La incorporación del rascacielos a nuestro panorama urbanístico, con su "arquitectura de palomar" y la de la casa de departamentos con su sordidez de espacio, incoherencia celular para la amistad y la cohesión social y mancomunidad de molestias y de ruidos, es ajena a nuestro módulo espiritual, hostil al viejo paisaje arquitectónico de torres y miradores y contrario a las modalidades de nuestro habitat *geográfico, llano inmenso donde el espacio sobra, el suelo se resiste a las moles pesadas y la altura tiene deparada, desde la etapa de Pachacamac, el castigo de las fuerzas telúricas burladas. El invernáculo de vidrio americano o vidriera de exhibición está reñido, por lo demás, con nuestro concepto de la vida familiar, de* "hortus clausum" *colonial, resguardado por celosías y ventanas. En él prospera una cierta forma de impudor creciente que del "hombre en mangas de camisa" que fue Walt Whitman, el poeta de la democracia americana en el siglo XIX, ha pasado sucesivamente, a través de la* flapper *y del cine, a la exhibición seminudista del hombre del* slack, *que es de toda la camisa afuera del* "two-pieces" *o del* bikini *y del ciudadano en calzoncillos de las playas tropicales, con su moral correspondiente de cuarto de baño trasladado al aire libre y su estética arquitectónica de brillo aporcelanado y llaves de artefactos niquelados. La arquitectura del vidrio no se acopla tampoco a nuestra escasez de policía, ni con el estado de nuestras costumbres, que no han descartado la posibilidad de los apedreamientos ni la pedrada prehistórica del mataperro limeño. Es tiempo de recuperar la experiencia acumulada de nuestra tradición y volver a la vivienda clara, amplia, silenciosa, con el olor y el aire de nuestro propio paisaje y de nuestras necesidades morales.*

Urge, por esto, mantener vivo el culto de nuestra tradición histórica subsistente en monumentos, en láminas y en libros. El único pasado arcaico digno de eliminarse es aquel que no es nuestro, que no sentimos o que tratamos de vivir falsamente, con propósito espúreo. Debemos volver a nuestros patios, a nuestros balcones, a nuestras huertas, a todos los espacios abiertos, sin humo, ni ruido, ni hollín urbanos, con un regionalismo sano al que las modernas técnicas urbanísticas ligan más con el futuro que con el pasado. Nos corresponde ser custodios libres de nuestra herencia cultural e histórica, amenazada diariamente con la supresión intempestiva, la suplantación legendaria, el remedo extranjero o la estructura exótica e inaparente.

El pasado de Lima no es sólo nuestro, sino de la cultura universal. A nosotros nos toca no dejarlo perecer ni ahogarse en la estandarización creciente de la vida mundial. Havellock Ellis, el autor de Alma en España, *declara que desembarcó con su padre, siendo niño, en una ciudad del Pacífico, ciudad de zaguanes y de patios luminosos, de jardines entre cancelas, de iglesias y retablos dorados y que en ella, en nuestra Lima, se enamoró para siempre del alma de España. Marcel Monnier hallaba que en el bullir mestizo y en el juego de luces de muchas ciudades del Pacífico, en Singapur, en San Francisco o en Batavia y en florecientes ciudades norteamericanas faltaba algo que encontraba en Lima: "ella posee —decía— la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas". Esto es lo que no debe arrancarse para que no se convierta en una ciudad anodina y de simple reflejo.*

Por incuria y dejadez, por falta de divulgación de nuestros valores históricos, se han arrasado éstos, sistemáticamente, en los últimos cincuenta años. El siglo pasado vio recortar los conventos de San Agustín, de la Merced, de la Encarnación, de Santa Ana y de la Concepción para instalar el mercado (que ahora llaman market*). Un hombre de nuestra generación que halló al nacer una Lima llena de prestancia*

arquitectónica e histórica, única en Sudamérica, ha visto desaparecer sucesivamente, destruídas por la picota, y no por el tiempo, en aras de cualquier interés oportunista, la iglesia de la Caridad y el local de la vieja Universidad de San Marcos en la Plaza de la Inquisición, con sus claustros centenarios, su fachada venerable y el salón general de actos en que funcionó el primer Congreso Constituyente del Perú, donde se escuchó la voz de Unanue, Sánchez Carrión, San Martín y Bolívar y que, en otra parte, hubiera sido objeto de reverencial respeto y cuidado. Ese mismo hombre vería demoler la casa de Olavide, el pequeño relicario de la Iglesia de Belén, para dar paso a una avenida que pudo desembocar cien metros más lejos; romper el circuito auspicioso de la Plaza de la Recoleta, que pudo circundarse dejándole su paz; cortarse Santa Clara, recodo característico de la vieja ciudad; caer fulminada la Iglesia de Desamparados, refugio místico de Conde de Lemos y esfumarse los retablos de Guadalupe. El urbanicidio ha tendido otras veces, con sadismo visible, a alterar la fisonomía esencial del monumento o a destrozar su armonía o su trazo histórico inmemorial, como en el caso de la mansión de la Perricholi, convertida en dependencia de una panadería, o en el inexplicable caso de haber situado junto a la Recolección de los Descalzos, máxima expresión de silencio de la ciudad colonial, el Club Revólver. En los últimos años hemos presenciado, también, por obra del mismo desborde edilicio, el desbarate de la Plaza Mayor, rotas sus líneas históricas y abatidos sus portales y balcones de rancia prosapia republicana, desaparecer Santa Teresa y parte de San Pedro y mutilarse el gran cenobio franciscano, orgullo de la ciudad e isla de silencio, con sus siete claustros, lámparas de arte y de piedad encendidas en el siglo XVII. Aún los manes republicanos han recibido agravio con la disolución del Parque de la Exposición, gran muestra urbanística del siglo XIX, con sus jardines, bosquecillos y zonas de recreo, probablemente único en su época de Sudamérica. En 1862, en el mismo afán de descaracterización o de innova-

ción irracional y con la protesta de Don Ricardo Palma se desbautizó a las calles de Lima, que debieran seguirse llamando Santo Domingo, de la Merced, del Arzobispo, de San Francisco, de San Agustín, de Jesús María, de la Recoleta —en sus jirones esenciales— y se les reemplazó por el fácil y barato repertorio geográfico de los nombres de provincias, sin conexión con la historia y la leyenda propias de la ciudad. Y, hace poco, se dio el nombre de República de Panamá —que cuadraría bien en cualquier parte— a la Avenida Limatambo, eliminando de nuestra nomenclatura urbana el nombre del sitio originario de la ciudad y se rechazó llamar Avenida Ricardo Palma a la Avenida Abancay, recién abierta y que tiene otro tramo con este nombre, rehusando asociar al más insigne nombre de nuestra literatura y de la historia limeña, a la calle en que reconstruyó la Biblioteca Nacional y vivió sus años de madurez y de gloria.

Entretanto, proponía yo, en el Club de Leones, que en las vegas del Rímac, en los claustros y en los solares históricos, donde deben vagar las sombras destructoras de Pachacamac, Carlos III y Matías Maestro, se pidiese una tregua, y que se nos dejase, por lo menos, a los limeños viejos, el río hablador de los yungas, el puente de cal y canto de Montesclaros y de los románticos y la Alameda de Micaela Villegas o de Merimée, incorporada a la leyenda universal de Lima y que los frailes, dentro de sus claustros amenazados, agreguen, entre sus rezos matutinos, este ruego suplicante para la ciudad: "De los alcaldes, de los terremotos y de los urbanizadores, líbranos Señor".

ÍNDICE

Págs.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE LIMA

Págs.

EL RÍO, EL PUENTE Y LA ALAMEDA

ILUSTRACIONES

Págs.

ACABOSE DE IMPRIMIR LA
SEGUNDA EDICION DE ESTE
LIBRO, AMPLIADO CON EL EN-
SAYO "EL RIO, EL PUENTE Y
LA ALAMEDA", EN LOS TALLE-
RES GRAFICOS DE LA LIBRE-
RIA E IMPRENTA "MINERVA",
MIRAFLORES, GONZALEZ PRA-
DA Nº 536 (SURQUILLO), EL 27
DE SETIEMBRE DE 1965, QUIN-
TO ANIVERSARIO DE LA
MUERTE DEL MAESTRO RAUL
PORRAS BARRENECHEA.

INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA
Escuela de Altos Estudios y de Investigaciones Peruanistas
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Director: Jorge Puccinelli

Colina 398 Miraflores - Lima, Perú

Publicaciones del INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA / 2



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA /2

Edición para Bibliófilos